EL SANTO FUNDADOR DEL OPUS DEI

Jesús Ynfante

Editorial Crisis

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

VERDADERAMENTE HEMOS ALCANZADO unos tiempos donde las dificultades se han acrecentado para realizar un estudio histórico sobre el fundador de ese conglomerado de católicos autodenominado Opus Dei, unidos con tal coherencia que resulta ser una masa compacta. Al no tener que dar cuenta de sus actividades a nadie más que al papa, el Opus Dei ha terminado inquietando, por su riqueza e independencia, tanto a las demás órdenes y congregaciones religiosas católicas como al propio Vaticano.

Ya existe un número considerable de hagiografías publicadas sobre el fundador del Opus Dei, compilaciones de un solo autor u obras colectivas dentro de esa rama de la historia de la Iglesia católica denominada hagiografía o historia de la vida de los santos. Condensar, sin embargo, en una biografía la vida completa del fundador, que sea al mismo tiempo correcta desde el punto de vista histórico y accesible al gran público, ha resultado ser una tarea especialmente difícil por la ausencia de datos, que en la mayoría de las ocasiones escapan al control y análisis del historiador. Sobre la idoneidad del libro tan sólo cabe señalar que no es una biografía más, sino una biografía completa y como el autor se fundamenta en los principios de la historia y no de la hagiografía, los lectores a través del conjunto de opiniones expuestas pueden lograr alcanzar un juicio objetivo y documentado sobre Josemaría Escrivá, el fundador del Opus Dei, quien mantuvo una preocupación constante hasta para modificar su nombre y apellido.

Desde su nacimiento en 1902, año en que tuvo lugar la coronación como rey de Alfonso XIII, hasta su muerte en 1975, coincidiendo en el año con la muerte del dictador Franco, todas las fechas de la existencia del fundador fueron declaradas importantes por el Opus Dei, siendo la ambición máxima de sus miembros y simpatizantes auparle cuanto antes como santo en los altares, porque el Opus Dei propaga la idea de que la militancia en sus filas y la ultraortodoxia religiosa son suficientes para asegurar la santidad. Como el centenario de su nacimiento es el año 2002, el Opus Dei quiso sobre todo que el fundador fuera declarado santo rápidamente, porque ya no se trataba de un simple proceso de santidad, sino de turbosantidad.

El análisis histórico se extiende en el libro a lo largo del siglo XX, desde un oscuro período inicial, pasando por una guerra civil y cuarenta años de dictadura, deteniéndose cuando el fundador murió en Roma con 73 años, sin que existiera un régimen democrático en España. También es, por ello, el relato de una generación que vivió intensamente la dictadura de Franco entre la sordidez ambiental y las ambiciones de futuro. Hasta tal punto, que en carta escrita desde Roma y dirigida personalmente al general Franco como Jefe del Estado, en los años sesenta, según consta en los Archivos de El Pardo legajo 178, el fundador, que también se sentía patriota a su manera, refiriéndose a las actividades del Opus Dei reconoció por escrito y con mucho orgullo al dictador que "aun cuando se trata de una institución católica, aquí y en todas partes, detrás del Opus Dei se ve a España".

Después de desarrollar su propio espacio escénico como fundador, Escrivá se tomó su trabajo en España como un papel activo dentro del espectáculo de la dictadura y terminó creyéndose su papel de protagonista único. De genio irregular, excesivamente delicado o reparón, propendiendo exageradamente a poner reparos o defectos a las cosas, participó también con frecuencia en la creación de situaciones ridículas, por lo que estuvo expuesto a la burla y al menosprecio de contemporáneos suyos, ya que muchas acciones del fundador del Opus Dei, por su rareza y extravagancia, movieron o pudieron mover a risa. No obstante, los comentarios y la gestualidad del fundador se convirtieron en visiones procedentes del cielo, sus deseos camuflados en ficticias intervenciones

divinas, participando sus miles de seguidores en la puesta en escena de un espectáculo completo que giró hasta su muerte y después de su muerte en torno a su persona.

A lo largo de su vida, el fundador del Opus Dei repitió en diversas ocasiones ante seguidores suyos que había tenido una visión extraordinaria con la fecha de su muerte, situándola en el año 1982. Pero iba a morir de repente, de un infarto, lejos de la fecha que él había indicado. Desde que se sintió viejo y enfermo también repetía a menudo "cualquier día me voy". Fue el 26 de junio de 1975, en el mismo año y tan sólo cinco meses antes de la muerte de Franco, cuando el corazón del fundador del Opus Dei se cansó de latir y, pese a la ambición universal de sus seguidores, el fallecimiento del fundador quedó unido fortuitamente y para siempre a la suerte de la época franquista.

Nada más conocerse la noticia de su fallecimiento y como el fundador no acertó con la fecha de su muerte, se elaboró una versión dentro del Opus Dei para justificar tal adelanto, porque "el Padre" y fundador no podía equivocarse. La versión consistió en señalar que dada la situación en que se encontraba la Iglesia católica, calificada de "muy mala" en 1975, el fundador había ofrecido su vida por la Iglesia y por eso la fecha era distinta, porque Dios le había aceptado el sacrificio final antes de la fecha de la visión que, por supuesto, había tenido del cielo.

Datos de esta biografía ya fueron publicados anteriormente por el autor en dos libros donde analizaba globalmente al Opus Dei, un tema que sigue siendo tabú a principios del siglo XXI. El primer libro se editó en París porque no pudo publicarse en Madrid y el segundo libro se editó en Barcelona, se agotó la primera edición y nunca ha llegado a ser reeditado. En ambos casos ha dado la impresión de que al Opus Dei, por ser la Obra secreta de Dios, no se le puede criticar ni mencionar.

La publicación de esta biografía se explica por ser el año 2002 el centenario del nacimiento del fundador del Opus Dei, tras haber sido declarado oficialmente santo por la Iglesia católica. Reciban, pues, los lectores, estas páginas con el ánimo y disposición que merecen semejantes motivos. Este es un libro dedicado a la opinión pública y no sólo a la católica.

JESÚS YNFANTE

CAPÍTULO 1:
TURBOSANTIDAD DEL FUNDADOR

SER SANTO, según la Iglesia católica, es ser perfecto y libre de toda culpa, aunque lo más importante ocurre cuando la Iglesia declara oficialmente a una persona como santo, porque manda entonces que se le dé culto universalmente. Sin embargo, el sentido de la palabra santidad para el Opus Dei no sólo es la calidad de santo, es decir, la persona de especial virtud y ejemplo, sino también el tratamiento honorífico que se da al Papa. Y en esta dimensión más terrestre el Opus Dei continúa conspirando para buscar un sucesor a Juan Pablo II a la cabeza de la Iglesia, que sea consecuente con sus ambiciones y deseos.

Como el año 2002 es el centenario del nacimiento del fundador del Opus Dei, la organización ultracatólica pretendió con tanta urgencia la declaración oficial como santo del fundador que convirtió su presunta santidad en una turbosantidad. Se entiende por turbosantidad la fuerza viva o presión existente para alcanzar la santidad y que aprovecha la mayor parte posible de la fuerza motriz del Opus Dei, de tal forma que ha sido una poderosa turbina humana la que ha empujado hasta la santidad al fundador.

La fabricación de prestigios ha sido una de las actividades sobre las que se ha centrado el Opus Dei desde sus orígenes. Como todos sus miembros deben aspirar a la santidad, el Opus Dei mantiene la pretensión de crear santos en serie, porque "las crisis mundiales son crisis de santos", como ya señaló el fundador en la máxima 301 de su librito Camino. Desde sus orígenes, el Opus Dei impuso esta obligación entre sus miembros y sigue dispuesto a fabricar santos como sea, recurriendo a la turbosantidad cuando hace falta, como ha sido el caso del fundador.

Primero hubo intentos con Isidoro Zorzano Ledesma, ingeniero industrial compañero del fundador durante el bachillerato en Logroño y primer administrador de la Obra de Dios durante la guerra civil española. En los años cuarenta no encontraron nada más santo y heroico que la vida oscura y las escasas virtudes del ingeniero Zorzano. Tras su fallecimiento en 1943 su caso se convirtió en un ejemplo de santidad, porque así lo decidió personalmente el fundador. Zorzano fue presentado como el espécimen del santo ingeniero y, en consecuencia, promocionado como tal desde su muerte. Por ello hicieron reliquias con las sábanas guardadas religiosamente porque le habían servido de sudario y cuyos trozos y pedazos el fundador del Opus Dei repartió entre los primeros militantes, cuando salieron al extranjero en la expansión del Opus Dei para abrir nuevos campos de apostolado. Su causa de beatificación, iniciada en 1948, quedó sin embargo enterrada por su escaso relieve, como tantos otros miles de casos, en el Vaticano.

Sin ningún desánimo, el Opus Dei prosiguió su labor canonizadora con otros candidatos y llegó a contar con una chica, Montserrat Grases, y entre los adolescentes masculinos con Miguel Díaz del Corral, muertos ambos en "olor de santidad", que fueron propuestos como modelos para los jóvenes seguidores, en las ramas femenina y masculina respectivamente, dentro del Opus Dei. Sin embargo, todos estos casos dejaron de ser promocionados ante la posibilidad de una canonización acelerada en la persona del fallecido fundador del Opus Dei, aprovechando el clima político favorable desde 1978 tras la elección del cardenal polaco Karol Wojtyla como Sumo Pontífice con el nombre de Juan Pablo II. Para una nueva organización ultra-católica como el Opus Dei la santidad del fundador iba a significar la garantía máxima de autenticidad y a través de ella se podía

demostrar sobre todo que la Obra estaba predestinada por Dios desde su fundación.

Así, tras su muerte en 1975, no resultó difícil conocer las intenciones del Opus eiD respecto al fundador: elevarle a los altares como fuera y por el camino más rápido. Como hacían falta cinco años para la introducción legal de la causa, el Opus Dei empezó a montar unas "oficinas históricas" desde 1975 para recoger los datos de que disponían los miembros y simpatizantes sobre el fundador, incluso las anécdotas más nimias, y todo ello fue acumulándose, debidamente expurgado, en lo que pasó a denominarse Registro Histórico del Fundador, que quedó centralizado en la sede del Opus Dei en Roma.

También se llevó a cabo, por otra parte, una monumental recopilación de todos los escritos atribuidos al fundador y los sedicentes "escritos inéditos" del fundador llegaron a alcanzar la fabulosa cantidad de 62 tomos encuadernados. En estos trabajos preparatorios, antes de iniciar las causas de santificación del fundador, participaron centenares de socias numerarias y socios numerarios que recogieron y "reescribieron" todo lo que llegaba por vía interna a las oficinas montadas al efecto, "limpiando" de datos dudosos o poco favorables todo lo concerniente a la peripecia biográfica de Josemaría Escrivá.

En tan acelerada canonización privada, el Opus Dei actuaba de propia turbina en el proceso. La turbosantidad del fundador se tenía que realizar por fuerza con mucha prisa por el temor inconfesable que existía dentro del Opus Dei a su propia decadencia interna y la misma desaparición del fundador les empujaba inexorablemente a ello.

La campaña en pro de la santidad del fundador se acompañó de la publicación de varias biografías "autorizadas", cuya característica más acusada era el culto idolátrico al fundador. Tales publicaciones ofrecían una muestra inigualable de ese subgénero literario almibarado de la narrativa histórica y emocional denominado hagiografía dentro de la Iglesia católica. Una antigua socia numeraria del Opus Dei ha señalado, refiriéndose a los hagiógrafos del fundador, que "magnifican, arreglan, interpretan a su manera (...) Quitan y ponen con toda comodidad, tal vez por la "libertad" que encuentran en la limpieza de datos que antes se han encargado de conseguir los directores".

La apertura formal de la causa de beatificación de Escrivá data del 19 de febrero de 1981, cinco años y unos meses después de la muerte del fundador del Opus Dei, respetando el plazo mínimo establecido por la normativa canónica vigente. Un proceso oficial de santidad iniciado ante la Iglesia de Roma consta de dos fases diferenciadas, primero la beatificación, con derecho a utilizar la denominación de siervo de Dios, y luego la canonización que le declara oficialmente santo.

El proceso de beatificación o primera fase en la turbosantidad de Escrivá se iba a iniciar además de forma paralela a la concesión del estatuto jurídico de prelatura personal para el Opus Dei. El expediente fue trasladado a Madrid inmediatamente después de la apertura del proceso por el Vaticano, alegándose como razón principal que, aunque hubiera muerto en Roma, era en España donde había vivido más tiempo.

Las reformas realizadas en el Código de Derecho Canónico iban a favorecer los acelerados planes que tenía el Opus Dei para la canonización inmediata de su fundador. El canon 2.050 del Código señalaba que "la fama de santidad debe ser espontánea, no promovida por arte o diligencia humana, proveniente de personas graves y honestas", pero esta norma fue sustituida por otra que omitía tales condiciones. El papa Juan Pablo II expuso sus intenciones en la introducción al apéndice 1 del reformado Código de Derecho Canónico sobre la Causa de los Santos. Según el papa polaco, "debido a experiencias recientes se ha considerado oportuno revisar esta forma de procesos para simplificar las normas, salvaguardando naturalmente la solidez de la investigación."

La lectura de los veinte mil folios acumulados por el Opus Dei para demostrar la primera fase de la santidad del fundador resultaba edificante. Hasta el dispositivo económico del Opus Dei tenía origen sobrenatural, según los datos que figuraban en el voluminoso expediente. Así, por ejemplo, Escrivá recibió una "iluminación"del cielo en relación con la estructura jurídica y económica de la actividad apostólica de la Obra, durante la Segunda República, al regreso de una visita de catequesis a los pobres. La iluminación divina tuvo lugar precisamente en el barrio madrileño de La Bombilla y allí, en aquel lugar de nombre tan apropiado, fue cuando el fundador del Opus Dei "vio" por primera vez "la necesidad de crear sociedades que, siendo titulares de la propiedad y de los bienes inmuebles usufructuados por el Opus Dei, se ocuparan de gestionarlos económicamente". Como puede observarse, la cúpula directiva del Opus Dei encontró una explicación divina hasta para la utilización de sociedades de pantalla y testaferros en las finanzas del Opus Dei, aunque en las imaginaciones del fundador "la bombilla" tan sólo significase su propia fuente de iluminación.

En materia de santidad, los dirigentes del Opus Dei no incluyeron, sin embargo, en el expediente al Vaticano una serie de sucesos milagrosos ocurridos en el último período de la vida de Escrivá que habían atraído especialmente su atención y que sirvieron de acicate al fundador del Opus Dei. Los sucesos milagrosos habían tenido lugar en España al final de los años sesenta y consistieron en apariciones de la Virgen María en un lugar llamado El Palmar de Troya, cerca de Utrera, en la provincia andaluza de Sevilla.

Cuando en 1968 cuatro niñas llamadas Josefa, Ana, Rafaela y Ana María dijeron en sus casas que habían visto a una señora sobre unos lentiscos de la finca La Alcaparrosa, próxima a El Palmar de Troya, pronto se corrió la voz de la presencia de un milagro y de que la Virgen, con hábito de carmelita, se había aparecido. La Iglesia mantuvo oficialmente una actitud escéptica, pero los videntes fueron cada vez más numerosos y Escrivá, tan aficionado a cualquier fenómeno sobrenatural y con ánimo de recuperarlo como nuevo movimiento mariano, se interesó muy especialmente por aquellas apariciones. Hubo miembros del Opus Dei que discretamente se pusieron en contacto con algunas de las videntes.

Los mensajes de la Virgen supuestamente aparecida hacían referencia, muy en la línea ideológica de Escrivá, a catástrofes venideras. La vidente María Luisa Vila apareció estigmatizada en ambas manos y Escrivá mantuvo una larga entrevista con ella, después de haberla citado previamente en la cercana ciudad de Jerez de la Frontera, en la provincia de Cádiz, donde el Opus Dei mantenía la residencia y centro de retiros Pozoalbero, destinado a los habitantes de la zona.

Posteriormente, Pablo VI excomulgó en 1976 al "papa Clemente" y a cuatro obispos de la congregación fundada en El Palmar de Troya, cuando ya se habían autodeclarado como la auténtica Iglesia católica, apostólica y palmariana. Entre sus insólitas canonizaciones como santos figuraban los dictadores Adolf Hitler, Benito Mussolini y el general Franco, el almirante Carrero Blanco y el fundador de la Falange española José Antonio Primo de Rivera.

Como Escrivá había dedicado en vida una atención especialísima a los videntes y a las apariciones, la pequeña Iglesia del Palmar de Troya agradecida le tuvo muy en cuenta en sus canonizaciones y le declaró santo el 24 de septiembre de 1978, adelantándose así al proceso de beatificación emprendido por el Opus Dei ante la Iglesia de Roma. Junto con "monseñor José María Escrivá de Balaguer" fueron elevados a los altares una italiana, una alemana, siete ingleses, cuatro españoles -entre ellos el hacendista José Calvo Sotelo, político y "protomártir" del levantamiento militar de Franco en julio de 1936- y dos naturales de Quebec.

El "Decimosexto Documento de Su Santidad el Papa Gregorio VII", más conocido popularmente como el "papa Clemente", declaraba solemnemente: "Adornamos hoy la Iglesia Santa de Dios elevando a la Gloria de los Altares", "previo análisis histórico" y "con la autoridad de la que estamos revestidos" a "San José María Escrivá de Balaguer", porque "en estos tiempos de tinieblas necesitáis conocer a

figuras importantes de la Iglesia: pues, de esta forma encontraréis maravillosos ejemplos para luchar contra los enemigos de la Iglesia" y "mientras Dios siga fortaleciendo a Nos, combatiremos con Nuestra espada de fuego a todos los malditos traidores." La pequeña Iglesia del Palmar de Troya se había adelantado a la Iglesia católica de Roma en materia de turbosantidades.

El proceso de beatificación de Escrivá, que se inició en 1981, ofrecería numerosos puntos oscuros e irregularidades diversas. La turbosantidad de Escrivá iba a adolecer de una falta de transparencia comparable a su vida activa como clérigo de la Iglesia. La intervención de algunos prelados del ala ultraconservadora vaticana y grandes sostenedores del Opus Dei fue decisiva en el proceso. Como prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, el cardenal Pietro Palazzini envió una carta el 10 de febrero de 1984 al tribunal eclesiástico que instruía la causa en Madrid, en la cual respaldaba la exclusión de todos los testimonios desfavorables o en contra. Palazzini sentó el criterio que "en nada puede servir a la verdad quien no duda en ofender a la fe", y el citado tribunal se consideró respaldado para excluir a ex miembros del Opus Dei que habían conocido y trabajado con Escrivá durante largos años.

Palazzini había permanecido en el ostracismo durante el pontificado de Pablo VI y por sus dudosas actividades llegó a ser interrogado por magistrados italianos, en calidad de testigo, acerca de sus presuntos contactos con Roberto Calvi, el suicidado presidente del Banco Ambrosiano. El cardenal había sido, por otra parte, amigo personal de Escrivá. Una amistad "bella y sincera" que Escrivá consideraba "uno de los más delicados y gratos dones recibidos del Señor", según consta en la página 1.080 de la biografía oficial del fundador, incluida entre los documentos del proceso que ya se había iniciado en el Vaticano.

Resuelto de modo expeditivo el problema de los testigos contrarios, el único debate significativo en la Congregación para la causa de los Santos se redujo a si debía admitirse o no la declaración de Álvaro Portillo, por el hecho de haber sido durante 31 años uno de los más fieles seguidores, guardaespaldas y confesor de Escrivá. El tribunal de nueve miembros se inclinó, por mayoría, a darla por válida. Dos miembros, sin embargo, habían emitido un dictamen negativo; en los procesos normales de canonización que se desarrollan en la Congregación para la Causa de los Santos, basta un voto contrario dentro del tribunal que examina la causa en cuestión, para que se abra de nuevo todo el proceso introductorio. Uno de los jueces, el italiano Luigi de Magistris, insistió en su malestar ("profondo disagio" es la expresión del documento redactado en italiano), por la aceptación del testimonio de Álvaro Portillo, que este juez italiano consideraba que "debería ser anulado". El otro voto negativo correspondía al único juez español, Justo Fernández, quien advertía una ausencia completa de testimonios contrarios y señalaba además que la práctica habitual de beatificación era que la mayoría de los miembros del tribunal debía tener la misma nacionalidad que el aspirante a beato.

En el turboproceso de beatificación se detectaron otras irregularidades. Así, miembros del Opus Dei habían solicitado a obispos y sacerdotes el envío de cartas al papa en apoyo de la causa, en clara violación del requisito de que estas cartas sean remitidas espontáneamente, según establece el canon 2.077 del Código de Derecho Canónico. De las seis mil cartas recibidas en el Vaticano, unas dos mil de ellas pertenecían a obispos, mientras el canon citado establece que los obispos que las remitan deben haber conocido personalmente al beato y la propia documentación del proceso atestiguaba que Escrivá sólo conoció en vida a 128 obispos. No obstante, una instrucción emitida en 1935 por la Congregación de Ritos dejaba abierta la posibilidad de que dicho conocimiento se podía referir sólo a la "fama de santidad del candidato" y no al candidato mismo, subterfugio legal que fue utilizado por el Opus Dei hasta la exageración, traspasando los límites de lo justo, verdadero o razonable.

Otra de las irregularidades provenía de los testimonios y de las 2.101 páginas recogidas en el proceso; 839 correspondían a las declaraciones de Álvaro Portillo y de Javier Echevarría, los dos colaboradores más íntimos de Escrivá y sucesores del fundador al frente del Opus Dei. Pero lo más sobresaliente fue sin duda la ausencia de pruebas para afirmar sin reparos que la actividad de Escrivá no tuvo ninguna significación política o económica precisa. Para sostener semejante afirmación no se incluyeron apenas documentos sobre las estrechas relaciones del Opus Dei y de su fundador con la dictadura de Franco. Tampoco se mencionaban las estrechas relaciones personales del fundador del OD con el general Franco: mantuvo correspondencia, visitó en repetidas ocasiones el Palacio de El Pardo y hasta dio ejercicios espirituales a la familia Franco.

Giancarlo Rocca, religioso paulino, uno de los raros analistas sobre el Opus Dei competentes, opinó que "la excesiva velocidad del proceso no beneficia a nadie y pone en tela de juicio su legitimidad. La mayor parte de los archivos eclesiásticos y civiles sobre el período de la vida de Escrivá está aún cerrados. ¿Qué pasará si se descubren, cuando se abran, documentos comprometedores sobre él?".

Ocurrió, entre tanto, algo insólito y que no había sucedido hasta entonces en ninguno de los procesos de beatificación de la Iglesia. Por intervención directa de Juan Pablo II, el Vaticano adoptó íntegramente la postura del Opus Dei y lejos de considerar irregulares los datos publicados sobre la causa de Escrivá los asumió como normales y propios, tanto en la fase de instrucción del proceso como en la heroicidad de las virtudes o en la prueba del milagro.

Como la adulación se generalizó porque la turbosantidad del fundador contaba con el apoyo de la más alta instancia del Vaticano, en la documentación del proceso aparecieron informes dando muestras de halago que podían serle muy gratas al Opus Dei. Se cita como ejemplo, la conclusión del promotor de la fe sobre el examen de las virtudes heroicas de Escrivá, que fue la siguiente: "Considero, a la luz de los testimonios del proceso, que la prueba más sólida de la autenticidad del elevado grado de la vida mística que alcanzó el siervo de Dios viene precisamente de su continuo esfuerzo de identificación con la voluntad divina y de aquella humildad que (...), después de cincuenta años de sacerdocio vivido intensamente, hacía que se considerase aún como un niño que balbucea".

En la beatificación de Escrivá la palabra clave era aceleración. Todo se iba a realizar antes y se haría más deprisa que con los restantes candidatos y en otras causas pendientes de la beatificación. Importaban menos la heroicidad de sus virtudes o el tipo de milagro realizado. La palabra clave era aceleración, convirtiéndose de esta manera en la primera turbosantidad de la Iglesia católica romana. Ademas, la turbosantidad del fundador quedaba a la misma altura de los intensos intentos realizados por la Obra de convertirse en la primera superdiocesis mundial, tras buscar simultáneamente la beatificacion rapidísima de Escrivá junto con el estatuto jurídico de prelatura personal, por la sintonía ideológica y simpatías particulares que el papa Juan Pablo II nutría desde antiguo por el Opus Dei.

Respecto al milagro presentado por el Opus Dei para la beatificación, presuntamente realizado por Escrivá y ocurrido en 1976, cl proceso instruido por la curia diocesana de Madrid tuvo lugar en 1982. Una monja anciana, religiosa carmelita dc la Caridad, presentaba al parecer unos tumores por distintas partes del cuerpo y un sacerdote numerario del Opus Dei, que actuaba como confesor del convento, afirmó que habían desaparecido de la noche a la mañana.

La monja pertenecía a uno de los 92 conventos de carmelitas que se habían negado a modernizar la regla después del Concilio Vaticano II y de la asistencia espiritual del convento se encargaban sacerdotes numerarios del Opus Dei. El milagro atribuido a Escrivá podía resultar espectacular si, gracias a él, la religiosa se salvó de una muerte anunciada. Sin embargo, no fue ella sino su lejana familia, los Navarro Rubio, vinculados estrechamente al OD, quienes la habían

encomendado al difunto Escrivá. Según testimonios recogidos en su entorno, ella nunca pensó pedir a nadie que la curara. Aún más, la curación milagrosa fue tan secreta que la propia superiora del convento solo se entero varios años mas tarde del supuesto milagro por la prensa. La monja murió a los 82 años de edad de una enfermedad que no guardaba, según la documentación aportada por el Opus Dei, ninguna relación con las que le fueron curadas "milagrosamente", la calcificación distrófica y la úlcera gástrica, gracias a la presunta intercesión de Escrivá.

En junio de 1976, sor Concepción Boullón Rubio, la protagonista del presunto milagro, tenía 76 años. El medico que la atendió declaró en su cita que no se realizó ningún examen para completar un diagnostico. dado el mal estado de la enferma. Vino luego la presunta curación y según cuenta otra religiosa que la cuidaba, Maria del Pinar Prieto, cuando volvieron al medico unos días después, este solo le encontró un pequeño resto de los bultos que tenia en un pie. Se decidió entonces hacerle un examen de un trozo de tejido tomado del lugar afectado que dio como resultado una calcificación distrófica sobre inflamación previa. El análisis con microscopio mostró que no era un tumor sino una calcificación consistente en la infiltración o depósito de sales cálcicas en zonas del tejido conjuntivo subcutáneo, mientras que el tumor es una proliferación celular anómala que tiene un comportamiento biológico de escasa o gran agresividad. La calcificación de sor Concepción Boullón nada tenía que ver con tumores peligrosos, aunque desde un punto de vista grosero llega a formar bultos y hay médicos que la confunden con el tumor.

Como los resultados eran decepcionantes para apoyar científicamente la presunta curación milagrosa, intervinieron expertos médicos militantes del Opus Dei de la Clínica Universitaria de Navarra que, en un principio, no se atrevieron a pronunciarse, por lo que sus informes eran evasivos; aunque también hubo expertos médicos que se pronunciaron claramente en contra, señalando que no se trataba de un tumor sino de una calcificación. El catedrático de Patología Anatómica y miembro militante del Opus Dei, Jesús Vázquez, mantuvo serias dudas al respecto, pues un caso de calcificación distrófica difícilmente podía servir de base para una curación milagrosa. Hasta el propio decano de la facultad de Medicina de la universidad del Opus Dei en Navarra, Eduardo Ortiz Landázuri, catedrático de Patología y Clínica Médicas y uno de los doctores de la Casa Real española, se vio obligado a desviar la atención de los expertos hacia otra patología concurrente. Como los más que dudosos tumores de la monja no servían, hallaron una úlcera gástrica que lograba ennegrecer el cuadro clínico, afirmando que, aunque las dos patologías eran independientes, el agravamiento y concurrencia de ambas había hecho prever un desenlace fatal a corto plazo.

Pese a todo, el expediente con la presunta curación milagrosa continuó su camino y en Roma llegó a manos de Raffaello Cortesini, médico y miembro militante del Opus Dei, presidente del Instituto para la Cooperación Universitaria y jefe de la Oficina Vaticana de la Congregación para la Causa de los Santos, organismo que dictamina si las curaciones son o no milagrosas. Allí fue donde la prudencia científica, las dudas razonables y los escrúpulos profesionales fueron barridos de un plumazo. El presidente de la consulta médica, que interviene siempre de oficio, firmó entonces en Roma que las calcificaciones de la monja carmelita española habían sido un milagro, pese a que los miembros del Opus Dei sabían que aquello podía invalidar totalmente el proceso de canonización de Escrivá.

Así, el Opus Dei consiguió que Escrivá llegara a ser declarado beato y, en espera de la ansiada santificación, su imagen ya podía ofrecer una aureola blanca en torno a su cabeza. Sin embargo, expertos canonistas aseguraron que, aunque la Iglesia católica no podía dar marcha atrás, tampoco Escrivá podría alcanzar la categoría de santo, después de tantas tropelías e irregularidades. Sin embargo, la turbosantidad y el culto al fundador contaban en el Vaticano con apoyos suficientes para superar la condición de beato de Escrivá y elevarle a los altares.

En mayo de 1992, antes de la ceremonia pública de beatificación de Escrivá que tuvo lugar en la plaza de San Pedro en Roma, el Opus Dei calculó la asistencia global esperada en 200.000 personas. Tan exageradas previsiones se desglosaban, aparte de unos 15.000 italianos, en 185.000 peregrinos de los cuales 70.000 serían españoles y 23.000 latinoamericanos, de ellos 5.000 mexicanos. También afirmaron que se esperaban unos 5.000 asiáticos y africanos y 2.000 norteamericanos, cifras a todas luces exageradas si se las compara con las 120.000 personas que la propia oficina de prensa del Opus Dei ofreció públicamente más tarde como posibles asistentes a la ceremonia. El único dato real, sin embargo, consistió en que se colocaron 26.000 sillas dentro del perímetro de la Plaza de San Pedro para acoger a los miembros y simpatizantes del Opus Dei y a algunos invitados selectos. Testigos presenciales pudieron constatar que la masa de asistentes no logró alcanzar la columnata de Bernini y que entre los asistentes a pie en la ceremonia destacaba el político italiano Giulio Andreotti con varios escoltas, quien sería luego hasta acusado judicialmente y procesado por mantener estrechos contactos con la mafia siciliana.

Mientras fuentes oficiales del Opus Dei afirmaban, aumentando exageradamente las cifras, que 21 miembros de la Casa Real española habían estado presentes en la ceremonia de beatificación de Escrivá en Roma, el rey de España se había desplazado precisamente el mismo día de la ceremonia de beatificación al pueblo valenciano de Villarreal para celebrar junto con el cardenal aperturista Vicente Enrique y Tarancón el cuarto centenario de san Pascual Bailón, un santo muy oportunamente vinculado a las actividades religiosas de la Casa Real española para aquella fecha.

Por su parte, el embajador de España ante la Santa Sede, Jesús Ezquerra, intentó rectificar inútilmente la noticia difundida por la oficina de prensa del Vaticano, dirigida por el numerario del Opus Dei Joaquín Navarro Valls, según la cual la "delegación oficial española" que asistió a la beatificación había incluido "veintiún miembros de la Casa Real". El embajador español llamó por teléfono al numerario del Opus Dei para que rectificara la noticia errónea, pues ningún miembro de la Casa Real española estuvo presente en la beatificación de Escrivá, asistiendo a título personal tan sólo un grupo integrado por seis funcionarios y exfuncionarios de dicha casa. Sobre el "error" de la oficina de prensa vaticana el Opus Dei nunca quiso rectificar ni se publicó desmentido alguno.

"Los cristianos están llamados a colaborar en una nueva evangelización que impregne los hogares, los ambientes profesionales, los centros de cultura y de trabajo, los medios de comunicación, la vida pública y privada, de los valores evangélicos que son fuente de paz y de hermandad", dijo el papa en su alocución el lunes 18 de mayo de 1992 en la audiencia multitudinaria que, sin precedentes en el Vaticano, concedió en la plaza de San Pedro de Roma a los seguidores del fundador del Opus Dei que ya había sido beatificado la víspera. Decenas de miles de personas, algunos señalaron hasta cerca de cien mil, cantaron "Cumpleaños feliz" a Juan Pablo II que celebraba su 72 aniversario. El papa propuso a Escrivá como cristiano ejemplar en el mundo moderno, situando al Opus Dei como eje de la nueva evangelización de la Iglesia católica en el mundo contemporáneo.

Los actos de la beatificación del día anterior fueron compartidos con la modesta beata sudanesa Josefina Bakhita, demostrando las decenas de miles de asistentes a la ceremonia el poder de convocatoria de masas del Opus Dei, objetivo que no se había propuesto el beato Escrivá cuando comenzó su fundación como organización secreta de élite en 1935, aunque quizás soñara con ello, pues las espectaculares concentraciones de masas también se celebraban, con frecuencia, como ceremonia de culto a líderes y caudillos, en los mejores tiempos del fascismo.

En las cuestiones de santidad, el Opus Dei intentó arreglar el caso del fundador a una velocidad enorme. La beatificación era, sin embargo, el comienzo del "happy end" en la santificación de Escrivá y el Opus Dei necesitaba recorrer más camino para verlo colocado en los altares. El purgatorio burocrático de Escrivá prometía ser largo, porque cualquier camino hacia la santidad estaba lleno de obstáculos y el castigo a tanta velocidad en un turboproceso solía residir en la extremada y prudente lentitud de la Iglesia, por lo menos hasta nuestros días.

Después de ser declarado el fundador oficialmente beato por el Vaticano en mayo de 1992, y como necesitaban urgentemente un nuevo milagro para su santificación, la cúpula directiva del Opus Dei prosiguió el camino de la turbosantidad, iniciando una nueva campaña entre los militantes de la Obra y hallando rápidamente más de una veintena de curas milagrosas en países tan distantes como Filipinas, Puerto Rico y España. No obstante, estaba claro que para la turbosantidad del fundador los casos milagrosos de España resultaban ser más dignos de interés, al ser más fácilmente controlables directamente por el Opus Dei.

Uno de los casos considerados más interesantes se refiere a la cura milagrosa en el mismo mes de mayo de 1992 de un niño de seis años, un día después que su madre invocase a Escrivá, tras haber visto por televisión la ceremonia de beatificación del fundador. Sin embargo, entre los informes aportados al expediente del milagro del niño, hijo de un alto magistrado de la judicatura cántabra, destacaba el del jefe de nefrología infantil del hospital en donde fue tratado, quien negaba el milagro y atribuía la curación a los efectos de un acertado tratamiento farmacológico. El pequeño padecía una alta tensión arterial debido a un estrechamiento de la arteria renal derecha y el 17 de mayo de 1992, la víspera del pretendido milagro, el niño ya presentaba una importante mejoría, "más de lo que la madre dice", según señaló por escrito el médico especialista. Aquello no fue óbice para que el Opus Dei, frente al dictamen del experto que le había tratado, movilizara a otros médicos, entre los que destacaba el doctor Jesús Bustamante, del Hospital Clínico Universitario de Valladolid, quien aportó un informe contradictorio que dejaba las puertas abiertas a lo excepcional y al milagro: "la literatura médica dice que si no hay operación, y no la hubo, la enfermedad es irreversible. Lo ocurrido es, desde el punto de vista científico, incomprensible".

Para que no presentase tantas reservas e inconvenientes como el caso del niño de Cantabria y no fallase el trámite burocrático en el Vaticano para la turbosantidad de Escrivá, el segundo caso de milagro en España fue preparado cuidadosamente por el Opus Dei hasta en los detalles más mínimos. El protagonista del pretendido milagro era en este caso un médico-cirujano de Extremadura, Manuel Nevado Rey, todo un personaje importante en el pueblo de Almendralejo, porque paralelamente a la medicina el cirujano extremeño se ha dedicado a la agricultura después de haber incrementado su patrimonio personal, adquiriendo un latifundio de nombre "La Portuguesa" con cerca de 1.000 hectáreas en la frontera con Portugal. También junto con una hermana suya, monja mercedaria por más señas, participó activamente en la transformación en hospital de la casa de hospicio de beneficencia y, cuando fue cesado en 1986 como médico director de la Casa-Hospital de la Misericordia, se vinculó como miembro cooperador con el Opus Dei. El caso, de todas maneras, fue bien escogido, porque si la curación milagrosa en la que se apoyó la beatificación no fue de un laico sino de una religiosa, en la curación milagrosa de Manuel Nevado Rey, por ser un laico, su caso no llegaba a presentar claramente ninguna dimensión religiosa, añadiendo además él públicamente que no era miembro del Opus Dei. Al ser tan sólo miembro cooperador de la Obra de Dios, antiguos miembros extremeños del Opus Dei señalan que sus declaraciones sobre su pertenencia o no al Opus Dei no son una mentira, sino tan sólo una restricción mental.

Los orígenes de la grave dermatitis o fuerte irritación de las manos del médico-cirujano que motivaría el milagro se remontan a principios de los años sesenta. Fue entonces cuando contrajo la enfermedad, trabajando doblemente de médico y de cirujano en la Residencia Sanitaria de Badajoz. Como cirujano traumatólogo estuvo continuamente expuesto a las radiaciones de los rayos X y en muchas ocasiones no llegó a cubrirse las manos con guantes de plomo. La radiodermitis enseguida le supuso "la pérdida del vello de las manos, con la aparición de zonas sonrosadas y con picores."

El historial médico de la dermatitis que le produjeron durante cuarenta años de profesión los rayos X y las escayolas en los dedos, se convirtió en un relato escalofriante y muy bien documentado con testimonios afines a la causa, gracias al Opus Dei. Relatos y noticias que desfiguraban lo que realmente había sucedido, para darle apariencia de ser más valioso y atractivo. Así, el doctor Nevado fue empeorando con el tiempo hasta perder la sensibilidad en los dedos, lo que le habría obligado en 1992 a abandonar la mesa de operaciones como cirujano y la profesión como médico, si no hubiera ocurrido ese año el milagro. Además, según el informe de otro médico del Opus Dei, creyente en los milagros de Escrivá a pies juntillas, Nevado padecía radiodermitis crónica grave en tercera fase, caracterizada por la transformación neoplásica de las lesiones. La dolencia habría entrado así en una "fase de irreversibilidad" y se encaminaba a un "diagnóstico terrible sin esperanza y que habría podido llegar hasta hacer necesaria la amputación de las manos".

Para la tropa de seguidores de Escrivá, la dermatitis de Manuel Nevado Rey fue considerada como una "enfermedad degenerativa" que llegó hasta impedirle "ejercer la profesión" y cuando llegó el milagro "las lesiones desaparecieron y las manos adquirieron el aspecto actual, perfectamente curadas", lo que le ha permitido a sus 69 años de edad seguir trabajando como médico: Manuel Nevado Rey continúa ejerciendo como cirujano en Zafra, además de la consulta privada en su domicilio.

Sobre la "radiodermitis crónica grave" expertos dermatólogos consideran que en algunos casos, sin milagro alguno, es posible la mejora espontánea de la enfermedad y como Manuel Nevado Rey sigue trabajando aunque ya se encuentra oficialmente jubilado, un médico colega suyo señala, de forma más realista, que no ha vuelto a tener problemas de piel desde que dejó de operar y de usar sin guantes los rayos X.

El Opus Dei había puesto en marcha el mecanismo de la turbosantidad y el expediente sobre el milagro y la enfermedad "gravísima" que el médico-cirujano extremeño había padecido se inició cuando el postulador de la causa de canonización de Escrivá y miembro del Opus Dei solicitó al arzobispado de Mérida-Badajoz la apertura del proceso por un posible hecho sobrenatural en Extremadura. Se creó entonces un tribunal integrado por un promotor de la fe, un postulador y el juez delegado que analizaron los certificados médicos, incluido uno en radiología. El dictamen final fue favorable a la tesis del posible milagro y como caso "científicamente inexplicable" fue enviado desde España a la Congregación para la Causa de los Santos en Roma. Allí, la comisión médica también se pronunció a favor del milagro, señalando que la curación del médico-cirujano de Extremadura había sido "muy rápida, completa, duradera y científicamente inexplicable." Tras los médicos, el expediente pasó con pronunciamiento favorable la comisión de teólogos que declararon lo extraordinario del caso, fuera del orden o regla natural o común, y por último, tan sólo quedó para que aprobara el caso la comisión de cardenales y obispos, antes que el papa, quien conoció a Escrivá y no ocultaba sus fervientes deseos de elevarle a los altares. Los 505 santos y beatos, recientemente proclamados, la mayoría "mártires" de la guerra civil española, son sólo un indicio de la disposición favorable del Vaticano. La turbosantidad de Escrivá iba a resultar fácil por ya existir cartas de 2.000 obispos que declaraban haber tenido conocimiento de la "fama de santidad" del fundador del Opus Dei. Para la turbosantidad en el

futuro de la Iglesia católica bastará con ejercer fuerte influencia, como la realizada por el Opus Dei en el Vaticano.

Respecto a las circunstancias del milagro sólo cabe señalar que en 1992, seis meses más tarde de la proclamación como beato de Escrivá, al médico-cirujano de Almendralejo le regalaron una estampa del ya entonces beato y fundador del Opus Dei. "Me acerqué a un amigo para explicarle lo que me pasaba", relata el cirujano extremeño en las actas del proceso de turbosantidad del fundador. "Él me ofreció una estampa del beato Josemaría Escrivá de Balaguer y me sugirió que recurriese a su intercesión." Es decir, que con tan sólo una sencilla invocación, Josemaría Escrivá, el fundador del Opus Dei, podía hablar en las alturas del cielo con Dios y a favor de él, para librarle de la dermatitis que sufría desde comienzos de los años sesenta, en los comienzos de su carrera profesional, hacía entonces por lo menos treinta años.

Sobre la llamada sobrenatural a Escrivá en su favor y auxilio, Nevado reconoce que "lo hice en aquel momento y días después fui a Viena a un congreso". En relación con el viaje, las afirmaciones de Manuel Nevado Rey sobre su no pertenencia al Opus Dei han sido desmentidas por antiguos socios quienes señalan que en el viaje con motivo de un congreso médico en Austria "fue bien instruido" después de haber frecuentado los centros y las iglesias dirigidas en Viena por el Opus Dei. En su versión del viaje a Austria, Nevado Rey confiesa que "allí me quedé muy impresionado porque "en todas las iglesias que visité" encontré estampas del fundador del Opus Dei. Esto me indujo a invocar con más fervor todavía su intercesión".

Como estaba completamente decidido a apoyar a una colectividad o grupo tan señalado como es el Opus Dei, Nevado del milagro sólo habló a sacerdotes de la Obra y a personas muy allegadas suyas. Semanas después del viaje a Austria el médico-cirujano extremeño dejó entender también a otras personas que sus manos se habían curado milagrosamente por intercesión del beato fundador Escrivá.

Ahora el procedimiento de beatificaciones y canonizaciones es mas rápido, cuando ha desaparecido el famoso "abogado del diablo", encargado de detectar los posibles errores de las causas, quien ahora se llama "promotor de la fe" y está más preocupado en el siglo XXI por los dones espirituales y por el testimonio de las virtudes heroicas. Ello ha permitido que el fundador del Opus Dei se convierta en el pionero de la turbosantidad católica sobre la tierra.

La turbosantidad de Escrivá se resume en que, más de un cuarto de siglo después de su muerte, continúa como protagonista de todo lo que se hace y se dice en el Opus Dei. En su fuero interno Escrivá tema la idea de que era un predestinado. Creía que era un elegido de Dios y que estaba irreversiblemente destinado a ser un santo, llegando hasta la utilización abusiva de "armas sobrenaturales" para llevar a cabo su proyecto. Para el Opus Dei no hay en el catolicismo caminos distintos para la santidad, sino que solo existe el camino de la Obra, trazado durante su vida por Escrivá, declarado oficialmente beato y logrando finalmente la turbosantidad. Como declaró en el año 1992 uno de sus seguidores en Televisión Española, en el programa "Línea 900": "Todos sabíamos que nuestro Padre era santo, la beatificación es sólo para que se enteren los demás". Para los miembros del Opus Dei está claro que Escrivá tuvo una vida de santidad y el Opus Dei fue el único objetivo de su paso por la tierra.

Sin embargo, es práctica habitual en la Iglesia católica declarar a sus beatos tras la prueba de un primer milagro y elevarlos a la santidad una vez probado el segundo. Aunque el Opus Dei tiene documentados mas de veinte milagros presuntamente realizados por la intercesión de Escrivá, el temor que albergaba la cúpula directiva del Opus Dei era que si la canonización no se realizaba durante el pontificado de Juan Pablo II, tal vez no se realizaría en siglos. De ahí que el Opus Dei haya inaugurado cl nuevo tipo de santidad, denominado turbosantidad que consiste en un sencillo cálculo promocional, donde a menor

tiempo en el proceso existe mayor santidad en la persona. Luego, con la turbosantidad declarada del fundador el objetivo de los miembros del Opus Dei, hijos e hijas de Escrivá, será utilizar el apelativo de "santos" tan corrientemente como lo empleaban los primeros fieles cristianos y como Escrivá ya recomendaba en la máxima 469 de su librito Camino: "Saludad a todos los santos. Todos los santos os saludan. A todos los santos que viven en Éfeso. A todos los santos en Cristo Jesús, que están en Filipos. -¿Verdad que es conmovedor ese apelativo -¡santos!- que empleaban los fieles cristianos para denominarse entre sí? -Aprende a tratar a tus hermanos."

Una monja, sor Concepción Boullón, resolvió favorablemente la primera fase y el débil caso de Manuel Nevado, el médico-cirujano de Extremadura que sigue afirmando públicamente "yo no pertenezco al Opus Dei", ha intentado completar sin excesivas dificultades la segunda fase en la turbosantidad del fundador del Opus Dei.

Escrivá decía frecuentemente en vida que "las monjas eran tontas" y recomendaba a las mujeres militantes en el Opus Dei: "Hijas mías, no seáis bobicas como las monjas". Y agregaba que él a la única monja que visitaba era a sor Lucía de Portugal, "no porque haya visto a la Virgen, sino porque nos quiere mucho", y añadía que sor Lucía era "un poco tontucia, pero buena mujer".

Los lazos de amistad de Escrivá con sor Lucía de Fátima se remontaban a los años cuarenta y desde entonces públicamente el fundador del Opus Dei, visitaba regularmente a sor Lucía, una de las videntes de Fátima, en un convento de Túy, provincia de Pontevedra, en donde se encontraba tras haber profesado como religiosa dorotea. Fray José López Ortiz, llamado familiarmente "tío José" dentro del Opus Dei, había sido nombrado obispo de Túy y llamó a Escrivá que acudió solícito a la llamada, empeñado como estaba en la expansión de la Obra de Dios hacia Portugal, la dictadura hermana de España. Tras un primer contacto hubo un segundo encuentro con sor Lucía donde la vidente de Fátima insistió en que el Opus Dei tenía que ir a Portugal. "Le constaté que no teníamos pasaporte, según ha contado Escrivá, pero ella respondió: eso lo arreglo yo enseguida. Llamó por teléfono a Lisboa y nos consiguió un documento para pasar la frontera." Desde entonces, una de las tres videntes de Fátima, monja retirada en un convento, quedó asociada a la historia y a la primera expansión internacional del Opus Dei. Posteriormente, el santuario de Fátima se convirtió en uno de los lugares preferidos de peregrinación mariana del fundador del Opus Dei. Allí se le podía ver rezando descalzo y desgranando un rosario cargado de medallas, como él mismo confesaba: "Vengo con frecuencia a Portugal, sin que me vea nadie, y me acerco a Fátima..."

En el proceso de beatificación del fundador del Opus Dei, el milagro discutible de una monja en un proceso plagado de deficiencias y anomalías iba a tener sin embargo una importancia relativa; pues, antes, para la beatificación hacían falta dos milagros seguros y otros dos para la canonización. Ahora basta uno por cada fase y, en algún caso, el papa Wojtyla ha dispensado del hecho sobrenatural. Por esa causa el expediente del médico-cirujano de Extremadura pudo continuar su curso favorable hasta el Vaticano.

Para la Iglesia católica lo importante es la certidumbre que tras el primer paso, la beatificación, el candidato a la santidad se ha salvado y no ha ido al infierno, aunque podría estar aún en el purgatorio. Con el segundo paso, la canonización solemne, se asegura, con infalibilidad papal, que dicho personaje ya goza de la gloria del cielo. Existen escasos indicios sobre la ubicación exacta del fundador del Opus Dei, ignorándose si se encuentra en el purgatorio o quizás en el infierno. La pista ofrecida por la monja vidente portuguesa amiga de José María Escrivá, una de las protagonistas del milagro de Fátima, nos deja con la duda, cuando en cierta ocasión la vidente sor Lucía le dice al fundador del Opus Dei: "Don José María, usted con lo suyo y yo con lo mío nos podemos ir al infierno."

Esta es la biografía completa de un personaje que afirmaba haber actuado como un santo durante toda su vida. Si la Iglesia católica romana constituye una de las más importantes organizaciones mundiales, dentro de ella, como grupo de presión internacional, el Opus Dei representa un fuerte núcleo integrista con capacidad para condicionar la política del Vaticano, por encontrarse alentado y protegido por el papa Juan Pablo II, cabeza máxima de la Iglesia. No obstante, esta capacidad de influencia es limitada, como se pudo observar durante los pontificados de Juan XXIII y de Pablo VI; además el Opus Dei, durante el pontificado de Juan Pablo II, debe compartir con otras organizaciones y movimientos católicos sus posibilidades de intervención en la política y asuntos del Vaticano. Se puede mencionar como ejemplo de la influencia limitada del Opus Dei lo ocurrido en 1992, cuando Juan Pablo II, escarmentado por el escándalo que supuso la polémica beatificación de Escrivá, cedió a las presiones de los jesuitas y del episcopado alemán, críticos con el Opus Dei, por lo que dijo en un momento de debilidad al entonces presidente Álvaro Portillo que iba a ser el siguiente pontífice quien declarase santo al fundador de la Obra de Dios.

En la guía artística de 1829 titulada "Promenade dans Rome", el escritor francés Henri Beyle, más conocido como Stendhal, anota en sus paseos romanos mientras visitaba la basílica de san Clemente: ... En realidad no poseemos todavía la mínima idea de lo que fue el cristianismo de los primeros siglos. A partir de aquel hombre de genio, parangonable sólo a Moisés, que fue san Pablo, hasta llegar a León XII "felizmente reinante", como se dice en Roma, la religión cristiana, parecida a los grandes ríos que corren salvando los obstáculos que encuentran a lo largo de su recorrido, ha cambiado camino cada dos o tres siglos." Viene a cuento la cita porque la Iglesia estuvo a punto de cambiar una vez más de camino durante los pontificados de Juan XXIII y Pablo VI, pero la elección y muerte, casi simultáneas, del sucesor de Pablo VI, Juan Pablo I, con sólo treinta y tres días de actividad como papa, ya indicaban que la elección de su sucesor como nuevo pontífice de Roma en el otoño de 1978 iba a surgir entre los cardenales más conservadores del cónclave vaticano. La elección estuvo polarizada entre el cardenal Giuseppe Siri, arzobispo de Génova, candidato del ala conservadora, y el cardenal Giovanni Benelli, arzobispo de Florencia, candidato de los renovadores. A medio camino entre Génova y Florencia se encontraban otros candidatos italianos, además de algún "outsider", entre ellos el cardenal polaco Karol Wojtyla, arzobispo de Cracovia, que fue elegido como papa y representaba una fórmula de compromiso continuadora del efímero Juan Pablo I, por lo que tomó el nombre de Juan Pablo II.

En la sede central del Opus Dei, en la cripta donde reposan los restos de Escrivá, rezaron algunos cardenales y eclesiásticos en los días que precedieron a los dos cónclaves de 1978. Aunque no conoció en vida al fundador del Opus Dei, un dato revelador sobre el cardenal Albino Luciani fue que antes de su elección como papa con el nombre de Juan Pablo I estuvo orando ante la tumba de Escrivá y había escrito un artículo laudatorio días antes sobre el fundador del Opus Dei. La víspera del cónclave que iba a designarle como papa sucesor de Juan Pablo I, el cardenal arzobispo de Cracovia Karol Wojtyla también fue a rezar sobre la tumba de Escrivá, a la sede romana del Opus Dei.

El cardenal polaco Karol Wojtyla ya había sido "tratado" por el Opus Dei antes de su elección como papa. El "tratamiento" es el modo de trabajar del Opus Dei con ciertos eclesiásticos para su transformación. Desde sus primeros contactos, que se iniciaron al comienzo de los años setenta, Karol Wojtyla se había quedado prendado del Opus Dei. Éste se hallaba entre los miembros del episcopado de los países del Este de Europa que solían transitar por Roma, el cual quedó maravillado con la intensa actividad desplegada por el Opus Dei, basada sobre todo en la audacia y en la desvergüenza. Wojtyla recibió la ayuda incondicional del Opus Dei antes de su elección como papa. Por ejemplo, entre los regalos que recibió figuraba, junto con un paquete de ejemplares del libro Camino traducido al polaco, una colección de vídeos sobre la catequesis en América de Escrivá, que le sirvieron luego como inspiración para sus viajes ya siendo papa. En Roma

visitó varias veces la sede central del Opus Dei y de él se ocuparon de forma especial; en expresión típica de la Obra ya le "trataban" desde hacía varios años. El fichaje de Wojtyla fue importante, sobre todo cuando fue elegido papa, porque el nuevo pontífice no se atrevería a negar nada al Opus Dei.

Remontándonos en el tiempo, ya en abril de 1972, la revista del Opus Dei, "Studi Cattolici", le dedicó atención a Karol Wojtyla y publicó una primera entrevista con él. Dos años más tarde, en octubre de 1974, Wojtyla fue invitado a dar una conferencia en el Centro Romano de Encuentros Sacerdotales (CRIS), residencia del Opus Dei especializada en acoger eclesiásticos y en donde permaneció luego como huésped cuando efectuaba sus periódicas visitas a la Ciudad Eterna. Según testigos que le conocieron en Roma, Wojtyla mostraba un interés enorme por conocer la situación general de la Iglesia católica que calificaba de catastrófica y comenzó a utilizar para informarse la importante red capilar de espionaje montada por los miembros de la Obra diseminados por el mundo católico y cuyo centro neurálgico se hallaba en la sede romana del Opus Dei. La mentalidad de Wojtyla no era diferente de la de cualquier sacerdote o miembro veterano del Opus Dei. Su pensamiento tenía una lógica interna implacable de sentido integrista, siguiendo un modelo medieval de la persona humana, de la sexualidad, del matrimonio y de la Iglesia, en la cual los principios predominantes son la jerarquía y la subordinación.

Las complicidades intelectuales de Wojtyla con los dirigentes del Opus Dei se fortalecieron conversando del pasado, de los años de la segunda guerra mundial, cuando Wojtyla ingresó en el seminario mayor de Cracovia e inició sus estudios eclesiásticos en la clandestinidad. Este dato de su biografía sería explotado hábilmente en las "tertulias" que mantuvo antes de 1975 con Escrivá y Portillo en la sede central del Opus Dei. Escrivá, el fundador del OD, insistió entonces en contarle sucesos como las dramáticas persecuciones del clero ocurridas en los primeros tiempos del Opus Dei, durante la guerra civil española, lo cual impresionaba mucho al prelado polaco que nunca había llegado a sufrir padecimientos similares en Polonia durante la segunda guerra mundial.

Con la elección del papa polaco hubo satisfacción intensa dentro del Opus Dei, porque representaba el punto culminante de un proceso de escalada en el que la Obra había ejercido una influencia poderosa y aplicado todo el poder de su organización. Sus dirigentes estaban realmente emocionados con el resultado conseguido, después de haber diseñado fórmulas para hacerse con el poder en el Vaticano. Apenas conocida en 1978 la elección del nuevo papa de Roma, el sucesor del fundador al frente del Opus Dei, Álvaro Portillo, hizo público un comunicado de prensa en donde agradecía la buena nueva al santo Espíritu y resaltaba los antiguos lazos de solidaridad y amistad que unían al nuevo papa con la Obra de Dios y con él mismo.

Karol Wojtyla, el papa del Este de Europa que estaba prendado de la Obra de Dios, comenzó a demostrarlo desde sus primeros días de pontificado. El Opus Dei iba a obtener finalmente un estatuto jurídico a su medida, que encajaría además de forma acorde con el papado medieval de Karol Wojtyla, en la encrucijada del fin del segundo milenio y el comienzo del tercer milenio, en los finales del siglo XX y en los comienzos del siglo XXI. Durante una audiencia celebrada por Juan Pablo II en el período inicial de su pontificado, el 21 de diciembre de 1978, el rector mayor de los salesianos difundió luego en el boletín de su orden un testimonio que aclaraba mucho las posiciones del nuevo papa en relación con el Opus Dei. El superior de los salesianos le dijo en la audiencia concedida por el nuevo papa que no era exagerado hablar de cien mil miembros activos en la familia salesiana. "Entonces, exclamó Wojtyla, ¡sois más poderosos que el Opus Dei, que sólo tiene setenta mil!" "Santidad, le respondió el salesiano, nosotros no somos poderosos, sino humildes e inquietos trabajadores." "¡No, no!, replicó vivamente Juan Pablo II, para realizar el bien es necesario el poder, ya lo decía Santo Tomás de Aquino."

Moderno en sus formas, pero integrista en sus planteamientos teológicos y morales, el Opus Dei se iba a convertir en el espejo en el que el papa quería ver reflejadas sus intenciones de renovación y de revisión dentro de la Iglesia católica. Pero lo que nunca llegó a imaginar el papa polaco era que el poder ambicionado por el Opus Dei resultaba ser la propia Iglesia católica. Es pues, como señala Javier Pérez Pellón, el primer objetivo que el Opus quiere conquistar y lo intenta desde su interior. Otro experto en cuestiones vaticanas, Gianni Baget Bozzo, indica también que es sobre la Iglesia católica donde el Opus Dei aplica el poder de su organización y la estructura social sobre la cual ejerce su influencia. Algo así como un vasto organismo parasitario que se ciñe como una red al cuerpo de la Iglesia católica e intenta taponarle todos los poros.

Con tales antecedentes, el papa Juan Pablo II no tuvo fuerzas para oponerse al OD ni a la forzada santidad, mejor dicho, a la turbosantidad del fundador. Juan Pablo II aprobó sin remilgos el 20 de diciembre del año 2001 el decreto por el que convertía en santo a Escrivá, el fundador del OD. Los remilgos son la pulidez o delicadeza exagerada o afectada mostrada hábilmente con gestos expresivos por el papa polaco Karol Wojtyla. Cuentan en el Vaticano que el papa Juan Pablo II tuvo que ser ayudado y hasta tuvieron que empujarle el brazo para la firma del decreto, dado el estado de salud del romano pontífice polaco. La canonización de Josemaría Escrivá quedó pendiente, sin embargo, de un consistorio encargado de la confirmación de la decisión pontificia, como asimismo de la fijación de la fecha del solemne acto de la canonización, que los dirigentes del Opus Dei pretendieron que fuera dentro de la celebración del centenario, el 26 de junio de 2002, conmemoración del aniversario de la muerte de Escrivá.

De la turbosantidad del fundador cabe señalar, por último, que Escrivá fue declarado beato a los diecisiete años de su muerte y ha sido elevado a los altares en calidad de santo diez años después, un tiempo de espera mínimo comparado con la media de cincuenta años requerida en la mayor parte de los procesos. Junto con la turbosantidad de Escrivá el papa Juan Pablo II aprobó también once decretos para elevar a los altares a tres nuevos santos y ocho beatos, entre ellos el indio Juan Diego, a quien dicen se le apareció la mexicana Virgen de Guadalupe, y el religioso franciscano Padre Pío, que cuenta con una devoción muy extendida en Italia. El proceso de turbosantidad de Escrivá ha merecido, por su parte, los fríos comentarios de altos cargos del Vaticano y uno de ellos ha señalado que "el Opus vence pero no convence".

La fecha del 30 de julio de 2002 ha quedado fijada por el Vaticano para la ceremonia en México de la declaración como santo del indio Juan Diego, y el 31 de julio en Guatemala para la de Pedro de Betancur, que será el primer santo guatemalteco. El papa se desplazará a México y Guatemala, y estará presente en ambas ceremonias de canonización. Finalmente el papa Juan Pablo II canonizará el 6 de octubre en Roma a monseñor Josemana Escrivá, fundador del Opus Dei.

Ha ganado finalmente la hagiografía seductora del fundador del Opus Dei, entendiéndose por seducción el hecho de presentar los aspectos más atractivos de una personalidad, escondiendo otros muchos, entre ellos los que son especialmente sórdidos. Los hechos históricos, sin embargo, siguen estando por encima de los legalismos, sobre todo en el caso de una santidad tan dudosa. La proclamación como santo del fundador del Opus Dei es buena prueba de que la Iglesia católica suele preferir cualquier versión legendaria antes que la realidad de la historia.

El craso error del Opus Dei ha sido el no tener la paciencia de esperar para su fundador el juicio de la historia y con la turbosantidad han intentado forzar la situación y, como tienen los lectores la posibilidad de analizar en esta biografía completa, con unos resultados a largo plazo negativos tanto para el Opus Dei como para la Iglesia católica.

CAPÍTULO 2.
PRIMEROS AÑOS DE VIDA OSCURA

EN LA PARTIDA DE BAUTISMO de José María Escriba que figura en el libro de registro de la iglesia catedral de Barbastro aparece un dato revelador sobre la familia y quien mantuvo una preocupación constante en modificar su apellido. Ellos no se llamaban originariamente Escrivá, sino Escriba, es decir con be y sin acento, por lo que no hay que excluir la hipótesis de que tuvieron que catalanizar el apellido para camuflar un apellido de judío converso como Escrivá. Más tarde, en el expediente de estudios de José María, él mismo se firma José María Escrivá, aunque en el encabezamiento las autoridades académicas transcriban su nombre como José María Escriba, el que figuraba en sus documentos personales y en la partida de bautismo.

La familia Escriba pertenecía a la clase media de Barbastro, un pueblo situado en las estribaciones montañosas del Pirineo central, en la provincia de Huesca, limítrofe con Francia. Dentro de Aragón, la comarca del Somontano, en donde vino al mundo el fundador del Opus Dei, es un territorio que se encuentra al pie de las montañas más meridionales, próximo al valle del Ebro, en las altiplanicies antes de los primeros contrafuertes del Pirineo, y Barbastro, con cuatro mil habitantes en la época, era su núcleo de población más importante.

Por parte del padre, los Escriba eran pequeños agricultores oriundos de Lleida, provincia de la vecina Cataluña, y por parte de madre, los Albás, también oriundos de Cataluña, ejercían una actividad comercial desde hacía varias generaciones. Establecidos como honrados comerciantes en Barbastro, los Escriba formaban una de esas familias "de recia contextura hogareña y gran moralidad, pertenecientes casi siempre a la clase media", *["La moralidad pública y su evolución. Informe reservado destinado exclusivamente a las autoridades. Madrid, 1944, p. 315, en "Usos amorosos de la postguerra española", Carmen Martín Gaite. Ed. Anagrama]* con tres tíos curas en la familia, dos por parte de la madre y uno por parte del padre.

Sus hagiógrafos afirman que el origen de José María Escriba Albás, fundador del Opus Dei y protagonista de esta biografía, era de "antigua y limpia estirpe por ambas ramas del árbol genealógico", *[Perez Embid, Florentino. "Monseñor Josemaría Escrvá de Balaguer y Albás, Fundador del Opus Dei, Primer Instituto Secular". Separata del tomo IV de la Enciclopedia "Forjadores del Mundo Contemporáneo". Ed. Planeta, Barcelona 1963, p. 2]*, lo cual nos hace pensar en algo distinto sobre el origen social del hijo de unos comerciantes de pueblo. La expresión, cuidadosamente calculada, ha llegado incluso a formar parte de la leyenda elaborada más tarde sobre el fundador, exhibiendo los miembros del Opus Dei, totalmente entregados al subgénero histórico de la hagiografía o vidas de santos, una habilidad descomunal para disfrazar los hechos. No obstante, la profesión de comerciante es difícilmente conciliable con la de hijodalgo en un país como España, y decir "antigua y limpia estirpe por ambas ramas del árbol genealógico" representa tan sólo, por desgracia, que ningún ascendiente de los Escriba nació en la calle, en el prostíbulo o en la inclusa. En cualquier caso, resultan ridículas las pretensiones de ilustre prosapia o hidalguía campesina. La nobleza baturra de los Escriba se redujo, como veremos más adelante, a unas ansias desmesuradas de promoción social, para contrarrestar quizá unos orígenes tan modestos en el pueblo de Barbastro.

Existen, sin embargo, diferentes versiones hagiográficas de la vida de José María Escriba que han sido perfectamente elaboradas a partir de retazos de una información tergiversada, todo ello adobado con gran abundancia de anécdotas inventadas, que sirven para consumo de simpatizantes y seguidores. Sin

embargo, esta biografía completa se limita a una descripción somera y rigurosa de hechos realmente acaecidos, para que los lectores puedan apreciar la naturaleza y alcance de la peripecia biográfica de José María Escriba. Este límite se justifica tanto más cuanto que José María Escriba volverá una y otra vez a sus recuerdos de infancia y adolescencia, sobre todo desde que se convirtió en líder carismático de una poderosa organización con sede en Roma, ejerciendo una gran influencia hasta después de su muerte entre sus seguidores y también en el Vaticano.

El primer fruto del matrimonio Escriba fue una niña, bautizada con el nombre de Carmen, y el segundo de los hijos, José María, quien protagonizaría la fundación del Opus Dei, nació el 9 de enero de 1902, año en que tuvo lugar la coronación del rey Alfonso XIII. Con la mayoría de edad y la proclamación como rey de Alfonso XIII una nueva era política parecía comenzar en España. La subida al trono de un monarca de diecisiete años representaba una apuesta política llena de peligros y los restantes países europeos dieron importancia al suceso, *["Memories de S.A.R., L'Infante Eulalie 1868-1931", Plon, París, 1935, pp. 129 y 130]* sobre todo después de la pérdida reciente de colonias sufrida por España.

En Barbastro, provincia de Huesca, ocurrieron en 1904 otro tipo de sucesos. Cuando Losé María cumplió dos años, y esta edad marca un momento importante en su desarrollo, padeció unos ataques de alferecía, que es lo que modernamente se llama epilepsia. *[Identificada con la epilepsia, la alferecía es una enfermedad más frecuente en la infancia, caracterizada principalmente por accesos repentinos con pérdida brusca del conocimiento y convulsiones]*. A pesar de ser una enfermedad grave y extendida en España, en donde aún se cuentan más de 300.000 casos al año, *[Centro de Información Bioestadística. "Epilepsia en España. Informe Gaba 2000, Madrid, 1994]*, 1a epilepsia es una de las enfermedades crónicas menos invalidantes. Presenta a veces un proceso con un componente psíquico muy fuerte, con aumento de la irritabilidad, que puede obedecer a múltiples causas. En el caso del niño Escriba conviene tener en cuenta que se trataba de una patología con probados antecedentes familiares y que le dejaría secuelas, como ese aspecto reservado y de temperamento a la vez rígido y ardiente, que se desbordaría a veces en bruscas y violentas cóleras.

A partir del desencadenamiento de su primera crisis de epilepsia infantil, José María Escriba pasó a estar sobreprotegido por su madre y un manto de silencio cubrió al afectado por parte de la familia. Incluso escondieron tan aparatosa enfermedad a los fieles seguidores de José María Escriba de los primeros tiempos, debido quizá a la mala imagen que tiene la epilepsia entre la población en general. Posteriormente, cuando tuvo que desplazarse a Roma en 1946 y ya se le había declarado una grave diabetes, Escriba consultó si existía alguna lesión neurológica con el renombrado neuropsiquiatra español Juan Rof Carballo. *[Véase capítulo 7: "El fundador en Roma”]*.

Pero de aquella primera crisis con dos años su familia afirmaba que Escriba salió fortalecido y por ello su madre le llevó en peregrinación a la ermita de Torreciudad, en las cercanías de Barbastro, de cuya Virgen era muy devota, en señal de agradecimiento por una curación que luego sería calificada de milagrosa, y Torreciudad significaría, como se analiza más adelante, el triunfo de Escriba sobre la enfermedad. *[Véase capítulo 9: "Ultimo período en la vida del fundador". También Berglar, Peter, "Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1976, pp. 25-26: Gondrand, Francois, "Al paso de Dios", Rialp, Madrid, 1985; Vázquez de Prada, Andrés, "El fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1985, pp 50-52]*.

A partir de entonces, su madre ya no querrá despegarse de José María, por estar necesitado de cuidados constantes, lo cual tendrá una importancia decisiva en la vida de ambos. Con una madre tan protectora se iba a producir la fijación inevitable del niño con su madre y, como consecuencia, un infantilismo

persistente agravado más tarde con el oscurecimiento de la figura del padre, por no sacar adelante económicamente de forma satisfactoria a su propia familia.

Tres niñas nacieron luego en el hogar de los Escriba: Asunción en 1905, Dolores en 1907 y Rosario en 1909. Pero de las cinco criaturas, sólo sobrevivieron dos: Carmen, la mayor, y José María, destinado a ser el fundador del Opus Dei. Antes de cumplir el año murió Rosario. A los cinco años murió Dolores y Asunción a los ocho años de edad. Si 1905, 1907 Y 1909 representaron años de nacimiento, los años 1910, 1912 Y 1913 significaron años de muerte para la familia Escriba, afectada de una extraña patología y que contaba además con graves antecedentes familiares.

Como las tres hermanas se fueron muriendo a partir de 1910 en razón inversa a su edad, de la más pequeña a la mayor, José María Escriba llegó a decir el 9 de enero de 1972, cuando celebraba el septuagésimo aniversario de su nacimiento, "no quiero cumplir más que siete años". Y también comentó en cierta ocasión que si tuviera que hacer alusión a su edad iba a decir que sólo tenía siete años. *[Gondrand, Francois, ob. Cit., pp.270-271]*.

Tal sucesión de traumas infantiles tuvo que crear una cierta predisposición a la neurosis crónica y resulta muy revelador que Escriba fijase un intento de regresión en su vida a 1909, un año antes del comienzo de tantas desgracias familiares, con una edad, siete años, en la que los niños ya dejan de creer en los Reyes Magos.

Respecto a la psicología del niño, la fase edípica que empieza naturalmente a partir de los cinco años debió tener un fuerte impacto en José María Escriba. Se comprueban en efecto, tendencias edípicas que, al ser expresadas puerilmente por un niño, consisten en desear para sí solo a uno de los dos padres, generalmente del sexo opuesto, pero siempre el que ofrece mayor seguridad, excluyendo al otro. La exclusión del otro se formula a menudo como un deseo de partida o de muerte, teniendo en cuenta que para el niño la muerte no significa habitualmente otra cosa que el alejamiento. *[Véase capítulo 7: "El fundador en Roma" y capítulo 9: "Ultimo período en la vida del fundador"]*.

La mayoría de los psicoanalistas coinciden en afirmar que la situación edípica es una situación normal; aunque dicha fase puede convertirse en complejo, posible generador de una neurosis ulterior, cuando se reúnen varias condiciones precisas que actúan como agravantes y que eran fácilmente constatables en el caso del niño José María Escriba, analizando algunos datos de los primeros años de su vida: por una parte, la excesiva relación afectiva y la acusada preferencia del niño por su madre, junto con una indulgencia excesiva de la progenitora, proceso agravado más tarde con la ruina económica protagonizada por el padre; y por otra parte, el hecho de quedar José María como varón único tras la muerte traumática de las hermanas, junto con el nacimiento posterior de un hermanito, asunto que remueve la cuestión del origen de los niños y, con ello, sexualiza rápidamente los sentimientos edípicos. *[Mucchielli, Roger, "La personalidad del niño. Su edificación desde el nacimiento hasta el final de la adolescencia". Hogar del Libro. Barcelona, 1938, pp. 88 y 90]*.

La madre, Dolores Albás, que era muy religiosa, había enseñado a rezar devotamente a sus hijos y José María se había convertido en un niño muy piadoso. De aquella época doña Dolores guardaría como reliquia un cuadro de la Virgen María con un Niño Jesús, con aspecto de tener dos o tres años, donde aparecía sonrosado y mofletudo, con mohín candoroso, el pelo rubio, repeinado a raya y con bucle. *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. Cit., pp. 483-484]*. No hace falta imaginar que la imagen era el modelo propuesto por la madre para ser imitado por su hijo José María. El cuadro que sería conocido familiarmente por la Virgen del Niño Peinadico se convirtió más tarde en un objeto preciado de la iconografía privada del Opus Dei.

José María estudió las primeras letras en las Escuelas Pías de Barbastro y allí cursó también los primeros años de bachillerato, donde iba a examinarse, llevado de la mano por los padres escolapios, a los institutos de Huesca o de Lleida. Su expediente presenta una normalidad escolar, con resultados satisfactorios en todos los cursos.

Los Escriba poseían un cierto barniz de cultura y José María se aficionó desde una edad temprana a la lectura de temas medievales, como los cantares de gesta. Téngase en cuenta que en las tierras del Pirineo, durante la larguísima guerra de los cristianos contra los moros que duraría ochocientos años, la Reconquista cristiana tuvo un carácter distinto que en otras regiones españolas. En Aragón la Reconquista comenzó con la ocupación de Barbastro, a donde se encaminó en el año 1064 una cruzada predicada por el papa Alejandro II. La península Ibérica estaba dominada entonces por el mismo enemigo de la cristiandad que en Tierra Santa y tales cruzadas, así como las órdenes militares y las guerras entre moros y cristianos, debieron impresionar a José María, ya que Barbastro fue una plaza fuerte sitiada varias veces por los cristianos durante la Reconquista. "Las gestas relatan siempre aventuras gigantescas, pero mezcladas con detalles caseros del héroe", llegó a escribir luego José María, siendo ya adulto, en Camino, el más famoso de sus libritos. *["Camino". Máxima 826]* Y de sus lecturas medievales debió partir, sin duda, como producto de sus ensoñaciones juveniles, su obsesión por pertenecer a una familia de alta alcurnia que le empujaría a la búsqueda incansable de honores y privilegios, llegando incluso a realizar actos ridículos de falso ennoblecimiento para sí y para su familia. *[Véase capítulo 9: " Ultimo período en la vida del fundador"]*.

Algunas noches después de cerrar la tienda, José María, acompañado de otros niños, se quedaba ayudando a su padre a contar el dinero que se había ganado ese día, según el testimonio de una vecina de Barbastro, María Esteban Romero. Junto con otros amiguitos, José María se sentaba encima del mostrador y se entretenía mucho contando las monedas. *[Bernal, Salvador, ob., cit., p. 21]*

Aquel niño aragonés, que se aficionó desde muy pequeño a tocar y contar el dinero, conoció también el dolor, en la peluquería. Él mismo lo relataría años más tarde: "En las fechas más destacadas de mi vida, el Señor ha querido mandarme alguna contrariedad. Hasta el día de mi primera comunión, al peinarme el peluquero, me hizo una quemadura con la tenacilla."

Pero los sufrimientos del niño fueron poca cosa comparados con los de su padre. Todo el mundo de la infancia de José María se derrumbó de repente con el cierre en 1915 de la tienda de tejidos que don José Escriba regentaba con otro socio en Barbastro. Quebró la tienda de paños y los Escriba se fueron a Logroño, capital de la Rioja, lo suficientemente alejada de Barbastro para evitar la tentación del regreso. Allí el cabeza de familia, venido a menos, hubo de buscar colocación como dependiente en otra tienda de tejidos.

Si en las familias españolas las madres se hacían cargo del hogar y la educación de los hijos mientras que los padres se encargaban de resolver la situación económica, los parámetros tradicionales de la familia Escriba fallaron por parte del padre y la salida de Barbastro tuvo más de huída que de mudanza, abandonando el pueblo de noche para esquivar a los acreedores. *[Infante, Jesús. "La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y Desarrollo de la Santa Mafia". Ruedo Ibérico, París, 1970, p.4]*. El fantasma de la ruina no abandonaría nunca a José María, el cual se esforzó toda su vida por devolver a la familia la solvencia y el crédito perdido.

José María tenía edad suficiente, trece años, como para darse cuenta de lo que representaba la quiebra del negocio familiar en Barbastro. En Logroño, sin embargo, continuó estudiando hasta acabar el bachillerato y en octubre de 1918, cuando tenía dieciséis años, inició la carrera de sacerdote como alumno externo en el seminario de Logroño.

José María le había comentado previamente a su padre la intención de ingresar en el seminario, desde que un día de invierno, en el mes de diciembre de 1917, vio las huellas de pasos de un carmelita descalzo en la nieve. Entonces sintió el impulso de hacerse carmelita, para encerrarse a cantar las alabanzas de Dios en el convento; aunque luego cambió de opinión y dijo que no le interesaba la carrera eclesiástica, que no le atraía ser cura y que su vocación era la de arquitecto. Finalmente, la decisión fue tomada y el padre, que trabajaba como dependiente de comercio, aceptó que José María iniciara los estudios para el sacerdocio con la condición de que cursara también la carrera de derecho, a fin de evitar ser en el futuro un hombre sin recursos si le fallaba la vocación religiosa.

Aconsejado también por su padre, el joven José María consultó, antes de dar el paso, a un capellán militar, Albino Pajares, personaje con la clásica visión medieval en la que el sacerdocio es el saber y la milicia la fuerza, cuya opinión tuvo un peso importante en aquellos momentos.

En España, los hijos de los pequeños agricultores, comerciantes y los sectores de la población rural no asalariada encontraban en los seminarios durante el primer tercio del siglo la única vía posible de acceso a la cultura superior y de promoción social. Con ello no se pretende afirmar que José María Escriba tuviera forzosamente que ser eclesiástico de modo cerrado y terminante; pero si se analiza someramente el ingreso en los seminarios españoles y la aportación de regiones como el Pirineo navarro-aragonés y la Rioja, junto con el origen social de Escriba y su tremenda ambición realzada en infinitos detalles personales, resulta fácil concluir que el camino religioso era el único viable para un individuo como él. Tuvo la ilusión de ser arquitecto, pero se inclinó por el sacerdocio. José María Escriba "escogió" el "único camino" que podría llevarle lejos y la ruta del sacerdocio eclesiástico le ofrecía perspectivas más claras que cualquier otra carrera.

Parece probable, sin embargo, que Escriba no tuviera a los dieciséis años una conciencia clara de lo que ambicionaba, lo cual por otra parte, no impide la existencia de una vocación eclesiástica. La vocación, como escribe Castilla del Pino, es una ultraestructura o estructura ulterior que uno elige para su persona, una vez que ya está y comienza a actuar en el mundo que le ha sido dado vivir. *[Castilla del Pino, Carlos. "Dialéctica de la persona, dialéctica de la situación". Ed. Ibérica, Barcelona, 1968, p.139]*. José María Escriba pudo sentir vocación hacia el sacerdocio pero, no conviene olvidarlo, se sintió llamado dentro de unas estructuras como las de la sociedad española que ofrecían entonces, y siguieron ofreciendo después, un margen muy angosto y escaso de oportunidades.

En un ambiente de religiosidad familiar, con la vocación de José María predeterminada por la madre, los Escriba celebraron por aquellas fechas el nacimiento de un nuevo varón en la familia. Nació el 28 de febrero de 1919 y fue bautizado con el nombre de Santiago. Así, otro hijo varón podía compensar la ausencia de José María cuando tuviera que irse y sólo quedara la hija mayor, Carmen.

Cuenta uno de los hagiógrafos de Escriba que unos meses antes, a finales de 1918, cuando José María estudiaba en Logroño como alumno externo del seminario, su madre les dijo a él y a su hermana "que pronto tendrían un hermanito" y, ante la noticia, la primera reacción de José María, repuesto de la sorpresa, "fue el pensar que sería varón, pues así lo había pedido a Dios". Luego, con la noticia del nacimiento tuvo una gran alegría, comentando posteriormente que "con aquello toqué con las manos la gracia de Dios, vi una manifestación de Nuestro Señor. No lo esperaba" *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. Cit., p.75]*. José María Escriba se refería con este comentario posterior a la supuesta intervención divina conseguida por él y de ahí que este suceso fuera incluido años más tarde dentro del proceso de turbosantidad, en el capítulo de hechos sobrenaturales, por sus seguidores del Opus Dei.

En el seminario de Logroño José María no pudo ser alumno interno, entre otras razones, por motivos de salud. Comenzó su carrera eclesiástica como seminarista externo yendo a clases aunque viviendo en casa, en donde también recibía clases particulares además de los cuidados maternos.

En septiembre de 1920 se trasladó a Zaragoza. Era poco corriente tal desplazamiento pero José María iba a estudiar también derecho empujado por su padre, lo cual era imposible en Logroño. Además el seminario dependía de la diócesis de Burgos y se veía obligado a cursar por libre la carrera de leyes en Valladolid, mientras en Zaragoza existía entonces una universidad pontificia, lo que le permitía simultanear los estudios eclesiásticos con los civiles de derecho, abandonando provisionalmente un universo que era el del pasado y el de la familia.

Con este nuevo traslado José María Escriba mostraba que no estaba resignado a ser un sencillo mosén en su diócesis y lo universitario o académico representaba un peldaño en su ambición social. Estaba además la familia: en Zaragoza tenía como parientes a dos eclesiásticos hermanos de la madre, uno de ellos canónigo de la catedral. Después de haber solicitado su traslado al seminario de Zaragoza para el curso escolar 1919-1920, logró obtener una media beca que completaría la ayuda que sus padres pudieron prestarle. *[Gondrand, Francois, ob. Cit., p.35]*.

En el seminario de Zaragoza José María Escriba vivió bastante al margen de sus condiscípulos y algunos de sus compañeros de estudios conservan el recuerdo de un joven poco mezclado en la vida común, de aspecto reservado y de temperamento rígido y a la vez ardiente, que se desbordaba a veces en bruscas y violentas cóleras *[Artigues, Daniel, "L'Opus Dei en Españgne. Son évolution politique et ideologique. Ed. Ruedo Ibérico, París, 1968, p. 9]* Un compañero de Escriba en el seminario, Manuel Mindán Manero, le calificó de "hombre oscuro, introvertido y con notable falta de agudeza. No me explico -añadiría Mindán, que también se hizo sacerdote- cómo un hombre de tan pocas luces pudo haber llegado tan lejos".

En las navidades de 1922 había recibido los grados de ostiario y lector, junto con los de exorcista y acólito. En 1923, con la primera tonsura Escriba logró ser nombrado superior, también llamado moderador, un pequeño puesto que equivalía a inspector encargado de vigilar a sus compañeros, tanto en clase como en los paseos, con el privilegio de poder repetir plato en las comidas. Cuando terminó los años de teología preceptivos de la carrera eclesiástica fue ordenado subdiácono en la iglesia de San Carlos el 14 de junio de 1924.

En aquellos tiempos José María Escriba iba a demostrar una enorme voluntad de poder que mantendría a lo largo de toda su vida y ya en el seminario repetía incansablemente una jaculatoria en latín, invocando a la Virgen María: "Domina, ut sit! Domina, ut veam!", lo cual equivale a decir: "¡Señora, que sea! ¡Señora, que vea!".

En la de entonces existente universidad pontificia de Zaragoza, José María Escriba completó los cinco curso íntegros de estudios eclesiásticos y el 28 de marzo de 1925 fue ordenado sacerdote. Se dispone del testimonio del propio Escriba quien describe cuál era en aquella época su visión del mundo: "Cuando yo me hice sacerdote, la Iglesia de Dios parecía fuerte como una roca, sin una grieta. Se presentaba con un aspecto externo, que ponía enseguida de manifiesto la unidad: era un bloque de una fortaleza maravillosa." Para luego contar el mismo Escriba años después, antes de su muerte en el año 1975, que la Iglesia "si la miramos con ojos humanos, parece un edificio en ruinas, un montón de arena que se deshace, que patean, que se extiende, que destruyen..." *[Bernal, Salvador, ob. cit., p. 262]*.

Entretanto su padre había muerto en Logroño unos meses antes y José María se hizo cargo de su madre, de su hermana Carmen y de su hermano Santiago, que tenía entonces seis años. La familia Escriba se encontraba en una situación

económica extremadamente grave: el sueldo de dependiente de comercio se había terminado y se habían enfriado además las relaciones con los parientes de Zaragoza. Sin embargo, José María aprovechó el triste suceso de la muerte de su padre para realizar un cambio familiar importante con la modificación del apellido. José María ya no soportaba más tener como primer apellido familiar el de Escriba, porque en la antigüedad así se denominaba a los copistas y amanuenses, y a los doctores e intérpretes de la ley entre los hebreos.

La familia Escriba pasó a ser Escrivá de forma pública; aunque luego, más tarde, tuvieron que añadir de Balaguer por las ínfulas de nobleza y para que no hubiera más dudas en la catalanización del apellido.

Con las licencias eclesiásticas obtenidas, José María Escrivá, ya no Escriba sino Escrivá, se había convertido en un mosén, que era el título que se daba principalmente a los clérigos y que provenía del tratamiento que en la antigüedad ostentaban los nobles de segunda clase en el reino medieval de Aragón. Al día siguiente de haber cantado su primera misa, José María fue enviado como cura ecónomo a Perdiguera, un pueblo de varios centenares de habitantes en el límite del cuasidesierto de Los Monegros. Allí hizo las funciones de párroco por vacante del titular durante la Semana Santa de 1926, para regresar siete semanas más tarde a Zaragoza, en donde ya se encontraba instalada en un piso de la calle de Rufas, muy pobremente, su familia.

Como no disponía de peculio propio y tenía encima que sostener a la familia, se dedicó a dar clases de latín y fue hasta profesor encargado de los cursos de derecho canónico y romano en el Instituto Amado, una academia privada dirigida por un capitán de Infantería que preparaba principalmente el ingreso en la Academia Militar de Zaragoza.

El joven sacerdote se ocupó además de desempeñar interinamente varios trabajos eclesiásticos que le encargaron desde el arzobispado, aunque sus preferencias personales en las celebraciones de culto se dirigían a la iglesia de San Pedro Nolasco, regida entonces por sacerdotes miembros de la Compañía de Jesús, los famosos jesuitas. También estuvo de sustituto del párroco de Fombuena, aldea de doscientos cincuenta habitantes cercana a Daroca, durante la Semana Santa de 1927.

Había empezado a estudiar por su cuenta una carrera civil, la de derecho, en la universidad de Zaragoza, de acuerdo con los deseos de su fallecido padre, para tener una garantía de mayor seguridad en el futuro. José María Escrivá intentó simultanear entonces derecho con sus estudios eclesiásticos, pero era muy difícil que un seminarista pudiera realizar una carrera universitaria en el mismo espacio de tiempo. Un catedrático de derecho con quien se examinó José María Escrivá señalaría años más tarde que "no sabía mucho, no sabía mucho. Para un aprobadete. Le di notable porque era cura. Y se enfadó porque no le di sobresaliente".

Tuvo algunos suspensos y en otras ocasiones no pudo presentarse a los exámenes. El caso es que en 1925, cuando se instaló su madre con sus otros dos hermanos en Zaragoza, no había aprobado aún la mitad de las asignaturas de la carrera. Se presentó luego a los exámenes en junio y septiembre de 1926, aunque se ignora si lo hizo en convocatorias posteriores para acabar la carrera y obtener el título de licenciado en derecho.

En este período inicial de la vida del futuro fundador del Opus Dei otro punto oscuro aparece en las incompletas biografías oficiales. Uno de sus hagiógrafos, Florentino Pérez-Embid, notable miembro del Opus Dei, escribe: "Al llegarle la edad de la formación universitaria, cursó la carrera de derecho en la universidad de Zaragoza, y los estudios eclesiásticos en el seminario cesaraugustano de San Carlos, "del que fue superior". Recibió la tonsura clerical de manos del cardenal Soldevila, el famoso arzobispo de aquella diócesis, que al poco tiempo caía asesinado por un anarquista". Otro miembro del Opus Dei, Carlos Escartín, autor

de un "Perfil biográfico" sobre Escrivá, afirma igualmente: "Estudió la carrera de leyes en la facultad de derecho de la universidad de Zaragoza, al mismo tiempo que realizaba los estudios eclesiásticos en el seminario de San Carlos de esta ciudad. Recibió la tonsura clerical de manos del cardenal Soldevila, arzobispo de Zaragoza, "que le nombró Superior del Seminario".

En efecto, tras la primera tonsura en su carrera sacerdotal Escrivá había sido nombrado superior, también llamado moderador, puesto humilde que equivalía a inspector encargado de vigilar a sus compañeros, tanto en clase como en los paseos, con el privilegio de mostrar mayor urbanidad y de repetir plato en las comidas. En cambio, para los hagiógrafos del fundador del Opus Dei el humilde puesto de superior ofrece una mayor consideración social, por lo que la pretensión de hacerle superior del seminario de San Carlos, antes de su ordenación como sacerdote, nos plantea un caso de precocidad extraordinaria en los anales de la Iglesia católica. Ser a la vez diácono y rector de un seminario resulta excesivo, sobre todo si tenía veintiún años de edad cuando recibió la tonsura clerical y veintitrés cuando fue ordenado sacerdote.

Hay versiones de su vida todavía más peregrinas como la de Javier Ayesta Díaz, uno de los portavoces oficiales del Opus Dei, quien llegó a declarar que "por entonces José María Escrivá era todavía seglar. Estudió derecho en la universidad de Zaragoza, se hizo abogado y posteriormente se ordenó sacerdote. Debido a haberse ordenado tan tarde conservó la mentalidad del seglar y por ello creó una asociación seglar". *[Ayesta, Javier. Entrevista. Diario "Der Gelderlander", Nimega, Holanda]*.

Aquí aparece al descubierto el móvil de las tergiversaciones y los falsos datos biográficos, que consiste en demostrar años después que Escrivá hizo de todo: de abogado a superior de seminario, pasando por cura párroco de aldea. Y así todos los esfuerzos de los hagiógrafos del Opus Dei se centran en ofrecer, para el consumo propio y de extraños, la figura sacerdotal, universitaria y secular del fundador del Opus Dei, cargado de experiencias laicas y alejado de todo espíritu de religión o clericalismo, siendo el mismo Escrivá el primero que estuvo firmemente interesado en mantenerla.

Existen serias dudas sobre si aprobó todas las asignaturas de la carrera, condición necesaria para obtener el título de licenciado en derecho. Los más escépticos de sus críticos se preguntan ¿dónde está el título de licenciado?, ya que su expediente académico ha sido buscado infructuosamente y no aparece en los archivos de la facultad de derecho de la universidad de Zaragoza, así como tampoco existe justificante o recibo del pago de las tasas correspondientes para la obtención del título a nombre de José María Escrivá, en los primeros meses de 1927 ni en fechas posteriores.

¿Acabó entonces la carrera de derecho? Antonio Pérez Tenessa, destacado abogado y letrado del Consejo de Estado, que fue durante años sacerdote numerario y secretario general del Opus Dei en España, va mucho más lejos afirmando: "Dudo mucho de que hubiera estudiado derecho. Nunca vi su título de licenciado y tal como eran las cosas de la Obra, de haberlo hecho, se le hubiera situado en un marco dorado impresionante. Aunque pudo haberse perdido ese documento, como tantos otros, durante la guerra (...). Desde luego, por las conversaciones que teníamos, yo creo que si había estudiado derecho lo había olvidado por completo. En cambio, tenía alguna idea vaga de derecho canónico, producto lógico de lo que había estudiado en el seminario" *[Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei". Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1987, p.19]*.

Existen por otra parte indicios como, por ejemplo, cuando el rector de la universidad de Zaragoza invistió a José María Escrivá en 1960 con el doctorado honoris causa, éste apareció ante el catedrático que actuaba de padrino con la muceta azul de los doctores en filosofía y no con la roja de los doctores en derecho. El rector de Zaragoza explicó en su discurso que la actividad a que se había venido dedicando Escrivá no era la específica de un doctor en derecho y

que era la facultad de filosofía y no la de derecho la que había solicitado que le fuera concedido el doctorado honoris causa.

Aún no sabemos si le quedaron arrastrando varias asignaturas pendientes de su estancia en Zaragoza y aunque presentaba un expediente académico dudoso, porque no existen rastros del título o diploma de licenciatura, Escrivá pidió permiso para trasladarse a Madrid y proseguir sus estudios, pues el doctorado en derecho sólo podía obtenerse en la universidad central madrileña, aunque ello no implicara que había acabado la carrera en la facultad de derecho de Zaragoza. Con fecha 17 de marzo de 1927 el arzobispado le autorizó a residir durante dos años en Madrid para preparar el doctorado en derecho y obtener el título correspondiente.

La última etapa de su estancia en Zaragoza, después de su ordenación, había significado para las ambiciones de José María Escrivá, un auténtico callejón sin salida. Había decidido ir a Madrid porque, entre otras razones, se ahogaba en los ambientes que frecuentaba en Zaragoza. Su rasgo de carácter más acusado era el de querer distinguirse siempre del resto de sus compañeros de juego durante su infancia y, más tarde, de sus compañeros de estudio en el seminario de Zaragoza. Si para ir a Zaragoza desde Logroño el motivo había sido estudiar la carrera de derecho, el pretexto para irse de Zaragoza a Madrid fue el de hacer el doctorado, aunque fuese con una carrera universitaria que no había terminado.

CAPÍTULO 3.
DE MADRID AL CIELO

CUANDO LLEGÓ A MADRID en la primavera de 1927 el cura Escrivá se encontraba en la indigencia y pasó graves dificultades económicas en un ambiente adverso y alejado de su familia. Encontró habitación en una modesta pensión de la calle Farmacia, no lejos de la céntrica plaza madrileña de Santa Bárbara. Allí inició de forma activa la lucha por su supervivencia llevando como único bagaje algunos nombres de gente aragonesa conocida de la familia.

Tuvo que presentarse obligatoriamente en el obispado de Madrid-Alcalá con una carta de presentación del arzobispado de Zaragoza, con el fin de obtener las licencias oportunas para poder celebrar la misa y confesar en una diócesis diferente a la de Zaragoza.

Parece que no llegó a matricularse de los cursos de doctorado en derecho. En el registro del Ministerio de Educación no hay constancia de ningún alumno universitario con ese nombre. *[Santos, Carlos, "La doble vida de San Escrivá", Revista Cambio 16, Madrid, 16 marzo 1992, p. 12.]* Uno de los hagiógrafos del Opus Dei afirma, en cambio, que se matriculó solamente de "una de las asignaturas del doctorado, " *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 105. Otro de los hagiógrafos de Escrivá va más lejos señalando ambiguamente que el 28 de abril de 1927 "estaba ya matriculado en las asignaturas del doctorado en la Facultad de Derecho", en Bernal, Salvador, ob. cit., p. 118]* en consonancia quizá con la escasez de medios económicos, pero resulta extraño aquella matriculación tan singular sin ofrecer mayores precisiones como, por ejemplo, sin que se cite la asignatura o el nombre de su director de tesis. Parece más bien que no era hacia la facultad de derecho adonde se dirigían precisamente sus ambiciones.

Una vida centrada en la búsqueda de una situación jurídica y económica estable parecía constituir la mayor preocupación de Escrivá, pero al mismo tiempo rebosaba interiormente de ansias de poder, riquezas, fama y dignidades. José María Escrivá comenzó a cultivar cuidadosamente la opinión que la gente tenía de él, de la excelencia en su sacerdocio y se reveló enseguida como un gran comunicador, con buenas dotes para convencer a un auditorio conservador, pero no buscaba ser un simple predicador de fama, sino que le acompañaban otras ambiciones como el poder o las riquezas. Como sacerdote buscaba poder para ser más fuerte que otros y capaz de vencer a los enemigos de la Iglesia, soñando a lo largo de su vida con estar colmado además de bienes de fortuna. No se contentaba, sin embargo, con ser un simple cura o con profesar humildemente su sacerdocio, sino que quería ser más, y a lo largo de toda su vida buscaría ansiosamente la fama.

Se instaló en Madrid al arrimo de su condición de sacerdote, como tantos otos jóvenes provincianos deseosos de probar fortuna en la capital de España. José María Escrivá ofrecía el tipo perfecto de cura buscavidas, entendiéndose como tal a la persona diligente en buscarse el modo de vivir por cualquier medio lícito. Podía asemejarse a uno de los personajes literarios de Max Aub, que ha trazado en su novela "La calle de Valverde" la viva estampa de las clases medias del Madrid de los años veinte al treinta. Para Escrivá, sin embargo, aquella aventura representaba tan sólo "un eclipse de su personalidad" y se trató sencillamente de unos años de vida oscura.

La búsqueda de un empleo eclesiástico en Madrid no era tarea fácil, pero tuvo suerte Escrivá y cambió muy pronto de domicilio para alojarse en una residencia de sacerdotes de la calle Larra, que pertenecía a la congregación religiosa de las Damas Apostólicas formada por señoras de la alta y media sociedad madrileña,

que ofrecían trabajo y alojamiento a jóvenes sacerdotes entusiastas, debido sobre todo al fuerte auge que tuvieron las actividades caritativas en la capital de España, sobre todo durante la dictadura de Primo de Rivera.

La dictadura, que llegó envuelta en una oleada de optimismo y buenas intenciones en las clases conservadoras, había alcanzado su punto culminante en 1926, a los tres años de existencia, pero enseguida empezó a declinar, siendo ya impopular el dictador en 1928, incluso dentro del ejército que le había aupado al poder. *[Brenan, Gerald, "El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil", Ruedo Ibérico, París, 1962, p. 63.]*

A partir de 1924 proliferaron las instituciones públicas y privadas dedicadas a la caridad, como las tiendas-asilos y los hospitales, la sopa boba y otras. Las asociaciones privadas de caridad, como las damas de la Obra Apostólica y los caballeros de la Conferencia de san Vicente de Paúl se presentaban como condescendientes instituciones burguesas, dedicadas al socorro de pobres y desgraciados, típicas en el panorama de beneficencia de la época.

Además de la residencia de sacerdotes, la Obra Apostólica, como se denominaba la organización montada por la congregación religiosa de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón de Jesús, se ramificaba en varias actividades y comprendía la Obra de la Preservación de la Fe, la Obra Post-Escolar, el Patronato de Enfermos y los Comedores de Caridad. El boletín trimestral de la Obra Apostólica señalaba que en el año 1927 las Damas Apostólicas realizaron entre cuatro y cinco mil visitas a los enfermos, se hicieron más de tres mil confesiones y se dieron otras tantas comuniones, se administraron casi quinientas extremaunciones, se hicieron setecientos u ochocientos matrimonios y se confirmaron más de cien bautismos.

La Obra Apostólica, que representaba un apostolado de alcurnia y era una de las instituciones de caridad más prestigiosas de Madrid, había sido fundada por varias damas de la aristocracia, entre ellas la hija de la marquesa de Onteiro, y acababa de ser aprobada en 1927 por el Vaticano. La enseñanza era, sin embargo, la gran labor de las Damas Apostólicas. Tenían 58 colegios semigratuitos para niños en donde se enseñaba a doce mil niñas y niños, cuatro mil de los cuales hacían anualmente la primera comunión.

Cuando el cura Escrivá se trasladó a Madrid, su madre, su hermana Carmen y el pequeño Santiago permanecieron en Zaragoza, pero no tardaron en seguirle y, a finales de 1927, la familia Escrivá se había instalado pobremente en la calle Fernando el Católico, no lejos de la sede de la Obra Apostólica, el distinguido lugar donde trabajaba interinamente José María como ayudante de uno de los capellanes.

Según cronistas oficiales del Opus Dei, para sacar adelante a la familia, uno de sus primeros empleos en la capital fue el de preceptor de los hijos de cierto marqués con desconocido título nobiliario, por lo que acudía diariamente a casa del aristócrata madrileño para dar clases de latín y humanidades a sus hijos. Lo cierto fue que halló trabajo durante el curso 1927-1928 como profesor de derecho canónico y romano en la academia Cicuéndez, institución privada pero con un marcado tinte clerical ya que su director, José Cicuéndez, era cura como Escrivá.

Desde Madrid volvió en cierta ocasión a la facultad de derecho de la universidad de Zaragoza, aunque no se sabe si era para examinarse de las asignaturas de la carrera que todavía no había aprobado o el viaje se debía quizás a que acompañaba a examinarse en Zaragoza a unos alumnos suyos de la academia Cicuéndez de Madrid, pero en cualquier caso resultaba raro tal desplazamiento. José María Bueno Monreal, colega y paisano de Escrivá antes de llegar a ser nombrado cardenal-arzobispo de Sevilla, tuvo un encuentro con él un día de septiembre de 1928 en la facultad de derecho de la universidad de Zaragoza. "Desconozco -cuenta Bueno Monreal- el motivo exacto por el cual se encontraba

en Zaragoza aquel día, pues en esa época tanto él como yo vivíamos en Madrid... Sea lo que fuere, coincidimos aquel día en la universidad, mientras yo esperaba la convocatoria de unos exámenes." *[Bueno Monreal, José María, "Un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador de! Opus Dei", Palabra, Madrid, 1991, pp. 11-12. También en Varios Autores, "Un hombre de Dios", Palabra, Madrid, 1994, pp. 9-10]*.

La convocatoria de exámenes de septiembre de 1928 representaba la última posibilidad de Escrivá para poder acabar dentro del plazo fijado sus estudios jurídicos, si no tendría que volver a Zaragoza, que era donde oficialmente se encontraba incardinado como sacerdote. Pero Escrivá no podía continuar con los estudios, entre otras razones, porque tenía que ayudar a mantener la familia formada por él, su madre viuda, hermana y hermano pequeño. Desgraciadamente se le acababa el permiso de dos años concedido por el arzobispado de Zaragoza en el siguiente mes de marzo de 1929 sin haber logrado conseguir para entonces el diploma de derecho. En su tesina iba a tratar la ordenación al sacerdocio de mestizos y cuarterones en los siglos XVI y XVII, pero nunca llegó a redactarla.

Escrivá había decidido, sin embargo, quedarse a vivir en Madrid como fuese y en Madrid se iban a manifestar de forma paulatina las fuertes ambiciones del joven cura. Dado que allí iba a fundar la Obra de Dios, Escrivá se presentaría muchas veces, pese a no ser aficionado a dar bromas, como madrileño. Tenía autorización para permanecer sólo dos años pero llegó a vivir allí diecinueve. En su lucha por la supervivencia desempeñó de forma precaria varios empleos eclesiásticos en la capital de España hasta 1934, logrando permanecer en Madrid desde abril de 1927 hasta octubre de 1937 y desde marzo de 1939 hasta noviembre de 1946, cuando se trasladó definitivamente a Roma.

Como sacerdote se sometía periódicamente a todos los exámenes previstos para clérigos extradiocesanos en la diócesis de Madrid-Alcalá, con el fin de poder celebrar la misa, administrar los sacramentos, predicar y dar ejercicios espirituales, pues en ello le iba la supervivencia. En su segundo año en Madrid, Escrivá, con veintiséis años de edad y tres de sacerdocio, no había cumplido aún a finales de septiembre de 1928 con la tanda anual de ejercicios espirituales preceptiva en la diócesis de Madrid-Alcalá. Como se celebraba entonces un retiro para sacerdotes, decidió cumplir con aquella obligación en la residencia de la calle García de Paredes número 45, dirigida por la congregación de los padres paúles, junto a la basílica de la Milagrosa. Allí, en la sede de aquella congregación de sacerdotes seculares, iba a ocurrir sin testigos un memorable suceso, prescindiendo Escrivá de los padres paúles, del director del retiro y demás colegas. Sus seguidores aseguraron luego que Dios había venido en ayuda de Escrivá como fundador del OpusDei.

El suceso extraordinario lo cuenta uno de los cronistas oficiales del Opus Dei: "2 de octubre, fiesta de los Santos Ángeles Custodios, Madrid. El joven sacerdote funda el Opus Dei... Y en la fundación se cumple a la letra todas las circunstancias precisas para que la Obra pueda ser llamada Obra de Dios." [Pérez Embid, Florentino, ob. cit. pág. 3]. En la mañana de 2 de octubre de 1928, según otra versión de uno de sus hagiógrafos, "Escrivá "vio" el Opus Dei, tal como Dios lo quería, tal como iba a ser al cabo de los siglos. Con esa fecha quedó fundado". *[Vázquez de Prada, ob. cit. pág. 113]*. El mismo hagiógrafo concreta aún más las circunstancias del lugar, sin llegar a precisar el momento: "Estando retirado en su cuarto, donde tenía sobre la mesa unas anotaciones acerca de temas de su vida interior, recibió en su espíritu, de par en par, luz para ver lo que con ansias venía barruntando a ciegas." La tradición oral, que ha sido el medio preferido por el Opus Dei para divulgar la vida del fundador entre sus miembros, sitúa el momento cuando celebraba la misa, exactamente después de la consagración de la hostia y del cáliz. En ese preciso momento, Escrivá tuvo palabras del cielo sobre lo que tenía que ser la Obra de Dios, el Opus Dei.

Poca importancia tiene la fecha y el momento. Las circunstancias no presentan ninguna originalidad, ya que en los inicios de casi todas las fundaciones eclesiásticas encontramos comportamientos semejantes. Como Escrivá, decenas de iluminados fundan cada día entre los de su círculo familiar y algunos allegados organizaciones eclesiásticas o paraeclesiásticas con ánimo de recuperar el terreno perdido por la Iglesia. Pero en el caso de Escrivá cabe señalar, como muy importante, que estaba obligado a abandonar Madrid por no haber encontrado una situación jurídica estable y, sobre todo, el hecho de que estaba solo, completamente solo por unos días, cuando ocurrió el suceso de la Milagrosa, sin el peso de la familia ni tampoco de seguidores, porque aún no los tenía.

No obstante, para formar una asociación religiosa de cualquier tipo se necesitan por lo menos dos personas y, por consiguiente, no hay prueba testifical que demuestre que el Opus Dei se fundara el 2 de octubre de 1928. Había que esperar por lo menos siete años, hasta finales de 1935, para que tuviera lugar de hecho la primera fundación del Opus Dei. Uno de los hagiógrafos especializados en narraciones almibaradas afirma textualmente, refiriéndose a la época de 1928, que Escrivá "fue el Opus Dei y al principio lo "fue" él "sólo"; y lo fue como sacerdote, como maestro, como "padre de familia" y todo en un sentido muy amplio". *[Peter Beglar, ob. cit. pág. 61]* Otro de sus hagiógrafos reconoce que, entre octubre de 1928 y agosto de 1930, Escrivá "estuvo totalmente solo". *[Thierry,Jean Jacques, LOPUS Dei. Mythe et realité, Hachette Litterature, París, 1973. p. 19, nota 1.]* También un testigo excepcional de la época, Pedro Cantero Cuadrado, quien fue luego arzobispo de Zaragoza y cuyo testimonio de amistad y trato con Escrivá mereció los honores de ser recogido en la causa de beatificación ante el Vaticano, llegó a declarar categóricamente por escrito que "durante el curso escolar 1930-1931 nos vimos con frecuencia (...), no me habló entonces directamente de la Obra, ni siquiera de que hubiera fundado nada". *[Cantero Cuadrado, Pedro, "Testimonio", en Varios Autores, "Testimonios sobre el Fundador de! Opus Dei", Palabra, Madrid, 1994, p. 63.]*

Por otra parte, Escrivá había ido componiendo por medio de lecturas un fichero de frases e ideas que le gustaban, a las que a veces añadía comentarios desde los tiempos del seminario en Zaragoza. Allí, en la biblioteca del seminario se decidió a leer textos religiosos como la Sagrada Escritura, especialmente los Evangelios, los escritos de los Padres de la Iglesia y tratados de mística y ascética, así como también autores clásicos españoles, especialmente del Siglo de Oro. *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 83. También aparece en 20966, p. 270, del llamado Registro Histórico del Fundador, Archivos del Opus Dei, Roma (Italia).]* De todo ello, cuando leía un pasaje interesante, tomaba nota y desde que llegó a Madrid prosiguió haciendo acopio de notas, pensamientos y frases, al ritmo de sus lecturas, además de ciertas locuciones y una serie de jaculatorias que recitaba de memoria, todo lo cual había trasladado a un cuaderno que desapareció a partir de 1928 o en una fecha posterior. Sus hagiógrafos afirman, sin embargo, que el 2 de octubre de 1928 las notas que tenía Escrivá sobre la mesa, a fin de meditarlas en reposo, durante el retiro sacerdotal, correspondían a "locuciones recibidas hasta entonces de Dios". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit. pág. 46]*.

Desgraciadamente los esfuerzos del Opus Dei para dar validez al suceso con pruebas testificales o quizás una prueba histórica o documental no sólo han resultado vanos, sino sobre todo carentes de fundamento. No hubo testigos ni hay rastro alguno de las notas que Escrivá había escrito y llevado consigo al retiro espiritual. En el Registro Histórico del Fundador, protegido celosamente en la casa generalicia del Opus Dei en Roma, donde se guardan todos los documentos y manuscritos relacionados con la pretendida santidad de Escrivá, existe un hueco en ese archivo secreto manejado únicamente por algunos miembros directivos del Opus Dei, precisamente el que corresponde al suceso de la Milagrosa: "Se conservan varios cuadernos pero no el primero, que alcanzará hasta marzo de 1930", señala uno de sus hagiógrafos, para explicar

seguidamente la causa de la desaparición: "Su humildad le llevó a destruirlo, no fuera que siendo "un pobre pecador" quien lo leyera creyese que era un santo". *[Vázquez de Prada, ob. cit. pág. 505]*.

No existe, en definitiva, ninguna prueba o recordatorio del suceso porque, según las versiones oficiales que circulan dentro del Opus Dei, ante la enormidad de "lo visto" Escrivá rompió todos los papeles, dejando "en blanco" a sus seguidores y borrando pistas de tan pretendida fundación.

Todo ello, sin embargo, no ha arredrado a los fieles cronistas del OD y según uno de sus hagiógrafos: "... Escrivá afirmó siempre, sin sombra de duda, que el Opus Dei no lo había inventado él, que no lo había fundado como consecuencia de una serie de elucubraciones, análisis, discusiones y experiencias, que no era en absoluto el resultado de intenciones buenas o piadosas (...) dejó entrever claramente que el "fundador" era Dios mismo y que la transmisión a aquel "joven sacerdote" de aquel encargo había sido un hecho sobrenatural, una gracia divina". *[Peter Beglar, ob. cit. pág. 69]*

La opacidad del suceso no impidió que alrededor de la fecha del 2 de octubre de 1928 se haya elaborado posteriormente un enorme montaje propagandístico, a pesar de que el suceso de la Milagrosa tuvo lugar sin dejar rastro, sin escritos ni seguidores ni tampoco testigos directos. De ahí que no fuera suficiente señalar como fecha mágica la festividad de los santos Ángeles Custodios, sino que resultaba necesario añadir también algunos detalles ambientales como, por ejemplo, celebrar la presunta fundación echando las campanas al vuelo. Álvaro Portillo, la sombra de Escrivá durante años y su lugarteniente y sucesor a la cabeza del Opus Dei, se encargó de adornar la presunta fundación con el acompañamiento lejano de unas campanas: "Era el día 2 de octubre, festividad de los santos Ángeles Custodios. En aquella mañana vino al mundo el Opus Dei. Sonaban a voleo las campanas de la cercana parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, con motivo de la fiesta de su Patrona. Y el Padre mientras subía al cielo el repique gozoso de estas campanas -"nunca han dejado de sonar en mis oídos", le he escuchado decir frecuentísimamente-, recibió en su corazón y en su alma la buena semilla: el Divino Sembrador, Jesús, la había por fin echado de modo claro y contundente." *[Portillo, Álvaro, "Monseñor Escrivá de Balaguer, instrumento de Dios, en La fundación del Opus Dei", segunda parte, Discurso Universidad de Navarra, Pamplona, 12 junio 1976, Suplemento Informativo, Basílica Pontificia San Miguel. Madrid, 1978, pp. 10-11.]*

A partir de la versión oficializada por Álvaro Portillo, la necesidad de resaltar aquellas campanadas extremadamente lejanas difiere según la fantasía de los hagiógrafos. Así, para uno de ellos, las campanas significaron el acompañamiento musical de la fundación y "por eso, cuando muchos años después (Escrivá) decía que nunca habían dejado de sonar en sus oídos aquellas campanas, no hablaba sólo en metáfora: expresaba exactamente el estado permanente de aquel que ha percibido realmente una vocación, una llamada". *[Peter Beglar, ob. cit. pág. 69]*. Desgraciadamente para el equipo de cronistas oficiales del Opus Dei la fiesta de la Patrona en la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles situada en el número 93 de la calle Bravo Murillo, a dos pasos de la glorieta de Cuatro Caminos, se celebra el dos de agosto y no el dos de octubre. Y difícilmente podían oírse las campanas por una razón sencilla: que entre la basílica de la Milagrosa, calle García de Paredes 45, y la parroquia de Cuatro Caminos existe una más que respetable distancia.

Escrivá rehusó, por su parte, contar detalles sobre el presunto comienzo del Opus Dei porque, según él, estaban íntimamente unidos con la historia de su alma y pertenecían a su vida interior. No obstante, en una entrevista del fundador realizada por un sacerdote del Opus Dei y publicada en una revista sacerdotal también del Opus Dei, Escrivá llegó a afirmar refiriéndose a la pretendida fundación de 1928 que "actué, en todo momento, con la venia y con la afectuosa bendición del queridísimo señor obispo de Madrid, donde nació el

Opus Dei, el 2 de octubre de 1928". *[Escrivá,Josemaría, Entrevista, Revista sacerdotal "Palabra", Madrid, octubre 1967. También en "Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1968, p. 34.]*. La conexión con la jerarquía eclesiástica representaba una legitimación importante para Escrivá y esta preocupación le empujó hasta falsificar datos de su propia biografía. Como muestra de maquillaje y falsificación biográfica se transcriben unos párrafos del curriculum vitae oficial redactado por el propio Escrivá y presentado muy posteriormente en el obispado de Madrid-Alcalá el 28 de agosto de 1943 con destino a la Congregación de Religiosos, organismo del Vaticano.

Según el curriculum vitae redactado por él mismo, "marchó a Madrid en el año 1927 para preparar la tesis doctoral y entregado constantemente al ministerio sacerdotal, a pesar de los trabajos científicos, ejerció desde el año 1927 hasta el año 1931 el trabajo apostólico entre los niños pobres y los enfermos indigentes, a los que visitaba todos los días en sus casas por los suburbios más pobres de la ciudad. Después, cuando la magnitud del trabajo entre los estudiantes de la Universidad le obligó a dejar esta forma de actividad sacerdotal, con la aprobación del "Reverendísimo Señor Obispo", nunca dejó de visitar a los enfermos pobres todos los domingos en el Hospital General. En el mes de octubre de 1928, con el consentimiento del "Reverendísimo Obispo de Madrid-Alcalá", acompañándose de asidua oración unida a penitencia, empezó un intenso y firme trabajo de formación apostólica entre los jóvenes estudiantes, de la Universidad y entre los alumnos de las Escuelas Especiales Superiores, mediante el cultivo de la vida interior y de la perfección profesional. Esta obra silenciosa estaba dirigida a un directo, profundo y muy eficaz servicio de la Iglesia y "desde el principio fue bendecida de todo corazón por muchos obispos". *[Escrivá, José María. "Currículo vitae". Obispado de Madrid-Alcalá. Madrid, 28 de agosto de 1943]*.

Estas frases del currículum vitae de Escrivá, redactadas por él mismo inducen a pensar que desde el comienzo de su estancia en Madrid el joven sacerdote rindió cuenta constantemente de sus iniciativas al obispo. Pero el 2 de octubre de 1928 Escrivá, como sacerdote incardinado en la diócesis de Zaragoza, se encontraba en situación de prestado en la diócesis de Madrid, por lo que difícilmente podía informar sobre su decisión de fundar la Obra de Dios a quien no era su obispo y cuando estaba a punto de acabar además su autorización provisional para poder residir en la diócesis madrileña. Encaja, sin embargo, esta falsa actitud humilde de Escrivá como clérigo disciplinado, asegurando la sumisión como tal a un obispo de quien no dependía, con su incardinación en la diócesis de Zaragoza y su inestable situación jurídica; lo que, por otra parte, le empujaba en ocasiones a ejercer un acoso continuado para congraciarse con canónigos y vicarios en la capital de España, realizando abordajes callejeros en Madrid a horas intempestivas. También arraigó en él desde entonces el profundo deseo secreto, muy carpetovetónico, de no depender de nadie y que se manifestaría a lo largo de su vida como eclesiástico solicitando el estatuto jurídico de prelatura móvil para el Opus Dei hasta en el Vaticano.

Escrivá llegaría a conocer durante la Segunda República al vicario general de la diócesis de Madrid-Alcalá, quien le ayudó a buscar algún estipendio o remuneración por medio de tandas de ejercicios espirituales y otras actividades piadosas organizadas de la Iglesia, pero no mantuvo relación alguna con el obispo titular de Madrid-Alcalá hasta marzo de 1940, después de la guerra civil española, según fuentes oficiales. y si el obispado de Madrid, que no el obispo, estuvo "al tanto de sus pasos" a partir de 1931, lo debió estar lógicamente a través "del vicario de la diócesis", juez eclesiástico nombrado y elegido por los obispos para ejercer en la diócesis la jurisdicción ordinaria.

Por otra parte, no hay rastro de documento alguno conteniendo una instancia, personal o colectiva, a nombre de José María Escrivá o del Opus Dei sobre la pretendida fundación en 1928 en los archivos de la diócesis de Madrid-Alcalá ni en los de Zaragoza. El primer documento que figura en el archivo del obispado

de Madrid-Alcalá, haciendo referencia a una primera actividad apostólica corresponde a una instancia firmada por José María Escrivá con fecha de 13 de marzo de 1935 y dicho documento menciona una actividad que se remonta tan sólo a 1933, es decir, a dos años antes de 1935. Está claro que Escrivá, desde su arribada en 1927 y por lo menos hasta 1933, se encontró jurídicamente en Madrid al margen de la Iglesia.

Escrivá había centrado su actividad dentro de la Obra de las Damas Apostólicas en el Patronato de Enfermos, donde llegó a ser capellán con derecho a alojamiento en septiembre de 1929, encargándose de los actos de culto, misa, rezo del rosario, etc. Sin embargo, la dirección espiritual de toda la Obra Apostólica era llevada por un viejo jesuita que no vio con buenos ojos que Escrivá se extralimitara en sus funciones, intentando hacer de todo, desde celebrar el culto hasta visitar enfermos. Desde el principio tuvo roces en sus relaciones con el director espiritual de la Obra Apostólica, porque Escrivá aprovechaba las ausencias del jesuita para dirigir espiritualmente a algunas señoras. Al director de la Obra Apostólica le sentó mal que se convirtiera en el confesor de la vieja marquesa de Onteiro, madre de una de las fundadoras de las Damas Apostólicas. Por su cargo de capellán del Patronato de Enfermos a Escrivá no le correspondía la atención espiritual de las Damas Apostólicas.

En Madrid, Escrivá comenzó a desarrollar una gran actividad para ampliar su labor apostólica. Demostró tener una preocupación incansable por oficiar con empaque la misa, no cejaba en la predicación del Evangelio, la catequesis, conoció y entabló contactos con la Acción Católica y se dedicó también al apostolado social de las llamadas "clases pobres", aunque con escasa fortuna. Si Escrivá hizo apostolado entre las clases populares fue siempre a partir de la Obra Apostólica, una institución de alcurnia sobre todo en aquella época anterior a la República. Una de las Damas Apostólicas cuenta que todas las semanas iban en automóviles que les prestaban algunas familias ricas y se acercaban a las casas de enfermos pobres. *[Muñoz González, Asunción, "Testimonio"; en Escrivá de Balaguer, "Josemaría, Un hombre de Dios. Siete testimonios", Palabra, Madrid, 1992, p. 13.]* Desde esta perspectiva es evidente que no pudo dedicarse intensamente a este apostolado entre las clases populares, debido entre otras razones a que las clases populares mantenían un rechazo generalizado hacia la religión en aquellos tiempos.

El cura Escrivá prefería sin duda el trato con la aristocracia y a través de las Damas Apostólicas gozó de algunas oportunidades que nunca desaprovechó. Se puede citar como ejemplo el trato asiduo con un viejo "caballero cristiano" hermanastro de María Concepción Guzmán, condesa de Vallellano, apellidado también Guzmán, quien le ayudaba con limosnas y Escrivá llegó a convertirle por los sablazos en bienhechor permanente suyo.

Escrivá se ocupó, también con cariño de Mercedes Reina, una de las Damas Apostólicas que murió "en olor de santidad" y que había llevado una vida de sacrificio ejemplar, pues tenía los pies totalmente deformados y a pesar de todo iba a visitar a los pobres por los distintos barrios de Madrid. Durante algún tiempo, tuvo en su poder el cuaderno donde la Dama Apostólica había anotado sus reflexiones espirituales. A Escrivá le impresionó tanto que estuvo pensando en escribir su vida, al menos eso fue lo que afirmó, pero no llegó a hacerlo y devolvió el cuaderno a su familia. *[Alvarado Coghem, Margarita (sor Milagros del Santísimo Sacramento), "Testimonio, en Varios Autores, Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei", Palabra, Madrid, 1994, pp. 287-288.]* Lo más curioso fue cuando, después de su muerte, Escrivá pidió algún objeto como recuerdo personal suyo. Así obtuvo una pequeña correa, desgastada y raída, para contar luego a las otras Damas Apostólicas: "Cuando me acerco a un enfermo con esta correa de Mercedes Reina puesta, no se resiste a la gracia de Dios". *[Muñoz González, Asunción. Ob. cit. pág. 17]*

Durante estos años Escrivá alternó en Madrid el puesto de capellán del Patronato de Enfermos, cargo fácil y sin retribución aunque con alojamiento facilitado por la Obra Apostólica, con las clases de derecho en la academia Cicuéndez y la captación de seguidores para su proyecto. Su labor debería concretarse en una nueva organización que uniera a sacerdotes y seglares, es decir, él y algunos estudiantes, en donde Escrivá sería el fundador y sus dirigidos espirituales los colaboradores y seguidores.

A partir de 1928 se lanzó a hacer prosélitos para materializar la idea de una nueva asociación religiosa. Soñaba con utilizar la táctica de los círculos concéntricos, como la piedra en el lago, produciendo un primer círculo y luego otro y otro cada vez más ancho. Sin embargo, la realidad fue otra y como deseaba ser capellán de estudiantes frecuentó asiduamente, con ánimo de captar jóvenes, la llamada entonces Casa del Estudiante entre 1929 y 1930, pero no logró encontrar seguidores para su proyecto. Ya de esta época datan algunos contactos personales con un antiguo compañero de estudios de Logroño, un pariente de las fundadoras de las Damas Apostólicas, un militante católico de Madrid miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), y algunos estudiantes madrileños que frecuentaban la Obra de las Damas Apostólicas, cuya sede se hallaba entonces y sigue todavía en la calle santa Engracia número 13 de Madrid. Con Isidoro Zorzano, de su misma edad y antiguo compañero de estudios de Logroño que ya trabajaba y vivía en Málaga, mantuvo correspondencia a partir de 1930 donde le decía: "Te he escrito precisamente para hablarte de una Obra en la que estoy comenzando a trabajar... " *[Gondrand, Francois, ob. cit. pág. 69]*. No obstante, pese a la incesante actividad desplegada por Escrivá, su labor de captación no tuvo éxito y nunca desbordó los límites personales, es decir, los límites de la acción apostólica de un sacerdote aislado cualquiera.

La actividad infatigable de Escrivá espoleada por su ambición y sobre todo su actitud de entrometimiento provocaron algunos roces con los viejos jesuitas encargados tradicionalmente de la dirección espiritual de la Obra de las Damas Apostólicas. Cuando falleció el jesuita director con quien no se entendía fue sustituido en 1929 por otro jesuita, Valentín Sánchez Ruiz, a quien Escrivá escogió inmediatamente como confesor suyo. De esta época data una carta de Escrivá al jesuita donde le confiesa lo siguiente con alguna doble intención: "... cada vez veo más claro que lo que el Señor quiere de mí es esconderme y desaparecer". Las relaciones del cura Escrivá con su confesor resultaron ser tensas, pero Escrivá, según cuenta uno de sus hagiógrafos, no esperaba consuelos de su director espiritual, quien le trataba con dureza, favor que Escrivá "agradecía con toda el alma", como venido de las manos de Dios, pues ello le daba certeza de no buscarse a sí mismo. *[Vázquez de Prada, ob. cit. pág. 106]*.

El jesuita Valentín Sánchez Ruiz, director espiritual de las Damas Apostólicas y confesor de Escrivá, vivía en Chamartín de la Rosa, en las afueras de Madrid. Y hasta allí se desplazaba el cura Escrivá para confesarse, en lenta peregrinación descrita maliciosamente por uno de sus hagiógrafos con todo lujo de detalles: "Tras una jornada de intenso trabajo [Escrivá] emprendía una larga caminata, Castellana arriba, hasta el Hipódromo. Luego atravesando desmontes y caminos de barro, llegaba rendido al colegio. Le hacían pasar al recibidor. Aguardaba un rato y le atendía el jesuita. Otras veces, la espera era larga; y el sacerdote aprovechaba esa hora para leer el breviario o hacer oración. Había días en que la tardanza resultaba interminable. Nadie aparecía. Nadie daba excusas. Al fin un hermano lego le comunicaba que el padre Sánchez Ruiz no podía verle. Cualquier otro lo hubiera tomado como una desatención grave. Pero el joven sacerdote mostró siempre comprensión para con el tiempo y ocupaciones de los demás". *[Vázquez de Prada, ob. cit. pág. 106]*.

Como trabajaba en la Obra Apostólica, una institución femenina, Escrivá solía decir que en su futura organización no habría mujeres ni de broma. No obstante, el 14 de febrero de 1930, fiesta de San Valentín, celebró una misa en la capilla

privada de la marquesa de Onteiro, que vivía junto al paseo de la Castellana, cuya hija era una de las fundadoras de la congregación de las Damas Apostólicas. José María acudía regularmente a decir misa y a confesar a la vieja señora. Allí fue, el día de los enamorados, en el oratorio privado de la aristócrata, y parece que fue después de la comunión, durante la misa, cuando Escrivá "vio claro que también tendría que haber mujeres en su futura organización". Así nació en su mente la sección femenina de la Obra de Escrivá, según cuentan los cronistas oficiales del Opus Dei; aunque luego, cuando Escrivá consultó a su confesor, señalan las mismas fuentes, el jesuita Valentín Sánchez Ruiz le dijo: "Esto es tan de Dios como los demás". *[Vázquez de Prada, ob. cit. pág. 116]*. Sin embargo, hasta unos años más tarde, durante la Segunda República, no llegó a convencer a algunas jóvenes de ser dirigidas espiritualmente por él, logrando así adhesiones; pero las mujeres se fueron apartando pronto del proyecto. Estas deserciones significaron un rudo golpe para Escrivá y debieron acentuar su carácter misógino. Lo cierto es que ningún proyecto femenino podía cuajar completamente mientras estuviera presente la madre, doña Dolores, en las decisiones de José María Escrivá.

Desde finales de 1929 el cura Escrivá se había dedicado a acumular documentación para estudiar los estatutos de organizaciones ya fundadas o recién creadas, dedicadas exclusivamente a los hombres, a las organizaciones mixtas dedicadas a hombres y mujeres, así como también las instituciones religiosas que acogían sólo mujeres dentro de la Iglesia católica. De esta época datan sus primeros contactos con el cura Poveda, fundador de las teresianas, una congregación seglar femenina, con objeto de averiguar más sobre su funcionamiento interno. Poveda había fundado en 1911 la Institución Teresiana con el fin de atender a la educación de mujeres jóvenes en todos sus grados y formas, la cual fue aprobada en 1924 por el Vaticano. En sus conversaciones Poveda hablaba siempre de los primeros cristianos y quería que sus hijas, las teresianas, tuvieran por modelo las vidas de éstos, mensaje que debió ser recogido por el joven cura Escrivá, quien seguía además muy preocupado por conseguir su incardinación en la diócesis de Madrid. De ahí que siendo Poveda capellán real con influencias en palacio se atreviera a pedirle ayuda para conseguir un cargo eclesiástico. El cura Poveda le habló de la posibilidad de nombrarle capellán palatino honorario, lo cual no solucionaba su problema, además de que resultaba tarde para obtener en el palacio real un cargo eclesiástico. La Monarquía española tenía los días contados y mientras se consumaba la descomposición de la dictadura del general Primo de Rivera la cuenta hacia atrás ya había comenzado políticamente hacia la República.

Cuestión importante consiste en saber si entre los modelos organizativos estudiados por Escrivá figuraba o no alguna sociedad secreta católica, ya que su proyecto iba a presentar en el futuro evidentes coincidencias con las sociedades de este género. Conviene examinar por ello si en la historia eclesiástica se hallan precedentes comparables, lo que obliga a mencionar un grupo que fue un poderoso núcleo integrista en la Iglesia católica durante el primer tercio del siglo XX y llegó a ser conocido como la Liga de San Pío V o "Sapiniere". Toda la lucha secreta de "La Sapiniere" contra el modernismo pudo ser conocida por numerosos sacerdotes en 1929 y es muy posible que pudiera dar ideas a hombres que deseaban luchar también contra el modernismo, como el entonces joven cura Escrivá. *[Poulat, Émile, "Histoire, dogme et critiques dans la crise modemiste", Casterman, París, 1962, p. 85. También en Poulat, Émile, "Integrisme et catholicisme intégral", Casterman, París, 1969.]*

Escrivá, sin embargo, leía poco y apenas tenía libros, salvo algunas obras tradicionales del más rancio catolicismo español. Todos los testimonios coinciden en señalar que en la estantería de su habitación tenía tan sólo algunos libros de rezos. A los comienzos de su actividad como cura le inspiraba mucho "Meditaciones Espirituales" del jesuita Francisco Garzón, libro de lectura obligatoria en los seminarios diocesanos españoles de la época y que debió leer forzosamente Escrivá por las mañanas, durante los ratos de meditación en el

seminario de Zaragoza. El jesuita Garzón sólo hacía glosar las ideas que en 1605 ya expuso otro jesuita, Luis de la Puente, en "Meditaciones de los Misterios de la Santa Fe", uno de los autores preferidos del joven cura Escrivá, de donde sacó también ideas sobre la perfección cristiana del laicado. *[Luis de la Puente, jesuita y teólogo del Siglo de Oro español, nació en Valladolid y murió en 1624, siendo uno de los autores predilectos del viejo clero español, antes de serlo de Escrivá. Entre sus trabajos destaca "Meditaciones y Guía Espiritual", libro dedicado a la teoría y práctica de la perfección espiritual.]* También "Ejercicios Espirituales para Seglares", libro publicado en 1911 del redentorista Francisco María Negro, le sirvió de fuente de inspiración sobre la espiritualidad de los laicos, aunque su principal fuente sobre las perspectivas de santidad en los seglares serían los escritos de san Francisco de Sales, patrono de los periodistas, que se había interesado mucho por los laicos y sugería los mismos medios prácticos usados por los clérigos o religiosos con algunas adaptaciones.

No hacían falta muchas lecturas para dar a luz el esquema de organización sobre el que iba a fundamentar su proyecto pues, en síntesis, era sencillo, ya que no se trataba de insuflar nuevos ideales religiosos o una nueva búsqueda espiritual de los seglares. La intuición de Escrivá sobre el futuro proyecto de organización laica consistía en crear núcleos dependientes y secretos de seglares, en última instancia con el objetivo de cultivar las élites intelectuales para llegar a dominar la cultura, la política, los negocios... Y que en el caso de España fuesen capaces de fructificar, para cuando las condiciones de la época fueran más favorables. Por tanto, para buscar el origen de su concepción del laicado, es decir, sobre la condición o conjunto de los fieles no clérigos había que remontarse en el tiempo a Bernardo de Claraval (1091-1153) quien fue luego más conocido como san Bernardo y sus fieles caballeros templarios. O, aún antes, a Benito de Nursia (480-543), quien fundó la orden monástica de los benedictinos como único baluarte posible contra el caos que siguió a la caída del Imperio romano, creando centros relativamente protegidos como el monasterio de Monte Cassino en Italia.

Sin embargo, remontarse a las raíces históricas del laicado es topar de lleno con la estructura básica, "el cuerpo" de la Iglesia. Una organización laica, seglar o secular, es distinta de una clerical. La Iglesia católica distingue entre el clérigo y el laico o secular. Las únicas personas que están comprendidas en la categoría de clérigos son los sacerdotes o los que están preparándose para el sacerdocio, como son los diáconos o subdiáconos. Entonces, o se es clérigo o se es laico en la Iglesia católica. *[Michael Walsh, "El mundo secreto del Opus Dei", pág. Ed. Plaza y Janés, pág. 42]*. José María Escrivá, con su proyecto de organización seglar, estaba dispuesto a nadar entre las dos aguas, clericales y laicas. Resultaba difícil de creer que un sacerdote o clérigo pudiera fundar seglarmente una organización laica y si tenía en mente exigir los tres votos, de pobreza, castidad y obediencia, el proyecto no correspondía a las organizaciones laicas de la época. Sin embargo, a un cura ambicioso como Escrivá le iban a importar poco tales distinciones, porque su formación ultraconservadora le impedía captar muchas sutilezas técnicas y tampoco tenía reparos jurídicos después de haber estudiado y hasta enseñado derecho.

Su preocupación principal era tirar hacia delante y poner en marcha su proyecto de organización laica, seglar o secular, o lo que José María Escrivá consideraba como tal. Porque en tales casos lo que importa, en definitiva, es saber moverse en la amplísima y creciente zona de penumbra que se extiende entre los clérigos y los seglares dentro de la Iglesia católica. Para comprender el proyecto de Escrivá hay que hacerse cargo de que los tres votos tradicionales de pobreza, castidad y obediencia, pueden tomarse en sentido muy amplio y atribuírselos de forma privada a personas sin que exactamente les correspondan. Luego había que tener audacia y también suerte, porque algo de suerte hacía falta para un proyecto como el que soñaba Escrivá. Y con ese trasfondo carpetovetónico el cura Escrivá estaba dispuesto a sacar adelante lo que tan sólo aparecía entonces como un borroso proyecto.

El fallecimiento de la marquesa de Onteiro el 22 de enero de 1931 hizo que Escrivá perdiera uno de sus apoyos importantes entre las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón. El resultado fue que dejó la capellanía de la Obra Apostólica en el curso del año 1931, después de haberse proclamado la Segunda República, cuando se enteró de que había posibilidades de una plaza libre de capellán en un convento de monjas cerca de la glorieta de Atocha y él podía desempeñar provisionalmente el puesto.

CAPÍTULO 4.
LA SEGUNDA REPÚBLICA Y
LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

EL CAMBIO POLÍTICO de la Monarquía a la República, que llegó inopinada mente el 14 de abril de 1931 sin derramamiento de sangre y casi por sorpresa, trastornó profundamente a Escrivá, para quien todo lo relativo a la República resultaba ser obra de la masonería, que conspiraba y trabajaba para dividir a los católicos, para que así no se pudiera llegar a una solución política favorable a los intereses de la Iglesia y de la Monarquía. Al cura Escrivá no se le escapaba lo que ocurría a su alrededor y sus preferencias políticas y afinidades culturales, en sintonía con la ultraderecha, correspondía a los de un clero español educado muy tradicionalmente para su época.

Un mes después de la instauración de la República, la quema de conventos significó un choque tremendo para una parte de la sociedad española, para quienes habían aceptado con resignación el cambio de régimen político. Seis de los ciento setenta conventos de Madrid fueron incendiados en mayo de 1931. La policía, los bomberos y una multitud de curiosos contemplaron los hechos pasivamente y la única actividad organizada fue la de ayudar a la evacuación de los edificios. También unos quince conventos fueron atacados impetuosamente en Alicante, Málaga, Sevilla y Cádiz *[Jackson, Gabriel, La República Española y la Guerra Civil, Grijalbo, México, 1967, p. 39.]* Los españoles se vieron obligados a meditar entonces sobre las complejas relaciones del orden público con las actividades de la religión católica, lo que formaba la trama de la historia moderna de España. Si ya se quemaron iglesias en Madrid en 1835 y en Barcelona en 1909 ¿es que nada había cambiado desde entonces? *[Jackson, Gabriel, ob. cit., pp. 39-40]*

La reacción de Escrivá en aquellas fechas fue sintomática cuando en la mañana del 11 de mayo de 1931 un coronel retirado del ejército, de origen aragonés por más señas, irrumpió en la capilla de la Obra de las Damas Apostólicas para avisar de la quema de conventos que tenía lugar en aquellos momentos. Escrivá, temiendo una posible profanación, abrió el sagrario y consumó casi todas las hostias consagradas que había en el copón. Luego, como el tiempo apremiaba, envolvió cuidadosamente el copón con las hostias que quedaban en un papel y cogió un taxi para ir a casa del viejo coronel jubilado que habitaba en unas viviendas militares próximas a la glorieta de Cuatro Caminos. *[Bernal, Salvador, Monseñor]osemarfa Escrivá de Balaguer, Rialp, Madrid, 1976, p. 83; Gondrand, Franr;:ois, Al paso de Dios.]osemarfa Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, Rialp, Madrid, 1985, p. 66; Vázquez de Prada, Andrés, El Fundador del Opus Dei, Rialp, Madrid, 1985, pp. 119-120]*. Escrivá permaneció varios días junto con su hermano Santiago en casa del coronel, como si se sintiera perseguido y fue entonces cuando empezó a comparar la situación de los católicos españoles con la del siglo I, al comienzo de la era cristiana, Las actividades religiosas debían realizarse, según él, de forma silenciosa desde las catacumbas, a imitación de los primeros cristianos, El cura Escrivá se mostraba muy devoto y se remontaba con frecuencia a la cristiandad primitiva, inclinándose por un apostolado eficaz de discreción y de confianza, realizado en secreto desde unas catacumbas imaginarias a semejanza de los primeros cristianos.

Sin embargo, tales propósitos de ocultamiento estaban en contradicción flagrante con la ostentosa exteriorización de su condición de sacerdote de la que pretendió hacer gala durante los primeros tiempos de la República, El cura Escrivá, que usaba manteo y teja redonda, se paseaba también a veces con un

solideo en la cabeza que cubría una tonsura más grande de lo normal en la coronilla. Escrivá afirmaba, con la tozudez característica de algunos aragoneses, que había que ser "sacerdote por dentro y por fuera" o también "cien por cien" sacerdote. Pero esta actitud testimonial tan ostentosa le duró poco. No estaba el cura Escrivá para muchas vacilaciones en lo que hacía a su incardinación en la diócesis madrileña y, como tenía posibilidades de ejercer como capellán en un convento de monjas, Escrivá aprovechó la coyuntura favorable a sus intereses personales, por el miedo de otros sacerdotes después de la quema de conventos, ofreciéndose como capellán a la comunidad de monjas agustinas recoletas, cerca de Atocha. Correspondía a los agustinos recoletos el celebrar la misa, pero tenían lejos su residencia y a medida que el orden público se degradaba consideraron que era peligroso ir a pie por la calle hasta el convento. El cura Escrivá se ofreció entonces como capellán y la madre priora reunió a las monjas para comunicarles que había encontrado un sacerdote que procedía de Zaragoza y, como estaba viviendo en Madrid, más cerca que los curas agustinos, vendría a diario para celebrar la misa. *[Fernández Rodríguez, Vicenta (sor María del Buen Consejo), Testimonio, en Varios Autores, Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei, Palabra, Madrid, 1994, p. 322]*. De esta manera, Escrivá dejó el puesto que ocupaba en la Obra de las Damas Apostólicas para convertirse en capellán del convento de Santa Isabel, lo que le permitió tener confesionario fijo y una plataforma para contactos en una iglesia abierta al público en el centro histórico de Madrid; aunque, por otro lado, el hecho de pasar de un apostolado entre damas laicas a un apostolado entre monjas podía representar una regresión, como base para su proyecto.

A medida que avanzaba la turbulenta historia de España el cura Escrivá extremaba su militancia religiosa, quizá para contrarrestar la creciente oleada de ateísmo. Entre otras decisiones menores se impuso la costumbre piadosa de saludar a las imágenes de la Virgen que encontraba por el centro de Madrid cuando deambulaba por la calle y, según las exageraciones de sus hagiógrafos, buscaba fervorosamente imágenes de la Virgen María y cada vez que encontraba alguna rezaba ante ella o en un arrebato de piedad se arrodillaba ante la hornacina o el azulejo en plena calle. Llegó a contar el propio Escrivá que un día esperando en la glorieta de Atocha un tranvía, después de regresar del convento de monjas de la calle Santa Isabel donde solía decir cotidianamente la misa y ejercía provisionalmente las funciones de capellán, fue agredido por un obrero airado que le insultó y pateó tratándole de burro, a lo que Escrivá respondió desde el suelo con orgullo: "Burro sí; pero burro de Dios". No se sabe si realmente esto le ocurrió o fue algo que la mente de Escrivá había inventado a partir de un fortuito encontronazo callejero, pero ésta sería la causa de la existencia, ,años más tarde, en casas del Opus Dei y domicilios de sus seguidores de burritos confeccionados con diversos materiales como objetos de decoración y que están cargados de simbolismo por ser el burro o asno un animal paciente y sumiso. *[Ynfante, Jesús, La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafia, Ruedo Ibérico, París, 1970, p. 17]*. Desgraciadamente para el Opus Dei el asno también es un animal que en España se encuentra en vías de extinción.

Existe otra versión más elaborada del mismo suceso dentro del Opus Dei en donde se cuenta que cuando se le abalanzó al fundador un sujeto de aviesa catadura con intención de agredirle se interpuso de improviso, sin dar explicaciones, otra persona que repelió al energúmeno. Fue cosa de un instante. Ya a salvo, su protector, supuestamente un ángel celestial, acercándose le dijo quedamente al oído: "¡Burrito sarnoso, burrito sarnoso! ". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 136]*. Escrivá reflexionó y le dio tantas vueltas a lo sucedido que llegó a utilizar posteriormente como seudónimo en su correspondencia privada las iniciales "b.s.", que correspondían a la expresión de "burrito sarnoso".

La tozudez del burro encajaba perfectamente con uno de los aspectos más señalados de su carácter, que eran la ambición y el ser obstinado y testarudo. Escrivá demostraba serio en sus creencias y sobre todo con ansias y deseos

vehementes de ser alguien con importancia en la vida. Su proyecto de obra apostólica podía ser un regalo del cielo, pero este regalo se lo iba a trabajar día a día siendo firme, porfiado y pertinaz en sus propósitos, estando dispuesto además a alabar con encarecimiento a quienes eran minoritarios pero de su misma cuerda ideológica en el plano social.

Escrivá comenzó a participar desde el advenimiento de la Segunda República en el movimiento insurgente de los católicos frente a los que ellos consideraban un gobierno de masones, ateos, judaizantes, perseguidores de la Iglesia y de sus miembros, incendiarios y sacrílegos. *[Jackson, Gabriel, ob. cit., p. 293]*. "En aquellos tiempos ser católico equivalía a ser de derechas", reconoce uno de los primeros estudiantes seguidores de Escrivá, "porque las continuas provocaciones de la izquierda abrieron un foso imposible de cerrar entre los creyentes y los defensores del progresismo social". *[Fisac, Miguel, Testimonio, en Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza & Janés, Barcelona, 1987, p. 60.*

Asimismo, desde el día siguiente al 14 de abril de 1931, monárquicos exaltados tramaron la conspiración armada contra la República que cristalizó primero en la sublevación del 10 de agosto de 1932 y luego en el alzamiento armado del 18 de julio de 1936. Los conspiradores no se dieron reposo en su labor y centraron sus esfuerzos en el derribo violento de la Segunda República. Dentro del catolicismo español existía, pues, un vasto foco secreto formado por los que jamás se reconciliaron con la democracia y la República, hacia los cuales el cura Escrivá dirigió sus pasos y comenzó a frecuentar círculos de conspiradores dentro de los ambientes madrileños. Toda la literatura encomiástica escrita por sus seguidores asegura que Escrivá nunca discriminó a nadie por motivo de sus opiniones políticas, lo que no resulta cierto, porque mantuvo relaciones continuadas y "dirigió espiritualmente" como sacerdote durante años a terroristas de la extrema derecha monárquica durante la Segunda República española. Dentro de esta fauna conspiradora destacaba lógicamente José María Escrivá por la edad y porque poseía una mayor formación intelectual en comparación con la de aquellos estudiantes terroristas que luego serían calificados simplemente de "militantes católicos" en las hagiografías oficiales sobre el fundador del Opus Dei. Uno de los estudiantes, Juan Jiménez Vargas, quien fue luego miembro notorio del Opus Dei, recuerda a sus colegas de conspiraciones como, "gente de pocos años que consideraba la situación de España como un grave problema religioso (...), pero que no veían otra solución que la política, y por eso estaban metidos de lleno en un activismo orientado a la solución violenta de todo". *[Jiménez Vargas, Juan, Testimonio." Causa de beatificación Fundador del Opus Dei". También en "Registro Histórico del Fundador" 4152. Archivo del Opus Dei. Roma; Berglar, Peter, Opus Dei."Vida y obra del Fundador]osemaría Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1988, p. 133; Bernal, Salvador, ob. cit., p. 300]*.

El cura Escrivá se presentaba como sacerdote aragonés con treinta años cumplidos, militante de la ultraderecha bajo su aparente apoliticismo, que tenía como elemento moderador el peso de su familia, la cual debió de frenar sin duda sus ansias de militancia intransigente contra la República. Desde el advenimiento de la Segunda República comenzó a frecuentar tertulias y círculos de terroristas, lo que le hizo perder en ocasiones la imagen de su aparente apoliticismo. En cualquier caso, el cura Escrivá no participaba del calculado espíritu de ambigüedad eclesiástica, sino que "se mojó" pese a tener una familia a su cargo. Nadó en aguas extremistas sin comprometer su incipiente carrera y nunca perdió la perspectiva de sus capacidades personales ni de sus posibilidades futuras. Escrivá, según reconoció uno de aquellos militantes terroristas contra la República, "le animaba a defender sus sentimientos con tenacidad y constancia" *[Hernando Bocos, Vicente, Testimonio, en Bernal, Salvador, ob. cit., p.302].*

También parece cierto que nunca hubo reprobación alguna por parte de Escrivá hacia aquellos partidarios de una solución violenta contra el gobierno legítimo de la República, porque quizás también era ésta la "fecunda labor apostólica entre

jóvenes universitarios" que mencionan los cronistas oficiales del Opus Dei. No resultaba fácil, sin embargo, este apostolado militante en medios estudiantiles de la ultraderecha, como atestigua uno de aquellos terroristas: "Recuerdo que ya entonces se levantó alguna calumnia contra él [Escrivá] que nosotros cortamos enérgicamente". *[Hernando Bocos, Vicente, Testimonio, en Bernal, Salvador, ob. cit.,]*

En la primera sublevación militar contra la República, encabezada en 1932 por el general Sanjurjo, algunos de los estudiantes "dirigidos espiritualmente" por Escrivá participaron en la intentona. Escrivá visitaría luego, regularmente, en la cárcel Modelo de Madrid a aquellos estudiantes terroristas juzgados por esa primera sublevación militar. Iba a visitarles con frecuencia, casi a diario, y no le preocupaba que visitar a los detenidos supusiera "significarse", mucho más tratándose de un cura, y fuese motivo suficiente para quedar fichado por la policía. *[Berglar, Peter, ob. cit., p. 133]*. Luego explicaría Escrivá su comportamiento de 1932 y de qué manera él entendió la lucha "declarando ante la autoridad su amor a Cristo "con audacia, a la hora de la cobardía" *[Escrivá, Josemaría, Camino. Máxima 841, Rialp, Madrid, 1964]*. junto a aquellos estudiantes dispuestos a utilizar unas pistolas cuyos gatillos no sentían ya el freno de las creencias religiosas, sino todo lo contrario. En su estancia en Madrid, Escrivá estaba dispuesto a vivir como fuese determinados sucesos y como también descubrió que quien sobrevivía era siempre el más fuerte decidió serlo, como fuese. La supervivencia del más fuerte estaría acompañada además de un nuevo esplendor religioso. De ello Escrivá estaba seguro y por ello lucharía el fundador del Opus Dei en la capital de España durante la Segunda República.

E19 de enero de 1932 el cura Escrivá había cumplido treinta años. "Que pase inadvertida vuestra condición, como pasó la de Jesús durante treinta años" escribió el fundador del Opus Dei *[Escrivá, José María, "Consideraciones Espirituales", Imprenta Moderna, Cuenca, 1934,p. 95]* haciendo suyo el ejemplo y, como Jesucristo, se encontraba dispuesto a buscar en la vida pública doce apóstoles entre los estudiantes universitarios madrileños.

Si anteriormente vivieron de realquilados él y su familia en un modesto piso de la calle Viriato número 22 en la parte mesocrática del barrio madrileño de Chamberí, tras la mudanza, realizada en diciembre de 1932, el cura iba a continuar viviendo en el mismo barrio. El nuevo hogar de los Escrivá era un piso entresuelo en el número cuatro de la calle general Martínez Campos, típica vivienda de clase media que se mantiene aún intacta y donde Escrivá vivió con su familia meses decisivos hasta febrero de 1934.

El nuevo piso de la familia Escrivá se encontraba en la misma acera de la calle general Martínez Campos, a dos pasos de la sede de la Institución Libre de Enseñanza, cuyo edificio constaba de dos partes separadas por un jardín y cuya parte del inmueble más cercana a la calle había servido de vivienda a los fundadores Francisco Giner de los Ríos y a Manuel B. Cossío. Resulta muy evocador el hecho de que los primeros años de gestación del proyecto de apostolado del fundador del Opus Dei se desarrollaran en tiempos de la República, en una capital de España que se había convertido en satánica, y a dos pasos de la sede de una secta que Escrivá también consideraba diabólica. El cura Escrivá instaló a su familia muy cerca de la sede de la Institución Libre de Enseñanza, que representaba para muchos católicos la fuente supuesta de buena parte de los males que sufría España. Todo conduce a pensar que esta presencia cotidiana de la maldecida Institución halló en Escrivá un vecino particularmente receptivo. En su grosera apreciación de cura provinciano debió calificar de masonería, como lo habían hecho otros contemporáneos suyos, a una entidad eficaz como la Institución Libre de Enseñanza, cuyos fines y procedimientos, o lo que él consideraba como tales, procuró adaptar más tarde en su programa apostólico. Los católicos españoles de ultraderecha estaban obsesionados con la masonería durante la Segunda República, o por lo menos con la idea que se hacían de su omnipotencia, hasta el extremo de que nunca

dejaron de soñar con una especie de contramasonería, copiada de la otra con objeto de combatida con sus propias armas, tarea que Escrivá intentaría también llevar a la práctica y cuya idea inicial consistía en constituir un movimiento de jóvenes intelectuales católicos que pudiera oponerse por todos los medios a la acción nefasta, según él, de la Institución Libre de Enseñanza.

La Institución Libre de Enseñanza había comenzado su existencia en 1876, y dedicó siempre sus esfuerzos a presentar un modelo educativo capaz de mejorar a España, siguiendo el ideal de Giner de los Ríos, una escuela que formase hombres y mujeres responsables y conscientes de su calidad de ciudadanos, una escuela que transcendiera a la familia y a la sociedad. La Institución llegó a desempeñar un papel importante en la educación y en la cultura españolas a lo largo de más de 60 años (1876-1936). Las formas y métodos pedagógicos de la Institución llegaron a la escuela pública en los años de la Segunda República. Como organismo democrático dedicado a la educación estuvo muy protegida por los gobiernos republicanos. La Institución Libre tenía unos fines concretos de fomento de la cultura, dentro del más absoluto carácter de laicismo sin confesionalismo religioso alguno, y representa en la historia contemporánea española el más coherente y sostenido intento de configurar la vida del país con un programa de modernidad y europeísmo.

Escrivá interiorizó en su espíritu el proyecto de la Institución Libre de Enseñanza y reservó para el futuro lo que vio y aprendió de sus vecinos republicanos. Así, el modelo educativo de la Institución Libre de Enseñanza sería copiado veinte años más tarde por José María Escrivá y sus seguidores del Opus Dei, cuando en 1951 en Las Arenas, cerca de Bilbao, el Opus Dei montó el primer colegio de enseñanza media dedicado exclusivamente a educar a los hijos de las adineradas familias de Bilbao. Con el colegio Gaztelueta, considerado la primera obra corporativa del Opus Dei en la enseñanza media española, Escrivá demostró haber estudiado a fondo y también haber asimilado a su manera el modelo educativo de la Institución Libre de Enseñanza. Una antigua numeraria miembro del Opus Dei que participó activamente en el lanzamiento del nuevo y primer centro educativo ha señalado que "ante mis ojos veía la copia, una mala copia, incluso en detalles ínfimos, como podría ser la forma de los casilleros de los alumnos en clases, las mesitas en vez de pupitres, el número de alumnos en cada clase, etc., de la realización educativa de mayor importancia de la Institución Libre de Enseñanza. A mí me disgustó que se hubieran copiado las cosas materiales del Instituto-Escuela para Gaztelueta, haciendo creer a la gente, por supuesto la esfera social alta de Las Arenas, la "originalidad" del colegio del Opus Dei. Me daba cuenta de que la copia era mala porque se habían omitido cosas esenciales. Ante mis ojos veía Gaztelueta como algo degradado, sin indicación alguna del espíritu que animaba al Instituto-Escuela. Era eso: habían copiado el cascarón, pero no podían captar el espíritu: la libertad que se disfrutaba en el Instituto-Escuela, el hecho de que era un colegio mixto, los deportes a gran escala, nada de eso podía vivirse en Gaztelueta, que en sí era sólo un colegio para niños ricos de Las Arenas, ubicado en un hotelito de una familia conocida, donde incluso en el vestíbulo como decoración había una silla de manos. En la pared y sobre la escalinata de mármol había un gran repostero con el lema del colegio: "Sea vuestro sí, sí; sea vuestro no, no." *[Tapia, María del Carmen, tras el umbral, Ediciones B, Barcelona, 1994, p.94]*.

No sería en las aulas y pasillos del viejo edificio de la calle san Bernardo, sede de la universidad madrileña, en donde Escrivá realizaría formalmente sus primeros pasos apostólicos con los estudiantes madrileños, después de haber transcurrido treinta años de su vida "inadvertido" y ahora dispuesto a actuar en la vida pública como Jesucristo, arriesgándose y poniendo el carro antes que los bueyes. En la calle de Luchana, esquina a Juan de Austria, cerca del modesto piso donde vivía con su familia, montó a comienzos de 1933 una academia de preparación para estudiantes de derecho y arquitectura que llamó DyA, siglas que venían a decir Derecho y Arquitectura, pero que para los escasos iniciados significaba un lema: Dios y Audacia. Solía repetir entonces, para darle un significado

trascendente a la aventura que significaba la precaria instalación de la academia, la frase de Teresa de Ávila, capítulo II de sus "Fundaciones": "...es manifestación de la Omnipotencia divina dar osadía a personas flacas para cosas grandes en su servicio" .

En la academia de la calle Luchana fue donde comenzaba en firme sus primeros trabajos previos a la fundación de su obra apostólica y en donde todavía la expresión latina "Opus Dei" no aparecía para nada. Tan sólo años más tarde, a finales de 1935, Escrivá comenzó a utilizar intencionalmente la expresión Obra de Dios, lo cual indica claramente la ausencia de maduración del proyecto, por lo menos hasta la primera fundación que tuvo lugar en Madrid entre 1935 y 1936. Así, durante este primer tiempo el proyecto de Escrivá tiene como nombre el de la academia. Hasta sus hagiógrafos señalan que "ni quiso en un principio el fundador que su obra apostólica llevara siquiera nombre" *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., pp. 116-117]* y el propio Escrivá expresa este deseo en carta fechada por entonces: "En un primer momento, me hubiera gustado incluso que la Obra no tuviera ni nombre, para que su historia la conociera sólo Dios" *[Berglar, Peter, ob. cit., p. 72]*.

En Zaragoza ya había adquirido la experiencia de dar clase en una academia y en Madrid la había reanudado dando clases en la academia Cicuéndez, dedicada exclusivamente a la preparación de asignaturas de la licenciatura de derecho y que funcionaba a la vez como residencia para unos ocho estudiantes internos. *[Sastre, Ana, "Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1989, p. 81]*. Escrivá, que realizaba este trabajo para conseguir el dinero necesario para vivir y mantener a su familia, concibe la posibilidad de imitar el modelo, creando por su cuenta una academia semejante. *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 103]*. El objetivo sería lograr que, al igual que en el caso de la academia Cicuéndez, "muchos alumnos de esta academia llegaran a ocupar posiciones notables en la vida profesional". *[Berglar, Peter, ob. cit., p. 81]*.

La oportunidad era única. En Aragón había fallecido recientemente mosén Teodoro Escrivá, hermano de su padre y por lo tanto tío del cura José María, que había dejado unas escasas propiedades que consistían en sus enseres personales y unas aranzadas de tierra. José María Escrivá presionó a su madre y tras lograr autorización por escrito de su hermana Carmen y de su hermano menor Santiago consiguió que se vendiera el terreno familiar heredado y el escaso producto de la venta pudo ayudar a pagar el alquiler inicial del local donde iba a ser instalada la academia; aunque, en última instancia, debió intervenir el fiel Isidoro Zorzano quien ayudó con su sueldo, ya que trabajaba en Málaga como ingeniero en los talleres de los ferrocarriles andaluces, y la academia pudo ser instalada en un exiguo local a nombre suyo. Santiago, el hermano menor del cura Escrivá, no se quedó contento con su renuncia al insuficiente patrimonio del tío Teodoro y se colocaba en la puerta de la calle para registrar los bolsillos de José María cada vez que salía del piso. La vivienda familiar a cuyo frente se encontraba la madre, doña Dolores, era el centro neurálgico del cual dependía la academia, como señalan los cronistas oficiales del Opus Dei: "Puede decirse que esta vivienda fue el primer centro de la Obra, pues en ella encontramos ya la célula primitiva del futuro espíritu de familia del Opus Dei" *[Berglar, Peter, ob. cit., p. 126]* Y téngase también en cuenta que el piso de la familia Escrivá se encontraba a dos pasos de la sede de la floreciente Institución Libre de Enseñanza.

De esta época data también la anécdota que cuando merendaban algunos estudiantes en la humilde casa de los Escrivá, Santiago, el hermano menor de José María, se quejó en voz alta diciendo: "¡Mamá, los chicos de José María se lo comen todo!". El Incidente motivó que se reprodujeran muchos años después "ex libris", estampas e inscripciones diversas, en donde figuran dos manos unidas en actitud oferente, en medio de ellas un pedazo de pan y alrededor una leyenda que dice: "Se lo comen todo", refiriéndose sin duda alguna a lo ocurrido en casa del cura Escrivá, allá por los años de la Segunda República.

Según los primeros propósitos de Escrivá, la vida dentro de la obra apostólica en trance de ser fundada por él debía imitar más bien la organización y los modos de la familia cristiana que los de una comunidad religiosa formal. Y de la misma manera que el rasgo distintivo de la familia natural es el espíritu de sencillez y llaneza, que iguala entre sí a todos sus miembros, así dentro de su proyecto de obra apostólica la sencillez de la vida en familia debía presidir, al menos teóricamente, todas sus actividades. Al cura Escrivá, por ser el fundador, se le iba a llamar "el Padre" y todos los documentos de la Obra deberían ser redactados con el estilo familiar adecuado.

Entre los precedentes históricos contemporáneos de esta proyección social de la familia, que iba a ser utilizada desde los primeros tiempos por Escrivá, cabe citar por sus dimensiones a la Mafia siciliana, que sirvió a su vez de base a la Cosa Nostra en los Estados Unidos, así como también a la extensa familia real de Arabia Saudita, compuesta por cinco mil príncipes y más de veinte mil miembros. Conviene señalar que los análisis sobre la dimensión familiar de las mafias se centran en una ya clásica estructura vertical con varios niveles, mientras se olvida en cambio la estructura horizontal mucho más interesante al formar una "hermandad secreta de miembros". El caso del Opus Dei no resultó ser diferente, pues -con el fundador como Padre a la cabeza y practicando intensamente tanto la dimensión familiar vertical como la horizontal entre sus miembros, y como estaban dispuestos a convertir el mundo a su catolicismo- ha merecido por ello el calificativo de Santa Mafia. *[El autor de "La prodigiosa aventura del Opus Dei, Génesis y desarrollo de la Santa Mafia", señaló en 1970 haber utilizado la expresión "tan difundida en los medios políticos españoles" de "Santa Mafia" por ser una expresión que pertenecía al dominio público desde hacía más de una década y que a la difusión de la expresión habían colaborado periodistas extranjeros como Yvon Le Vaillant en "Le Nouvel Observateur" el 11 de mayo 1966 y Tad Szulc en "The New York Times" el 9 mayo 1967. La revista "Time" señalaba el 12 mayo 1967, por su parte, que había también españoles que utilizaban la denominación de "Octopus Dei" y que en Argentina estaba también ampliamente difundido el apelativo de "Santa Mafia". El periodista francés, Eugene Mannoni, afirmó en el diario "France-Soir" el 20 enero 1970 que prelados romanos le habían susurrado irreverentemente que el Opus Dei era una "Mafia Santísima", una "Santa Mafia". Refiriéndose a los fascistas en potencia, Theodor W Adorno escribió también hace años esta frase lapidaria: "...su fanático ahínco por defender a Dios y a la patria, los lleva a integrar mafias de individuos fronterizos con la locura". El Opus Dei es verdaderamente una Santa Mafia. En Ynfante, Jesús: ob. cit. p. 362, nota 51]*.

Los esquemas iniciales familiares -expresados en la frase del fundador "todos los miembros constituyen una familia ligada por el vínculo sobrenatural" y también con la frase castiza de "una sola familia, un solo puchero"-, se iban a reproducir más tarde también donde se reunían tres o más miembros de la obra apostólica de Escrivá constituyendo una "familia" o "casa" presidida por el espíritu del hogar fundacional a partir de 1939.

Nunca se insistiría bastante sobre el carácter familiar que quería imprimir Escrivá a su proyecto y que se percibe con mayor claridad en los primeros tiempos -señala Luis Carandell-, autor de una corta biografía sobre Escrivá. Se aplica a la Obra el esquema de la familia ideal de clase media española, a imagen y semejanza de la familia del propio fundador, que ha atravesado por situaciones difíciles pero que ha salido a flote gracias a su rigurosa cohesión interna. Es más, en el Opus Dei no se trata sólo de crear una familia con la ejemplar y edificante unidad de la del honrado y abnegado comerciante de paños de Barbastro. Se trata de prolongar esa misma familia, cuyo jefe es ahora su hijo, el sacerdote llegado a Madrid desde Zaragoza, una familia en la cual cabría en principio toda la humanidad, señala Carandell, si la humanidad se aviniera a aceptar sus condiciones. *[Carandell, Luis, “ Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer”, Laia]*

Esa imagen familiar, digna de ser analizada a la luz del psicoanálisis y de la sociología, iba a adquirir tanta fuerza que, a medida que ingresaban, los neófitos serían considerados "hijos" porque se incorporaban a "la familia" y también "hermanos" entre ellos, en un curioso híbrido mitad carnal, mitad sobrenatural. La Virgen María era "la Madre" por antonomasia, luego figuraban doña Dolores, doblemente "madre" por serlo de Escrivá y del Opus Dei, junto con la hermana considerada como "la tía Carmen". Sin embargo, el modelo familiar presentaba excepciones como la de Santiago, hermano menor del fundador, quien en buena lógica debió ser "el tío Santiago". Pero no mereció los honores del título de "tío" del Opus Dei porque protestaba demasiado, debido quizás a su corta edad de entonces o a su endeblez de carácter y mantenido por tanto al margen del proyecto, lo que negaba algo que se daba por cierto y ponía en entredicho la ejemplar y edificante unidad así como la rigurosa cohesión interna de la familia del fundador del Opus Dei.

Por otra parte, las formas de apostolado que resultaron ser desde entonces típicas de la familia Escrivá consistían en mantener una "tertulia" o reunión en torno a la mesa camilla familiar y en invitaciones para "merendar" también en familia, por aquello de que "empiezan yendo a merendar y terminan quedándose". Estas formas de apostolado tenían como origen la actividad hostelera de los Escrivá, desde que se vieron obligados a instalar una pensión de familia acogiendo huéspedes para sobrevivir en diversas ocasiones.

Aquel primer centro de enseñanza, la academia DyA, era una actividad civil sin apariencia profesional ni vinculaciones eclesiásticas. Pretendía ser una simple academia a la que acudían estudiantes universitarios que tenían como trastienda espiritual el piso familiar de Martínez Campos. El punto de encuentro para los iniciados era la casa familiar, donde hacían tertulias y algunas meriendas, ayudando a resolver problemas personales de los estudiantes, tratándoles como si fueran de la familia. Escrivá tenía experiencia porque había trabajado un tiempo por cuenta ajena en academias privadas como Amado en Zaragoza y Cicuéndez en Madrid, pero sólo pudo abrir la academia primero, y más tarde, en una segunda etapa, la residencia de estudiantes, con muchas dificultades. El sector de la enseñanza confesional pasaba entonces por un momento delicado pero halagüeño, ya que las familias de la burguesía católica estaban atemorizadas por la posibilidad de que sus hijos fueran víctimas de una educación republicana o marxista y de lo que Escrivá llamaba "liberalismos desacreditados del XIX".

Pese a los intentos de realizar alguna actividad más comprometedora, el apostolado de Escrivá se reducía a las típicas actividades exteriores del catolicismo tradicional con un nivel puramente individual que no rebasaba el marco de un grupito de estudiantes. Así, el 21 de enero de 1933 Escrivá intentó diversificar su actividad apostólica y convocó un retiro espiritual en el asilo de Portacoeli, en la calle García de Paredes, muy cerca de su casa. Se trataba de la primera de las reuniones de formación espiritual, pero en aquella ocasión sólo acudieron tres estudiantes, precisamente los terroristas que frecuentaba, que solían confesarse con él y al mismo tiempo conspiraban para derribar violentamente el gobierno de la República. El cura Escrivá, señala uno de sus hagiógrafos, se dirigió a aquellos tres estudiantes con la misma convicción que si fueran muchos. *[Gondrand, Francois, ob. cit., p. 87]*.

De igual manera que la especialización, la diversificación o la segmentación de apostolados hace que la oferta de la Iglesia se bifurque en diferentes formas religiosas, lo mismo iba a ocurrir con el proyecto de Escrivá en estos primeros tiempos. Él soñaba con llevar a cabo un trabajo de apostolado por lo menos en tres frentes, hombres, mujeres y sacerdotes, de forma separada, pero la realidad de la obra de Escrivá no correspondía a sus ambiciones y aún cuando estaba limitada a la juventud universitaria siguió perteneciendo en su conjunto al limbo de los proyectos.

A principios de 1933 "Escrivá "vio" claro que la voluntad de Dios era empezar a fondo la labor con estudiantes", relata Juan Jiménez Vargas, notorio miembro de Opus Dei y testigo de la época. Pero, desgraciadamente, los asiduos iniciados de su casa de la calle Martínez Campos eran sólo unos cuantos estudiantes. Uno de ellos, entonces estudiante de arquitectura, conoció a Escrivá en mayo de 1933 y visitaba la casa buscando la dirección espiritual de un sacerdote. De igual manera, el estudiante de medicina antes citado, Juan Jiménez Vargas, visitaba esporádica mente la casa para ser dirigido espiritualmente por Escrivá. Y también aparecían los mismos estudiantes que ya se conocían y le habían acompañado anteriormente en la catequesis de hospitales y barrios obreros de la periferia de Madrid. Entre estos últimos se encontraba el más fiel y quizá único seguidor de Escrivá en aquellos tiempos que continuaba siendo Isidoro Zorzano, antiguo compañero de clases en el instituto de enseñanza media en Logroño y que trabajaba desde 1928 en Málaga como ingeniero de la Compañía de Ferrocarriles Andaluces. Se habían reencontrado en la Obra de las Damas Apostólicas en 1930 y desde entonces Zorzano mantuvo correspondencia con Escrivá y le visitaba algunas veces cuando viajaba a Madrid por razones de trabajo. Algunos le consideran como el primer miembro de la obra apostólica de Escrivá, pero debió serlo durante varios años prácticamente por correspondencia, pues Zorzano prosiguió su trabajo en Málaga hasta 1936. *[Ver cap. 1. "Turbosantidad del fundador", pp. 11-13 Y cap. 3. "De Madrid al cielo", pp. 60-61]*. Por su posicionamiento con la ultraderecha Escrivá no tuvo éxito en sus apostolados entre los estudiantes durante los primeros años de la República. Uno de sus hagiógrafos menciona "aquel inexplicable y continuó trasiego de los muchos que se le acercaban y de los muchos que desaparecían sin despedirse, sin dejar rastro, como si se los tragase la tierra" *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 146]*. El propio Escrivá llegó a reconocer que los estudiantes se escurrían entonces de sus manos "como se escapan las anguilas en el agua". *[Vicepostulación del Opus Dei en España; El siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, Hoja Informativa n° 1, Madrid, s. f., p. 9]*.y el apostolado entre las chicas de la burguesía madrileña se caracterizó también por varios intentos fallidos. El cura Escrivá llegó a contactar con algunas mujeres, pero dejaron de verle de forma regular, sin dar explicaciones. Su hermana Carmen afirmaría luego, refiriéndose a las deserciones, que "las primeras chicas no valían para lo que quería José María". Frase que no descubre en absoluto los propósitos de Escrivá y que fue interpretada posteriormente dentro del Opus Dei como que "la tía Carmen ya participaba de la clarividencia del Padre".

El apostolado entre sus colegas, los sacerdotes diocesanos, resultó ser más difícil todavía. Escrivá parecía una persona dócil y fácil de tratar, pero bastaba pasar un cierto tiempo a su lado para comprender que detrás de esa máscara escondía un fuerte carácter autoritario que no toleraba que nadie le contradijera. Le encantaba rodearse de aduladores. No podía tener amigos, tan sólo seguidores, porque quien no le seguía la corriente se apartaba rápidamente de su lado. Su actitud era tajante, como la refleja una de sus notas personales que luego incluyó, en 1934, dentro de su obrita "Consideraciones Espirituales": "En una obra de Dios, el espíritu ha de ser obedecer o marcharse" *[Escrivá, José María, "Consideraciones Espirituales", Imprenta Moderna, Cuenca, 1934, p. 100]*. Uno de los hagiógrafos de Escrivá reconoce, respecto al apostolado entre sacerdotes, "algún que otro de esos sacerdotes se le atravesará por discordancia, mostrándose díscolo en el obedecer". Por ello dijo Escrivá que resultaron ser su "corona de espinas". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 119]*. Ante tantos fracasos, estaba claro que no podía tratarse todavía de ninguna fundación y por eso la calificaron luego de gestación lenta de un proyecto aún no madurado. Sin embargo, hay que buscar en estas iniciativas, tanto en las reuniones del piso familiar como de la academia, "los barruntos" que mencionan las hagiografías del Opus Dei y que Escrivá interpretaba como si fueran presentimientos por alguna señal o indicio del cielo y que eran favorables para el futuro. Estos intentos representan, en cualquier caso, los antecedentes inmediatos de la primera fundación de la Obra de Dios que tuvo lugar, dos años más tarde, entre

1935 y 1936, en vísperas del levantamiento militar. Fue tan sólo en el último período republicano, con la radicalización de los católicos en vísperas de la guerra civil, cuando el proyecto de la obra apostólica del cura Escrivá logró cuajar minoritariamente, encontrando una cierta acogida entre jóvenes estudiantes católicos, muchachos "dirigidos espiritualmente" por Escrivá que realizaban estudios de grado superior o universitario y que ya se encontraban lanzados en un combate que desembocaría en tres años de guerra civil.

José María no se resignaba a ser un simple cura, montando una sencilla academia de estudios, sino que aspiraba a más y aquí interviene la actitud ambiciosa que mantuvo a lo largo de su vida. Contó para ello con otro modelo católico de mucha mayor envergadura en el que se inspiró también para montar la academia DyA. Se trataba de la influyente Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), cuyos miembros, que se declaraban públicamente como nacional-católicos, eran más conocidos por propagandistas católicos o propagandistas a secas. En 1932, y poco antes que Escrivá, los miembros de la ACNP habían fundado en Madrid una academia, el Centro de Estudios Universitarios (CEU), dedicada únicamente a los estudios de derecho. Los propósitos de Escrivá con la academia DyA habían sido calcados de los del CEU y, como eran más ambiciosos que éstos, se reflejaban hasta en el título: estudios de derecho más los de arquitectura. Sólo que en la práctica la academia DyA apenas logró aglutinar con dificultad unos cuantos estudiantes, mientras que el CEU había encontrado por entonces una acogida importante.

Tras la aprobación en los primeros meses de la República de una serie de leyes que eliminaban la instrucción religiosa y que empezaron a desmontar el sistema católico de enseñanza en España, junto con la disolución, que no expulsión, de la Compañía de Jesús en 1932, un sacerdote ambicioso como Escrivá consideró que era necesario su trabajo en la enseñanza, aunque sólo fuera para llenar el hueco dejado por los jesuitas. La ocasión era excelente para él, que ambicionaba especializarse en el apostolado universitario. Iba además a considerar como torpeza supina por parte de la Compañía de Jesús el hecho de sufrir una medida de disolución política, sin posibilidad de recurso o de defensa.

Entonces debió pensar que su proyecto nunca sufriría nada parecido y que debía preparar un dispositivo de ocultamiento para evitar descalabros futuros. Así imaginó su futura fundación a través de sociedades anónimas de pantalla y de laicos como testaferros. Algunas notas y escritos redactados por Escrivá apuntan en este sentido. Luego sus seguidores encontraron incluso una explicación divina para la problemática cuestión de la financiación, y la iluminación divina de Escrivá tuvo lugar precisamente en un lugar muy apropiado cuando paseaba después de visitar a unos pobres en el barrio madrileño de La Bombilla *[Ver cap. 3. ”De Madrid al cielo”, pp. 59-62]*.

Escrivá, para perfilar los aspectos de la fundación que preparaba, iba también a inspirarse en el fundador de la Compañía de Jesús y para aspectos organizativos en los propagandistas católicos, considerados como una de las prolongaciones laicas de la Compañía de Jesús. En los años de la Segunda República española empezó pronto a manifestarse la influencia política de los nacional-católicos de la ACNP en la vida del país. Sus actividades no sólo fueron alentadas por la disuelta Compañía de Jesús, sino también por una buena parte de la jerarquía eclesiástica española, por lo que crecieron hasta reunir varios centenares de miembros en Madrid y en otras ciudades españolas, de las que saldrían en gran número dirigentes de organizaciones de apostolado (Acción Católica, Estudiantes Católicos, juventud Católica), partidos políticos (Acción Popular, CEDA) y destacados líderes franquistas después de la guerra civil española. *[Fontán, Antonio, "Bodas de oro de la Editorial Católica", Revista "Nuestro Tiempo", Pamplona, julio 1963]*.

A diferencia del proyecto de Escrivá, quien soñaba con tener desde sus orígenes una orientación más de ultra derecha y a la vez más secreta como si fuera una

contramasonería, la ACNP había nacido a principios de siglo como grupo confesional para formar católicos que actuasen políticamente conforme a los intereses de la Iglesia. La originalidad de la ACNP respecto al resto de los grupos confesionales radicó precisamente en su objetivo nunca ocultado de formar hombres para la vida pública". La ACNP formó a sus miembros políticamente, proporcionándoles la experiencia en las tareas de gobierno durante la dictadura del general Primo de Rivera. Los propagandistas habían aprovechado entonces la ocasión de actuar como grupo desde el poder. Si la dictadura primorriverista necesitó una ideología ellos proporcionaron una teoría del corporativismo y, en contrapartida, la ACNP tuvo la oportunidad de adquirir una experiencia política de la que se servirían más tarde durante la República. En 1931, al proclamarse la Segunda República, reafirmó su posición privilegiada respecto a la Iglesia católica, politizó a gran número de católicos en contra de las reformas de la República, sirvió como base de reclutamiento de líderes conservadores, algunos de los cuales alcanzaron ministerios del gobierno en el denominado bienio negro republicano y, por último, durante la guerra civil y la posguerra los propagandistas católicos aportaron sus conocimientos jurídicos y políticos para la construcción del nuevo Estado franquista, llegando a detentar también el monopolio de representación de la jerarquía eclesiástica española durante los primeros años de la posguerra española.

Los católicos conservadores de la derecha española buscaban una sociedad políticamente estable, pero el ejercicio del poder no unió a los católicos durante la República sino que agravó sus discrepancias, y los enfrentamientos entre ellos fueron numerosos, participando Escrivá por su militancia en la ultraderecha en discusiones de la época. Con su proyecto Escrivá pensaba en ir con sus futuros seguidores más lejos que la ACNP, porque no sólo serían conservadores sino también conquistadores. Los propagandistas proclamaban la indiferencia de las formas de gobierno y estaban dispuestos a aceptar y tener ciertas complicidades con la República, como antes con la Monarquía y la dictadura de Primo de Rivera, aunque luego en realidad se decantaron lentamente, durante la Segunda República, hacia formas fascistas, políticamente más dinámicas por el contexto de la época. Basta señalar como dato histórico que la sublevación izquierdista de 1934 en España, la famosa revolución de Asturias, no fue provocada por el temor de las izquierdas al fascismo en general, sino por temor a lo que entonces se llamaba fascismo clerical.

La aparición pública del fascismo como fuerza dominante en Europa fue un fenómeno que apareció con fuerza en tan sólo unos pocos años, más concretamente entre los años que transcurren entre 1922 y 1945. Pueden señalarse ambas fechas con toda precisión. Empezó entre 1922 y 1923 con el nacimiento del partido fascista italiano que Mussolini llevó al poder en la mítica marcha sobre Roma de 1922, seguida un año después por el abortado "putsch" de Munich de Hitler en Alemania, mientras que España, con la dictadura del general Primo de Rivera, se fue aproximando también en 1923. El fenómeno del fascismo llegó a su mayoría de edad en los años treinta cuando surgieron por toda Europa los partidos fascistas y llegaron al poder, a veces mediante la conspiración, a veces por la guerra civil, pero siempre bajo el patrocinio de Hitler y Mussolini, unidos como una fuerza en la política europea por el Pacto de Acero de 1936 y al cual se añadiría más tarde el general Franco a partir de 1939. El fascismo terminó en 1945 con la derrota y muerte de los dictadores más destacados y la hecatombe o la huida de los seguidores, sirviendo España de refugio para muchos de ellos.

Sin embargo, tras el amplio término de fascismo se escondían, en verdad, dos distintos sistemas sociales y políticos. Ambos eran autoritarios y opuestos a la democracia parlamentaria, pero eran diferentes y la confusión entre estos sistemas distintos es un factor esencial en la historia del fascismo. Ambos sistemas pueden describirse como el fascismo auténtico y el fascismo clerical. Casi todo el movimiento fascista europeo ha estado compuesto de estos dos elementos, pero en proporciones variables, y la variedad de esta proporción

tiene una relación con la estructura de clase de cada sociedad en particular y con la mayor o menor influencia social de la Iglesia católica. *[Woolf, S.J., y otros, "El fascismo europeo", Grijalbd, México, 1970. También en "European Fascism", Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1968]*.

Si el fascismo auténtico ha sido analizado teóricamente desde su derrota en 1945, el fascismo clerical, que perduró en regímenes como el del general Franco en España, ha despertado poco el interés de los historiadores, sobre todo por sus profundas implicaciones con la Iglesia católica. Por tanto, el fascismo auténtico, lo que ha descrito el historiador inglés Hugh Trevor-Roper como fascismo dinámico, *[Trevor-Roper, Hugh, R. L, "El fenómeno del fascismo", en Woolf y otros, ob. cit., p. 36]* con el culto de la fuerza, el desprecio de las ideas tradicionales y religiosas, junto con la afirmación de una amplia clase media baja en una sociedad industrial debilitada, era muy distinto del fascismo clerical, que estaba basado en el ultraconservadurismo ideológico, es decir, en el tradicional conservadurismo clerical del antiguo régimen del siglo XIX, modificado y puesto al día para el siglo XX. Ambos eran autoritarios y defendían la jerarquía social a ultranza, pero la diferencia entre ellos era muy grande, aunque ambas formas políticas se confundieron constantemente a lo largo de la historia europea. La piedra de toque para distinguir un fascismo de otro era la religión y en el caso de España la Iglesia católica, la cual, para remediar la crisis que sobrevino durante el primer tercio del siglo XX, seguía ofreciendo el ideal conservador de 1890, es decir, un Estado de orden, jerárquico, no democrático y corporativo. Esta receta sería implantada luego, bajo forma de fascismo clerical, además de España en Portugal, Austria y Hungría, países en donde la estructura social y la presencia de la Iglesia se mantenían como en el siglo XIX. Oliveira Salazar en Portugal y el general Franco en España o el almirante Horthy en Hungría y directamente los sacerdotes católicos Hlinka y Tiso en Eslovaquia, fueron representantes de ese fascismo clerical que logró perdurar en algunos casos más allá de 1945 y del que tanto se aprovechó el cura Escrivá, después de la guerra civil con la victoria del general Franco, para fundamentar una vez por todas su proyecto.

En el panorama de la época, Escrivá, quien se estuvo extralimitando durante la Segunda República reprochando tibieza a los propagandistas católicos, se presentó luego, con la victoria de Franco después de la guerra civil, como un renovador dentro del fascismo clerical, aprovechando la coyuntura para establecer, asegurar y hacer firme el proyecto que se denominó Opus Dei.

Mientras tanto, surgió en Madrid la oportunidad que tanto anhelaban el cura Escrivá y su familia desde su llegada en 1927 a la capital de España. El cargo y la vivienda del rectorado del patronato de Santa Isabel se encontraban libres y Escrivá se instaló con su familia creyéndose con mejor derecho que otros, después de estar varios años pululando por Madrid "sin ningún beneficio eclesiástico", como le decía su madre. *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 139]* Para ocupar el cargo y la casa rectoral había enviado una instancia a la dirección general de Beneficencia del gobierno republicano de derechas con el bienio negro, de quien dependía el patronato, y también había "ablandado" previamente a la jerarquía eclesiástica.

El patronato de Santa Isabel lo formaban un convento de monjas agustinas recoletas, fundado por Felipe II en el siglo XVI, y un colegio dirigido por monjas de la Asunción. Escrivá ejercía provisionalmente desde 1931 el puesto de capellán del convento encargado de la asistencia espiritual de las monjas de clausura, pero en su nuevo puesto como rector en funciones debía supervisar la administración del patronato que afectaba tanto al convento de las agustinas recoletas como al colegio contiguo de la Asunción.

Aquel cambio representaba para Escrivá la primera promoción importante en su carrera eclesiástica. Tuvo por ello que solicitar la autorización oficial del arzobispado de Zaragoza, diócesis en la que estaba incardinado desde su ordenación como sacerdote. Así regularizaba su situación eclesiástica, porque se

hallaba en una situación marginal con respecto a la Iglesia, por lo menos desde 1929. José María Escrivá dejaba de ser simple cura para convertirse en todo un rector en funciones de un antiguo patronato real aprovechando los tumultuosos años de la República. Para obtener su nombramiento como rector del patronato, Escrivá aprovechó sobre todo la coyuntura política favorable, después de haber ganado las derechas las elecciones generales en noviembre de 1933. Tomó posesión oficial del cargo en diciembre de 1934, después de que su nombramiento fuera publicado unos días antes en el diario oficial de la República. "Esos rectorados -señaló Pedro Cantero que llegó a ser arzobispo de Zaragoza y era entonces colega de Escrivá-, nos abrían campos apostólicos y nos permitían, a nosotros que éramos sacerdotes extradiocesanos, trabajar en la diócesis de Madrid con un beneficio colativo y, por tanto, en una situación jurídica estable" *[Cantero Cuadrado, Pedro, Testimonio, en Varios Autores, "Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei", Palabra, Madrid, 1994, pp. 77-78.]* Resultaba paradójico que el nombramiento y la primera promoción eclesiástica de Escrivá aparecieran en el Boletín Oficial del Estado, circunstancias que luego aprovecharían sus seguidores para justificar tergiversadamente una espiritualidad laica, alejada de cualquier clericalismo.

Una vez que Escrivá se encontró instalado junto con su familia en la casa rectoral del patronato de Santa Isabel con una perspectiva de situación jurídica estable, no disminuyeron sino que aumentaron las constantes preocupaciones económicas, porque había hallado una buena oportunidad en Madrid aunque sin ninguna retribución importante. Cuentan sus hagiógrafos que siendo ya rector de Santa Isabel "hallándose abrumado de apuros económicos", se acordó de san Nicolás de Bari, abogado de tales situaciones. Hízole una promesa en la sacristía: "¡Si me sacas de esto, te nombro Intercesor!". *[Gondrand, Francois, ob. cit., p. 101]* Nombrar a un santo intercesor es una devoción particular que consiste en hablar el santo ante Dios de una persona, para conseguirle un bien o librarle de un mal. Los mismos hagiógrafos cuentan que Escrivá fue hasta la parroquia donde estaba la imagen de san Nicolás de Bari para rezar pidiendo dinero, es decir, "a darle un sablazo". El fundador del Opus Dei no tuvo entonces mucho éxito con san Nicolás como santo intercesor porque los graves problemas económicos continuaron. Sus peticiones, sin embargo, sirvieron de entrenamiento y más tarde Escrivá y sus seguidores se convirtieron en verdaderos especialistas en sacar dinero a diestro y siniestro "dando sablazos", esto es, con peticiones hábiles o insistentes y sin ninguna intención de devolverlo.

Aun siendo Escrivá desde su juventud un sacerdote jurídicamente marginado dentro de la Iglesia, su lustre, autoestimación y deseos de grandeza sobresaliente eran enormes. Su actividad era incesante en búsqueda de una dignidad eclesiástica, de cargos o empleos honoríficos y, sobre todo, de autoridad. La prebenda que correspondía a un oficio honorífico y preeminente como era el rectorado del patronato le colmaría algún tiempo, porque contaba encima con una amplia vivienda, pero él soñaba con ser un alto dignatario de la Iglesia católica, un personaje investido de dignidad y se mostraba con gravedad y decoro en la manera de comportarse desde los primeros tiempos, como si ya hubiera alcanzado la suprema dignidad eclesiástica que él anhelaba fervientemente.

Instalado como rector del patronato, a Escrivá le llamaron la atención dos tumbas en la iglesia que dependía del patronato y estaban por tanto dentro de su jurisdicción. Las lápidas mortuorias, situadas bajo la cúpula del crucero de la iglesia al pie del presbiterio, estaban dedicadas a dos eclesiásticos catalanes, un vicario general de los ejércitos reales, patriarca de las Indias Occidentales, capellán y limosnero mayor del rey Carlos IV; y el otro había sido también vicario general castrense, patriarca de las Indias Occidentales, obispo de Sión y pro capellán mayor de la Casa Real en el siglo XVIII. *[Berglar, Peter, ob. cit., pp. 371-372]* El vicariato militar ejercido por ambos dignatarios eclesiásticos, que tenía poder e independencia con respecto a la Iglesia, resultó ser una revelación para

Escrivá, porque podía ser la solución para el proyecto de organización con el que soñaba. Desde entonces pensó en utilizar el modelo de un vicariato general castrense para sus planes, lo cual encajaba perfectamente con sus ambiciones y podía seguir estando en armonía con la subida imparable del fascismo y con su evolución personal.

Tras convertirse en rector de un patronato que fue real hasta la República, Escrivá se lanzó, como una de sus primeras medidas, a la publicación de temas espirituales, lo que no había podido realizar hasta entonces. En sus dos publicaciones durante la Segunda República repitió los mismos temas y preocupaciones en los que iba a insistir a lo largo de su vida.

"Consideraciones Espirituales", su primer trabajo, era un pequeño libro de 104 páginas que contenía 434 puntos de meditación y había sido editado en mayo de 1934 con la autorización y apoyo económico del obispo de Cuenca. A pesar de ser editado bajo los auspicios de un obispo paisano suyo, por más señas aragonés, a quien había pedido consejo para imprimir el libro de la forma más económica posible, sabiendo que la Imprenta Moderna de Cuenca pertenecía al seminario, la publicación del librito representaba un ascenso en su condición social, después de haber conseguido la dirección del patronato en Madrid. La obrita rezumaba un curioso tono de distinción que ya se detectaba en la advertencia preliminar: "estos apuntes, escritos sin pretensiones literarias ni de publicidad, respondiendo a necesidades de jóvenes seglares universitarios dirigidos por el autor". Sin embargo, en la página 39 se dirigía a "catedráticos, periodistas, políticos y hombres de diplomacia", es decir, miembros de la elite por quienes también deseaba ser leído. También recomendaba en tono sugerente a sus futuros lectores "pasar ocultos", y hasta tal punto lo practicaba ya el autor del librito que el secreto de su apellido no figuraba en portada y tan sólo aparecía "José María", su nombre de pila. *[El texto íntegro de "Consideraciones Espirituales", publicado en mayo de 1934 y cuyo autor firmaba simplemente "José María", en Ynfante, Jesús, Opus Dei, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, Anexo 1, pp. 503-533.]* La condición de "pasar ocultos" en 1934 no tenía, sin embargo, la arrogancia y énfasis que mostró a partir de 1939, cuando ya se había puesto en marcha de forma estructurada la organización del Opus Dei.

Una lectura de "Consideraciones Espirituales" permite afirmar que Escrivá tenía en mente una visión algo detallada aunque incompleta sobre lo que iba a ser su proyecto. Así, menciona "plan de vida", "mortificación continua", "cruz de palo sin crucifijo", elementos que posteriormente formarían parte de la amplia panoplia de recursos utilizados por los primeros militantes del Opus Dei. Pero entonces, hacia 1934, todo indica que su apostolado se reducía a un nivel de simple labor individual con prácticas espirituales dirigidas a individuos aislados sin cohesión de grupo. Por ello, en la correspondencia de Escrivá con el vicario general de la diócesis de Madrid hay alusiones al librito "Consideraciones Espirituales" y a la Academia DyA, a "nuestro apostolado sacerdotal entre intelectuales" ya las "obras de celo con estudiantes", pero los nombres de Obra de Dios u Opus Dei como organización nunca son mencionados. *[Estruch, Joan, “Santos y pillos. El Opus Dei y sus paradojas”, Herder, Barcelona, 1994, pp. 146-147.]* Se puede citar un ejemplo curioso de su actividad por aquella época, cuando preparaba un retiro espiritual para el primer domingo del mes de mayo de 1934 y en carta al vicario del obispado de Madrid insistía con autobombo sobre la calidad de su labor considerada nada menos que "apostolado sacerdotal entre intelectuales", aunque luego en la misma carta trataba explícitamente a los estudiantes universitarios que iban a acudir al retiro espiritual como "muchachada": "Yo le pido, Sr. Vicario, que encomiende esta muchachada en la Santa Misa: se lo merecen..." *[Escrivá, José María, Correspondencia con el vicario de la diócesis de Madrid-Alcalá. Carta del 12 agosto 1934, en Hoja Informativa, n° 5, Madrid, s.f., p. 8. También en Bernal, Salvador, ob. cit., pp. 198-199]*. En otra carta al vicario de la diócesis, Escrivá también se refiere a los estudiantes como estos "chicotes", término que denota cierto afecto y que se utilizaba

antaño para designar a chicos sanos y fuertes, muy en consonancia con aquellos tiempos de subida del fascismo. Resulta evidente que las expresiones "muchachada" y "chicotes" seguían estando distanciadas de las condiciones estrictas que Escrivá iba a exigir a los futuros adeptos para la puesta en marcha del proyecto. Faltaba todavía una captación más rigurosa para formar el núcleo de primeros militantes y una ideología fascista más elaborada que sirviera como fuerte nexo de unión entre ellos, todo lo cual iba a cuajar en la academia-residencia de la calle Ferraz con la primera fundación del Opus Dei.

Entretanto, Escrivá les seguía hablando de entrega personal completa, así como de una empresa de trabajo apostólico para extender el reinado de Cristo. De esta época data la aparición de varias hojas volanderas de publicación irregular, tiradas con una multicopista primitiva, que tituló pomposamente "Noticias" y comenzó a enviar durante el verano de 1934, para seguir manteniendo contacto con los estudiantes durante las vacaciones. Se trataba de una idea inspirada en el boletín interno de los nacional-católicos de la ACNP para lo cual Escrivá copió el título de una columna situada en la última página del boletín de los propagandistas. Ya el mismo hecho de su elaboración dejaba bien clara su intención de mantener un lazo de unión entre los estudiantes dirigidos espiritualmente por él, al tiempo que les ofrecía comentarios sobre hechos y situaciones con una perspectiva que puede catalogarse como de fascismo clerical. Y también, de este modo, Escrivá convertía pacientemente su sueño de una empresa de apostolado en la realidad de una fundación.

Su segunda publicación, la obrita titulada "Santo Rosario", publicada en Madrid en 1935, era una meditación de los quince misterios dolorosos, gozosos y gloriosos que constituyen el rezo completo del rosario. Considerado por Escrivá como "libro de oración y meditaciones", el texto se formaba por una serie de comentarios cortos para facilitar la meditación de los quince misterios, junto con unas breves consideraciones sobre las letanías, por supuesto que lauretanas y en latín, por descontado. Un texto corto, redactado "de un tirón" afirman sus hagiógrafos. En el prólogo Escrivá hacía la siguiente advertencia: "No se escriben estas líneas para mujercillas. -Se escriben para hombres muy barbados, y muy... hombres, que alguna vez, sin duda, alzaron a Dios... El principio del camino, que tiene por final la completa locura por Jesús, es un confiado amor hacia María Santísima. ¿Quieres amar a la Virgen? -Pues, ¡trátala! ¿Cómo? -Rezando el Rosario de Nuestra Señora". Escrivá añadía en el prólogo otros temas preferidos suyos como la tendencia al secreto o la receta típica del fascismo clerical de encomendar a los "hombres muy barbados y muy... hombres" que para ser más fuertes tenían que volver a la vida de infancia: "He de contar a esos hombres un secreto que puede muy bien ser el comienzo de ese camino por donde Cristo quiere que anden. Amigo mío: si tienes deseos de ser grande, hazte pequeño. Ser pequeño exige creer como creen los niños, amar como aman los niños, abandonarse como se abandonan los niños..., rezar como rezan los niños". También se refería en el prólogo a un apostolado que él ya veía de dimensión universal: "Ojalá sepas y quieras tú sembrar en todo el mundo la paz y la alegría con esta admirable dimensión mariana y tu caridad vigilante". Desde el prólogo de su obrita "Santo Rosario", Escrivá repetía sin cesar los mismos temas y preocupaciones en los que iba a insistir a lo largo de toda su vida.

Huyendo hacia delante, en un fracaso que iba a ser considerado luego por sus seguidores como una ampliación, la pequeña academia DyA de la calle Luchana se trasladaría a la calle Ferraz en Madrid para convertirse en academia-residencia, donde el negocio iba a estar más integrado y tendría una dimensión de mayor envergadura.

Después de la instalación y escaso funcionamiento de la academia DyA en la calle Luchana, Escrivá y su familia decidieron dar el paso decisivo en Madrid con un desdoblamiento de actividades, alquilando tres pisos en un inmueble situado en el número 50 de la calle Ferraz, en las proximidades del Parque del Oeste. La academia para clases se instaló en el cuarto piso, mientras que la nueva

residencia DyA, prevista para estudiantes internos y con una vida en común, ocuparía junto con la familia Escrivá los dos pisos de la tercera planta. Aquello representaba el comienzo de una verdadera actividad fundacional por la posibilidad de aglutinar bajo el mismo techo a los estudiantes dirigidos espiritualmente por Escrivá que se encontraban dispersos hasta entonces por la capital de España. Con la academia-residencia DyA que intentaron entrara en funcionamiento en el mes de octubre de 1934 se reunían finalmente todos los requisitos para llamar a aquello una fundación, sobre todo por la vida en común de los futuros primeros miembros; pero tampoco pudo funcionar bien de inmediato por la falta de medios materiales y la escasez de seguidores. El proyecto cuajaría más tarde, bien entrado el año 1936; sería entonces, a los treinta y tres años, la misma edad de Cristo, con una evidente madurez física y mental, cuando Escrivá se entregaría de lleno a la instalación de la primera residencia de la Obra y a la puesta en marcha de su proyecto.

A comienzos de 1935 las estrecheces económicas habituales de la familia Escrivá se agravaron por la falta de residentes, ya que sólo eran dos y pensaban alojar hasta veinte. Les resultaba imposible sostener tres pisos, de modo que en febrero de 1935 abandonaron uno e instalaron la academia donde estaba la residencia. Como ayuda para resolver los problemas económicos Escrivá colocó una imagen de san Nicolás de Bari con la siguiente inscripción debajo: "Sancte Nicolae curam domus age" ("San Nicolás, ten cuidado de la casa"). La imagen servía a los visitantes de recordatorio para que depositaran dinero de igual manera que el santo obispo Nicolás de Bari depositó una suma de dinero en la ventana de una casa donde vivían tres jóvenes que no podían casarse por falta de dote. *[Gondrand; Francois, ob. cit., p. 101]* También colgado de una pared del vestíbulo, cerca de la entrada, había un repostero como objeto simbólico que tenía una significación especial para los iniciados. Era de paño gris azulado y en la parte inferior tenía unas plantas de cardo con tela superpuesta, lo que significaba espinas y asperezas; en la parte superior había unas estrellas con la leyenda "per aspera ad astra", *[Gutiérrez Ríos, Enrique, "José María Albareda, una época de la cultura española", Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1970]* que se traducía "por las asperezas al cielo" y también "por caminos difíciles hasta los luceros". Esta última expresión, que gustaba a los iniciados, fue utilizada hasta la saciedad por el fascismo clerical en España por aquella época.

Dentro de la academia-residencia, la instalación de la capilla en una habitación representó un paso importante en los preparativos de la primera fundación de la Obra de Dios. Colgada en una de las paredes de la capilla se hallaba una cruz negra vacía, sin crucifijo, una cruz de palo de talla humana que iba a tener un significado muy concreto y fue luego una de las piezas maestras en el simbolismo del Opus Dei. En el librito "Consideraciones Espirituales", publicado en 1934, José María Escrivá ya mencionaba la cruz de palo sin crucifijo: "Cuando veas una pobre Cruz de palo, sola, despreciable y sin valor... y sin Crucifijo, no olvides que esa Cruz es tu Cruz: la de cada día, la escondida, sin brillo y sin consuelo..., que está esperando al Crucifijo que le falta: y ese Crucifijo has de ser tú". En el primer "templo" de la Obra la cruz negra vacía llegó a formar parte del decorado teatral del que gustaba rodearse Escrivá en sus pláticas espirituales, pero luego comenzaron a celebrarse ante ella las primeras ceremonias de admisión en el Opus Dei, actuando como testigo espiritual José María Escrivá. Delante de la cruz negra los futuros miembros estaban obligados a leer una jaculatoria de fórmula breve durante la ceremonia de ingreso en la Obra de Dios.

Los primeros miembros estarían obligados a observar vida en común, aunque sin hábitos monásticos, con objeto de compartir una vida contemplativa y un recogimiento que necesitaban para la oración, junto con una actividad exterior en la que harían apostolado y ayudarían a sufragar al mismo tiempo los gastos de la organización. El juramento de votos, que tenía lugar para formalizar la entrada como miembro en la Obra de Escrivá, se hacía delante de la cruz negra de palo y los votos eran los tradicionales religiosos de pobreza, castidad y

obediencia, con la originalidad de hacerse en orden invertido, es decir, obediencia, castidad y pobreza. Por los tiempos que corrían la obediencia era más importante que la castidad y la pobreza.

De entre las personas que giraron en torno a Escrivá durante la República salieron los primeros miembros de la Obra, en su mayoría jóvenes estudiantes, que pasarían a ser cofundadores. También había alguno de la misma edad que Escrivá y que había compartido tareas de catequesis con las Damas Apostólicas antes de la llegada de la Segunda República, pero el grupo más compacto estaría formado principalmente por jóvenes estudiantes. El clima político deteriorado de la República atrajo más clientela a aquella primera residencia montada por Escrivá, que sirvió de base para la primera fundación del Opus Dei en los meses finales de 1935 y en el primer semestre de 1936.

Algunos de los jóvenes estudiantes fervorosos se tomaban muy en serio sus obligaciones y se reprendían entre ellos cuando algo no iba bien. La costumbre de la corrección fraterna se convirtió enseguida en una muestra de "buen espíritu" entre los primeros miembros de la Obra, aunque tales prácticas presentaban también unos aspectos tan siniestros que se correspondían más bien con la clásica delación y con la denominada "pedagogía del miedo", practicada antaño por la Inquisición española. En aquellas prácticas empezaba a cuajar el espíritu fundacional y allí, en Ferraz 50, comenzaron a aparecer signos distintivos de la Obra, como la cruz de palo y los castigos corporales. Mortificaciones como dormir en el suelo, castigarse el cuerpo por medio de un pequeño cilicio apretado en el muslo durante dos horas al día y de azotarse con un látigo de cuerda por lo menos una vez a la semana, fueron consideradas "costumbres piadosas" por los primeros miembros de la Obra y, para servir de ejemplo, Escrivá se entregaba de lleno a una serie de mortificaciones con cilicios, ayunos y disciplinas. Mortificarse era muy bueno, según Escrivá, para domar las pasiones castigando el cuerpo y refrenando la voluntad. Se asustaron, sin embargo, algunos de los primeros miembros cuando circularon relatos truculentos sobre las mortificaciones del fundador, al que le gustaba flagelarse duramente. *[Un hagiógrafo de Escrivá cuenta que uno de los estudiantes y primeros seguidores de Escrivá, Ricardo Fernández Vallespín, para evitar el ruido de los latigazos que se aplicaba el fundador tenía que taparse los oídos para no oír el sordo golpeteo procedente del cuarto de baño y otro de los cronistas oficiales del Opus Dei se atreve a contar los detalles: "En su cuarto guardaba el Padre, en una caja, el cilicio y las disciplinas. Impresionaba ese instrumento de flagelación, de cuyos cabos pendían cabos de herradura y cuchillas de afeitar, hasta el punto de que las paredes del cuarto de baño estaban salpicadas de sangre." En Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 161. También en Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, p. 55.]* Maltratar el cuerpo con azotes era un signo de ascesis medieval y en diversas religiones los ascetas se han flagelado por espíritu de sacrificio y también para rechazar las tentaciones. El espíritu fundacional se fue complicando con una más que prolija normativa diaria, semanal o mensual, que incluía, entre otras actividades, misa, comunión, rezo del ángelus, visita al sagrario, lectura espiritual, rosario completo de quince misterios y mortificaciones.

El núcleo inicial que cuajó como organización en los meses finales de 1935 y el primer semestre de 1936 estuvo formado por unos quince miembros, en su mayoría jóvenes estudiantes. A Escrivá le atraía mucho el número doce, a imitación de Jesucristo y sus doce apóstoles, pero desde un principio las cuentas nunca cuadraron por algunas defecciones primerizas y también por el sistema fluctuante de adhesiones utilizado por el fundador en los primeros tiempos. Así, las primeras adhesiones fueron mantenidas por Escrivá en la indefensión para obtener la imagen apropiada de doce, y adjudicaba a veces un número, "tú eres el número ocho" decía a uno, aunque luego podía decirle lo mismo a otro miembro.

El eje de la formación espiritual de la naciente Obra de Escrivá se basaba en técnicas típicas del fascismo clerical, empezando por una sumisión completa al fundador que intervenía por el voto de obediencia en las conciencias de los primeros miembros y en todos los asuntos internos de un proyecto de inspiración celestial. Aquellos jóvenes seguidores formados en la residencia DyA de la calle Ferraz padecían una extraña inmadurez junto con un curioso sometimiento a todo lo que decía "el Padre", empezando por el estudiante nombrado director de la residencia, a quien Escrivá trataba en público de "medio director", mitad en broma, mitad en serio. El régimen de la vida en común era tan duro y los controles tan rigurosos que ya se podía hablar entonces de seres totalmente condicionados y hacer un análisis negativo de ellos, hasta desde un punto de vista cristiano, al comportarse como si fueran juguetes dirigidos por un mando a distancia.

A medida que se degradaba el clima social, Escrivá afianzaba su proyecto y acogía a más estudiantes. Llamaba especialmente la atención ver en la. residencia DyA a algunos estudiantes de ingeniería que estaban considerados entonces como una elite entre los estudiantes y tenían fama de participar poco en trabajos de apostolado y en cuestiones religiosas.

Así, el ingeniero se iba a elevar a la dignidad de ser levadura de la sociedad gracias a Escrivá, lo cual iba a representar posteriormente uno de los rasgos de la pretendida originalidad del Opus Dei.

Entre los que vivieron en la residencia y se confesaban con Escrivá se puede mencionar a un estudiante que participó en el intento de asesinato de Jiménez de Asúa, abogado socialista, vicepresidente del parlamento de la República y uno de los autores de la Constitución republicana. *[Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza &Janés, Barcelona, 1987, pp. 16-17]* Paseando en automóviles, armados de ametralladoras, estudiantes terroristas madrileños hicieron cuanto estuvo en sus manos para aumentar el desorden y el caos en un ambiente manifiesto de insurrección contra la República y uno de los que residía en la DyA participó en el atentado contra uno de los llamados padres de la República. Luego relataría admirado entre sus compañeros de residencia la valentía de uno de los policías de la escolta de Jiménez de Asúa. Posteriormente, en las semanas anteriores al 18 de julio de 1936 hasta cayó asesinado el juez que había condenado a veinticinco años de cárcel a uno de los autores del atentado, mientras que uno de sus cómplices, el estudiante de la residencia DyA, logró esconderse de la policía.

"Durante la perspectiva de mis años mozos -ha señalado uno de los primeros seguidores de Escrivá refiriéndose a la primera fundación-, yo veía al Padre como una gran personalidad que nos hablaba de santificación personal en la vida laica, una cosa nueva para mí en aquel entonces, y de responsabilidad en la recristianización del mundo. El Padre tenía la firme convicción de que Dios le había llamado para arreglar la situación de la Iglesia. Y eso lo decía cuando, al mismo tiempo, apenas tenía dinero para pagar las facturas y estaba rodeado de cuatro chicos como yo." *[Fisac, Miguel, Testimonio, en Moncada, Alberto, ob. cit., p. 89.]* En los primeros tiempos Escrivá había autorizado para que se le tuteara, pero comprobó más tarde que aquellos jóvenes, "los chicos", le perdían el respeto, por lo que dio marcha atrás y empezó a ponerse más distante. Así, desde comienzos de 1936 ya era un hecho el llamarle "Padre", no padre Escrivá por su condición de sacerdote, sino por ser fundador Padre, a secas. Por aquel tiempo encontraría también una justificación para sus ambiciones y decidió que tenía que aparecer siempre como una persona importante, porque así se le tendría respeto a su Obra, logrando tranquilizar de esta manera a su conciencia al asegurar que todo lo hacía por el bien de ella. Fue además entonces cuando decidió unir los dos nombres, José y María firmando Josemaría, por devoción a la Virgen y a san José, según sus hagiógrafos. *[Gondrand, Francois, ob. cit., p. 106]* Finalmente, los ardientes deseos de un oscuro cura llamado Escrivá de conseguir poder, riquezas, dignidades y fama, iban a cumplirse ambiciosamente después

de varios intentos fallidos por medio de una organización enteramente suya, dominada completamente por él.

Un día a comienzos de 1936, en una de las ocasiones que tuvo uno de sus seguidores de acompañar a Escrivá, desde la residencia de la calle Ferraz hasta la iglesia de Santa Isabel en donde seguía siendo rector, relata el antiguo miembro del Opus Dei que el fundador le dijo señalando a las dos tumbas situadas bajo la cúpula del crucero al pie del presbiterio: "Ahí está la futura solución jurídica de la Obra". *[Berglar, Peter, ob. cit., pp. 371-372.]* Si en 1934 Escrivá soñaba con ser vicario general castrense, más importante era que dos años más tarde, en 1936, siguiendo el modelo, ya quería configurar jurídicamente la Obra como una estructura jerárquica de carácter secular y militar a imitación de un vicariato castrense, con la particularidad que estos vicariatos dentro de la Iglesia católica no eran jurisdicciones territoriales sino personales. El Opus Dei obtuvo un estatuto jurídico parecido dos años después de la muerte de Escrivá, en 1978. Conviene destacar que los deseos de Escrivá encajaban perfectamente y se podían incluir en la creciente ola de fascismo clerical en 1936.

Como partidario intransigente de la inalterabilidad de la doctrina católica, la obsesión integrista de Escrivá constituía ya la esencia misma del proyecto de recristianización o de reconquista del mundo y por ello el fundador del Opus Dei, que albergaba la ilusión de reconquistar el poder que tuvo la Iglesia durante los siglos medievales de "cristiandad", llegó a soñar también con el modelo de aparentar ser una familia, pero siendo además una milicia. Una familia espiritual sin cargar con los inconvenientes del afecto carnal y una milicia con fuerza, la más apta para la lucha, de una disciplina más severa.

Varios autores católicos simpatizantes del Opus Dei coinciden en señalar que por su espíritu, organización y apostolado, el Opus Dei empezó a funcionar como una orden de caballería de los tiempos modernos, *[Thierry,JeanJacques, "L'Opus Dei. Mythe et realité", Hachette Litterature, París, 1973, p. 13; Roegele, Otto B., "L'Opus Dei. Légende et realité d'una communauté discute". Hochland, Munich, 20 junio 1962; Revista "La Revue Nouvelle."]*, lo que representaba un viaje hacia atrás de más de setecientos arios al tiempo de las cruzadas. Para la empresa de recristianización del mundo, así como para la primera fundación de su Obra, Escrivá pensó que iba a necesitar caballeros medievales, mitad monjes, mitad soldados. Con el Opus Dei Escrivá intentó reconstruir el sueño medieval de una sociedad espiritualmente homogénea, aprovechando los tiempos de secularización muy en boga entonces en la Iglesia. Pero el sueño resultaba imposible, a no ser que, atentando contra la esencia misma del espíritu, fuera impuesto de forma totalitaria. Eso fue exactamente lo que ocurrió con la cruzada iniciada en julio de 1936 y dirigida por el general Franco.

Fue en el primer semestre del año 1936 cuando alrededor de una docena de jóvenes estudiantes españoles ya habían jurado voto de obediencia a Escrivá y una veintena giraba espiritualmente en torno a él, en un círculo más exterior, observando puntualmente los actos de piedad que celebraban en pequeños grupos en la residencia DyA de la calle Ferraz.54 Si meses antes tuvo que reducir espacio instalando la academia donde estaba la residencia por falta de estudiantes, durante el curso 1935-1936, como la afluencia era grande, alquiló de nuevo otro piso para que sirviera de academia y pudieran vivir aparte los residentes y los primeros militantes de la Obra de Escrivá. Luego, semanas antes del estallido de la guerra en julio de 1936, se llegó a alquilar una casa más amplia, un palacete abandonado perteneciente a los Azlor, de la más rancia aristocracia aragonesa. Su propietario, el duque de Villahermosa, que se había refugiado en Francia, había desempeñado la presidencia española de la soberana Orden de Malta, en la cual -por su estructura tradicional y jurisdicción exenta-,. Escrivá demostró siempre estar especialmente interesado. El contrato de arrendamiento del palacete fue simbólico por las circunstancias políticas del momento. Estaba situado en el número 16 de la misma calle Ferraz y nunca

llegaron a ocupado plenamente, porque apenas tuvieron tiempo de acondicionado cuando estalló la insurrección militar que mereció los honores de ser denominada cruzada. *[Instancia sobre el traslado de la Academia-Residencia DyA a nuevo domicilio, Madrid, 10 julio 1936]*.

Si el proyecto de Escrivá se estaba realizando en vísperas del levantamiento armado de los fascistas, la guerra civil española vino a desbaratar el primer esfuerzo embrionario que puede calificarse como la primera fundación de la Obra de Dios. Los tres años de guerra no significaron sin embargo un paréntesis en la vida de Josemaría Escrivá ni en la de ningún español de aquella época. El "alzamiento nacional", o lo que también entonces se denominó alzamiento, a secas, se convertiría en una cruenta y despiadada guerra civil que duraría tres años, entre 1936 y 1939, Y fue bautizada por los rebeldes como Santa Cruzada.

No cabe duda que Escrivá había optado por participar en la cruzada del lado de los insurrectos, y una característica de los cruzados era exterminar a los infieles para recobrar la Tierra Santa. Escrivá apoyó la sublevación del general Franco contra la República; aunque sus hagiógrafos evitan mencionar el hecho de que fue franquista de todo corazón y de igual modo que Escrivá, desde 1931, se había mantenido en hostilidad constante contra el nuevo régimen democrático y republicano, llegando a apoyar activamente a estudiantes terroristas que conspiraban para derribar violentamente la República.

Con tales antecedentes, Escrivá decidió pasar a la clandestinidad a partir del 18 de julio de 1936, y como había peligro de que lo identificasen como cura se disfrazó con atuendos variados que iban del traje de campesino al mono de obrero, cuando hasta entonces nunca admitió ir de paisano. Durante la República vistió siempre con sotana y este simple hecho lo consideraba como una militancia. A veces su ostentosa exteriorización de la condición de sacerdote le empujó a llevar manteo, que sin duda era más llamativo que el abrigo, *[Bernal, Salvador, "Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1976, p. 88]* y con una estampa del clásico cura de pueblo de otros tiempos se paseaba con el rígido sombrero de teja y el tradicional manteo echado sobre la sotana. En la cabeza el cerco de la tonsura, un poco más grande de lo corriente, lo cubría adosándose a la coronilla un solideo negro, [Vázquez de Prada, Andrés, "El Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1983, p. 164.] costumbre que siguen practicando en el siglo XXI los rabinos judíos. Con visión decimonónica, Escrivá entendía el sacerdocio como si fuese el representante de un servicio público y juzgaba que los demás tenían derecho a poder reconocer al sacerdote por su atuendo en cualquier lugar y circunstancia. *[Bernal, Salvador, ob. cit. p. 88]*

Durante la noche del 19 al 20 de julio ardieron en Madrid cincuenta iglesias y ese mismo día comenzó el asalto republicano al rebelde cuartel de la Montaña que se encontraba curiosamente casi enfrente de la nueva sede de la residencia DyA. Escrivá cambió inmediatamente la sotana por un mono azul para pasar inadvertido. Las calles de Madrid estaban llenas de milicianos con monos azules, una prendas que se había de convertir prácticamente en uniforme. Presentarse vestido correctamente suponía el peligro de ser acusado de fascista. La clase media prescindió de sombreros, corbatas, collares, en un esfuerzo por parecer proletarios.6o Durante los primeros meses de la guerra bastaba con que alguien fuera identificado como eclesiástico o militante católico para que fuera ejecutado sin proceso alguno. *[García de Cortázar, Fernando y González Vega, José Manuel, "Breve Historia de España", Alianza, Madrid, 1994, p. 579]* La corbata podía significar la detención inmediata y una tonsura en la coronilla era, por lo general, invitación a "un paseo del que muy difícilmente se podía volver andando". *[Vila Sanjuán, José Luis. "¿Así fue? enigmas de la guerra civil española", Nauta, Barcelona, 1971, p. 229]* De ahí que Escrivá se escondiera primero tres semanas cerca de la calle Ferraz en la casa que tenía alquilada la madre y, posteriormente, donde pudo, aunque sus escondites fueron siempre casas de amigos y conocidos en barrios céntricos burgueses como Chamberí y Salamanca, o en la zona residencial de Arturo Soria.

Aquella clandestinidad se justificaba plenamente durante los meses de julio, agosto, septiembre y quizá hasta noviembre de 1936, pero con la estabilización del frente de Madrid y el control de la calle por el gobierno republicano dejó de existir el riesgo máximo de las semanas siguientes al levantamiento del 18 de julio. La madre de Escrivá, por su parte, huyó de su casa alquilada por causa de los bombardeos, ya que vivía en una zona cercana a la primera línea de fuego durante el asedio de Madrid por las tropas de Franco. Doña Dolores se refugió en el barrio de Chamberí y fue uno de los primeros miembros de la Obra, Isidoro Zorzano, con su sueldo de ingeniero, quien se encargó de alojar y alimentar a la madre y a los hermanos del fundador del Opus Dei. A Escrivá, como estaba metido en las conspiraciones, le sorprendieron poco los acontecimientos de Madrid y pasó los mismos sustos y los mismos apuros que los demás sacerdotes y religiosos sospechosos de favorecer a los insurrectos. Consiguió salvarse primero viviendo en la clandestinidad y más tarde encontró un refugio precario en el domicilio de un diplomático. De entre los primeros miembros de la Obra algunos llegaron a ser detenidos y otros se refugiaron en legaciones extranjeras.

Entre tanto Escrivá fue hospitalizado, también de forma clandestina, en una clínica psiquiátrica con la cobertura de estar aquejado fuertemente de reumatismo y luego fue trasladado al piso de un diplomático salvadoreño, que ejercía como cónsul honorario de Honduras en el paseo de la Castellana, donde se hallaba más o menos amparado por una presunta inmunidad diplomática. Allí permaneció seis meses, junto con varios miembros de la Obra, intentando escapar y realizando varias tentativas infructuosas para salir con documentación falsa del Madrid republicano. Para comunicarse en las misivas durante este tiempo, Escrivá utilizó el seudónimo de "Mariano" y en el secreto que utilizaban entre ellos "don Manuel" era Jesucristo, "la madre de don Manuel" la Virgen María y "los ramos de rosas" las partes del rosario. Escrivá escogió el seudónimo de "Mariano" imitando a Bernard de Claraval, más conocido por san Bernardo, quien lo había utilizado siete siglos antes en honor de la Virgen María. La conexión de Escrivá con san Bernardo no fue sólo por el seudónimo de "Mariano" sino que tenía tanta admiración por él que ya había copiado de su famosa obra "De Consideratione" el título del librito "Consideraciones Espirituales" publicado en 1934. Para Escrivá las cualidades de san Bernardo se juzgaban extraordinarias porque fue abad de Clairvaux en Francia y se dedicó plenamente como predicador a las cruzadas y a sus fieles caballeros templarios.

Escrivá soñaba con crear una minoría dirigente para situar a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas, a través de un cristianismo de cruzada capaz de conservar o en su defecto restaurar creencias superadas en el tiempo y ancladas en la Edad Media. Se trataba de crear un núcleo relativamente protegido de seglares y en última instancia el objetivo era de cultivar elites intelectuales capaces de fructificar cuando desapareciera la Segunda República y las condiciones de la época fueran más favorables y todo ello, conviene señalarlo, dentro de una atmósfera política de fascismo clerical y de una negación creciente de las libertades, en la cual el proyecto de Escrivá, con un ambicioso espíritu totalitario, también participaba.

Además de su propia familia, presentada desde los primeros momentos de la fundación como modelo de familia cristiana, Escrivá propuso también como modelo a los primeros cristianos. Solía repetirlo desde la quema de conventos de 1931, pero fue sobre todo a partir de 18 de julio de 1936, cuando estalló la guerra civil española, cuando Escrivá comentaría en aquellos meses que pensaba frecuentemente en la persecución de los primeros cristianos. *[Bernal, Salvador, ob. cit., p. 83]* "Que nuestra ambición suprema sea la de vivir como los primeros cristianos, sin distinción de sangre, ni de nación ni de lengua", repetía Escrivá y su deseo sería recogido textualmente más tarde, en 1950, en el artículo 215 de las constituciones secretas del Opus Dei. También Escrivá, en una entrevista para la revista norteamericana "Time", declaró posteriormente en este sentido: "Si se quiere buscar alguna comparación, la manera más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos. Ellos vivían

a fondo su vocación cristiana, buscaban seriamente la perfección a la que estaban llamados por el hecho, sencillo y sublime, del bautismo. No se distinguían exteriormente de los demás ciudadanos. Los socios del Opus Dei son personas comunes; desarrollan un trabajo corriente; viven en medio del mundo como lo que son: ciudadanos cristianos que quieren responder cumplidamente a las exigencias de su fe". *[Forbath, Peter, "Entrevista", Revista "Time", Nueva York, 15 abril 1967. También en Escrivá, Josemaría, "Conversaciones", Rialp, Madrid, 1968, pp. 46-47]*.

Esto que en boca de Escrivá parecía una sencilla comparación, toma su dimensión histórica cuando se analizan minuciosamente los escritos elaborados por miembros del Opus Dei. Se puede observar entonces que se remontan al siglo I de la era cristiana para encontrar un techo histórico adecuado a las ambiciones de su proyecto y con esa dimensión obtienen la perspectiva histórica necesaria para actuar, y sobre todo para defender, la religión integérrimamente y de forma ultraconservadora. Para los seguidores de Escrivá el camino escogido por ellos es el correcto y que desde el siglo I de la era cristiana el resto de la humanidad, y por supuesto los católicos que no pertenecen a la Obra de Escrivá, se encuentran en un camino erróneo o están equivocados.

Uno de los cronistas del Opus Dei, el notorio miembro Florentino Pérez Embid, ha llegado a señalar por su parte que el mundo se encuentra en una situación similar a la caída del Imperio Romano y "como entonces (...) el papel asumido ahora también por los cristianos. De la conciencia histórica y de las virtudes humanas de los católicos depende en verdad, en gran parte, el futuro de la cultura". *[Pérez Embid, Florentino, "Ambiciones Españolas", Editora Nacional, Madrid, 1953, p. 59.]*

Otro miembro del Opus Dei, José Orlandís, en "La vocación cristiana del hombre de hoy" ha escrito: "Muchos son los que piensan que es nuestro tiempo la coyuntura histórica más próxima, más afín a aquella, entre todas las que se han sucedido a lo largo de los dos últimos milenios, en los veinte siglos de nuestra era cristiana. Como en esa época remota, también hoy nos ha tocado en suerte asistir al doloroso alumbramiento de una nueva edad. Cien años escasos bastaron entonces para presenciar una prodigiosa subversión en nuestro mundo occidental. Un majestuoso y venerable "ardo Orbis" desapareció para siempre: estructuras y formas políticas que tantos contemporáneos estimaban irremplazables se hundieron para no renacer; pueblos nuevos conquistaron un lugar al sol y el papel de protagonistas y forjadores de la Historia; una revolución agraria repartió tierras con gentes recién llegadas del extranjero; el poder y la fuerza pasaron a manos de una nueva y bárbara clase dirigente". *[Orlandís, José, "La vocación cristiana del hombre de hoy", Rialp, Madrid, 1959, p. 21.]*

No se conoce en la historia contemporánea caso comparable a lo que el Opus Dei iba a propugnar en pleno siglo XX. Desde su primera fundación, la Obra de Escrivá no sólo ambicionaba una expansión sin límites, sino que además, para explicar el fascismo clerical con una perspectiva histórica, se remontaba ideológicamente al tiempo de los primeros cristianos. José Orlandís, en su libro antes citado, añade detalles históricos sobre la nueva edad que se vislumbra según el Opus Dei: "No faltaron Padres de la Iglesia que atribuyeron una misión providencial al Imperio Romano: perseguidor de la primera cristiandad el Imperio fue, sin embargo, vehículo eficaz de la expansión del cristianismo". Orlandís,José, ob. cit., pp. 22-23] Aquí reside la clave de la comparación entre nuestro tiempo y los primeros cristianos. El Opus Dei se presentaría luego, después de la guerra civil española, como el constructor de una segunda cristiandad y un nuevo orden, atribuyendo una misión providencial a la dictadura de Franco como vehículo eficaz de su expansión en el mundo. Desde esta perspectiva fascista y milenarista, los veinte siglos de supervivencia de la Iglesia católica representan tan sólo la prehistoria de una época que comienza y donde el Opus Dei iba a ocupar, por derecho de conquista, un puesto de honor como cruzado. Todo ello

se iba a realizar además silenciosamente, desde las catacumbas, a imitación de los primeros cristianos.

Escrivá intentó que el apostolado no se detuviera con la guerra y decidió organizar en septiembre de 1937 una tanda de tres días de ejercicios espirituales clandestinos en varios domicilios de Madrid, de forma que pudieran reunirse sucesivamente en cada uno de ellos sin despertar sospechas. Entre los asistentes destacaba un joven profesor de la Escuela de Agricultura, José María Albareda, que se encontraba muy abatido por la muerte de su padre y pidió la admisión en la Obra ante el propio Escrivá el día 8 de septiembre, festividad de todas las Vírgenes Negras. Albareda había visitado varias veces la residencia DyA y de él se ocupaba de forma especial Isidoro Zorzano, en expresión de la Obra "lo trataba" desde hacía un año. El fichaje de Albareda fue importante porque no era clandestino y podía disponer de recursos e influencias políticas en aquellas circunstancias, con lo cual Escrivá se animó y decidió abandonar Madrid, no sin vacilaciones, porque dejaba atrás a su madre y hermanos. En los preparativos de la huida movilizó a sus estudiantes y éstos a sus respectivas familias para procurarse dinero. Finalmente salió de Madrid con algunos fieles seguidores suyos en automóvil, por carretera.

La reacción de Escrivá llegó a ser muy virulenta frente a las persecuciones padecidas por la Iglesia católica en España entre 1936 y 1939. La guerra civil y las pruebas que había soportado en ella le habían marcado profundamente. El hecho de que el clero fuera objeto de una venganza especial en la zona republicana dejó en él un recuerdo particularmente duradero. Un decenio más tarde todavía declaraba con frecuencia ante diferentes interlocutores que en el caso de reanudarse la persecución de sacerdotes en España no podría permanecer pasivo y prefería salir a la calle con una metralleta. *[Artigues, Daniel, "El Opus Dei en España", Ruedo Ibérico, París, 1971, p.42.]*

Si el itinerario de la vida del fundador, de Barbastro a Logroño, de Logroño a Zaragoza y de Zaragoza a Madrid, recorrido en sus años de formación, fue una peripecia biográfica condicionada fundamentalmente por la carrera eclesiástica y su familia, el corto viaje que estaba dispuesto a realizar entonces representaba la aventura sin ataduras familiares y una prueba para el afianzamiento definitivo de la Obra. *[El viaje de iniciación por los montes Pirineos ha merecido un tratamiento especial, con la extensión de varias páginas y todo lujo de detalles, por parte de los hagiógrafos del fundador del Opus Dei. Ver Bernal, Salvador, ob. cit., pp. 83-84 Y 246-248; Berglar, Peter," Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1988, pp. 176-188]*. Los miembros de la Obra, moviéndose en la clandestinidad de un Madrid republicano, decidieron huir por una ruta tortuosa. En lugar de atravesar la línea del frente y llegar a la zona "nacional" por el camino más directo, se iban a dirigir en automóvil con salvoconductos hasta Valencia, sede desde noviembre de 1936 del gobierno republicano. De Valencia viajarían en tren hasta Barcelona, donde permanecieron cuarenta días sobreviviendo en la calle o en pensiones de mala muerte, en espera de preparar la fase más importante del viaje. Coincidencia curiosa: Escrivá y su grupo precedieron en el viaje a los dirigentes políticos republicanos y si ellos llegaron el l0 de octubre a la Ciudad Condal, el gobierno de la República se trasladaría tres semanas después también desde Valencia a Barcelona. Desde Madrid no les bastó cruzar la línea del frente por las sierras de Guadalajara, como lo hicieron tres jóvenes estudiantes seguidores de Escrivá. En vez de atravesar los montes idearon un itinerario complicado que pasaba por la capital provisional del Estado republicano, que estaba en Valencia, luego a Barcelona y, tras atravesar a pie los Pirineos, llegar a Andorra, pasar a Francia y de nuevo a Navarra para alcanzar Burgos., la capital castellana del "nuevo Estado". Parecía como si Escrivá no pudiera sustraerse al atractivo inconsciente del poder, pese a hallarse en una situación extrema. Aunque era absolutamente preciso, para que el éxodo se convirtiera en iniciación, que prosiguiera aquella romántica expedición por los Pirineos. Resultaba vital para la incipiente Obra que

se estableciera en torno al proyecto una aureola de heroísmo y de aventura, que le permitiera desembarazarse del fardo de dudas y trabas del pasado.

Desde Barcelona, formando grupo con miembros de la Obra entre los que se encontraban dos estudiantes que ya habían pasado a ser declarados desertores del Ejército republicano, Escrivá intenta llegar a Andorra haciendo una parte del camino en autocar y otra a pie, de noche, por las rutas del contrabando. El grupo estaba compuesto por Josemaría Escrivá, cinco estudiantes miembros de la Obra, más dos "amigos". No resulta aventurado en tales circunstancias comparar a Escrivá con una especie de mago Merlín, encargado de la tutela y guía del pequeño Opus Dei a lo largo de la peligrosa ascensión que había de llevarle desde la penumbra del Bosque Encantado hasta la misma cima de Camelot, para que la Obra de Dios pudiera elevar después el Grial luminoso de una nueva Edad de Oro de la Iglesia.

Escrivá marchaba disfrazado de montañero con una bota de vino que compraron en Barcelona cruzando su pecho en bandolera, oteando las altas cimas del Pirineo, con sus ansias incontenibles de grandeza. Aquellas alturas y horizontes le inspiraron algunos pensamientos que luego quedarían reflejados como máximas en Camino, su mejor librito, que sería publicado después de la guerra, en 1939:

"Crécete ante los obstáculos. -La gracia del Señor no te ha de faltar: Inter medium montium pertransibut aquae!- ¡Pasarás a través de los montes! ¿Qué importa que de momento hayas de recordar tu actividad si luego, como muelle que fue comprimido, llegarás sin comparación más lejos que nunca soñaste?" (Camino, máxima 12).

"¡La guerra! -La guerra tiene una finalidad sobrenatural-me dicesdesconocida para el mundo: La guerra ha sido para nosotros... -La guerra es el obstáculo máximo del camino fácil -Pero tendremos, al final, que amada, como el religioso debe amar sus disciplinas."(Camino, máxima 311).

"Tienes razón. -Desde la cumbre -me escribes- en todo lo que se divisa -y es un radio de muchos kilómetros-, no se percibe ni una llanura: tras de cada montaña, otra. Si en algún sitio parece suavizarse el paisaje, al levantarse la niebla, aparece una sierra que estaba oculta. Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas." (Camino, máxima 928).

Sin embargo, hubo otros pensamientos anotados durante el viaje iniciático que no fueron incluidos en Camino y que aparecieron luego en otros escritos. Uno de sus hagiógrafos cita una metáfora atribuida a Escrivá durante el viaje por los Pirineos, en clara alusión al momento que vivía entonces la Obra: "Pero no importa: también el agua, al estrellarse contra las rocas, se arremolina o se remansa antes de seguir adelante con renovado ímpetu". *[Archivo del Opus Dei: Registro Histórico del Fundador 4152. Roma (Italia). También en Gondrand, Francois, ob. cit., p. 129]*.

Antes de iniciar el ascenso de los Pirineos se refugiaron en una cabaña de pastores en los montes de Rialp que Escrivá bautizó como "la cabaña de san Rafael", por ser el arcángel protector de los viajeros y que luego utilizaría para designar el apostolado de la Obra entre los más jóvenes. Como guía en el camino de la ascensión, Rafael figuraría en tríada de arcángeles protectores del Opus Dei, junto con Miguel y Gabriel. Allí, en los montes de Rialp, le ocurriría a Escrivá un suceso extraordinario. Una mañana, cuando estaban vagando por la espesura del bosque pirenaico, los refugiados en la cabaña donde pernoctaban le proponen que celebre la misa. Escrivá, no se sabe si con algunas de sus bruscas y violentas cóleras, sale de la cabaña sin decir palabra. Sus compañeros quedan sorprendidos con aquella reacción inhabitual en un sacerdote y más en Escrivá, muy amante de la misa. La desolación entre ellos es completa. Al cabo de un

rato vuelve Escrivá con una rosa de madera en la mano que afirma haber encontrado entre los escombros de una iglesia abandonada. Más fervoroso, Escrivá celebró ese día la misa con especial recogimiento. Algunos de los del grupo afirman que durante el paseo tuvo una visión del cielo y el simbolismo de la rosa hallada en el suelo de una iglesia en ruinas no se le escapó a ninguno de los presentes. Escrivá lo interpretó luego cuando, vacilando en seguir adelante con el plan de huida, tuvo la tentación fortísima de volverse atrás, a Madrid, con su madre y sus hermanos, en lo que pidió una señal extraordinaria del cielo y entonces encontró tirada en el suelo la rosa de madera que pasó a engrosar la abundante colección de símbolos del Opus Dei y con esa significación especialísima se encuentra en la sede central en Roma. Los objetos que Escrivá guardó como recuerdos del viaje de iniciación, muy venerados posteriormente por los miembros del Opus Dei, fueron una bota de vino, la patena y un vaso pequeño de cristal, que sirvió como Santo Grial, además de la esotérica rosa de madera, que llaman "rosa de Rialp" o también "rosa de Pallerols", según las preferencias. La rosa es la flor simbólica más utilizada en Occidente y como símbolo del amor puro representa en unos casos un simbolismo de regeneración y en otros la perfección suprema, además de un renacimiento místico por su relación con la sangre *[Chevalier,Jean y Gheerbrandt, Alain, "Dictionnaire des symbols", Robert Laffont, París, 1990, p. 822]*. El hallazgo de Escrivá de la rosa de madera, en unas condiciones extremas dentro de una iglesia en ruinas, puede representar también la búsqueda de una interpretación secreta y diferente del cristianismo. Así, la rosa, símbolo esotérico utilizado profusamente tanto por los rosacruces como por otras órdenes masónicas, iba a tener en adelante, al estar recogida por las manos sacerdotales de Escrivá, una dimensión cristiana.

En diciembre de 1937 el grupo, con Escrivá a la cabeza, después de haber recorrido parte del sur de Francia casi sin detenerse, llega a San Sebastián, ciudad ya liberada por los cruzados de Franco, luego se dirige a Pamplona y por fin a Burgos, donde se había instalado el cuartel general de las tropas franquistas. Sus primeros valedores políticos después de atravesar la frontera fueron un cura salesiano que era el secretario particular del obispo de Pamplona y un hermano de Albareda que utilizaba el título de marqués consorte y estaba casado con la descendiente de una acaudalada familia aragonesa. [En la familia de Albareda, el padre que era farmacéutico fue fusilado junto con otro hermano en Caspe, su pueblo natal de Zaragoza]. Desgraciadamente, cuando se encontraban todavía en Andorra, a Escrivá y sus acompañantes no se les ocurrió seguir viaje a París como hicieron cuatro siglos antes Ignacio de Loyola y sus compañeros de aventura. Escrivá y los primeros miembros de la Obra regresaron inmediatamente a la Península para participar como voluntarios franquistas en la guerra civil, dirigiéndose primero a Pamplona, sede ideológica del carlismo, y más tarde a Burgos, capital de la cruzada..

Por su parte, a Escrivá, después de la aventura de llegar a la zona franquista, buscando alojamiento en Pamplona, le instalan un catre de campaña en el palacio episcopal de la capital del requeté y comienza a ayudar en todo tipo de tareas eclesiásticas, mientras se dedica a hacer propaganda sobre la naciente Obra entre curas colegas suyos y algunos militares del tremebundo Cuerpo de Ejército de Navarra. Éste solía desfilar al son de dulzainas tocando una jota, precedidos por cuatro enormes crucifijos, amén de los tradicionales gastadores con boina roja y palas, hachas y picos en las espaldas.

En cuanto a los miembros de la Obra que se incorporaron a filas en el bando de Franco, dos de ellos lograron ser destinados a Burgos en las oficinas del general Orgaz. Otros fueron enviados al frente y para permanecer unidos se desplazaban a Burgos cuando conseguían permiso en sus destinos militares. Escrivá no pudo mantenerse en Pamplona y decidió instalarse en Burgos. Aunque no hay testimonios directos que lo confirmen, debió tener roces y encontronazos con otros colegas del clero ultramontano, no por discordias religiosas con el requeté, sino porque ante la gran oferta existente se suprimieron del mercado de asistencia espiritual las tasas pecuniarias. Ante el exceso de oferta -más la

competencia desleal entre colegas eclesiásticos-, Escrivá decidió no cobrar en adelante estipendios en las misas encargadas para rogar por determinadas intenciones ni en las tandas de ejercicios espirituales que celebraba, suprimiendo de este modo su única fuente de ingresos. El acitivismo con los requetés de Pamplona en la defensa a ultranza de la tradición religiosa y monárquica le había dejado exhausto. Además, su sitio estaba en Burgos por ser capital de la cruzada, donde ya se habían instalado algunos de los primeros miembros de la Obra.

Cuando llegó a Burgos, Escrivá se fue a la pensión en donde se hospedaba Albareda, quien había comenzado a trabajar en la secretaría de Cultura de la Junta de Defensa, el organismo que asumía provisionalmente los servicios administrativos del nuevo Estado. "Sin embargo, para el pensamiento del Padre -cuenta uno de sus primeros seguidores y testigo de la época- José María Albareda tenía un talante liberal y, por ello, nunca lo consideró como uno de sus más íntimos colaboradores. No hay que olvidar que Albareda fue becario de la Junta de Ampliación de Estudios y siempre hablaba con respeto y admiración de las gentes de la Institución Libre de Enseñanza (...) que había conocido personalmente" *[Moncada, Alberto, ob. cit., p. 61]*. El retiro estratégico de Escrivá en la capital de la cruzada estaba asegurado. En Burgos vivió quince meses, desde los comienzos de 1938, y en aquella época se apoyó mucho en Albareda.

En Burgos Escrivá re encontró a dos jóvenes estudiantes de los primeros miembros de la Obra que le acompañaron en el viaje iniciático por el Pirineo. Declarados desertores del ejército republicano, se habían enrolado como voluntarios en el ejército de Franco y fueron destinados, por ser universitarios y estar recomendados, a las oficinas que tenía en Burgos el general Orgaz, jefe supremo de las tropas franquistas que asediaban Madrid. El grupo dirigido por Josemaría Escrivá se trasladó luego a una habitación que alquilaron en el hotel Sabadell, con mayor confort, para que Escrivá pudiera "trabajar mejor", ya que estuvo enfermo de una faringitis grave en febrero de 1938. Los otros miembros de la Obra que se habían incorporado a filas volvieron a reanudar el contacto con Escrivá. Sin embargo, los que permanecieron en Burgos tuvieron que abandonar posteriormente el hotel por falta de pago y se fueron a vivir a una humilde casa de huéspedes. Albareda se había ido a vivir a Vitoria desde hacía algún tiempo, por encontrarse allí instalada la sede del nuevo ministerio de Educación Nacional, aunque hacía también frecuentes viajes a Burgos. Su ausencia había agravado la precaria situación económica de Escrivá. Los otros dos jóvenes miembros de la Obra que convivían con él intentaban sacar dinero de donde podían, las más de las veces por medio de sablazos, pero con resultados desalentadores.

Escrivá, por su parte, se pasaba el día trabajando sentado, escribiendo notas y reflexiones espirituales para una edición ampliada del librito "Consideraciones Espirituales" que titularía "Camino". Recibía alguna visita en la habitación que compartía con el grupo o iba a oficiar la misa en el altar con retablo barroco de la iglesia de San Cosme y San Damián, que hizo copiar milimétricamente en los años sesenta por devotos seguidores para poder celebrar sus misas, como recuerdo de Burgos, en Roma. Alejado de su madre y de sus dos hermanos, consideraba la estancia en Burgos como una etapa de cimentación en la que se recuperaban contactos y se empezaba a preparar el futuro, además de la preparación de otras medidas sobre el futuro inmediato de la Obra. Hasta tal punto estaba obsesionado por ello que encargó cálices, albas, ornamentos y otros objetos litúrgicos "para nuestro oratorio", solía repetir pensando en la vuelta a Madrid.

Para mantener los contactos anteriores al estallido de la guerra civil Escrivá volvió a la idea de editar el boletín confidencial de media docena de ejemplares titulado "Noticias". Constaba de dos páginas ciclostiladas cuyas noticias estaban redactadas por el propio Escrivá que firmaba con el seudónimo de "Mariano",

imitando a san Bernardo. El texto se refería a las informaciones que llegaban a Burgos sobre los amigos y conocidos que ayudaron a formar el primer núcleo fundacional de la Obra antes de la guerra. En aquella época Escrivá encabezaba toda su correspondencia personal con un "II Año Triunfal", de acuerdo con la cronología de la cruzada franquista. Burgos es la ciudad castellana mencionada por el fundador del Opus Dei en el punto 811 del librito de máximas espirituales que luego llamó Camino: "¿Te acuerdas? -Hacíamos tú y yo nuestra oración, cuando caía la tarde. Cerca se escuchaba el rumor del agua. -Y, en la quietud de la ciudad castellana, oíamos también voces distintas que hablaban en cien lenguas, gritándonos angustiosamente que aún no conocen a Cristo").

Durante el verano Escrivá se ofreció como capellán voluntario en el vicariato castrense y, cuando había ocasión, se ausentaba temporalmente de Burgos para dar tandas de ejercicios espirituales en la retaguardia de las tropas de Franco, aprovechando en algunas ocasiones estos viajes para visitar a los miembros de la Obra que estaban diseminados por los diversos frentes de guerra de la geografía española. Cuando permanecía en Burgos, Escrivá salía a dar un paseo siempre acompañado al monasterio de las Huelgas, a Fuentes Blancas y a la cartuja de Miraflores. En uno de sus paseos por el monasterio de Santa María de las Huelgas -el lugar escogido para celebrar la dictadura de Franco su primer consejo de ministros, que guardaba entre otras reliquias medievales el estandarte almohade cobrado por los cristianos en la batalla de las Navas de Tolosa- llamó la atención de Escrivá un curioso anacronismo jurídico que quedaba de la Edad Media, cuando abades poderosos controlaban el territorio alrededor de sus abadías y tenían sus propios tribunales. Así, abades o prelados podían tener enclaves territoriales, más o menos importantes, lo que les permitía disfrutar de un estatuto más o menos equivalente al de un obispo. Podían además vincularse jurídicamente al enclave los sacerdotes y ser gobernados de acuerdo con sus leyes particulares, aunque trabajasen en otra parte.

Comenzó a estudiar Escrivá el modelo y desenterró la idea de escribir la aplazada tesis doctoral en derecho sobre doña Jacinta del Navarral, abadesa de las Huelgas, en lugar de la ordenación al sacerdocio de mestizos y cuarterones en los siglos XVI y XVII. La jurisdicción de la abadesa llegó a extenderse durante los siglos XII Y XIII con dominio y superioridad sobre doce monasterios de monjas de la orden de san Bernardo diseminados por Castilla y León. Más que el lugar, un evocador monasterio situado fuera de la ciudad de Burgos con un convento de arquitectura románica, a Escrivá le interesaba la dignidad, es decir, el cargo o empleo honorífico y de autoridad. Lo importante para él era saber por quién estuvo regido el monasterio, cuál era su territorio, la jurisdicción y bienes o rentas pertenecientes a la abadesa. Escrivá se interesó también especialmente en el hecho de que la abadesa llegara a acceder a una jurisdicción cuasiepiscopal fuera de las normas eclesiásticas; el excepcional modelo jurídico de la "prelatura nullius" le sedujo de tal manera que intentaría aplicarlo durante la posguerra para su proyecto.

Escrivá tuvo cautivado el ánimo con el caso una gran parte de su vida por el enorme poder a la vez político y religioso que mostró la famosa abadesa de las Huelgas. Lo que le atrajo más fuertemente de doña Jacinta del Navarral era, según Escrivá, "verla gobernar, como lo hiciera una reina, a los numerosos vasallos de su extenso señorío, con alcaldes y merino s que administraban justicia en su nombre; cuando no lo hacía por sí, sentada en su tribunal... Y si todo esto no te moviera a tener admiración, recalcaba Escrivá, espero que abras mucho tus ojos cuando la sorprendas dando licencias para celebrar el Santo Sacrificio... Espero que llegues a sentir admiración por una de las mayores glorias de nuestra historia" insistía Escrivá en el prólogo del librito que publicó más tarde, dedicado íntegramente al estudio del caso de la abadesa de las Huelgas. *[Escrivá, José María, "La abadesa de Las Huelgas, estudio teológico y jurídico", Luz, Madrid, 1944. También en Rialp, Madrid, 1974 y 1981]*.

Si la situación de Escrivá en Burgos, dada su proximidad al poder, parecía ser estratégica para sus ambiciones, el descubrimiento del monasterio feudal representaba una doble revelación, en primer lugar, la abadesa como modelo de vida para él y, en segundo lugar, la prelatura como proyecto jurídico para su Obra. Pero el monasterio ofrecía aún una tercera dimensión donde las ambiciones de Escrivá se entrecruzaban por primera vez con la alta política franquista, ya que los ministros de Franco se reunían regularmente dentro de sus fríos muros de piedra, desde que el lugar fue elegido expresamente por Franco para las reuniones del consejo de ministros y para la ceremonia de su ungimiento dos años antes como caudillo. Teniendo el fascismo clerical como sustrato en Burgos, Escrivá pudo moverse intelectualmente a sus anchas con sus manifestaciones de admiración hacia los cristianos y el feudalismo del . monasterio de las Huelgas.

El nuevo Estado franquista, a través de un camino de tensiones y resistencias, fue empapándose de un clericalismo de nuevo cuño que sería denunciado hasta por fascistas, principalmente por alemanes, italianos y algunos españoles falangistas, "que se mostraban inquietos de la preponderancia que la Iglesia estaba adquiriendo en el nuevo régimen. *[García de Cortázar, Fernando," La Iglesia y la guerra", en El País:" La guerra de España" 1936-1939, p. 269]*. El fascismo clerical estaba consiguiendo más poder y fuerza política que el fascismo auténtico en España. En aquella ola de clericalismo que lo anegaba todo, la atmósfera en Burgos y en Salamanca, como han escrito con detalle los propios fascistas, estaba cargada de odios y recelos. *[McCullogh, Francis, In Franco Spain; Brenan, Gerald, El laberinto español, Ruedo Ibérico, París, 1962, pp. 246-247.]* Uno de sus primeros seguidores reconoce en el caso de Escrivá que "las ideas patrióticas y religiosas surgidas en la guerra civil española las aceptaba en tanto en cuanto se orientaran en su misma dirección, pero las consideraba muy alicortas, y mientras escribía Camino en Burgos, y nos comentaba sus puntos se llenaba de esperanza en un futuro universal que nos describía como algo así como lo que luego se ha dado en llamar la reserva espiritual de Occidente". *[Fisac, Miguel, Testimonio, en Moncada, Alberto, ob. cit., pp. 91-92]*.Identificado totalmente con la doctrina del caudillaje para llevar rectamente el país o a un grupo hacia el término señalado, Escrivá representaba el tipo de cura imbuido de aspiraciones totalitarias y su caso era grave por el hecho de considerar, según este testimonio de uno de sus primeros seguidores, con escasa imaginación o de modestas aspiraciones el fascismo clerical entonces imperante en Burgos.

Si en el caso de Franco se recurrió a la noción de carisma con la simple finalidad de legitimar temporalmente al jefe de una insurrección militar, el mito del caudillaje era de más fácil aplicación en el caso de un sacerdote como Escrivá por el claro componente religioso que tenía el carisma, al ser considerado como don gratuito de Dios y por ser impuesto además más fácilmente al primer grupo de militantes de lo que luego se llamaría Opus Dei. Dentro del Opus no había división de poderes porque sólo iba a mandar el Padre en "una unidad de mando y dirección" y bajo ella, únicamente orden y jerarquía, como si fuera un calco del Estado totalitario de Franco. La teoría del caudillaje ayuda también a explicar cómo Escrivá se preocupó conscientemente a lo largo de toda su vida de montar el mito del fundador, léase caudillo, creado en torno a su Obra y a su persona. Así, inspirado sin duda en el mito del caudillaje, Escrivá iba a encontrar el fundamento carismático para ejercer un poder omnímodo en el seno del Opus Dei. Sería un hombre de poder absoluto que gobernaría "con mano de hierro en guante de seda", como un padre solícito con sus hijos que se ocupa de todo, junto con su familia. Mientras escribía Camino, Escrivá estaba empapado de esta atmósfera, pues algunas de su máximas se refieren explícitamente a ello:

"¿Adocenarte? ¿¡Tú...del montón! ¡Si has nacido para caudillo! ". (Camino, máxima 16)

"Fortalecerás, virilizarás, con la gracia de Dios, tu voluntad, para ser muy señor de ti mismo, en primer lugar. Y después, guía, jefe, ¡caudillo! ... que obligues, que empujes, que arrastres, con tu ejemplo y con tu palabra y con tu ciencia y con tu imperio". (Camino, máxima 19)

"Tienes ambiciones:... de saber..., de acaudillar..., de ser audaz...". (Camino, máxima 24)

"Tú no serás caudillo si en la masa sólo ves el escabel para alcanzar altura. Tú serás caudillo si tienes ambición de salvar todas las almas. No puedes vivir de espaldas a la muchedumbre: es menester que tengas ansias de hacerla feliz". (Camino, máxima 32)

"Si sientes impulsos de ser caudillo, tu aspiración será: con tus hermanos, el último; con los demás, el primero". (Camino, máxima 365)

"(...) Pero no se compensa, con este bien, el mal enorme y efectivo que producen matando almas de caudillos, de apóstoles (...)". (Camino, máxima 411)

"¡Caudillos!... Viriliza tu voluntad para que Dios te haga caudillo (...)". (Camino, máxima 833)

"Me dijiste que querías ser caudillo: y.. ¿para qué sirve un caudillo aherrojado?". (Camino, máxima 931)

En la expresión "caudillo aherrojado" aparecen las intenciones retorcidas y sinuosas de Escrivá, al referirse con el significado de la palabra aherrojado a la gente que llevaba puestos unos grilletes, cadenas y otros instrumentos de hierro con que en las cárceles se aseguraba a los delincuentes en la Edad Media. Escrivá, como sacerdote ideológicamente formado a sus treinta y seis años, se dedicó con integridad a su proyecto de Obra apostólica, al mantenimiento de una obediencia ciega al fundador y a su carisma, y en esa mitología persistió sin quebranto hasta su muerte. Sin embargo, un detalle importante a señalar es la publicación de algunas de las máximas citadas sobre el mito del caudillo en su librito "Consideraciones Espirituales" de 1934, lo cual prueba que Escrivá ya se había formado ideológicamente en el fascismo clerical durante la Segunda República española y que desde antes de la guerra civil llevaba el "alma de caudillo" metida en su corazón.

Durante la cruzada de Franco no se trataba solamente de ganar la guerra, sino de emprender la conquista de un imperio que se extendía hacia los cinco continentes y de modo especialísimo hacia África occidental. La palabra imperio vibraba a través de los páramos en el aire seco de Castilla y el futuro imperio español con el que soñaban los franquistas respondía a vastas ambiciones también orientadas hacia América Latina y Filipinas. *[Southworth, H. R., "Antifalange", Ruedo Ibérico, París, 1967, pp. 91-92]*. Uno de los hagiógrafos de Escrivá lo llega a reconocer cuando escribe: "El lema de Carlos V, el "emperador universal" no envejece: Plus Ultra: ¡Siempre más allá! Desde el punto de vista político es un lema temerario, pero desde el punto de vista apostólico es un lema profundamente cristiano". [*Berglar, Peter, ob. cit., p. 288]*.

Entre los innumerables curas que pululaban en Burgos alrededor del cuartel general de Franco durante la guerra, que se presentaban como auténticos representantes del polo profético de la Iglesia católica en la búsqueda de alguna capellanía o prebenda, sobresalió el sacerdote navarro Fermín Yzurdiaga, que logró alcanzar el puesto de jefe nacional de Prensa y Propaganda de Falange. En su delirio fascista llegó hasta soñar con los mercenarios árabes que se trajo Franco desde Marruecos: "Volveremos con ellos hermanados en la gloria de la victoria, y saltaremos el Estrecho y bajaremos imperialmente hacia el sur, para buscar entre las arenas ardientes de aquella ciudad de Dios que talló san Agustín, para levantar, a su sombra, nuestra ciudad del César. Y entonces, en el cántico emocionado de dos razas cristianas se habrá cumplido la realidad gozosa

del Imperio Azul de la Falange." *[Yzurdiaga, Fermín, "Discurso al silencio y la voz de la Falange", en Southworth, H. R, ob. cit., p. 168].*

Sin dejarse arrebatar por la pasión militar hacia Franco, ni perdiendo circunstancialmente la moderación y la calma, Escrivá, en máximas de Camino, explicaría a su modo las ansias imperiales del apostolado militante:

"Misionero. -Sueñas con ser misionero (...) quieres conquistar para Cristo un imperio". (Camino, máxima 315)

"Me explico que quieras tanto a tu Patria y a los tuyos y que, a pesar de estas ataduras, aguarde con impaciencia el momento de cruzar tierras y mares. -¡ir lejos!- porque te desvela el afán de mies". (Camino, máxima 812)

"(...) Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para nosotros (...)" (Camino, máxima 928)

En 1938, cuando se redactaban estas notas en Burgos, nadie podía predecir que iban a cumplirse en parte las ambiciones de Escrivá, aunque de forma rocambolesca por medio de una serie de hechos exagerados e inverosímiles, y que algunos de los sueños de conquistas imperiales del régimen de Franco por obra y gracia del Opus Dei llegarían a hacerse realidad, aunque en circunstancias diferentes de la guerra.

En el ambiente medieval de cruzada en Burgos parece que Escrivá conoció y trató a muchos de los personajes civiles y militares que tendrían luego importancia en el régimen de Franco. Logró ampliar su círculo de relaciones políticas eclesiásticas, pero no obtuvo frutos tangibles aunque realizó una intensa campaña de propaganda en los aledaños del poder. Incluso puede decirse que fracasó en su apostolado entre los intelectuales, entonces el objetivo principal de la Obra.

Entre los militares que simpatizaron con Escrivá figuraban algunos miembros de familias de marinos, quienes más tarde, finalizada la guerra, le presentarían al entonces teniente de navío Luís Carrero Blanco, un personaje político clave dentro del régimen de Franco. También la presencia de Albareda, ya miembro de la Obra, impulsó a Escrivá a tener un trato más directo con Ibáñez Martín, que iba a controlar como ministro durante trece años el mundo de la educación y la cultura. Entre el clero parece que trabó amistad con vicarios de diócesis importantes como Madrid y Valencia, más algunos otros curas que alcanzaron en la posguerra relevantes cargos eclesiásticos. Por su parte, los dos jóvenes seguidores de Escrivá consiguieron algunas adhesiones entre sus compañeros cuando se encontraban destinados en oficinas militares de Burgos.

Como quería captar adeptos brillantes, Escrivá merodeaba en Burgas una famosa tertulia con la crema de la intelectualidad falangista que se reunía en un café del paseo burgalés de El Espolón. La atmósfera en Burgos era de frialdad entre las fracciones de Falange y los curas de la Iglesia enfervorizados por las victorias de Franco, sin embargo los intentos de aproximación eran constantes. Por ejemplo, Escrivá se fue a vivir al hotel Sabadell e iba a comer cuando podía al mismo restaurante que frecuentaba Laín Entralgo, conocido intelectual de Falange, pero éste nunca le dirigió la palabra, pese a vivir en el mismo hotel y situarse en una mesa contigua del restaurante. La esposa de Laín Entralgo puntualiza sobre Escrivá que "era un arribista tremendo en aquella época (...). Recuerdo verle con sotana y otros curas acudir al restaurante donde mi marido y yo almorzábamos. Era un local que estaba frente a nuestro hotel, en la otra orilla del río. Es cierto que quiso acercarse a Pedro. Lo intentó incluso a través de otro cura, Antonio Portillo, de Palma de Mallorca, amigo suyo a quien nosotros también conocíamos". Finalmente el encuentro se produjo. "Fue en Fuentes Blancas -según cuenta la esposa de Laín Entralgo-, ambos charlaron durante un paseo. No olvido nunca lo que dijo mi marido: "siento mucho rechazar su

invitación a formar parte de su grupo, pero no admito que nadie me dirija"." *[Moreno, Sebastián, "Las oscuras conexiones fascistas del "Santo" del Opus Dei, Revista Tiempo, Madrid, 20 enero de 1992.]*. Otro intelectual de la misma tertulia falangista, el luego escritor Gonzalo Torrente Ballester, recuerda también que Escrivá "estaba intrigando allí, aunque entonces no tenía mucho relieve: era "un curilla amariconado que daba mucho la lata buscando adeptos". *[Moreno, Sebastián, arto cit.]*.

Escrivá utilizaba las relaciones amistosas en Burgos para introducirse en los círculos influyentes del régimen. "Buscaba lo que él llamaba apostolado en el mundo intelectual, una de las razones fundacionales del grupo -ha señalado Ricardo de la Cierva, biógrafo de Franco-. Era lógico que se moviera en Burgos porque allí estaban los primeros intelectuales franquistas y, sobre todo, estaba el poder. " *[Moreno, Sebastián, arto cit]*.

En Burgos ocurrió un suceso que revela la atmósfera enconada que rebosaba de rencores políticos, pero que permitió a Escrivá mostrar poderes sobrenaturales que consistían en adivinar en parte el futuro por medio de un presagio, es decir, de una especie de adivinación o conocimiento de las cosas futuras a través de señales que se han visto o de intuiciones y sensaciones. Se enteró Escrivá de que un alto funcionario de Hacienda, Jorge Bermúdez, se disponía a denunciar a Pedro Casciaro, estudiante de arquitectura y miembro de la Obra, "y una mañana -según el relato de uno de los hagiógrafos de Escrivá-, acompañado de José María Albareda, se personó en el despacho de Bermúdez, para convencerle de que Pedro no era un agente venido de la zona roja para espiar secretos militares en el cuartel general de Orgaz, en Burgos. Le demostró la gravedad de las calumnias, imposibles de rebatir por falta de testigos, y las consecuencias morales de semejante delación. Apeló a sus sentimientos cristianos: ¿Era justo dejarse cegar por una sospecha? Además, como sacerdote que conocía bien a Pedro, le suplicaba misericordia. Todo fue en balde. Bermúdez insistía con terquedad en que Pedro, aún suponiendo que fuera inocente, tendría que pagar con la vida los crímenes de su padre, a quien también acusaba como responsable político de asesinatos cometidos en Albacete por los milicianos rojos". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., pp. 190-191]* Ante la inutilidad de los ruegos y de las peticiones, Escrivá tuvo un mal presagio cuando quiso fulminarle con la oración y rezaba para conseguir neutralizar aquel momento considerado peligrosísimo para el estudiante Pedro Casciaro. Cuando salió por la tarde a dar una vuelta por las calles de Burgos y estaba con otro estudiante de arquitectura, Miguel Fisac, refiriéndole lo ocurrido, vieron una esquela de defunción anunciando en la puerta de una iglesia que Bermúdez había fallecido repentinamente horas después de la visita.

Miguel Fisac, testigo presencial y miembro entonces de la Obra, corrobora lo sucedido: "Un día al llegar a Burgos me contaron que un señor importante de allí se había dado cuenta de que el padre de Pedro Casciaro, uno de los primeros socios de la Obra, era uno de los jefes socialistas de Albacete y a pesar de ello tenía un buen enchufe en la oficina de reclutamiento del general Orgaz, mientras su hijo estaba en la primera línea del frente. Había que ir a visitarlo y tranquilizarle para que no hiciese ninguna denuncia. Como yo iba de uniforme oficial recién estrenado, me pidieron que fuera a hablar con su mujer y Escrivá iría a ver a este señor y convencerle de que no denunciara a Pedro. Cuando llegué a ver a aquella señora, ella se puso histérica, dijo que Pedro era su hijo y que lo iban a pagar y nos echó de mala manera. Cuando nos encontrábamos de nuevo en el hotel Sabadell con el Padre, y yo le comenté que lo había hecho muy mal, él nos comentó: "Pues si os sirve de consuelo, yo lo he hecho peor. Este señor se ha puesto como un basilisco y hemos terminado a farolazos". Fisac cuenta que cuando se quedó a solas con Escrivá, éste le dijo: "Mañana morirá el hijo de este señor". Por la tarde, dando un paseo por la catedral, vieron la esquela del señor con el que Escrivá había estado discutiendo por la mañana. Más tarde, Escrivá le explicaría a Fisac la confusión en la premonición. Había entendido "mañana entierro" y por eso se había figurado que iba a morir el hijo

que estaba en el frente. *[Fisac, Miguel, “Nunca le oí hablar bien de nadie”, en Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?" Libertarias - Prodhufi, Madrid, 1992, pp. 62-63]*.

Dejemos a los teólogos o exorcistas de la Iglesia que estudien o intenten adivinar si el mal presagio de Escrivá era o no de inspiración divina. Lo que interesa destacar en su biografía es esta faceta de Escrivá, ya que nos encontramos con un practicante de la parapsicología que quiere transmitir la imagen de que anuncia o presiente algo. El suceso, digno de figurar en cualquier antología de malos presagios, hizo aumentar la admiración que habían profesado a Escrivá los jóvenes seguidores de la Obra y creció también su confianza para sentirse protegidos de las persecuciones en un ambiente "milagrero", propio del incipiente Opus Dei.

Para sus seguidores, aquel suceso demostraba una vez más que el fundador poseía capacidades y poderes sobrenaturales, aunque también probaba que Escrivá pertenecía a la especie muy extendida de fundamentalistas cristianos que, como los fundamentalistas árabes y de otras religiones, rezan abiertamente para que Dios aniquile a aquellos con los cuales se está en desacuerdo. De las calculadas exageraciones que abundan sobre la vida del fundador entre los miembros del Opus Dei, cabe señalar por último que incluso se atreven a afirmar en público que Escrivá gozaba de una percepción extrasensorial y que era un ser tan extraordinario que había descendido a la tierra directamente desde los cielos.

El 28 de marzo de 1939 Escrivá se incorporó a la primera columna de tropas de intendencia que iba a entrar en Madrid. A partir del 1 de abril, día de la Victoria, iban a aumentar los arreglos de cuentas y denuncias mutuas dentro del bando de los vencedores de la guerra civil que se mantenía fundamentalmente por la cohesión del ejército de Franco.

CAPÍTULO 5.

A LA SOMBRA DE LA DICTADURA

ESCRIVÁ ENTRÓ en el recién conquistado Madrid el 28 de marzo de 1939, a bordo de un camión militar con la primera columna de avituallamiento de las tropas de Franco. Así emprendió Escrivá al finalizar la guerra el regreso a Madrid, dispuesto a enterrar para siempre el pasado republicano en España y decidido a reiniciar la consolidación de su proyecto de Obra de manera definitiva para volver a tiempos pasados, por lo menos a la Edad Media o al siglo I de los primeros cristianos. Más de un año y medio había transcurrido desde que dejó su familia, madre y hermanos, para proseguir la aventura de la primera fundación del Opus Dei con un viaje iniciático por los Pirineos y la posterior estancia en Burgos, capital de la cruzada. José María Escrivá no estaba dispuesto a desaprovechar ni un minuto del tiempo inmediato a la finalización de la guerra. Por fin su proyecto volvería a hacerse realidad en la posguerra, pese a que iban a subsistir durante largos años las turbaciones ocasionadas por la contienda española, junto con el desencadenamiento de la segunda guerra mundial. Escrivá podía estar dichoso, ya era feliz, porque llegó triunfante a Madrid, donde pensaba dirigir de nuevo su actividad hacia los barrios bien establecidos, de una vez por todas. Las precariedades de la posguerra iban a significar poco en comparación con las de la preguerra. Como militante en el bando de los vencedores, Escrivá estaba convencido del triunfo de su proyecto.

La madre y hermanos de Escrivá permanecieron en Madrid, sufriendo hambre en el largo asedio y fue Isidoro Zarzano quien los alojó y alimentó con su sueldo de ingeniero de los ferrocarriles. Los archivos con la correspondencia y los primeros documentos de la Obra, que cabían entonces en una caja de cartón, permanecieron escondidos debajo de la cama en los cuartos donde durmió la madre de Escrivá. Después del regreso de José María, la familia se instaló provisionalmente en la vivienda del patronato de Santa Isabel, propiedad del Patrimonio Nacional, en donde Escrivá había sido restablecido en el puesto de rector; pero la iglesia y el convento habían quedado dañados durante la guerra y Escrivá tuvo que ceder la vivienda de la casa rectoral a la comunidad de monjas, mientras se reconstruía el convento con cargo, por supuesto, a los fondos del Nuevo Estado.

Cuando estaba aún en Burgos, José María Escrivá aprovechó varias ocasiones para visitar los frentes de batalla. Durante uno de sus desplazamientos al frente de Madrid en junio de 1938 por labores militares de apostolado, Escrivá había tenido la oportunidad de observar con unos anteojos desde Carabanchel Alto la última casa alquilada, el palacete de la calle Ferraz, y creyó verla completamente destruida, lo que significaba en sus imaginaciones volver a empezar de la nada. Sin embargo, cuando regresó a Madrid Escrivá pudo comprobar que la casa de Ferraz 16 se encontraba en un estado lamentable, aunque no "totalmente destruida" como luego contaron exageradamente -porque así la "vio" Escrivá- los cronistas oficiales del Opus Dei. La fachada estaba acribillada de impactos de bala, los balcones y cristales rotos, el piso astillado lleno de cascotes, y en semejantes condiciones la noble casa de Ferraz, propiedad de una aristocrática familia, no podía representar ninguna continuidad para la Obra, no por el grado de destrucción, sino porque no les pertenecía y no habían pagado los importes de los alquileres, pues se trataba de un contrato de alquiler en precario concedido in extremis en el mes de julio de 1936 por el administrador de la familia propietaria, los Silva Azlor de Aragón, que se encontraban refugiados en el sur de Francia. Estaba claro que ni la casa reunía condiciones de habitabilidad inmediata ni los miembros de la Obra disponían tampoco del dinero necesario para arreglada.

En junio de 1939 Escrivá se fue a Valencia para dar unos días de retiro espiritual en el colegio mayor universitario Juan de Ribera, situado en Burjasot, por invitación del vicario general de la diócesis y rector del colegio, uno de los contertulios de Escrivá en Burgos cuando era capital de la cruzada. El colegio universitario de Burjasot había sido un núcleo relevante de oposición de los estudiantes católicos contra la República y de aquel retiro espiritual dirigido por Escrivá, donde la mayoría de los asistentes eran estudiantes aún militarizados, surgieron las primeras vocaciones de la posguerra, convirtiéndose Valencia en uno de los núcleos más potentes de militantes en los primeros tiempos de la Obra. Escrivá aprovechó también su estancia para preparar la primera edición del librito Camino, que sería publicada en el mes de septiembre con escasas páginas, en formato amplio de libro, y con tapas blancas, en Valencia.

"Allá por los primeros años de la década de los cuarenta, iba yo mucho por Valencia -recordó Escrivá en cierta ocasión-, no tenía entonces ningún medio humano y, con los que se reunían con este pobre sacerdote, hacía la oración donde buenamente podíamos, algunas tardes en una playa solitaria." Años después, sin embargo, se utilizarían imágenes con barcos y redes como recordatorio dentro del Opus Dei, que tenía una significación especial para los primeros miembros, porque "aquello tenía hondo sabor de primitiva cristiandad". *[Vázquez de Prada, Andrés, "El Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1985, p. 202.]* La Obra, con Escrivá al frente, pretendía volver como fuese al espíritu de los primeros tiempos del cristianismo, porque los siglos posteriores significaban para Escrivá una pura desviación de la Iglesia.

En el otoño de 1939 se reanudó con más o menos normalidad la labor apostólica entre los jóvenes universitarios de los barrios bien establecidos de la capital de España. Para tener reunidos a los seguidores de la Obra y simpatizantes se alquilaron dos pisos situados en la planta cuarta del número seis en la calle Jenner de Madrid. En la entrada de la nueva residencia DyA había un mapamundi donde aparecía una cruz con los cuatro brazos en forma de flecha, orientados hacia los cuatro puntos cardinales, y hacia donde imaginaba Escrivá que debían dirigirse, como una rosa de los vientos, sus futuros apostolados.

La familia de Escrivá se acomodó en otro piso de la segunda planta del mismo inmueble, donde se instaló también el comedor de la nueva residencia. Los Escrivá no podían volver a la vivienda del rectorado en el patronato, ocupado por las monjas. La madre y la hermana de José María se iban a encargar de todo lo relativo a la intendencia, así como otras cuestiones de administración, en la nueva residencia de la calle Jenner, muy cerca del paseo de la Castellana, entonces la zona más aristocrática de Madrid. En la residencia se mantuvo el mismo "espíritu de familia", mejor será decir "espíritu de pensión de familia", que tan buenos resultados dio antes de la guerra en la residencia de la calle Ferraz y que ayudó a hacer cuajar la espiritualidad del incipiente Opus Dei. En su mejor momento los Escrivá llegaron a albergar en la posguerra, en aquellos años popularmente llamados del hambre, casi treinta pupilos en la nueva residencia DyA de la calle Jenner.

Los primeros éxitos de Escrivá en la posguerra consistieron en atraer a estudiantes universitarios parasitando principalmente a otras organizaciones católicas y de esta manera vertebrar las convicciones de los militantes católicos ofreciéndoles ingresar en la Obra "por ser superior a las demás organizaciones", que acusadas de tibieza se habían dejado arrollar por los enemigos de la Iglesia. En la evolución de muchos de esos jóvenes hacia un compromiso moral y político más integrista, la referencia a la Acción Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) era obligada, por haber sido acusada de colaboracionismo durante la República. El razonamiento último de los jóvenes militantes de la Obra consistía en explicar que resultaba necesaria una ideología de conquista, porque una ideología de conservación no tenía la fuerza necesaria para arrastrar a la gente; sin embargo, no existían grandes diferencias entre unos y otros, porque se

trataba, en definitiva, de la misma idea conservadora que habían de defender, aunque de forma más agresiva en el Opus Dei.

La hostilidad de los miembros de la Obra hacia otros sectores de ideología católica era permanente. Si la democracia cristiana franquista representaba la clásica derecha española, Escrivá se situaba en la ultraderecha, es decir, a la derecha de la derecha española. En el Opus Dei solían decir que "hay expresiones descompensadas y una de ellas es democracia cristiana, como hay cuadros que se caen de un lado y como hay barcos escorados". A Escrivá, según cuenta uno de sus primeros seguidores, "le molestaba mucho un cierto liberalismo de la democracia cristiana, creía que se trataba de una típica deformación de los propagandistas que, para él, no eran muy de fiar ideológicamente" *[Fisac, Miguel, "Testimonio", en Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei, Plaza &: Janés, Barcelona, 1987, pp. 61-62.]*

Por otra parte, la guerra civil había dejado flotando en el ambiente una mitología del héroe y todo ese conjunto de jóvenes contaba con un arsenal de mitos muy sugestivos para dinamizar su vida: la catolicidad, el retorno al sentido cristiano de la vida, la revitalización del concepto de aristocracia, la Hispanidad, etcétera. La España de esos nuevos cruzados estaba reencontrando su propio pulso porque las condiciones estratégicas ya estaban dadas. La cosa estaba clara: se trataba de realizar "una revolución desde arriba", desde la universidad, desde "la minoría", desde la "aristocracia intelectual". La universidad iba a extender sus tentáculos fuera de ella y allí estaba la Obra de Escrivá al quite, para aprovechar la coyuntura.

Entretanto, Escrivá abandonó a su antiguo confesor el jesuita Valentín Sánchez Ruiz, quien fue el que había bautizado, entre 1935 y 1936, sin percatarse de ello, a la Obra de Escrivá como Obra de Dios, cuando en las visitas de Escrivá al jesuita para confesarse, éste siempre le preguntaba con tono de armonía y buena correspondencia entre ellos: ¿cómo va esa obra de Dios? Los tiempos eran diferentes a los de antes de la guerra civil y Escrivá pasó a confesarse todas las semanas con José María García Lahiguera, que era entonces director del seminario de Madrid y muy amigo sobre todo del obispo de Madrid-Alcalá, Leopoldo Eijo Garay, lo que le iba a permitir acceder directamente a la alta jerarquía eclesiástica. Resultaba sintomático que si dejó de confesarse en 1940 con el jesuita Sánchez Ruiz, autor de un "Catecismo social" que contenía un diseño del control y la influencia de la Iglesia católica sobre las instituciones sociales, fuera para escoger como confesor personal suyo a un eclesiástico acérrimo franquista como García Lahiguera que terminó su carrera como arzobispo de Valencia. En 1964, siendo todavía obispo, García Lahiguera escribió una circular donde decía que "nuestro Caudillo es acreedor a la gratitud de todos como el principal artífice humano de la paz y así es justo reconocerlo y proclamarlo, rogando al Señor que nos lo conserve muchos años". En aquellos tiempos triunfales, además de rector del patronato de Santa Isabel, Escrivá obtuvo un puesto oficial con cargo al presupuesto del Estado con el nombramiento de consejero nacional en el recién constituido Consejo Nacional de Educación. Se trataba de un regalo político del ministro de Educación Ibáñez Martín, ya que el fundador de la Obra presumía entonces de conocer perfectamente los problemas de la universidad española. Escrivá se vanagloriaba además de ser el único sacerdote del clero secular que se sentaba en el Consejo Nacional de Educación, junto con otros representantes eclesiásticos, entre los que se contaban tres obispos y varios miembros de órdenes religiosas.

Como años antes había ido de Zaragoza a Madrid para preparar un supuesto doctorado en derecho, Escrivá aprovechó la atmósfera de euforia política durante los años triunfales de la posguerra para conseguir la licenciatura, título académico que no había logrado en los doce años anteriores. Desde abril de 1939, para recuperar el tiempo perdido a causa de la guerra, se implantaron cursos intensivos en las universidades españolas y fue entonces cuando Escrivá

logró aprobar en septiembre algunas de las asignaturas que tenía pendientes en su licenciatura en derecho. Corrían "tiempos patrióticos", con exámenes patrióticos y admisiones también patrióticas. Quienes se presentaban a los exámenes amañados y a las falsificaciones académicas demostraban tener por encima de todo amor a su patria y procuraban todo el bien posible empezando por sus carreras personales. Con el doctorado en derecho, obtenido dos meses más tarde, en diciembre de 1939, por fin Escrivá había conseguido en Madrid su "ampliación de estudios", cumpliendo así con el objetivo que le había traído a la capital de España y que durante doce años utilizó como pretexto.

La tesis doctoral trataba sobre la abadesa de las Huelgas y le bastó solamente con presentar, en diciembre de 1939, un trabajo teóricamente elaborado durante su estancia en Burgos, cuyo título completo era "Estudio histórico-canónico de la jurisdicción eclesiástica "nullius diocesis" de la Ilustrísima Señora Abadesa del Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas" para obtener la calificación de sobresaliente. Si en diciembre de 1939 obtuvo su tesis por medio de exámenes entonces calificados de "patrióticos", todavía tendrían que transcurrir otros cinco años, hasta que pudiera elaborar realmente la tesis por escrito con la ayuda de otros seguidores suyos y lograr finalmente publicada como libro. Justificó el cambio de la tesis del decenio anterior afirmando que había perdido la biblioteca y la documentación en la destrucción de la casa, lo cual no era cierto, pues antes de la guerra la estantería de su cuarto sólo contenía algunos libros de rezos y todos sus papeles habían sido guardados religiosamente por su madre durante la guerra. En aquellos tiempos bastaba con la sola presentación del título de la tesis para obtener los diplomas por complacencia política. El caos administrativo era imperante en la universidad, que no logró restablecer la normalidad académica hasta bien entrado el año 1941.

Para olvidar la humilde extracción social de la familia, Escrivá decidió asimismo solicitar legalmente una transformación del apellido en aquellos tiempos triunfales de la posguerra. José María Escrivá no estaba contento con su nombre ni con el apellido paterno. Parecía arrastrar una crisis de identidad desde la ruina del negocio familiar en 1925 con una constante preocupación que pudiéramos llamar onomástica, por lo que introdujo en el nombre original curiosas modificaciones.

Ya en el expediente de estudios en el instituto de enseñanza media de Logroño él mismo se firmaba José María Escrivá, con uve y con acento, aunque en el encabezamiento de las autoridades académicas transcribían su nombre como José María Escriba, con be y sin acento, como así figuraba también en la partida de bautismo que se conserva registrada en la iglesia catedral de Barbastro.

En la época de los años triunfales que entonces vivían en España los vencedores de la cruzada, Escrivá iba a realizar con su apellido nuevas y deseadas transformaciones. En un edicto publicado en el Boletín Oficial del Estado de fecha 16 de junio de 1940 apareció la solicitud presentada por los hermanos Carmen, José María y Santiago Escrivá Albás en el juzgado número 9 de Madrid "para modificar su primer apellido en el sentido de apellidarse Escrivá de Balaguer que, según expresa en el escrito inicial, es el nombre que individualiza a la familia". La justificación que para ello se daba era "que por ser corriente en Levante y Cataluña el apellido Escrivá, dando lugar a confusiones molestas y perjudiciales, se unió al apellido el lugar de origen de esta rama de la familia, la que es conocida por todos como Escrivá de Balaguer". *[Existe otra versión dentro del Opus Dei, según la cual el fundador trataba de diferenciarse intencionadamente de la familia aristocrática Escrivá de Romaní. En Gondrand, Francois, "Al paso de Dios", Rialp, Madrid, 1983, p. 167.]* El argumento utilizado en la solicitud de que el apellido Escrivá resulta corriente en Levante y Cataluña es de por sí revelador de las ínfulas del fundador de la Obra con su deseo de distinguirse en cuestión de apellidos de sus homónimos de provincias, cuando ya se encontraba establecido en la capital de España. El Ministerio de Justicia autorizó la modificación de apellido, en primer lugar a José María y Carmen

Escrivá, por orden del 18 de octubre, y posteriormente a Santiago Escrivá, con otra orden ministerial del 12 de noviembre de 1940.

Según Julio Atienza, en su "Diccionario Nobiliario", el apellido Escrivá viene de Valencia y es oriundo de Francia y el de Albás ni se menciona. Así, la autorización legal para modificar el apellido afectaba tan sólo al paterno y como su padre nació en Foz (Huesca) y su abuelo paterno en Balaguer (Lleida), la catalanización sería doble: de Escriba a Escrivá más el alargamiento con partícula al añadirle de Balaguer. En cambio, en el apellido materno, de claro origen catalán, no se produjeron modificaciones. Resultaba, una vez más, una paradoja el ostentar dos apellidos catalanes a alguien como él que presumía ser de pura cepa aragonesa y hay que remontarse siglos atrás a la Edad Media, a los tiempos de la Corona de Aragón, para entender la catalanización forzada de su primer apellido.

Pero no fueron éstas las únicas transformaciones que experimentaron los nombres y apellidos del fundador del Opus Dei, porque tampoco se llamaba Josemaría sino José María y en su constante preocupación onomástica había decidido unir en la firma sus dos nombres de pila en un solo nombre, Josemaría, como agradecimiento a san José y como manifestación de su devoción a la Virgen María. Esta es, al menos, la explicación que dan los cronistas oficiales del Opus Dei que remontan la transformación onomástica a la primera fundación de la Obra entre 1935 y 1936. Aunque, según otras fuentes, lo hizo sencillamente para distinguirse años más tarde de cuantos utilizaban en España un nombre de pila tan corriente como José, o como María. También hay otros seguidores suyos que lo explican sobre todo por formar ambos nombres juntos una síntesis de la Sagrada Familia.

Arreglada su identidad como él quería, Escrivá se iba a encargar de arreglar también personalmente su currículum vitae. En uno de los raros documentos autobiográficos que se poseen sobre el fundador del Opus Dei, éste afirmaba por escrito en 1943, refiriéndose a sus actividades durante la guerra, que "no interrumpió la labor de dirección de almas ni el Opus Dei", bajo su dirección, dejó de trabajar clandestinamente en tiempos de la dominación marxista y durante la guerra de España, entre 1936 y 1939, tanto él como sus discípulos padecieron una persecución acerba. Habiendo conseguido llegar audazmente a la zona adicta al Régimen Nacional, por sí mismo o por medio del Opus, consiguió levantar la moral o ayudar a la juventud estudiante que padeció o hizo la guerra. "¡Cuantos caminos recorridos de aquí para allá, por diversos frentes de guerra, consumido a veces por la fiebre, tuvo que recorrer en el ejercicio de su profesión de padre espiritual!".

Las actividades apostólicas de la posguerra también son relatadas en el mismo documento autobiográfico por Escrivá, que no escatima los elogios sobre su propia persona. En cuanto a la dirección espiritual, Escrivá señala que es director espiritual de muchas personas importantísimas, dirigentes de Acción Católica, directores de otras obras nacionales, católicas y culturales, catedráticos de universidad y alumnos, sacerdotes e incluso religiosos, que acuden a él asiduamente porque le consideran como varón dotado del "don del consuelo". También dirigió a menudo ejercicios y retiros espirituales a jóvenes y niños de Acción Católica en Zaragoza, Valencia, Lérida, Valladolid, León, Ávila, Madrid, etc. En Valencia, en enero de 1941, desempeñó el cargo de director espiritual en la reunión de consiliarios de Acción Católica.

Según Escrivá, los ejercicios espirituales fueron otro aspecto del incansable apostolado ejercido desde hacía ya muchos años por él mismo y señala que dirigió muchas tandas de ejercicios espirituales a sacerdotes y religiosos, pidiéndoselo los Reverendísimos Obispos y los Superiores de los Institutos Religiosos. Esta labor la hizo también para los alumnos de muchos seminarios en las diócesis de León, Ávila, Segovia, Vitoria, Pamplona, Madrid-Alcalá, Valencia, Lérida, etc. Durante el año 1940 hicieron ejercicios espirituales con él más de mil sacerdotes, entre los cuales estuvieron presentes algunas veces los mismos

Reverendísimos Ordinarios del lugar. También afirmaba Escrivá que es llamado a menudo por profesores y alumnos de las universidades de muchas ciudades para dirigir ejercicios espirituales o para dar días de retiro espiritual: conviene resaltar la labor realizada recientemente con sus conferencias en la Universidad de verano de Jaca, que depende de la Universidad Estatal de Zaragoza. Para hacer más fácil su labor entre los estudiantes de la Universidad le fue concedido por la Santa Sede el privilegio del Altar Portátil, por autorización del 20 de agosto de 1940.

Por último, en el juicio acerca de él y de su ministerio, Escrivá señala en el documento autobiográfico que son rasgos insignes de su carácter, la fuerza de espíritu y también las dotes de organización y de gobierno. La característica especialísima de su labor sacerdotal es el actuar extremadamente generoso con la Jerarquía Eclesiástica, fomentar de palabra y por escrito, en privado y en público, el amor a la Santa Madre Iglesia y al Romano Pontífice. *[Escrivá, José María, Currículum Vitae, obispado de Madrid-Alcalá, Madrid, 28 agosto 1943, en Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, Pamplona, 1989, pp. 521-524.]*

En aquellos años triunfales, Escrivá también obtuvo por medio de una recomendación del director general de Prensa el puesto de profesor de Ética y Deontología durante el curso 1940-1941 en la recién creada Escuela Oficial de Periodismo, cuando ya tenía además la prebenda extraordinaria de miembro del Consejo Nacional de Educación. El puesto de profesor de Ética y Deontología no le exigía demasiado esfuerzo y lo buscó porque seguía en el pluriempleo, necesitando dinero para atender a su familia, formada por su madre y sus dos hermanos, ya que el sueldo de rector del patronato era muy exiguo. Escrivá tenía la obsesión del apostolado de la prensa, en recuerdo sin duda de los logros de la ACNP con el diario "El Debate" y otras publicaciones católicas. *[Moncada, Alberto, ob. cit., p. 41.]* Pero si el líder de ACNP, Ángel Herrera, olvidó su escalafón de abogado del Estado para trabajar de periodista como director de "El Debate", Escrivá estuvo de profesor de la Escuela de Periodismo para subvenir a las necesidades económicas de su familia y desde esta perspectiva el Opus Dei representa un amasijo de proyectos en donde intervino sobremanera la supervivencia del fundador y de su familia. El líder de la ACNP, Ángel Herrera Oria, tenía fineza de espíritu, lo que también se llamaba "clase", algo que le faltaba a Escrivá; de ahí que, una vez conseguido el cargo remunerado en la Escuela de Periodismo, se interesó poco por la docencia periodística, tal como ha señalado complacientemente el primer secretario de la Escuela de Periodismo: "Creo que hubiera sido un gran periodista de no absorberle sus actividades apostólicas". *[Gómez Aparicio, Pedro, "Testimonio", Hoja del Lunes, s. f., Madrid, en Bernal, Salvador, "Monseñor]osemaría Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1976, p.88.]* Este claro ejemplo de abandono en el trabajo laico y profesional fue tan evidente en Escrivá que hasta uno de sus hagiógrafos reconoció: "Aunque atendiese aquellos trabajos con sentido de responsabilidad, estaba claro que no era su "dedicación profesional". Solo quería ser sacerdote...". *[Bernal, Salvador, ob. cit., p. 88]*. Escrivá no podía ocuparse de sus cursos en la Escuela Oficial de Periodismo, porque su interés principal residía en sacar adelante al Opus Dei.

La primera edición del manual destinado a la Obra de Dios tuvo lugar en Valencia en septiembre de 1939, porque allí se encontró el papel necesario para la impresión, gracias al vicario de la diócesis. Se trataba de una refundición del texto corto escrito en 1934 bajo el título de "Consideraciones Espirituales", con el añadido de la ampliación realizada en Burgos, cuando la ciudad castellana era la capital de la cruzada de Franco. El manuscrito completo tenía cabida en apenas un centenar de páginas en formato normal de un libro de época. Hasta la primera reimpresión realizada en Madrid en el año 1944 no se redujo el librito al formato de bolsillo, con mayor número de páginas, que se ha conservado hasta el siglo XXI.

Durante los primeros años, Camino fue el único código de referencias, y de instrucción religiosa, que poseían a partir de 1939 los militantes en la Obra de Dios. Era el tiempo en que coincidían aún la biografía de Escrivá con la de los militantes del Opus Dei. Desde el principio, el librito Camino se convierte en un breviario citado y comentado sin tregua. Pronto se recomendará a los miembros de la Obra hablar de Camino alrededor suyo; pero se les recomienda igualmente que no presten su ejemplar. Las personas a quienes interesase el librito debían comprarlo, medio cómodo de allegar algo de dinero, pues el Opus Dei no era rico en la época de la posguerra. Esta regla, que continuó siendo aplicada, contribuyó a la difusión de Camino, sobre la que el Opus Dei fundaba un interés enorme y que descubría al mismo tiempo el precoz sentido publicitario de los miembros de la Obra. *[Artigues, Daniel, "El Opus Dei en España", Ruedo Ibérico, Pans, 1971, p. 36]*.

Si el título de Consideraciones Espirituales estaba inspirado en "De Consideratione" de Bernard de Claraval, más conocido por san Bernardo, el título de Camino evocaba sin duda "El Camino de Perfección" que escribió para sus monjas la madre Teresa de Jesús, como figuraba en la primera edición de Salamanca publicada en 1588. El nuevo librito de Escrivá se componía de dos partes, la primera comprendía las 434 máximas de "Consideraciones Espirituales" y la segunda parte, con 565 máximas, fue redactada entre 1934 y 1939, con más experiencia acumulada, por Escrivá, empeñado como estaba en la fundación de la Obra.

El librito Camino se presenta redactado en máximas o sentencias cortas, cuyo número de 999 tuvo especial significación para Escrivá, aunque fuentes de la Obra señalaron que era expresión de la devoción del autor a la santísima Trinidad. ¿Por qué, sin embargo, 999 máximas? ¿No es acaso un número cabalístico? Escrivá no tenía suficiente con escoger un número de una cifra esotérica (999 = 3x333) de indudable origen masónico y perteneciente a la cábala, sino que además en la sobrecubierta de la primera edición, publicada en Valencia en 1939, aparece el signo del 9 dibujado con trazos rectilíneos, es decir, con un cuadro del que sale un trazo vertical rematado por otro horizontal que sirve de base, lo cual permite suponer que este signo es un anagrama con las iniciales de la palabra Opus, cuyas letras escritas con trazo rectilíneo pueden efectivamente obtenerse descomponiendo el signo. *[Carandell, Luis, Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer, Laia, Barcelona, 1975, pp. 160-161.]* El número, sin duda, no es mero azar y está inspirado, como en la cábala, en la tradición judía. Dentro de la cultura cristiana, Dante utilizó profusamente el número nueve u otros múltiplos de tres en "La Divina Comedia" y si ello es así en Camino, la Trinidad santísima (el Padre + el Hijo + el santo Espíritu) -que algunos consideran homenajeada en la gran obra de Dante- ha salido muy malparada en el librito de Escrivá. Las razones del fundador del Opus Dei, en la medida que fueron silenciadas, incluso en los primeros tiempos de la Obra, refuerzan la hipótesis del esoterismo cristiano. En Camino aparecen tres planos de santidad (máxima 387), tres etapas en la vida de formación (máxima 382), junto con las tres dimensiones físicas: el relieve, el peso y el volumen (máxima 279), además de las 999 máximas contenidas en el librito.

Pero no bastaba con el sentido enigmático de algunas máximas y la utilización de ese número esotérico perteneciente a la cábala, sino que encima el librito ofrecía en su totalidad una significación oscura y misteriosa que sólo se comprende desde la perspectiva de un concepto medieval de la existencia, en el que resulta a veces muy difícil de penetrar, sobre todo por la forma como se propone una determinada lectura reservada sólo para los iniciados en la Obra. "Para sacar provecho de Camino, y aún para entenderlo se requiere en el lector un mínimo de formación cristiana, de vida de piedad y de experiencia apostólica, de sacrificada preocupación por las almas", sugiere cautamente la nota editorial de Camino, lo que equivale a decir que hace falta una preparación especial o, en otras palabras, tener el "espíritu de la Obra".

Ya en la introducción de la primera edición, su autor, Xavier Lauzarica, garantizaba que "si estas máximas las conviertes en vida propia, serás un imitador sin tacha. Y con Cristos como tú volverá España a la antigua grandeza de sus santos, sabios y héroes". El autor de la introducción de Camino era obispo administrador apostólico de la diócesis de Vitoria cuando prologó el librito de Escrivá en marzo de 1939, faltando todavía un mes para que finalizara la guerra civil española. Lauzarica había sustituido al obispo titular de la diócesis, que mereció los honores de ser el primer miembro de la jerarquía católica desterrado de España en 1931 por sus manifestaciones verbales contra la Segunda República. Xavier Lauzarica llegaría a ser obispo de Vitoria y arzobispo de Oviedo para terminar más tarde, tras su jubilación, loco de atar y recluido en un manicomio.

Dentro de Camino aparece la perspectiva de un concepto medieval de la existencia en la máxima 638 que está dirigida al "caballero cristiano", presunto lector del librito. Hay también referencias al "caballero cristiano" en la máxima 390, al "caballero intransigente" en la máxima 393 y a los "caballeros cristianos" en la máxima 379 de Camino. Los caballeros representaron en la Edad Media la síntesis de la milicia profesional y la cristiandad; de ahí que "hace falta una cruzada (...) y esa cruzada es obra vuestra", afirma, más o menos insinuadamente, la máxima 121 y una imagen pueril que también correspondía a los caballeros cruzados, "hombre bien barbado", aparece en la máxima 652 de Camino. Para tales caballeros cristianos existe un camino medieval por donde se circula a caballo, como revelan varias máximas de Camino: "me has perdido el camino" (máxima 137), "la causa que te aparta del camino y te hace tropezar y aún caer" (máxima 170), "tu camino" (máxima 255), "nube de polvo que levantó tu caída... el viento de la gracia..." (máxima 260), "caído así de hondo... te alzaste del suelo" (máxima 264), "la guerra es el obstáculo máximo del camino fácil" (máxima 31l), "¡Galopar, Galopar!... ¡Hacer, Hacer! ... ¡Galopar! ¡Hacer!" (máxima 837), "manada en mesnada, rebaño en ejército, la piara..." (máxima 914).

También aparecen en Camino las armas del caballero medieval: "defensa, ataque, armadura, espada toledana" (máxima 238), "arma de combate" (máxima 240), "cadena: cadena de hierro forjado" (máxima 170), "instrumento delicuescente, que se haga pedazos a la hora de empuñado" (máxima 381), "maza de acero poderosa, envuelta en funda acolchada" (máxima 397), "la última gota de cáliz del dolor" (máxima 182), "espolón de acero" (máxima 615), "lengua tajante de hacha" (máxima 448), "los instrumentos no pueden estar mohosos. -Normas hay también para evitar el moho y la herrumbre" (máxima 486), "si no es el filo de tu arma de combate, te diré que es la empuñadura" (máxima 655).

En Camino aparecen también las fortalezas medievales: "táctica militar, guerra, posiciones, muros capitales de tu fortaleza, torreones flacos para el asalto de tu castillo" (máxima 307), "tan fuerte como una ciudad amurallada" (máxima 460), "la piedra noble y bella de una catedral" (máxima 456), "los-muros fuertes de la perseverancia" (máxima 49), "los muros o torres de las casas del Señor" (máxima 269), "piedras, sillares que se mueven, que sienten" (máxima 756), "un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra" (máxima 590), "sillares... que suponen poco ante la mole del conjunto" (máxima 823), "llave para abrir la puerta y encontrar el reino de Dios en los cielos" (máxima 754).

La vida de caballero que propugna Escrivá en Camino es "vida noble" (máxima 254), "la derrota de hoy... entrenamiento, victoria definitiva" (máxima 263), "hijos, hijos de Reyes, Rey, Gran Rey, "Padre Dios", siempre delante del Gran Rey, tu Padre-Dios" (máxima 265), "señor de ti mismo, poderoso, tu señorío..." (máxima 295), "almas de caudillos, de apóstoles" (máxima 411), "laureles" (máxima 935), "ejército de apóstoles" (máxima 602). Escrivá, sin embargo, tiene también presente la cruzada de Franco: "alférez médico" (máxima 361), "la guerra tiene una finalidad sobrenatural" (máxima 311), "Frente de Madrid. Una

veintena de oficiales en noble y alegre camaradería... Aquel tenientillo de bigote moreno" (máxima 145). Y tiene, sobre todo, muy presente en Camino el caudillaje, la exaltación fascista de la jerarquía, tan de moda entre los años treinta y cuarenta en Europa: "eres jefe" (máxima 383), "nacido para caudillo" (máxima 16), "sientes impulsos de ser caudillo" (máxima 365), "muy señor, y después, guía, jefe, ¡caudillo!" (máxima 19), "ambiciones de acaudillar" (máxima 24), "tú serás caudillo si..." (máxima 32), "almas de caudillos" (máxima 411), "utiliza tu voluntad para que Dios te haga caudillo" (máxima 833) y "me dijiste que querías ser caudillo" (máxima 931).

En Camino semejante universo aparece, por otra parte, poblado de santos personajes encasillados en una determinada visión de la historia de España: "Las Navas y los Lepantos de tu lucha interior" (máxima 433), "Cisneros, Teresa de Ahumada, Íñigo de Loyola" (máxima 11), "el pobre Ignacio al Sabio Xavier" (máxima 798), "el genio militar de san Ignacio" (máxima 931).

Para completar este mundo abracadabrante de cruzadas y caballeros medievales junto con caudillos, Escrivá llegó a escribir también sobre el valor secundario concedido a la mujer: hay máximas de Camino en las que el elogio exagerado que Escrivá tributa a las mujeres es el típico elogio que se hace a los seres considerados prácticamente inferiores, prejuicio que el Opus Dei comparte con la santa Madre Iglesia católica. Así, en la máxima 982 Escrivá llega a decir: "Más recia la mujer que el hombre, y más fiel a la hora de dolor. -¡María de Magdala y María Cleofás y Salomé! Con un grupo de mujeres valientes, como ésas bien unidas a la Virgen Dolorosa, ¡qué labor de almas se haría en el mundo!" y en la máxima 980: "¿Acaso no tenemos facultad de llevar en los viajes alguna mujer hermana en Jesucristo, para que nos asista, como hacen los demás apóstoles y los parientes del Señor y el mismo Pedro? Esto dice san Pablo en su primera epístola a los Corintios: -No es posible desdeñar la colaboración de la mujer en el apostolado".

La máxima 946 resume claramente lo que Escrivá va a exigir a los hombres, y en segundo lugar, a las mujeres en el Opus Dei: "Si queréis entregaros a Dios en el mundo, antes que sabios -ellas no hace falta que sean sabias; basta que sean discretas-, habéis de ser espirituales, muy unidos al Señor por la oración: habéis de llevar un manto invisible que cubra todos y cada uno de vuestros sentidos y potencias: orar, orar y orar; expiar y expiar". Y todo ello para conseguir el reinado de Cristo en la tierra. Las citas abundan en Camino: "Regnare Christium Volumus!" (máxima 11), "Pax Christi in regno Christi (máxima 301), "si buscas el Reino de Dios" (máxima 472), "reinado efectivo de Nuestro Señor" (máxima 832), "reinado de Cristo" (máxima 905), "reino, reinado" (máxima 906).

Es un error pensar que el clericalismo de Escrivá, o el clericalismo general de la época es un simple reflejo de un modelo medieval que resulta hoy anacrónico. La época de cruzada que dio nacimiento al Opus Dei contiene elementos del pasado, pero tuvo también la peculiar inmediatez y presencia constante del fascismo clerical, con una visión que resume el poema de Jaime Gil de Biedma: "y los mismos discursos, los gritos, las canciones, eran como promesa de otro tiempo mejor, nos ofrecían un billete de vuelta al siglo XVI. ¿Qué niño no lo acepta?" *[Gil de Biedma, Jaime, "Las personas de! Verbo", Seix Barral, Barcelona, 1982, p. 123.]*

Conviene señalar, por último, que Escrivá promete hacer vivir a los militantes de la Obra "una vida de infancia" y casi un diez por ciento del texto de Camino está dedicado a ella. Esta promesa de una vida de "infancia espiritual", junto con la oferta del viaje al pasado de Escrivá, ayudan a comprender un librito como Camino en España a partir de 1939. En un seminario de la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, dirigido por el catedrático de Filología Latina, Agustín García Calvo, un grupo de investigadores que analizaba los aspectos lingüísticos de la sociedad llegó a utilizar el librito de Escrivá Camino entre sus textos de análisis de vocabulario y de estilo. Según esta investigación

universitaria, el lenguaje de la obrita de Escrivá contiene un elevado número de irracionalidades lingüísticas, entendiéndose lo de irracional como rasgos no lógicos del lenguaje. Así, el análisis desde el punto de vista formal de Camino pone de relieve el valor de las locuciones fijas o estereotipadas del librito. También puede advertirse cómo su valor retórico o impresivo reside justamente en su vaguedad o inmovilidad semántica, su ambigüedad o capacidad para no decir nada preciso; pero cómo, por otro lado, consiste también en el hecho de que esa vaguedad o ambigüedad está oculta en la apariencia de decir algo preciso, sumamente definido, con que estas fórmulas lingüísticas se presentan. Dentro de las locuciones fijas o estereotipadas se pueden distinguir dos clases: unas, cargadas del fascismo clerical, la ideología dominante, que por ello mismo carecen de valor semántico en cuanto al mensaje particular que pretenden transmitir; y otras meramente introducidas por su capacidad de llenar sitio, completar la línea de la frase, que son expresiones que pueden llamarse de relleno rítmico. Escrivá hace tan buen uso de ellas como Hitler cuando intercalaba en sus discursos palabras de estribillo. La máxima 520 es una muestra de locución de relleno rítmico: "Católico Apostólico, ¡Romano! -Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu "romería" videre Petrum, para ver a Pedro".

En resumen, el lenguaje de Camino puede ser traducido a un lenguaje "neutro" en el que se observa el elevado número de irracionalidades lingüísticas que Escrivá utilizó en el librito.

Sin ninguna limitación de raíz política y a través de cauces clericales revueltos y sin ninguna transparencia, Escrivá y su grupo de seguidores hicieron a finales de 1939 su primera aparición en la vida pública española por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), sirviendo este organismo de escotillón por donde aparecieron en la escena política de la España de la posguerra. Había llegado la hora de tomarse la revancha, vengando la ofensa y la derrota sufridas durante la Segunda República española. Se trataba de apoderarse de los organismos culturales que habían trabajado eficazmente durante la República para modernizar la educación y que habían sembrado en ella las exigencias críticas sin las cuales todo pensamiento es una ficción. Para ello, el núcleo de primeros miembros de la Obra de Escrivá encontró desde el primer momento en la dictadura de Franco los apoyos para borrar las exigencias críticas y clericalizar las apariencias de ciencia e investigación. Así el Opus Dei ayudó a crear el CSIC y se apoderó de la apariencia de técnica y búsqueda intelectual, lo cual utilizaría como anzuelo poderoso para captar nuevos adeptos y reportaría de paso una suculenta tajada financiera.

En la universidad las cátedras estaban devastadas y organismos como la Junta de Ampliación de Estudios quedaron desmantelados y la huella de la Institución Libre de Enseñanza parecía borrada. Una coyuntura excelente que no iban a desaprovechar los personajes que entraron en escena. Un destacado miembro del Opus Dei los describiría más tarde como "un grupo pequeño, pero compacto y bien preparados profesionalmente, de jóvenes pertenecientes al Opus Dei, guiados por don Josemaría Escrivá con una orientación firme y lúcida, que interviene decisivamente en la puesta en marcha de algunas empresas científicas, llamadas a adquirir un amplio desarrollo". *[Pérez Embid, Florentino, "Monseñor]osemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador de! Opus Dei", Primer Instituto Secular, Separata del tomo IV de la Enciclopedia "Forjadores de! Mundo Contemporáneo", Planeta, Barcelona, 1963 p. 5]*. La orientación en el grupo era firme y los propósitos estaban ya bien definidos. Escrivá en 1939 sabía lo que quería, es decir, que tenía conciencia cierta de sus propósitos. "Yo le oí muchas veces decir (...) que la sustancia de nuestro apostolado consistía en introducimos en las instituciones civiles, para transformadas desde dentro -ha señalado uno de los primeros miembros del Opus Dei-. Había una frase que repetía mucho: nosotros trabajaremos con los medios y edificios del Estado." *[Fisac, Miguel, "Testimonio", en Moncada, Alberto, ob. cit., p. 78.]*

Dos máximas del librito Camino ayudan a esclarecer los propósitos del ambicioso fundador que estaba a la cabeza del grupo inicial del Opus Dei en 1939. Resulta patente que cuando Escrivá escribió la máxima 844 de Camino pensaba en los edificios de ladrillo rojo, sede de la Fundación Nacional de Investigaciones Científicas durante la República: "¿Levantar magníficos edificios?.. ¿Construir palacios suntuosos? ... Que los levanten... Que los construyan... ¡Almas! -¡Vivificar almas..., para aquellos edificios... y para estos palacios! ¡Que hermosas cosas nos preparan!". Otra máxima de Camino, apunta en el mismo sentido: "¡Cultura,cultura! -Bueno: que nadie nos gane en ambicionarla y poseerla. -Pero la cultura es medio y no fin" (máxima 345).

Para el naciente Opus Dei la cultura representaba un medio y hasta la propia religión otro, aunque sus miembros intentaban deshacerse en explicaciones para afirmar lo contrario. Así se aceptaban, tanto la religión como la cultura, por su utilidad para concretar ciertos objetivos que también podrían alcanzarse por otros medios. Conviene tener en cuenta que en otros países europeos la actitud científica había dejado de ser desde hacía tiempo la antagonista militante de la religión. Pero éste no era el caso de España, donde la actitud científica tuvo que seguir pugnando contra la acción de una religión utilizada como parapeto por el fascismo clerical. La Iglesia católica negó entonces con los hechos que ciencia y religión podían ser complementarias. Este antagonismo clásico entre ciencia y religión lo iba a seguir apoyando el Opus Dei como lo expresa claramente la máxima 386 de Camino: "Servir de altavoz al enemigo es una idiotez soberana; y, si el enemigo es enemigo de Dios, es un gran pecado. -Por eso, en el terreno profesional, nunca alabaré la ciencia de quien se sirve de ella como cátedra para atacar a la Iglesia". O en la máxima 750: "Óyeme, hombre metido en la ciencia hasta las cejas: tu ciencia no me puede negar la verdad de las actividades diabólicas. Mi Madre, la Santa Iglesia -durante muchos años: y es también una laudable devoción privada- ha hecho que los Sacerdotes al pie del altar invoquen cada día a san Miguel, "contra nequitiam et insidias diaboli" -contra la maldad y las insidias del enemigo".

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) se presentó entonces como algo extraordinario que se adelantó al mundo entero, al tratar de impulsar la investigación española en todos los campos, y posteriormente se crearían en los países más adelantados de Europa organismos similares. Aquello no era cierto, pero qué importaba, nadie iba a contradecirlo en una Europa convertida en escombros durante la segunda guerra mundial. Tras la promulgación del decreto-ley de creación del CSIC el 24 de noviembre de 1939, el ministro de Educación ocupó la presidencia; fray José López Ortiz, un claro ejemplo del clérigo franquista militante, llamado familiarmente "tío José" por los miembros del Opus Dei, ocupó la vicepresidencia y como encargado de la coordinación y secretario general fue nombrado el ya miembro de la Obra José María Albareda. Detrás de Albareda y el "tío José" se encontraba evidentemente Escrivá ambicionando llevar a la práctica cuanto antes sus ideas. El CSIC iba a representar un regalo extraordinario para la naciente Obra, dado el vacío existente en la intelectualidad española y porque se convertiría en la primera gran plataforma de apostolado. Asimismo, la dotación de medios puesta a disposición del CSIC fue desorbitada si se la compara con otros organismos de la época y la extensa nómina de investigadores con el acaparamiento de sueldos, al cobrar simultáneamente por varios puestos, llegó a ser una constante entre los miembros del Opus Dei que controlaban el CSIC Otra fuente importante de ingresos fue la construcción de un templo y de nuevos edificios para la investigación científica en la sede de Madrid. Se trataba de una operación que favoreció los intereses del Opus Dei: el arquitecto recibía dinero a cuenta y después iba haciendo certificaciones de la obra ejecutada, y paralelamente otros socios miembros del Opus Dei constituyeron pequeñas sociedades, con la aprobación del fundador, para suministrar los materiales necesarios para la construcción y puesta a punto de los laboratorios de investigación.

La fórmula repetida por Escrivá hasta la saciedad "se gasta lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste", que podría resumir el pensamiento económico de la Obra, encontró fiel reflejo en la realidad de aquellos años triunfales. Por ello Escrivá, que tanto se había paseado a pie por Madrid, exigió tener a su disposición un lujoso coche "igualo mayor que el de los ministros", por su condición de fundador y de Padre. *[Carandell, Luis, "La otra cara de! beato Escrivá", Revista Cambio 16, Madrid, 16 marzo 1992]*.

El gran paso en lo que Escrivá empezó a llamar "la batalla de la formación" fue dado en Madrid por el todavía incipiente Opus Dei tras el alquiler de una casa de tres plantas con jardín, situada en la esquina de las calles Diego de León y Lagasca en el distinguido barrio de Sala manca y relativamente cerca de la sede del CSIC Los dueños de la mansión exigieron a Escrivá un documento del obispo en el que se reconociera su condición de eclesiástico, como aval para poder firmar el contrato. *[Bueno Monreal, José María, Testimonio, en Varios Autores, "Testimonios sobre e! Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1993, p. 12]*. Además de los tres pisos de la residencia de la calle Jenner, que funcionaban a pleno rendimiento, alquilaron otro piso pequeño en la calle cercana de General Martínez Campos como lugar de residencia 'para miembros "mayores" que así pudieran permanecer aislados de los estudiantes. La mansión con tres plantas y jardín de la calle Diego de León se convertiría en el primer centro de estudios para la formación de los socios numerarios de la Obra en 1941. La apertura de dicho centro significaba la separación de las actividades académicas y asistenciales de las propiamente dedicadas a la intensa preparación de los miembros con una formación militante y religiosa. Como ya estaban echando raíces, llegaron a adquirirla más tarde. La casa centro de Diego de León se convirtió en la sede central en España del Opus Dei.

Tan sólo en el transcurso del primer año después de la guerra, de la docena de seguidores iniciales de Escrivá se había pasado a más de treinta miembros, aunque para ello se tuvieron que simplificar los trámites de ingreso: "Por aquel entonces y de modo excepcional, el fundador permitió, mediante dispensa, abreviar los plazos de incorporación a la Obra", ha reconocido uno de los admitidos entonces. *[Orlandís,José, "Años de juventud en el Opus Dei", Palabra, Madrid, 1991, p.1O2]*. Otro antiguo miembro, que llegó hasta ser secretario general y abandonó luego el Opus Dei, ha llegado a explicar con detalle las causas del crecimiento: "Yo entré en el Opus Dei en el año 1940 y considero que la Obra prosperó más que los demás grupos religiosos de la posguerra, que hacían apostolado entre jóvenes de clase media, porque respondía mejor a las aspiraciones de éstos. ¿Qué ofrecían los demás? En los ambientes universitarios de posguerra la Acción Católica y organizaciones similares se consideraban blandengues. Como decía un compañero mío, mucha piedad, poco estudio y nada de acción. Después de la guerra la gente quería algo que tuviera más garra y el Opus Dei ofrecía la clase de llamada que por entonces deseábamos los universitarios católicos idealistas, aquello de la Falange de mitad monjes, mitad soldados".

"Muchos de los que entramos en la Universidad de la posguerra queríamos empezar una etapa completamente nueva, en nuestra vida y en el país. Queríamos hacer algo importante, una España grande, nos habían metido en la cabeza todo aquello de la Hispanidad y del Imperio hacia Dios. Ahora comprendo que parte de aquel fervor religioso era falso, pero las iglesias estaban llenas y la religión era un título de legitimación social. En los jóvenes se mezclaba la religión, el patriotismo y la austeridad. Por contar un detalle, en la Universidad de Valencia, a las doce de la mañana, se escuchaba por los altavoces el rezo del Angelus, una operación de la que estaba encargado José Manuel Casas Torres, director de Radio Valencia y miembro de la Obra."

"Entonces, en aquel ambiente llega una institución que con mucho misterio, con prohibición absoluta de hablar de ello, te plantea el que tú has sido elegido por Dios, que puedes ser santo, que vamos a hacer la conversión al cristianismo de

la ciencia, reclutando a las mejores cabezas, con una disciplina militar... y aquello prendió en bastante gente, sobre todo en la que no tenía simpatías por la Falange, que también decía algo parecido. Por otra parte, aquello representaba un modo de vida más atractivo que el de los religiosos. Lo de ser laico, estar en medio del mundo, representaba un atractivo adicional. Por eso, creo, el Opus Dei prendió enseguida y ya en 1942 había casas en Madrid, Barcelona, Valencia, Valladolid y Sevilla." *[Pérez Tenessa, Antonio, Testimonio, en Moncada, Alberto, ob. cit., pp. 94-95].*

El número de miembros del Opus Dei no sobrepasaba, sin embargo, las tres docenas en 1940, como se pudo comprobar el día dos de octubre, cuando se reunieron en Madrid todos los militantes de la Obra para celebrar junto a Escrivá la fiesta de los Ángeles Custodios. La Obra iba a necesitar aún tiempo para alcanzar en 1941 el tope de los cincuenta miembros, señalado en la máxima 806 de Camino: "Necesito cincuenta hombres que amen a Jesucristo, sobre todas las cosas". Escrivá hacía también referencia en Camino a los orígenes en la máxima 820: "No juzgues por la pequeñez en los comienzos"; y en la máxima 821: "No me olvides que en la tierra todo lo grande ha comenzado siendo pequeño. -Lo que nace grande es monstruoso y muere." La treintena de miembros de 1940 le había forzado a continuar rápidamente la expansión, llegando Escrivá hasta simplificar los trámites de ingreso para nuevos miembros, y siguió abriendo nueva residencia en Madrid, además de dos pequeños pisos, uno en Valladolid y otro en Barcelona, los cuales venían a sumarse al de Valencia. Si el padrino de los primeros tiempos del Opus Dei en Valencia fue el vicario general de la diócesis, en Valladolid fue un canónigo de la catedral, capellán de un colegio, siendo en ambos casos colegas de Escrivá desde los tiempos pasados juntos en Burgos, cuando era capital de la cruzada.

Detrás de ese "actuar secretamente y sin ruidos" al que se refería Escrivá, lo que había resuelto victoriosamente el fundador del Opus Dei con un "de Balaguer" añadido personalmente para que no hubiera confusiones, la Obra también tuvo problemas de afirmación de identidad en aquella época. Sin embargo, el origen del nombre de la organización como Obra de Dios fue muy sencillo como ya he explicado más arriba.

Escrivá solía ir a confesarse regularmente con su director espiritual el jesuita Valentín Sánchez Ruiz. La pregunta ritual con que Escrivá era acogido en sus visitas al jesuita era siempre la misma: ¿Cómo va esa obra de Dios? Y aquí se encuentra el origen del nombre de Obra de Dios, para diferenciarla de la Obra Apostólica donde había trabajado y también porque encajaba perfectamente con el ritmo y el sentido carismático que pretendía imponerle. Hasta entonces hablaba simplemente de la Obra, en el sentido de labor o tarea apostólica, cuando se refería al proyecto, pero a partir de 1936 comenzó a utilizar el término añadido "de Dios", de acuerdo con la pregunta sin retorcimiento de su confesor. Si ya existía la Obra Apostólica, la suya sería también "Obra" pero no Apostólica sino "de Dios". De la Obra Apostólica a la Obra de Dios sólo había un paso y Escrivá lo dio, por persona interpuesta como era su confesor, miembro de la controvertida y poderosa Compañía de Jesús. Si la fundación de la Obra apostólica para varones universitarios fue puesta en marcha por Escrivá en Madrid antes de la guerra, la expresión Obra de Dios justo con su traducción latina Opus Dei comenzó a generalizarse más tarde después de la guerra civil. Era una obra en femenino, que luego se convierte en masculina y fue entonces cuando se empezó a hablar del Opus Dei. Es decir, que solía utilizarse comúnmente al referirse a la organización la expresión "la Obra de Dios"o "la Obra", y más raramente "Opus Dei", donde existía el problema de traducción latina, "la Opus Dei", siendo los fieles seguidores de Escrivá para solventar el problema quienes utilizaron la expresión; al usar corrientemente entre ellos el artículo masculino en lugar del femenino. Así "la Opus Dei" en lenguaje coloquial se convirtió en "el Opus Dei", expresión más viril y que era más acorde con el espíritu fascista de la época.

Sin embargo, cuando eclesiásticos durante la posguerra afirmaron que la expresión era litúrgica -hecho nunca desmentido por parte de Escrivá, íntimamente satisfecho de aquella feliz coincidencia-, un azar objetivo favorecería sus planes para la puesta en marcha definitiva de su organización. Aún separándose del asunto que se trata, todos estos comentarios tenían su importancia porque la expresión "Opus Dei" es utilizada como referencia a los cultos que se celebran en el presbiterio, la zona "sacralizada" del templo católico, lo que motivó que un intelectual católico, José Luis López Aranguren, hablara de "un movimiento que ha osado tomar su nombre: Opus Dei, de la liturgia." *[Aranguren, José L. López, "El futuro de la Universidad", Taurus, Madrid, 1962, p. 12.]* Por su parte, fray Justo Pérez de Urbel, de la orden de san Benito, que llegó a ser abad mitrado, por su militancia franquista, de la abadía de Cuelgamuros en el monumental Valle de los Caídos, ha señalado que "la expresión Opus Dei se encuentra media docena de veces en la regla de san Benito, pero con un sentido muy distinto. Según el fundador de la orden benedictina, nadie debe ser admitido en el monasterio "si no es solícito con respecto al Opus Dei"; y en otra, san Benito ordena que "ada se anteponga al Opus Dei". En suma, para san Benito, el Opus Dei es la oración, y en especial la oración litúrgica, el diálogo con Dios y por extensión la vida espiritual". *[Orlandís, José, ob. cit., p. 102.]* Por otro lado, Lilí Álvarez, teórica de la espiritualidad seglar en España, en el libro "En tierra extraña", ofrece otra versión que difiere de la anterior, pero completa lo que significa "Opus Dei" desde el punto de vista del culto religioso: "De idéntica manera los enrejados tupidos que, como celosías, separaban en las abadías y catedrales la nave del presbiterio, o sea, el recinto donde se celebran los misterios santos del Opus Dei, de ése en el cual se amontona y deambula el vulgo son también expresivos de esa distancia y separación en las cuales eran mantenidos los fieles." *[Álvarez, Lilí, "En tierra extraña", Taurus, Madrid, 1964, p. 230.]*

Respecto al nombre de la organización se dispararon algunas dudas en aquella época y lo importante para Escrivá y sus seguidores era que la Obra de Dios en lenguaje coloquial había ganado en virilidad y se iba a llamar de la posguerra en adelante el Opus Dei.

Sería en el campo de la educación y, más concretamente, de la docencia universitaria, donde el Opus Dei recibiría las primeras adhesiones fuera del reducido núcleo originario de los tiempos de la República. La enseñanza impartida por la Iglesia católica apenas había alcanzado un nivel universitario en España, salvo raras excepciones. Representaba, pues, un golpe de audacia que un organismo universitario como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) pasara en 1939 a estar bajo el control del Opus Dei y que el ministro franquista de Educación Nacional hubiera dado luz verde a su proyecto. Pero téngase en cuenta que uno de los objetivos de la cruzada de Franco era volver a conquistar la universidad perdida desde hacía siglos para la Iglesia y todo aquello representaba grandes pasos en la tan pretendida reconquista. Un destacado miembro de la Obra, al analizar la situación, hablaría más tarde de "un catolicismo que emprende victoriosamente la tarea de recristianizar su cultura". y también llegó a reconocer públicamente que "quienes hemos vivido la terrible angustia de un catolicismo minoritario en el orden político liberal, no podemos sentir vacilaciones cuando emprendemos la realización de la única salvación posible: la impregnación de toda la vida nacional de un sentido católico". *[Calvo Serer, Rafael, "España sin problema", Rialp, Madrid, 1957, pp. 152 y 163.]*.

Aunque estaba separado de la universidad, el CSIC era considerado un organismo universitario y allí convergieron los hilos de oposiciones y concursos para cubrir las cátedras devastadas por la guerra civil, allí se concedían las becas y bolsas de estudios, se regalaban premios y se falsificaban prestigios. La penetración de la Obra de Dios en la enseñanza superior se iba a realizar en plan todo terreno, no despreciando ningún puesto, y uno de los objetivos principales sería lo que se denominó en aquella época "el asalto a las cátedras". El

acontecimiento, sin embargo, no se limitó a las cátedras universitarias y hubo también penetración en otros cuerpos de élite del nuevo Estado franquista como el Consejo de Estado, en donde dos miembros ingresaron como letrados, pero fueron pocos en comparación con los miembros del Opus Dei que iniciaron el asalto a las cátedras.

Aquello que el ministro franquista de Educación Nacional llamó "abrir de par en par las puertas a una generación no contaminada de pasados errores", iba a afectar en primer lugar a las cátedras universitarias. Gran parte de los hombres capaces de España, la mayor riqueza que un país posee, hijos del pueblo o quienes se declararon republicanos y se habían incorporado a la lucha contra el fascismo, fueron exterminados. Los fusilamientos, la cárcel, la depuración, fue el precio que pagaron en España quienes habían luchado contra todo lo que Franco representaba. El panorama de las cátedras era desolador, principalmente en Madrid y Barcelona, donde enseñaban los hombres más valiosos, y cuyas cátedras eran las más preciadas. La solución de urgencia fue el traslado a Madrid y a Barcelona de catedráticos de provincias partidarios de Franco y así "se llenan las filas semivacías de los claustros madrileños -señaló un miembros del Opus Dei- con la flor y nata de las universidades de provincias". *[Fontán, Antonio, "Los católicos en la Universidad española actual", Rialp, Madrid, 1961, p. 72.]* Sin embargo, los escasos socios del Opus Dei no se iban a beneficiar tanto de los traslados como de las nuevas oposiciones convocadas para recubrir los huecos en el escalafón de catedráticos. Por ejemplo,josé María Albareda, miembro del Opus Dei y secretario general del CSIC, ganó en noviembre de 1940 la fácil oposición a la cátedra convocada para él en la Facultad de Farmacia de la Universidad de Madrid. La cátedra del miembro del Opus Dei, de Mineralogía y Zoología aplicadas a la Farmacia, resultaba disparatada ya que unía a dos mundos tan diferentes como minerales y animales, pero era una prueba más de lo que eran entonces capaces aquellos cruzados de la ciencia y obligó a su titular a explicar durante la mitad del curso escolar los minerales y en la otra mitad los animales. Albareda, el farmacéutico miembro del Opus Dei, que era hijo a su vez de farmacéutico, consiguió luego con métodos parecidos la cátedra de Geología Aplicada en la facultad de Ciencias y se convirtió en un gran especialista en edafología y todo lo relativo a la ciencia de los suelos en la España de Franco.

Los miembros del Opus Dei, que ocupaban desde la plataforma del CSIC una posición inmejorable cuando se iniciaron las primeras oposiciones de cátedra, pronto las convirtieron en operación política, hasta tal punto que para designar a los concursos de oposición se llegó a utilizar en los medios universitarios de la época el neologismo "opusiciones". Posteriormente, hacia 1950, tuvo lugar en Roma una escena en la embajada de España ante el Vaticano, cuando en presencia del entonces embajador Ruiz Jiménez, alguien dio a entender ante Escrivá que el Opus Dei iba al asalto de las cátedras universitarias utilizando toda especie de procedimientos, el fundador replicó agriamente y afirmó con énfasis que no veía cómo jóvenes bien dotados y consagrados a la Iglesia podían interesarse en ocupar puestos de profesores en oscuras universidades de provincias con riesgo de comprometer su salud eterna por un sueldo irrisorio.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas fue también aprovechado por el Opus Dei como instrumento de contacto con la jerarquía de la Iglesia católica en España, en la búsqueda sobre todo de apoyos políticos y de conseguir favores del episcopado. La fracción más franquista de la jerarquía eclesiástica tomó directamente el Opus Dei bajo su protección y lo cubrió tanto política como canónicamente y también económicamente, hallando Escrivá en el episcopado franquista sólidos apoyos porque se desvivía para servirles y era siempre muy obsequioso con ellos. No obstante, un inquietante episodio le ocurrió en el verano de 1941 al grupo inicial de miembros del Opus Dei. El obispo de Madrid-Alcalá, Eijo Garay, que se había encargado personalmente de proteger a la Obra de Escrivá, se consideró con derechos suficientes sobre el grupo de militantes del Opus Dei y ni corto ni perezoso tomó la determinación de obligar a todos los miembros de la Obra que habían sido alféreces provisionales durante la guerra

civil a alistarse "manu militari" en la División Azul. Con el envío de esta unidad militar del ejército de Franco como apoyo al ejército alemán en el frente ruso, cuarenta mil españoles y algunos de los miembros del Opus Dei iban a lucir el escudo con los colores de la bandera española sobre el uniforme del ejército nazi. Escrivá se encontraba fuera de Madrid dirigiendo una tanda de retiros espirituales y a su regreso le causó una impresión desagradable y molesta aquella injerencia del obispo "protector". El fundador del Opus Dei argumentaba enfadado que los miembros del Opus Dei eran muy pocos y se iban a exponer a unos riesgos que no tenían por qué correr. Finalmente no fueron enviados al frente ruso, porque la oficialidad fue escogida entre los militares de carrera y los alféreces provisionales no fueron admitidos como mando. Si querían ir a luchar voluntariamente debían alistarse como soldados rasos. Por supuesto que en el frente ruso no hubo ningún miembro militante de la Obra. El incidente podía significar un jocoso episodio más de la dictadura de Franco o el escenario de una bufonada, si se olvida que la División Azul fue una patética singladura fascista, cuyo número de bajas fue aproximadamente de doce mil heridos y cuatro mil muertos.

CAPÍTULO 6.
CUATRO FUNDACIONES

SI DESDE FINALES DE 1935 la primera fundación duraría tan sólo unos meses por el estallido de la guerra civil en el mes de julio de 1936, fue a partir del final de la guerra, en 1939, con el afianzamiento personal de Escrivá y de la gestación del proyecto, cuando comenzó a funcionar de hecho la rama masculina del Opus Dei y cuando puede decirse que empezaron a perfilarse también las tres restantes fundaciones, proceso que duró aproximadamente hasta el año 1950. Con perspectiva histórica puede señalarse que la fundación del Opus Dei duró quince años, desde 1935 a 1950, incluyendo una guerra civil de tres años de por medio. Además de Escrivá, en la primera fundación de varones después de la guerra civil intervino una serie de católicos ultras que se hicieron miembros militantes del Opus Dei y se ocuparon tanto de las cuestiones jurídicas como de las cuestiones educativas, dejando a Escrivá sobre todo la parcela de la espiritualidad. Tan sólo basta con señalar que hasta 1956 el máximo órgano de gobierno del Opus Dei, el Consejo General, se encontraba en Madrid, porque un solo individuo, el fundador, instalado desde noviembre de 1946 en Roma, era impotente para dirigir a distancia y de modo absoluto toda la organización.

Queda claro, sin embargo, el hecho de que Escrivá con la intención de dar a su Obra un carácter de novedad montó, en tiempos del fascismo y con la preciosa ayuda de algunos de sus seguidores, una organización clerical con una estructura rigidísima pero con visos de modernidad y anclada a la vez en un olvidado pasado, como fueron los cruzados de la Edad Media o los primeros cristianos del siglo I de nuestra era. Aún más, el Opus Dei fue diseñado según las concepciones nada originales de Escrivá, como una estructura jerárquica de carácter secular y militar, a la manera de un vicariato apostólico, presentándose Escrivá con la altura de espíritu y con la dignidad eclesiástica suficientes como para regir por cuenta propia las cristiandades en un territorio como era el universitario en España, donde aún estaba poco introducida la jerarquía eclesiástica, es decir, el poder de la Iglesia.

Si en los primeros tiempos de la posguerra, con la primera fundación, Escrivá se encargó de todo, especialmente de la espiritualidad, y Albareda de la educación, el grupo formado entre otros por Álvaro Portillo, Hernández Garnica y Jiménez Vargas, se ocupó de la organización. Estos últimos miembros fundadores hicieron su aprendizaje durante la guerra en el ejército de Franco y descubrieron la pretendida eficacia de la organización militar, en donde las tradiciones y los métodos organizativos, aunque medievales y superados, seguían aún en vigor. En otras palabras, Escrivá y los primeros "socios" fundamentaron la organización en una jerarquía feudal y militar.

La Obra de Escrivá pretendía resolver por vía expeditiva algunos de los problemas del nacionalcatolicismo español, pero planteaba nuevos interrogantes, porque todo el tinglado montado con la primera fundación condujo a una organización piramidal extremadamente jerarquizada, donde las desigualdades eran y siguen siendo tan patentes que no pueden coexistir dos miembros en un plano de igualdad dentro del Opus Dei:

"Donde quiera que haya dos miembros del Instituto, a fin de no verse privados del mérito de la obediencia, ha de guardarse siempre una cierta subordinación, por la cual el uno quede sometido al otro según orden de precedencia", señala la norma 31 parágrafo 3° de las constituciones secretas del Opus Dei que entraron en vigor en 1950. Lo curioso y extraordinario del caso es que la falta de igualdad que existe o se supone que existe entre dos miembros vivientes del Opus Dei se prolonga hasta después de la muerte de ellos. Las normas 289 y 290 de las

constituciones son bien explícitas, porque para cada uno de los miembros numerarios o agregados difuntos, aparte de la misa de exequias, se aplicarán treinta misas gregorianas, así como una misa en el primer aniversario del fallecimiento; mientras, en cambio, para cada uno de los miembros supernumerarios difuntos sólo se debe celebrar tres misas corrientes y ninguna en el primer aniversario del fallecimiento. En los complicados entresijos burocráticos del Opus Dei nunca ha estado claro a quién se debe obediencia porque sobre cada miembro hay una autoridad local, una autoridad regional, otra nacional y la romana. De modo que a veces surgen contradicciones entre lo que le ordena quien convive con el miembro de la Obra y lo que le ordenan o aconsejan autoridades superiores. Esto complica la posición del sacerdote, quien también da consejos, a veces imposibles de cumplir a no ser que el miembro desoiga a las otras autoridades de la Obra. *[Moncada, Alberto, El Opus Dei, una interpretación, Índice, Madrid, 1974, pp. 104-106]*. En otras palabras, que, como una "mafia", no sólo está el "capo", el "sottocapo" y los "soldati", sino también los "consiglieri" que intervienen cada día en la conducta de los miembros del Opus Dei.

Las interrelaciones de los miembros del Opus Dei están basadas en papeles claramente definidos de sumisión y dominio, todo lo opuesto a una relación en pie de igualdad. Consecuentemente, en la imagen familiar que el "hijo" o miembro del Opus Dei tiene de "los padres" o superiores jerárquicos, éstos aparecen como aquel que prohíbe o, al menos, como un ser distante. Así las relaciones "familiares" dentro del Opus Dei se caracterizan por el sometimiento temeroso a las exigencias de "los padres" y por una completa represión de aquellos impulsos que los mismos no encontrarían aceptables. En resumen, que la vida de los miembros se iba a desenvolver dentro del Opus Dei entre las coordenadas de un integrismo religioso y de un autoritarismo de origen fascista llevado a extremos aniquiladores de la personalidad humana.

En el escrito dirigido al obispo de Madrid-Alcalá, solicitando en 1941 su aprobación como pía unión diocesana para el Opus Dei, Escrivá señalaba de entrada en el escrito que "el Opus Dei es una Asociación Católica de varones y mujeres", cuando aún no se había creado formalmente una sección femenina dentro del Opus Dei. El hecho era que las seguidoras de Escrivá aún no disponían el 14 de febrero de 1941 de una estructura permanente similar a la de los hombres. En la fundación que iba a tomar forma en 1941 Escrivá iba a inspirarse directamente en la Falange española. Así, a través de la sección femenina, las mujeres en el Opus Dei se iban a encargar del control de todos los servicios sociales y, al igual que en la Sección Femenina de Falange, Escrivá condenó a la mujer a ser una criada esposada dentro de la Obra.

Los antecedentes de la sección femenina del Opus Dei se remontaban en el pasado al 14 de febrero de 1930, día de San Valentín si nos atenemos al calendario católico, que representa una fecha de fundación en la historia llena de fantasías elaborada para consumo interno por el Opus Dei. Ese día Escrivá afirmaba haber tenido una revelación divina cuando celebraba la misa en la capilla privada de una vieja marquesa y fue entonces cuando fundó, según él, la rama femenina del Opus Dei; aunque luego en realidad el proyecto no cuajaría como organización hasta bien entrado el año 1941.

Durante la Segunda República Escrivá logró en algún caso aislado un cierto acercamiento espiritual hacia las mujeres, pero como grupo femenino se trataba entonces tan sólo de reuniones o charlas en casa de alguna simpatizante del proyecto, y los domingos iban juntas las primeras seguidoras de Escrivá en catequesis al barrio madrileño de La Ventilla. Por su edad eran chicas jóvenes, una de ellas era profesora de colegio, otra enfermera y varias empleadas. Sin embargo, a lo largo de la tumultuosa Segunda República española las mujeres captadas por Escrivá para su proyecto de organización se fueron apartando poco a poco, porque lo cierto era que ningún proyecto de rama femenina en el Opus Dei podía cuajar completamente mientras estuviera presente la madre de

Escrivá en las decisiones de Josemaría. En las máximas del librito Camino el elogio exagerado que el fundador del Opus Dei tributa a las mujeres es la típica alabanza que se hace a los seres considerados prácticamente como inferiores. Destaca especialmente la máxima 946 con una afirmación impresionante sobre el valor secundario concedido a la mujer:

"Ellas no hace falta que sean sabias: basta que sean discretas".

El papel de la mujer estaba bien ordenado en la sociedad española de la posguerra, según preceptos religiosos inmutables y supuestamente divinos. En aquella ideología dominante, el fascismo clerical, la mujer estaba por naturaleza creada para la sumisión, el silencio, y para el servicio doméstico y la lealtad hogareña, o para la reclusión religiosa. Dentro del Opus Dei, la sujeción de las mujeres iba a alcanzar, en consecuencia, cotas aberrantes, pues además de la mortificación corporal y la obediencia extrema debían, entre otras cosas, pedir permiso incluso para beber agua entre las comidas *[Moncada, Alberto, Historia oral del Opus Dei, Plaza &: Janés, Barcelona, 1987, p. 20]*. No obstante, el Opus Dei ofrecería a las primeras seguidoras de la posguerra una actividad mayor que las restantes organizaciones femeninas católicas y, como estaría calcada además de la de sus "hermanos" varones, las adhesiones no faltaron a partir de la fundación de la rama femenina en el Opus Dei.

Hubo un primer intento de arranque con éxito en el nacimiento de la sección femenina, cuando Escrivá dio un curso de retiro espiritual a un grupo de jóvenes madrileñas en septiembre de 1940, pero fue posteriormente, con el reconocimiento jurídico de la Obra como pía unión diocesana y, sobre todo, con el fallecimiento de la madre de Escrivá que sobrevino en abril de 1941, cuando quedó desbloqueada la situación. En este segundo intento, que puede ser calificado de fundacional en la historia del Opus Dei, las nuevas seguidoras de Escrivá fueron las hermanas de los primeros seguidores masculinos.

De hecho, la sección femenina del Opus Dei se inspiró sociológicamente, qué duda cabe, en la omnipresente Sección Femenina de la Falange, de cuya delegada nacional decían con sorna en la época que de una camisa vieja de su hermano se había hecho una combinación de las que duran toda la vida. Si Pilar Primo de Rivera era la hermana del fundador de la Falange, las nuevas seguidoras de Escrivá fueron las hermanas de los primeros miembros del Opus Dei. Así nos encontramos con Guadalupe Ortiz Landázuri hermana de Eduardo Ortiz Landázuri, Rosario Orbegozo hermana de Ignacio Orbegozo, Dolores Fisac hermana de Miguel Fisac, Enrica y Fina hermanas de Francisco Botella, Victoria López Amo hermana de Ángel López Amo, Encarnación Ortega hermana de Gregorio Ortega, Pilar Navarro Rubio hermana de Emilio y Mariano Navarro Rubio. Y también María Altozano, Dolores de la Rica, Margarita Barturen, María Teresa Echevarría, etc. Ello prueba suficientemente el doble grado de dependencia, tanto individual como familiar con respecto a sus hermanos del Opus Dei, que tuvo la rama femenina desde su nacimiento.

Las primeras militantes del Opus Dei fueron estas jóvenes, pero algunas no pudieron seguir adelante y abandonaron rápidamente, entre otras razones, por el escollo que todavía representaba la madre de Escrivá, cuyos criterios eran inapelables incluso para el fundador de la Obra. Otras, sin embargo, aguantaron y se mantuvieron dentro de la Obra, alquilándose para ellas un piso donde comenzarían a vivir en comunidad, aunque al poco tiempo se trasladaron a la casa de tres plantas con jardín, situada en la esquina de las calles Diego de León y Lagasca, en el distinguido barrio madrileño de Salamanca, donde estaba situada la sede central del Opus Dei, que era el primer centro de estudios y donde vivía también Escrivá con su familia. La instalación de las mujeres se realizó con total separación de los varones, porque "entre santa y santo, pared de cal y canto"gustaba repetir Escrivá parafraseando a santa Teresa de Jesús. Las razones aducidas por Escrivá para abandonar el piso independiente de las primeras militantes fue que "no parecía prudente que un sacerdote joven

acudiese asiduamente a un piso, en el que no vivía nadie, para formar a un grupo de chicas también jóvenes" *[Bernal, Salvador, "Monseñor Josemaria Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1976, p. 149]*. Hasta 1941, en una organización masculina como era la Obra de Dios, la madre y la hermana de Escrivá ofrecieron entre aquellos varones un toque de dulzura y de calor de hogar, características propias de una familia y de todo lo cual iban a presumir constantemente los primeros miembros de la Obra desde sus orígenes, muy especialmente los que se habían adherido antes de la guerra civil, entre 1935 y 1936. Dolores y Carmen Escrivá, la madre y hermana del fundador, se encargaron de la administración del incipiente Opus Dei y cuando murió la madre en 1941 toda esta labor recayó sobre su hermana Carmen.

En el verano de 1942, como ya eran media docena de mujeres, se instaló el primer centro del Opus Dei exclusivamente femenino en un pequeño chalet en la calle Jorge Manrique, situado justamente al lado de la sede del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, controlado por el Opus Dei. La formación espiritual, la labor apostólica, la reglamentación, el ceremonial y la vida de comunidad "en familia" eran semejantes a las de los miembros varones, pero con unas normas de vida cotidiana para las mujeres todavía más rigurosas. "En la Obra hay un solo puchero" repetía incansablemente Escrivá cuando el Opus Dei abría nuevas casas siempre en barrios elegantes de la capital de España.

Con la expansión de la Obra y el crecimiento del número de centros se hizo necesaria una solución definitiva de los problemas de intendencia y administración que se agravaban en los pisos de la Obra. La organización de la sección femenina había sido calcada de la sección de varones, comenzando por la captación de miembros numerarias, de aspecto físico irreprochable y con estudios superiores o su equivalente en dinero, pero cuyo rendimiento en las tareas del hogar era ineficaz o casi nulo. Escrivá decidió recurrir entonces a mujeres más bregadas en las tareas domésticas, creando el escalón inferior de numerarias auxiliares que eran en realidad unas simples sirvientas. Así, por las mismas necesidades del servicio, la fundación de la sección femenina se amplió a mujeres sin cultura para la atención material de la sede central y de las otras casas del Opus Dei en cuestiones como la cocina, lavado y planchado de la ropa, etc. Conviene señalar como nota positiva en esta fundación que el carácter voluntarista, ascético, casi cuartelario, de la convivencia de los miembros numerarios de Escrivá comenzó a suavizarse con la correlativa promoción de la sección femenina. *[Moncada, Alberto, Historia oral Del Opus Dei, Plaza &:Janés, Barcelona, 1987, p. 104]*.

Para los modales de las sirvientas, desde la vestimenta a la forma de servir la mesa, Escrivá se inspiró en las mansiones que visitaba de la aristocracia. Pedro Ybarra, el hijo de la marquesa de Mac-Mahón, Carolina Mac-Mahón Jacquet, llamada familiarmente Carito por amigos y conocidos, había permanecido durante la guerra junto con dos de los primeros miembros de la Obra, en las oficinas que tenía el general Orgaz en Burgos y, terminada la guerra civil, Escrivá se hizo invitar a Bilbao a la casa de los padres de Pedro Ybarra. Cuando el fundador del Opus Dei visitó la mansión de la marquesa de Mac-Mahón en Neguri, cerca de Bilbao, descubrió el refinamiento y los modales del mundo de los magnates de la oligarquía vasca, y fue la primera reacción de Escrivá la de copiar aquel estilo doméstico y los modos de organización para las primeras casas del Opus Dei. A partir de entonces pudo contemplarse en ciertas residencias madrileñas el espectáculo de chicas esmeradamente vestidas de negro, con cofia y delantal blanco, sirviendo la mesa con un silencio sepulcral a sus hermanos varones de la Obra.

Escrivá también preveía que los oblatos, una nueva categoría inferior de miembros fundada para la ocasión, prestaran ciertos servicios domésticos a los miembros numerarios. Aunque sin asumir plenamente la tradicional división frailuna entre profesos y legos con los que el mundo religioso masculino resolvía desde hacía siglos los problemas domésticos en monasterios y conventos, la

categoría de miembro oblato fue creada entonces por Escrivá dentro del Opus Dei como una segunda división para aquellos que no reunían todos los requisitos exigidos para aspirar a ser miembro numerario, como podía ser la presencia física, no disponer de suficientes medios económicos o la ausencia de un título universitario. Posteriormente, los oblatos fueron llamados agregados o agregadas. Así la categoría de oblato recogía a los miembros que trabajaban como empleados, que no tenían estudios superiores o tenían algún defecto físico o enfermedad crónica; es decir, que los cojos, los bizcos y los diabéticos insulinodependientes como era el propio fundador, sólo podían aspirar a ser oblatos o agregados, pero no podían ser miembros numerarios de la Obra de Dios y de Escrivá.

Los oblatos serían también aquellos hombres o mujeres, solteros y libres o eximidos de algunas obligaciones como los viudos o las viudas con escasos recursos económicos que estaban dispuestos a la militancia dentro de la Obra, de una Obra de Dios donde no había lugar como miembro numerario para los débiles y los enfermos. A los oblatos, desde su fundación, se les separó convenientemente de los miembros numerarios en el Opus Dei y pese a llevar una vida de familia y de limpieza doméstica se podían dedicar también a los apostolados de clases inferiores, dejando el trabajo apostólico de la clase dirigente para los miembros numerarios. Dado que a los oblatos, por diversas circunstancias o incapacidades personales, se les impedía alcanzar la categoría de miembro numerario, en ellos también pensó Escrivá para que pudieran ayudar en las tareas domésticas a la élite de los numerarios. Para suavizar las relaciones entre ellos, los miembros numerarios a su vez debían corresponder a la ayuda prestada por los miembros oblatos si convivían bajo el techo de la misma residencia, con una serie de obligaciones más livianas que fueron fijadas por una nota interna de Escrivá.

Cuando comenzó el funcionamiento de la residencia de la Moncloa considerada como la primera obra corporativa del apostolado universitario, es decir, uno de los escasos bienes entonces de cuya propiedad y gestión respondía públicamente el Opus Dei, tantos fueron los agobios y tan corta la experiencia de la atención material por parte de la sección femenina que Escrivá tomó las riendas en mano y se encargó de vigilar personalmente la organización y disciplina en la administración de los centros del Opus Dei, especialmente en la residencia universitaria. Refiriéndose a este trabajo de inspección, uno de los militantes del Opus Dei más lúcidos de aquella época señaló más tarde que "en cierto sentido el padre Escrivá tenía más mentalidad de director local que de presidente de la Obra". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en Moncada, Alberto, ob. Cit. p. 147. 273]*.

La residencia Moncloa fue montada por el Opus Dei, como ampliación de la primera residencia de la posguerra instalada en la calle Jenner, con el objetivo de convertirla en colegio mayor. En efecto, intentando volver a la tradición de los colegios mayores del tiempo de los Reyes Católicos y del Siglo de Oro español, el régimen de Franco había publicado, en el Boletín Oficial del Estado con fecha 1 de octubre de 1942, un decreto por el que se organizaban nuevamente los colegios mayores universitarios. La dictadura esperaba con ello que ayudasen a la nueva época de esplendor que se avecinaba bajo el caudillaje de Franco. La residencia Moncloa, transformada más tarde en Colegio Mayor de la Moncloa, fue una gran base de reclutamiento del Opus Dei entre la juventud universitaria madrileña de la posguerra y allí se formaron muchos jóvenes estudiantes que se convirtieron en miembros numerarios de la Obra de Dios.

La sección femenina se había hecho cargo de la administración de la residencia universitaria de la Moncloa en todo lo concerniente al mantenimiento y conservación, desde la decoración hasta la restauración, limpieza y alimentación. Las mujeres fueron instaladas en una zona totalmente independiente, separada del resto, pero también tuvieron que contratar a algunas empleadas, profesionales del servicio doméstico, para que ayudasen a

las mujeres militantes del Opus Dei en las tareas domésticas menos nobles. *[Gondrand, Francois, "Al paso de Dios", Rialp, Madrid, 1985, pp. 168-169].*

A comienzos del año 1943 el Opus Dei revela que tres jóvenes ingenieros miembros de la Obra habían iniciado desde hacía meses los estudios eclesiásticos, preparándose para el sacerdocio, siguiendo un plan aprobado por el obispo de Madrid-Alcalá con profesores amigos y simpatizantes. Escrivá ignoraba todavía cuándo y con qué título eclesiástico podría tener lugar la ordenación sacerdotal *[Casciaro, Pedro, "Soñad y os quedaréis cortos", Rialp, Madrid, 1994, pp. 192-193]* pero había conseguido poner en marcha la operación para obtener un nuevo reconocimiento jurídico, gracias a los miembros especialistas en derecho canónico con que contaba el Opus Dei.

Cuando el montaje jurídico ya estaba en marcha, una vez más el fundador recurrió a lo sobrenatural y la mañana del 14 de febrero de 1943, día de san Valentín y también de los enamorados, mientras celebraba la misa en el primer centro de mujeres de la calle Jorge Manrique afirmó haber tenido una iluminación divina, dibujando al acabar la misa el sello de la Obra en una hoja de su agenda. Después se fue a desayunar y encargó a uno de los miembros arquitectos que dibujara bien el sello que había trazado poco antes en su agenda con un compás y tinta china. *[Casciaro, Pedro, ob. cit., p. 193]*. El sello surgido de la supuesta inspiración divina consistía simplemente en una cruz enmarcada en un círculo, pero donde el travesaño horizontal de la cruz se situaba bastante arriba de modo que la parte alta era más bien corta y muy parecida a la que ya se estaba utilizando en los oratorios y altares de la Obra, por lo que se convirtió en uno de los símbolos más importantes del Opus Dei.

Al día siguiente de la iluminación divina Escrivá fue en coche al chalet de la sierra de Guadarrama, cerca de Madrid, donde tenía concentrados desde hacía sólo unos meses a los tres primeros candidatos al sacerdocio. Para Escrivá la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz era la solución que había estado buscando durante mucho tiempo sin encontrarla y que respondía plenamente, tras la iluminación, a sus sueños y ambiciones. La inspiración divina, sin embargo, dados los preparativos que se pusieron en marcha para la ordenación, resultó algo tardía. Escrivá contó luego, refiriéndose con medias palabras al extraordinario suceso del sello divino, que la situación de incertidumbre se resolvió "después de buscar y no encontrar la solución jurídica". Un cronista del Opus Dei relata con ironía que "por una estrecha rendija fue a filtrarse la luz con la cual Dios, metiéndose de nuevo en su vida, iluminó a Escrivá el 14 de febrero de 1943" *[Estruch, Joan, "Santos y pillos", Herder, Barcelona, 1993, p. 197]* y, por su parte, un destacado miembro que formaba parte del equipo asesor de canonistas de Escrivá llega a reconocer que la fecha del 13 de febrero de 1943 y no el 14 es "una de las efemérides fundacionales" en el Opus Dei. *[Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, Pamplona, 1989, p. 136, nota 69]*.

Con la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, a cuyo título se ordenarían los nuevos sacerdotes del Opus Dei y que formaría parte integrante e inseparable de la Obra en una rara mezcolanza jurídica que chocaba a algunos canonistas, se hacía posible la ordenación sacerdotal de los primeros miembros del Opus Dei que podrían asistir espiritualmente al resto de los seguidores de Escrivá y atender las actividades apostólicas promovidas por ellos. *[Casciaro, Pedro, ob. cit., p. 193]*.

Contando con el apoyo incondicional del obispo de Madrid-Alcalá y de otros eclesiásticos madrileños amigos suyos Escrivá preparó el terreno del reconocimiento jurídico para la Sociedad Sacerdotal en la Congregación de Religiosos, el organismo de tutela en el Vaticano, tras haber enviado a Álvaro Portillo desde Madrid y por medio también de otros dos miembros del Opus Dei que residían desde 1942 en Roma. Después de haber realizado el sondeo de la curia vaticana para que no hubiera objeciones, Escrivá se dirigió oficialmente el

13 de junio de 1943 al obispo Eijo Garay para que el Opus Dei fuera erigido como Asociación de Fieles que viven en común sin votos públicos, conforme al canon 673 y siguientes del Código de Derecho Canónico. Escrivá en la solicitud pedía en sustancia lo siguiente: "Rogamos que Vuestra Eminencia se digne a erigir a la misma Pía Unión, como Asociación de Fieles de derecho diocesano, observadas cuidadosamente las normas establecidas por el Código de Derecho Canónico, dando como nombre a esta Asociación el de Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, sujeta a unas reglas de las cuales remitimos a Vuestra Eminencia las líneas generales". Firmaba la solicitud Escrivá "en mi nombre y el de todos y cada uno de mis compañeros, besando vuestro anillo pastoral y pidiendo vuestra paternal bendición auspiciadora de todos los bienes".

La Congregación de Religiosos había enviado desde Roma una respuesta aprobatoria, primero en forma de telegrama para responder con urgencia y más tarde a través de un documento con fecha 11 de octubre de 1943 en donde se concedía el "nihil obstat" del Vaticano. No se sabe si el retraso fue porque Italia estaba en guerra o porque Escrivá se atrevió a presentar para su aprobación como Sociedad de vida en común tan sólo un extracto de las constituciones secretas del Opus Dei que llamó "lineamenta generali" y que no mostraba la verdadera dimensión oculta de la Obra.

Cuando se enteró Escrivá del contenido del telegrama lo hizo saber rápidamente a sus seguidores, comentando agresivamente en su defensa: "Ahora os digo que, mientras algunos por ahí -yo los perdono y les quiero- habían asegurado que los obispos habían quitado las licencias ministeriales a este pecador, ha llegado de Roma un telegrama dirigido al obispo, anunciando que el Santo Padre ha dado el "nihil obstat" a la Obra y que nos bendice de todo corazón". *[Varios Autores, "El Itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, Pamplona, 1989, p. 130]*. Y posteriormente, en otra ocasión, se refirió a "cómo nos había guiado el Señor, en 1943, haciendo que diéramos unos pasos que han sido providenciales, para arropar a la Obra, criatura nueva, con unas aprobaciones eclesiásticas "in scriptis" necesarias para la ordenación de nuestros sacerdotes, y para evitar que la maledicencia, con que algunos se ensañaban contra el Opus Dei, hiciera daño a nuestro camino. *[Escrivá de Balaguer, Josemaría, Carta del 25 enero 1961, en Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, Pamplona, 1989, p. 136]*.

Finalmente el obispo de Madrid-Alcalá firmó el decreto de erección en la diócesis de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz como nueva sociedad de derecho diocesano el 8 de diciembre de 1943. De entrada, con la frase "hace quince años..." con la cual comenzaba el decreto, Eijo Garay hacía remontar otra vez el nacimiento del Opus Dei a 1928, como si fuera un hecho histórico adquirido que no admitía duda ni discusión posible. El obispo Eijo Garay señalaba también que el Opus Dei "respondía perfectamente a las urgentísimas necesidades de nuestros tiempos y de nuestra Patria. Pues todos dicen que la subversión de España ha de atribuirse en gran parte a la deserción por parte de los intelectuales de la doctrina y preceptos de Cristo, dado que pervirtieron durante muchos lustros con doctrinas disolventes a la juventud universitaria". También reconocía que en el Opus Dei "el objetivo, la constitución y el método de acción no podía caber por más tiempo en los límites de una simple Asociación, sino que exigía una más amplia y simple razón de verdadera Sociedad Eclesiástica legítimamente erigida y constituida (...)" y que "a la hasta ahora alabada Pía Asociación, aprobada ya por Nosotros como tal, erigimos como verdadera Sociedad de derecho diocesano y la constituimos bajo el nombre de Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (...) Esta Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz está plenamente subordinada a Nosotros y a Nuestros Sucesores...".

No está de más detenerse en el obispo de Madrid-Alcalá, un conspicuo personaje que firmó el decreto aprobatorio con las anteriores palabras y que desempeñó un papel decisivo, como él mismo reconoce, durante la posguerra en el lanzamiento y la promoción legal del Opus Dei. Obispo desde los tiempos de la República,

nunca alcanzó a ser arzobispo como ambicionaba ni ascendió al cardenalato por una negativa constante por parte del Vaticano. Más franquista que Franco, fue director del Instituto de España, procurador y consejero del Reino, además de presidente de la Comisión de Educación de las Cortes franquistas y asesor de educación religiosa y moral del Frente de Juventudes, la organización juvenil de la Falange. Con su muerte, acaecida en 1963, perdió la dictadura uno de sus prelados más señeros, el fascismo clerical un destacado ideólogo y el Opus Dei un gran apoyo como "padrino" para su causa.

Con el decreto del obispo de Madrid-Alcalá se reconocía la tercera de las fundaciones del Opus Dei que significaba un hecho importantísimo en la evolución histórica de la Obra. Lo más importante ya estaba conseguido. Por fin Escrivá había logrado, gracias a un estatuto jurídico de lo más ambiguo, el esquema y el perfil de la Obra de Dios con tres secciones, sacerdotes, hombres y mujeres. Interesa pues destacado, ya que al adquirir el Opus Dei entre 1943 y 1944 la dimensión sacerdotal, completando el esquema de las tres funciones, la nueva milicia de la Iglesia tenía por fuerza que sobrevivir del resto de las organizaciones católicas españolas de la posguerra. *[Dumézil, Georges, "Idéologie tripartite des Indo-Européens", Latomus, Bruselas, 1958]*.

El decreto, sin embargo, podía resultar papel mojado, porque los tres miembros del Opus Dei aspirantes al sacerdocio llevaban sólo unos meses de estudio y la carrera eclesiástica duraba años. Pero aquello tampoco representó ningún obstáculo para el Opus Dei ya que al cabo de seis meses, el 25 de junio de 1944, tuvo lugar la ordenación de los tres primeros sacerdotes del Opus Dei que iban a ayudar a Escrivá en su tarea. La clave de semejante celeridad se encontraba en el obispo de Madrid-Alcalá y en la habilidad de Escrivá para escoger a los profesores entre amigos del obispo y destacados eclesiásticos de la curia diocesana, que no tuvieron inconveniente alguno en la realización de exámenes muy complacientes y de cursos abreviados superacelerados. Tuvieron las clases en la casa central del Opus Dei de la calle Diego de León y también allí se examinaron ante un tribunal formado por tres de los mismos profesores que les habían dado clases y eran eclesiásticos amigos de Escrivá, entre los que destacaba fray José López Ortiz, vinculado a la Obra a través del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y llamado familiarmente "el tío José" por los miembros del Opus Dei. Como no podían estudiar como debían en el ambiente agitado de la casa de Diego de León, donde vivían hacinados junto con la familia Escrivá, antes de los exámenes se concentraron en las cercanías de Madrid, en un chalet de la sierra de Guadarrama, en El Escorial o alquilando unos cuartos en El Encantiño, una pensión cerca de Torrelodones. Durante el mes de mayo de 1944 consiguieron dar un acelerón tremendo. El día 20 tuvo lugar la ceremonia de la tonsura en la capilla del obispado de Madrid. Los días 21 y 23 recibieron las órdenes menores, y el subdiaconado -que era la primera de las órdenes mayores- el día 28 de mayo. A la semana siguiente, el día 3 de junio, los tres miembros del Opus Dei fueron ordenados diáconos y el 25 de junio, delante del obispo Eijo Garay en la capilla del obispado tuvo lugar la ordenación sacerdotal y primeras misas de los tres nuevos sacerdotes del Opus Dei, siendo recibidos ese mismo día en audiencia por el nuncio del Vaticano en España. En el plazo de un mes, lo que se dice en un santiamén, los tres primeros sacerdotes de la Obra habían logrado abreviar también hasta los largos plazos del ceremonial que eran preceptivos en la carrera eclesiástica.

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz se había puesto en marcha y, como entonces señaló un eclesiástico amigo en una publicación religiosa de la época, si "el Opus Dei se compone de ingenieros y profesores y arquitectos y químicos y abogados (...) de entre ellos necesariamente han de salir los sacerdotes que los atiendan con eficacia en su formación profesional". El articulista no insistía excesivamente sobre el carácter sacerdotal de la Obra, pero miraba con simpatía lo que era el Opus Dei en ese tiempo y los proyectos que alimentaba Escrivá para un próximo futuro. El Opus Dei era entonces "un grupo de jóvenes de vida

intelectual bajo la dirección de un sacerdote, también intelectual (...") *[Sagarminaga, Ángel, Revista "Illuminare", Madrid, enero-marzo 1945]*.

La tercera fundación había tenido lugar en 1943 y se puso en marcha en 1944 con la presencia plural de sacerdotes dentro de la Obra. Escrivá ya no se encontraba solo y contaba con otros tres colegas sacerdotes más jóvenes para atender las necesidades espirituales internas de la Obra, pero con la particularidad que eran a su vez hijos suyos, pues él era "el Padre". Con esta fundación sacerdotal se clericalizaba toda la Obra, consagrando jurídicamente una organización piramidal donde él como fundador, junto con la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, tomaba las riendas absolutas del poder en el Opus Dei. La nueva milicia de la Iglesia iba a adquirir a partir de entonces una orientación más secreta y tecnocrática, donde emergía la figura eclesiástica de Escrivá como pináculo de un edificio controlado por jóvenes y ambiciosos ingenieros dedicados por entero y sin escrúpulos de ningún tipo al funcionamiento como fuese de la organización mesiánica en la que militaban. Gracias al Opus Dei, el ingeniero se elevaba a la dignidad de levadura de la sociedad y el bagaje profesional de una carrera de ingeniería iba a dirigirse principalmente a la manipulación de seres humanos, y los trabajos de construir máquinas y de hacerlas funcionar se iba a volcar en modelar militantes y en asegurar el perfecto funcionamiento de la organización, desde el aprovechamiento integral de los recursos de los primeros miembros hasta la compleja técnica de las sociedades anónimas de pantalla. De los tres primeros en ordenarse como sacerdotes, el que era arquitecto se dedicó principalmente al cuidado de la sección femenina, y los otros dos, que eran ingenieros, uno a las cuestiones financieras junto a Escrivá y el otro, Álvaro Portillo, se convirtió en la pálida copia del fundador, su lugarteniente y "alter ego" discreto, pero sin la brillantez y la facundia que desplegaba Escrivá. Como secretario general del Opus Dei, Portillo fue a partir de 1944 el "factotum" de Escrivá y su confesor con la característica particularísima de que rezaba hasta las penitencias que él mismo le imponía en la confesión. Si en la primera promoción de 1944 fueron tres los miembros del Opus Dei ordenados sacerdotes, en la segunda promoción de 1946 fueron seis. La tercera remesa de sacerdotes se ordenó dos años más tarde en 1948 y en la cuarta promoción de 1951 se elevó a doce el número de nuevos sacerdotes ordenados por el Opus Dei. y fue entre la primera y segunda promoción de curas surgidos de dentro del Opus Dei en 1945 cuando aparecieron los primeros escritos públicos sobre la nueva fundación en revistas católicas de escasa circulación, y estos primeros comentarios aparecidos en la prensa confesional eran favorables al Opus Dei. *["Catolicismo", revista mensual de misiones, enero 1945; Illuminare, primer trimestre 1945; "Ecclesia", 23 junio 1945; Signo, 9 junio 1945]*.

Poco después de la ordenación apresurada de los tres primeros sacerdotes, Escrivá dirigió una carta a los miembros del Opus Dei en los siguientes términos: "Ahora sí que podemos decir que el Señor nos ha dado su maná y su agua para calmar nuestra hambre y nuestra sed. Porque ha sido providencia muy particular de nuestro Padre Dios que hayáis recibido la formación espiritual necesaria, para vuestras almas sacerdotales, con un celo y una oración que hace que se os puedan aplicar aquellas palabras del Eclesiástico (50.9): porque sois como fuego resplandeciente y como incienso que arde en el fuego. Muchas sinceras congratulaciones he recibido del personal de todos los ambientes por la primera ordenación de vuestros hermanos, que han llegado al sacerdocio después de vivir por su vocación al Opus Dei las virtudes sacerdotales, como todos vosotros, y de estudiar sin prisa, profundamente y con profesorado escogido, la ciencia eclesiástica". Junto con el alborozo personal de Escrivá, el testimonio que aportaba la carta era una prueba evidente del carácter indudable de organización clerical que comenzó entonces a presentar el Opus Dei y que así ha seguido ofreciéndose hasta nuestros días.

Con tantas prisas, el proyecto de Escrivá significaba un retroceso religioso hasta en su concepción de Dios. En sus orígenes, la figura de Dios no estaba

relacionada con la bondad, sino con el poder. Posteriormente, que Dios se hiciera "bueno" fue un gran progreso. *[Eliade, Mircea y Couliano, Joan P., "Diccionario de las religiones", Paidós, Barcelona, 1992, p. 123]*. El fundador del Opus Dei, sin embargo, se mantuvo firme, al igual que la ideología del fascismo clerical, en la visión de un Dios de poder, muy temible y que infunde asombro y miedo, y en esa perspectiva el Opus Dei se mantendría a ultranza hasta nuestros días.

El Opus Dei, después de haber conseguido con rapidez en el Vaticano el decreto de alabanza como Instituto Secular en 1947 *[Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, pp. 144 y ss.]* llegó a ampliar entonces su estructura con las categorías de miembros supernumerarios y cooperadores. Si los numerarios formaban el "Estado Mayor de Cristo"y eran los miembros incorporados con carácter fijo y con plenas responsabilidades al conjunto que componía el Opus Dei, los supernumerarios formaban la "clase de tropa" y eran miembros considerados como una situación análoga a la de excedencia, es decir, que excedían o estaban fuera del número señalado o establecido como principal. Y si el término "numerario" tenía origen universitario, la raíz y causa del término "supernumerario" estaba en el ejército español. La categoría de supernumerario, que ya existía anteriormente y estaba dirigida hacia la gente casada, quedó más perfilada a partir de entonces y fueron obligados al pago de la limosna, a cumplir las normas de los retiros y las prácticas espirituales, además de tener que observar los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, de forma compatible con su estado. La fórmula de adhesión como supernumerarios en ambas ramas de la Obra, dirigida tanto a mujeres como a hombres, se extendió también a los sacerdotes diocesanos dentro de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, por lo que hasta los curas de pueblo podían ser miembros del Opus Dei y permanecer en su puesto, sin abandonar la obediencia al obispo y la incardinación obligatoria en una diócesis.

Finalmente, la gran movilización de personas y capitales al servicio de la Obra con la que soñaba Escrivá, para influir en la economía y la política mundiales, se completaría con la creación de una cuarta categoría de miembros, los socios cooperadores, que podían ser incluso de otras religiones o no creyentes, pero que estaban obligados a ayudar a la Obra con su propio trabajo y con limosnas o donaciones.

El ciclo fundacional parecía terminado. La primera fundación, la sección de varones, tuvo lugar entre 1935 y 1936; la segunda fundación, la sección de mujeres, entre 1941 y 1942; la tercera fundación, la sección de sacerdotes, entre 1943 y 1944; la cuarta fundación, la sección de supernumerarios, formada en su mayoría por hombres y mujeres casados, además de la sección de cooperadores que podían ser no creyentes o de otras religiones, tuvo lugar entre 1947 y 1948. A partir de entonces, la Obra de Dios iba a presentar su fisonomía definitiva. Hubo, sin embargo, algunos retoques posteriores de fachada, como la sustitución de los nombres de oblata y oblatos por los de agregadas y agregados o el de numerarias sirvientes por numerarias auxiliares, pero la estructura general iba a permanecer desde entonces sin cambios fundacionales hasta el siglo XXI.

Podían pertenecer al Opus Dei como miembros supernumerarios todos aquellos hombres y mujeres, casados y también solteros, que querían cooperar a los fines de la Obra y estaban movidos, en principio, por una vocación apostólica y un deseo de perfección. Así, los supernumerarios se consagrarían parcialmente al servicio de la Obra y como medios propios de santificación y apostolado aportarían sus propios deberes y ocupaciones familiares, profesionales y sociales. Ciertos miembros supernumerarios, en algunos casos, se obligaban especialmente "con espíritu de obediencia filial" a Escrivá, sobre todo cuando recaían en sus espaldas graves responsabilidades económicas señaladas por la dirección del Opus Dei.

Los supernumerarios debían permanecer en su propia ciudad y familia, formando grupos de diez a cuyo frente se colocaba un miembro numerario y uno de sus

trabajos apostólicos solía consistir en promover y celebrar reuniones periódicas con personas pertenecientes a la propia profesión o ámbito social, para difundir entre ellos lo que se denominaba dentro del Opus Dei la "ortodoxia de la doctrina de la Iglesia católica" y el "espíritu de la Obra". A los supernumerarios se les recomendaba asimismo introducirse en asociaciones civiles, profesionales y de cualquier tipo relacionadas con su actividad social.

Por su parte, los sacerdotes y supernumerarios miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz serían organizados y ordenados en grupos de diez como entre oblatos y supernumerarios del Opus Dei, pero su situación jurídica resultaba tan confusa, por causa de la doble obediencia, que en 1948 Escrivá en sus maquinaciones llegó hasta tantear a algunos cardenales de su misma cuerda ideológica en el Vaticano, consultándoles sobre la posibilidad de abandonar incluso la presidencia del Opus Dei y su puesto de fundador para dedicarse a una nueva fundación dirigida exclusivamente a los sacerdotes diocesanos.

Si los sacerdotes diocesanos representaron jurídicamente un escollo insalvable, las familias numerosas españolas, sobre todo las que ya militaban en Acción Católica, comenzaron a ingresar en manada dentro del Opus Dei a partir de 1948, cuando se presentaba la Obra como el más moderno y el primero de los Institutos Seculares y que había sido aprobado muy recientemente como tal por el Vaticano *[Ynfante, Jesús, ob. cit., pp. 148-149]*. Antimaltusianos sistemáticos, los miembros del Opus Dei se dedicaron principalmente a la captación de las familias de la burguesía española que tenían por lo general una productividad filial aterradora y de las que se sospechaba que practicaban el método Ogino pero al revés, como si trataran de repoblar la dictadura de Franco con gérmenes católicos asegurados a todo riesgo contra las contaminaciones políticamente liberales y religiosamente heterodoxas.

Para formalizar las primeras adhesiones de miembros supernumerarios, el Opus Dei celebró en septiembre de 1948 una concentración con más de una quincena de simpatizantes en el centro de retiros espirituales de Molino Viejo, cerca de Segovia. Allí estuvieron hombres que Escrivá había conocido años atrás, antes o durante la guerra civil española. También estuvieron presentes algunos personajes que serían posteriormente importantes en la política y en las finanzas bajo la dictadura de Franco. En la cuarta fundación entre 1947 y 1948 se manifestaron de nuevo las ambiciones de Escrivá, pues los miembros supernumerarios ayudados por los miembros numerarios iban a constituir la base económica que estaba necesitando para que triunfara el Opus Dei.

Los años fundacionales del Opus Dei se reparten aproximadamente en cuatro lustros, cada uno de ellos con un significado y una vivencia determinada. Si desde 1927 a 1931 fueron cinco años de preparación y de vida oscura; desde 1931 a 1940, vieron el calvario de la guerra y la posguerra. Fue entonces, a partir de 1940, tras el afianzamiento personal de su fundador y de la gestación del proyecto, cuando comenzó a funcionar verdaderamente la rama masculina del Opus Dei y cuando puede decirse que se perfilaron las restantes fundaciones, proceso que duraría hasta 1950, aunque de hecho no se detendría ni un cuarto de siglo más tarde con la muerte de Escrivá.

La aprobación como primer Instituto Secular constituyó un fuerte estímulo adicional para el Opus Dei, provocando un boom en las captaciones de miembros, como puede observarse analizando las admisiones. Si en 1941 había sólo cincuenta miembros, dos años más tarde, en 1943 el número se había duplicado, llegando a cien. El reclutamiento de miembros seguía siendo fundamentalmente universitario, alcanzando en 1946 la cifra de 270 miembros, de los cuales 240 eran varones, diez sacerdotes entre ellos, más 30 mujeres en la sección femenina.

El boom se inició entre 1947 y 1950 cuando el crecimiento de miembros del Opus Dei fue superior a 2.000 personas, de las cuales la mayor parte pasaron a ser asociados supernumerarios y supernumerarias, es decir, gente en su mayoría

casada y con hijos. En los primeros meses de 1950, la cifra oficial de admitidos en el Opus Dei se elevó a 2.954 miembros, de los cuales 2.404 pertenecían a la sección de varones y 550 a la sección femenina. Cerca de 2.000 dentro de la sección de varones eran militantes españoles y 260 miembros había en Portugal. Por otra parte, México e Italia, los dos países donde el Opus había tenido más éxito tenían aproximadamente un centenar de miembros cada uno. Lo más importante de la cifra considerable de 2.000 militantes españoles era la adhesión masiva en la categoría de asociado supernumerario. El Opus Dei aprovechó, sobre todo a partir de marzo de 1948, un documento del Vaticano, "motu proprio Primo Feliciter", donde se recomendaba "con paternal afecto" a los directores y consiliarios de la Acción Católica y de las otras asociaciones de fieles que prestasen su ayuda a los Institutos Seculares, especialmente al Opus Dei, por ser organismos "verdaderamente providenciales y que utilicen gustosamente sus servicios...". El Opus Dei hizo una utilización abusiva de este texto pontificio, aumentando sin ningún tipo de reparos el número de miembros, cuando en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, a quien correspondía realmente el estatuto jurídico de Instituto Secular, se hallaban en 1950 tan sólo 23 sacerdotes y el doble, otros 46 miembros de la Obra, estaban preparándose en teoría, según los deseos de Escrivá, para ser ordenados sacerdotes y de entre ellos once se encontraban realmente en la fase final preparatoria de su ordenación en Roma junto al fundador.

Tras el obligado período de observación canónica de tres años tuvo lugar, en 1950, la aprobación definitiva de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz como Instituto Secular. El decreto de aprobación, que comenzaba con las palabras "Primum Inter.", es decir, "el primero entre", fue oficialmente confirmado por el Vaticano el 28 de junio de 1950.

Entre tanto, Escrivá no había perdido el tiempo y había solicitado en marzo de 1948, obteniéndolo del Vaticano, que pudiera incluirse la frase "con nombre abreviado, Opus Dei" en el artículo primero de las constituciones secretas que él había tenido que entregar obligatoriamente en el Vaticano, con lo que resultaba "... Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus DeI". El hecho de incluir la denominación Opus Dei revela las intenciones de Escrivá de hacer extensivo el estatuto jurídico de Instituto Secular, que obtuvo fácilmente en 1947 como Sociedad Sacerdotal, a toda la estructura de la Obra de Dios, aunque sólo fuera nominalmente.

La aprobación de las constituciones tenía mucha importancia, porque era la primera vez, según Escrivá, que sucedía en la Iglesia y en vida del propio fundador de una institución, y también porque habían sido aprobadas por la Iglesia de Roma definitivamente como "santas, perpetuas e inviolables". Las constituciones eran el código secreto que regulaba la vida interna del Opus Dei. Editado con tapas rojas y el formato de un cuaderno de escuela fue impreso por primera vez en 1950. Compuesto de 479 normas y escrito en latín, la norma 194 prohibía expresamente traducido a otras lenguas: "Estas Constituciones, las instrucciones publicadas y las que puedan en lo futuro publicarse, así como los demás documentos, no han de divulgarse; más aún, sin licencia del Padre [Escrivá] , aquellos de dichos documentos que estuvieren escritos en lengua latina ni siquiera han de traducirse a las lenguas vulgares."

Sin embargo, las constituciones secretas del Opus Dei fueron publicadas en 1970 como apéndice en un libro titulado "La prodigiosa aventura del Opus Dei: génesis y desarrollo de la Santa Mafia", escrito por el mismo autor de esta biografía y que fue editado en París pero en castellano. El traductor fue Agustín García Calvo, catedrático de Filología latina entonces exiliado, quien señalaba en nota introductoria que "la fatiga de verter de vil latín en castellano estas constituciones se ha visto agravada por la interminable puerilidad que, como el curioso lector verá, la informa de cabo a rabo. Nos consolamos en parte pensando que ello pueda al menos servir justamente para evidenciar ese hecho, ya ejemplificado en casos como el del nazismo, el Ku Klux Klan y otras

organizaciones autoritarias y tremebundas: que la infantilidad de las estructuras mentales, propia de los reglamentos que gustan de darse los niños o jovenzuelos que se organizan en gangs o bandas de guardias o -también, ay- de ladrones, no sólo es perfectamente compatible con un gran éxito social, acumulación de gran poder y práctica de la opresión más temible y aun sanguinaria, sino que incluso hay entre ambas cosas una relación más profunda y digna de investigación; medite el piadoso lector en las consecuencias que de tal observación derivan respecto a la naturaleza humana, sin desalentarse demasiado sin embargo, recordando que tal vez hay también de otras cosas en la viña del Señor".

La nota del traductor también indicaba: "En cuanto a la traducción, aparte de muy escasos lugares que por la imperfección de nuestra copia hemos debido suplir sin mayores problemas, es de advertir únicamente que, estando el original escrito en un latín que, ya dentro de la barbarie burocrática del latín eclesiástico, parece especialmente hórrido y torpe, salpicado incluso de algunas faltas gramaticales, ha sido imposible por razones obvias reproducir en la versión esas barbaries de la gramática y el estilo; y confiamos en que ese beneficio que, muy a nuestro pesar, hemos tenido que hacerle al producto sea la sola infidelidad notable de esta traducción, que gozosamente y para la liberación de Dios se publica en contra de la norma núm. 193 de las presentes constituciones".

El texto integral de las constituciones secretas del Opus Dei no sólo sería desconocido por los mismos miembros de la Obra, sino incluso por los obispos de las diócesis donde actuaba el Opus Dei; además el texto "autógrafo" de las constituciones del Opus Dei depositado en el archivo de la Congregación de Religiosos en Roma desapareció un poco más tarde inexplicablemente. De modo paciente y maquiavélico el Opus Dei obtuvo además el privilegio exclusivo de no entregar el texto íntegro de las constituciones a los obispos de las diócesis donde residían, pudiendo ofrecerles sólo un pequeño resumen que contenían 26 de las 479 normas del documento secreto, pero en dicho resumen se ocultaba lo más interesante, es decir, las reglas claves de la vida interna de la Obra, que permanecieron secretas, como si no existieran, por lo menos hasta 1970.

El halo de misterio en el que envolvía el Opus Dei sus actividades puede explicar esta preocupación fundamental para preservar el secreto de tan misteriosas constituciones; aunque la mejor explicación residía en los propios fines originales de la Obra, una organización católica dispuesta a captar prioritariamente tanto intelectuales como personajes, ocupando puestos directivos de la sociedad y cuyos objetivos inconfesables consistían en introducirse en las instituciones civiles para transformarlas desde dentro, trabajando preferentemente con los medios y ayudas del Estado; lo cual les obligaba a observar la mayor discreción para no despertar sospechas y a mantener también secretas sus constituciones. Existe, sin embargo, otra razón más poderosa para que el Opus Dei sea intrínsecamente una organización tan amante del secreto y ésta reside en su propia naturaleza de organización impenetrable. El manto de secreto que envuelve la mayoría de las actividades del Opus Dei comienza con el "espíritu de la Obra" cuyo desvelamiento es lento y progresivo, por etapas, siendo la jerarquía desde dentro la que señala y preserva celosamente ese secreto.

CAPÍTULO 7.
EL FUNDADOR EN ROMA

EN LOS AÑOS DE LA POSGUERRA española Escrivá dirigió tandas de ejercicios espirituales a cientos de personas, lo cual significaba también otra forma de captación apostólica y de futuros ingresos como miembros en el Opus Dei. Pero su deseo ardiente de conseguir poder, riquezas, dignidades o fama no se paraba en un apostolado sin mucho relieve. Escrivá intentaría llegar al centro neurálgico del régimen, a quien centralizaba en la dictadura todos los poderes, al generalísimo Franco, caudillo de España. Y para ello, dada su condición sacerdotal, logró en 1944, después de la ordenación de los tres primeros sacerdotes de la Obra, dirigir los ejercicios espirituales que realizaban anualmente el dictador Franco y su familia en el palacio de El Pardo. *[Carmona, Francisco J., "La socialización del liderazgo católico en Barcelona durante el primer franquismo", p. 84, en Estruch, Joan, "Santos y pillos", Herder, Barcelona, 1993, pp. 216-217]*.

Escrivá había hecho amistad con el capellán de Franco, el padre Bulart, y a través de éste logró ser introducido en el antiguo coto de caza y de descanso de los monarcas españoles, en las cercanías de Madrid, que el general Franco utilizaba como fortaleza inexpugnable. Manteniéndose inaccesible, el dictador evitaba cualquier represalia incontrolada de "los enemigos de la Patria" y se protegía a su vez de las ambiciones y aviesos consejos de sus compañeros de armas y seguidores. Nadie, excepto su familia, los personajes que acudían a las audiencias, sus ministros y su capellán rompían el aislamiento en el que el dictador se había recluido en El Pardo.

En los ejercicios espirituales del dictador, Escrivá consideró que no le vendría mal una meditación sobre la muerte. Franco escuchó con atención las reflexiones de Escrivá sobre este punto de meditación y dijo que, desde luego, había pensado alguna vez en el asunto y que tenía tomadas las medidas oportunas, revelando con aquella respuesta que la muerte para Franco, aunque no tenía solucionada su sucesión, no significaba entonces un problema. Más adelante, Franco logró resolver tan espinoso asunto político con el nombramiento de Juan Carlos de Borbón como "príncipe de España" y sucesor suyo, contando sobre todo con la ayuda prestada por políticos miembros del Opus Dei.

Cuentan los hagiógrafos de Escrivá que cuando el obispo de Madrid-Alcalá se enteró del triunfo que significaba dar ejercicios espirituales a Franco en el palacio de El Pardo le comentó en la primera ocasión en la que coincidieron: "Después de ésta, en España nunca será obispo...", a lo que respondió Escrivá: "Me basta con ser sacerdote... " *[Berglar, Peter, "Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaria Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1988, p. 237; Gondrand, Francois, "Al paso de Dios", Rialp, Madrid, 1985, p. 173. También Calvo Serer, Rafael, "Testimonio", en Martí Gómez, Josep y Ramoneda, Josep, Calvo Sere, "El exilio y el reino", Laia, Barcelona, 1976]*. El obispo Eijo Garay conocía los deseos de Escrivá de ser obispo desde 1941, cuando le consultó para la eventualidad de aceptar o no el nombramiento, creyéndolo entonces inminente. Como Escrivá "presentía" esta posibilidad después de la guerra civil española, había consultado también a su confesor particular, José María García Lahiguera, que era director en el seminario de Madrid. La respuesta de ambos eclesiásticos, franquistas hasta la médula, fue alentadora para Escrivá. Con aquellas aproximaciones a Franco, en quien se centralizaban todas las decisiones importantes o no para la vida política en España, Escrivá, que ambicionaba ser obispo, movió resortes del poder para conseguirlo y su nombre figuró durante varias ocasiones en las listas de candidatos a obispo presentadas por el gobierno español, pero su nombre no

encontró apoyo alguno por parte del Vaticano. Molesto porque nunca salía cuando había figurado de manera prominente en varias ternas de las que, conforme al estilo tradicional presentaba el gobierno español al Vaticano para el nombramiento de obispos, mandó averiguar las razones y logró enterarse que la exclusión de las listas no había sido obra del gobierno español sino del Vaticano. *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en Moncada, Alberto, "Historial oral del Opus Dei", Plaza & Janés, Barcelona, 1987, p. 93]*. Aquello fue una revelación para Escrivá, ya que descubrió que los problemas del futuro para él y para el Opus Dei no estaban en Madrid sino en Roma. Después del rechazo continuo en su deseado nombramiento como obispo decidió ir a Roma, donde se debió contentar en 1947 con el título de prelado doméstico de Su Santidad que le daba también derecho al tratamiento de monseñor y que obtuvo por medio de su lugarteniente Álvaro Portillo, después de remover Roma con Santiago. Varios miembros de la Obra se encontraban en la capital italiana, realizando operaciones jurídicas y maquiavélicas para un reconocimiento en tomo al Opus Dei por parte del Vaticano, cuando se movilizaron para que "el Padre" tuviera al menos una dignidad honoraria dentro de la Iglesia católica. Estando ya en Roma, Escrivá sin embargo se enfadó nuevamente y sufrió un ataque en su autoestima con el nombramiento en 1947 como obispo de Málaga de Ángel Herrera Oria, presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), considerado públicamente como uno de los laicos más ilustres de la Iglesia católica española que llegó a alcanzar más tarde el cardenalato y que había sido ordenado como sacerdote finalizada la guerra civil, en 1940.

Está claro que los contactos personales de Escrivá con el general Franco no se redujeron a ambiciones personales y a actividades espirituales, sino que llegaría a visitar en varias ocasiones al dictador al haberse asegurado, desde los ejercicios espirituales de 1944, un fácil acceso directo al palacio de El Pardo. Por ejemplo, en una de las veces Escrivá visitó al dictador en los años cincuenta para pedirle una cantidad importante de dinero para la construcción de la casa central del Opus Dei en Roma, después de haber agotado las posibilidades de obtener más financiación por parte de los llamados "fondos reservados" administrados secretamente por el fiel Carrero Blanco desde la Presidencia del Gobierno. y también en 1953, en un enfrentamiento de Falange contra miembros del Opus Dei, como sintieron sus seguidores mucho miedo en Madrid, Escrivá viajó desde Roma, solicitó audiencia al dictador y fue recibido enseguida, pidiendo protección política para él y para "sus hijos" directamente a Franco en el palacio de El Pardo. Reaccionó Escrivá como un padre que defiende a su familia y como se esparcía la noticia del crecimiento de la Obra aquellos viajes le ayudaban a mejorar al mismo tiempo su imagen de "Padre de la Obra". Por eso afirmó entonces públicamente que no podía tolerar que de un hijo suyo se dijera que era un hombre sin familia, cuando "tenía una familia sobrenatural, la Obra, y él se consideraba su Padre". *[Urbano, Pilar, "El hombre de Villa Tévere", Plaza & Janés, Barcelona, 1995, p. 257]*.

Después de tener más o menos controlado Madrid, empezando por el general dictador residente en el palacio de El Pardo, Escrivá se dirigirá a Roma porque tenía que buscar nuevos y más abiertos horizontes, ante el problema planteado en España a partir de 1946 con la condena política de la ONU, el cierre de fronteras y la retirada de embajadores de los países democráticos. De ahí que Escrivá le presentara a Franco la instalación del Opus Dei en Roma como la salida espiritual de España al exterior, precisamente cuando el régimen de Franco se encontraba bloqueado diplomáticamente por las potencias democráticas europeas después de la segunda guerra mundial.

El Opus Dei inició el año 1946 con una maniobra dirigida hacia el Vaticano. En el mes de febrero dos miembros dirigentes del Opus Dei, uno de los cuales lograba expresarse en italiano, llegaron a Roma y alquilaron un piso amueblado cerca de la Piazza Navona, porque estaban dispuestos a permanecer una larga temporada, consiguiendo el alquiler del piso por medio del cónsul español en la Ciudad Eterna. Los dos miembros del Opus Dei llegaron a Roma con cartas de

recomendación de eclesiásticos y obispos españoles, pero sobre todo llevaban una solicitud en donde se pedía un régimen jurídico universal para el Opus Dei. La solicitud estaba firmada por Escrivá como "presidente general de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz" y tenía como fecha el 23 de enero de 1946. En ella el fundador del Opus Dei pedía al papa Pío XII "se digne conceder el decreto, así como la aprobación de las constituciones de la Sociedad, la cual fue fundada el día 2 de octubre de 1928, y canónicamente aprobada como Pía Unión el día 19 de marzo de 1941". Escrivá se presentaba en el escrito como presidente de una sociedad sacerdotal sin referirse al Opus Dei y otra vez insistía como fecha fundacional en 1928. La Obra de Dios estaba en el origen de la Sociedad Sacerdotal y pretendía que fuera el substrato inseparable de ella, pero intentar introducir elementos ambiguos de confusión en la solicitud al papa, con objeto de conseguir un reconocimiento global tanto para la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz como para el Opus Dei, representaba una maniobra jurídica condenada al fracaso. Si el Vaticano refrendaba las constituciones presentadas por el Opus Dei aprobaría dos organizaciones y no una como figuraba en la solicitud. El escollo principal residía en la articulación entre ambas organizaciones y si el Opus Dei fue aprobado como pía unión diocesana en 1941, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz fue aprobada como sociedad diocesana de vida común sin votos públicos en 1943, dos años más tarde.

La argumentación utilizada por el Opus Dei era que se trataba de una defensa fundamental del carisma fundacional, sin necesidad de caer en excesivos juridicismos, pero los militantes del Opus Dei no iban a poder convencer a sus interlocutores por ser ésta una complicada maniobra y no contar con suficientes apoyos en los organismos del Vaticano. Un eclesiástico agregado a la embajada de España en Roma, monseñor Ussía, preparó las entrevistas y les ayudó a mantener los primeros contactos oficiales. Para causar mayor impresión, Álvaro Portillo se vistió con el uniforme de gala del cuerpo de Ingenieros de Caminos, elegante indumentaria con influencias militares rematada con un penacho de plumas. El proyecto con la solicitud de Escrivá iba preparado con el mismo formato con que se preparaban entonces en España los proyectos de ingeniería, confiando ingenuamente el lugarteniente de Escrivá que "en la Curia romana estuvieran menos adelantados en materias de métodos y sistemas". *[Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza & Janés, Barcelona, 1987, p. 21]*.

El atasco resultaba patente hasta para los miembros del Opus Dei. Portillo reconocía en carta a Escrivá que "no encontraba salida en aquel laberinto, temiendo que el asunto quedase en la estacada". *[Vázquez de Prada, Andrés, "El Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1985, p. 240]*. El Vaticano en principio dio la callada por respuesta hasta el mes de junio de 1946, cuando la Congregación de Religiosos respondió negativamente "emitiendo una reserva", que no daba lugar a dudas jurídicas, porque las denominaciones oficiales no podían ser modificadas sin autorización previa.

En esta tesitura los píos militantes del Opus Dei habían realizado paralelamente una serie de peticiones en apariencia anodinas pero que formaban parte de la misma maniobra jurídica: obtener como fuera el reconocimiento tanto de la Sociedad Sacerdotal como del Opus Dei por parte del Vaticano. Se trataba de alcanzar los mismos objetivos, a través de una serie de inocentes demandas, que se referían a pequeños detalles piadosos como la concesión de indulgencias y de escapularios. Una simple descripción de las peticiones ilustra bien el sentido de aquella nueva maniobra. Así, los militantes del Opus Dei pedían permiso para que los sacerdotes de la Obra, miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, pudieran bendecir con la señal de la cruz rosarios y crucifijos, con las indulgencias habituales para dichos casos; erigir el vía crucis en todos los oratorios de la Sociedad; imponer a todos los miembros o socios el escapulario de la Virgen del Carmen; impartir los sacerdotes de la Sociedad la bendición apostólica, con indulgencia plenaria, a quienes hicieran ejercicios espirituales bajo su dirección; indulgencias de 500 días cada vez que rezaren o venerasen con la oración la cruz erigida en los oratorios de la Sociedad; indulgencia plenaria

para los que visitaran el oratorio los días de la Invención y Exaltación de la Santa Cruz; además de indulgencias diversas para las horas dedicadas al estudio por los miembros de la Sociedad. Y, sobre todo, pedían indulgencia plenaria en determinadas fiestas del año, en el día de emisión o renovación de los votos y en las fiestas de los patronos de la Obra; recibir la absolución general en determinadas fiestas para los miembros o socios de las dos ramas de la Sociedad; y finalmente pedían indulgencia plenaria para los actos de admisión, oblación y fidelidad, tanto en la Sociedad Sacerdotal como en el Opus Dei, de la misma forma que hacían los religiosos cuando realizaban su profesión perpetua.

La Secretaría de Estado del Vaticano, cuyo encargado entonces de Asuntos Extraordinarios era el cardenal Tardini, emitió el breve "Cum Societatis" con fecha de 28 de junio de 1946, documento que concedía todas las indulgencias y devociones particulares solicitadas a un híbrido jurídico denominado "Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei" y los miembros del Opus Dei, muy satisfechos, consiguieron además que se mencionara en el documento, como fecha de fundación, el día 2 de octubre de 1928. La importancia residía en que un organismo vaticano como la Secretaría de Estado atribuyera por primera vez al conglomerado de Escrivá el título de "Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei", denominación que iba a pregonar la Obra desde entonces, aun cuando no tuviese jurídicamente aclarada su situación, por ser todavía una organización católica diocesana. En aquella aprobación de indulgencias, calificada de "apresurada" y de "precipitada" por expertos del Vaticano, se adivinaba ya la mano protectora de cardenales como Tardini, activos militantes del fascismo clerical y de la ultraderecha en el Vaticano. Los objetivos del Opus Dei en Roma fueron decididos en función de la necesidad y consistieron más en "servirse de" la Iglesia que en "servir a" la Iglesia.

Escrivá quiso intervenir directamente después del relativo fracaso de las maniobras jurídicas emprendidas durante el primer semestre de 1946 y decidió viajar a Roma. Como fundador pensó dirigirse a la cabeza de la Iglesia y solicitó audiencia al papa Pío XII. La fecha de la audiencia le sería fijada para el 16 de julio en Roma. Se iba a cumplir la máxima 520 escrita ocho años antes por el propio Escrivá y publicada en el librito Camino: "Católico, Apostólico, ¡Romano! Me gusta que seas muy romano. y que tengas deseos de hacer tu "romería", "videre Petrum", "para ver a Pedro"". Antes de preparar el viaje consultó al Consejo General del Opus Dei, que le dio una opinión favorable, "porque Dios así lo quería". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 240]*. Por eso les dijo: "Os lo agradezco, pero hubiese ido en todo caso: lo que hay que hacer se hace". *[Gondrand, Francois, ob. cit., p. 178]*.

Como no se encontraba bien de salud, Escrivá acudió entre otros médicos al neuropsiquiatra Juan Rof Carballo, por si existía alguna lesión neurológica como consecuencia de la dolencia que arrastraba desde la infancia. Parece que uno de los doctores consultados desaconsejó formalmente el viaje, pero él no hizo caso. *[Bernal, Salvador, "Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, Rialp, Madrid, 1976, p. 257; Sastre, Ana, "Tiempo de caminar", Rialp, Madrid, 1989, p. 326]*. Si la enfermedad es el precio que el ánima paga por ocupar el cuerpo, como un arrendatario paga una fianza para ocupar la vivienda en que vive -en palabras de Shri RamaKrisna- el fundador del Opus Dei con una salud delicada pagaba un alquiler elevadísimo en una casa llena de goteras. Ya se le declaró una enfermedad en febrero de 1938, perdió la voz y comenzó a echar sangre por la boca. En septiembre de 1939, cuando se encontraba en Valencia, tuvo unas fiebres altas que se repetían en El Escorial, cerca de Madrid, en 1944. Los médicos le examinaron el absceso del cuello. Se trataba de un ántrax con complicaciones generales y graves. Se hicieron los análisis clínicos y por los síntomas y malestares que venía arrastrando por algún tiempo como fatiga, forunculosis, sed, cansancios con fiebres y tendencia a la obesidad, ya se le diagnosticó entonces una fuerte diabetes. Sus crisis de salud fueron muy frecuentes a partir de 1944. Como diabético insulinodependiente, Escrivá sufría constantemente cansancios, trastornos de la vista y se mantenía en pie gracias a

inyecciones y a una dieta, aunque con la excepción de Álvaro Portillo y de alguno de sus más íntimos colaboradores, casi nadie lo sabía ni se daba cuenta dentro incluso del Opus Dei. *[Beglar, Peter, "Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer", Rialp. Madrid, 1988, p. 336. Véase cap. 2, “Primeros años de vida oscura", pp. 37 Y 38; y cap. 9. “Ultimo período en la vida del fundador”, pp. 253-257]*.

Antes de embarcarse para Italia, en Barcelona Escrivá recapacita en público delante de miembros de la Obra y pronuncia unas palabras en el transcurso de la misa que son reveladoras de su estado de ánimo y su preocupación por aquel primer fracaso en la batalla canónica ante el Vaticano: "Señor, ¿Tú has podido permitir que yo de buena fe engañe a tantas almas? ¡Si todo lo he hecho por tu buena gloria y sabiendo que es Tu Voluntad! (...) Nunca he tenido la voluntad de engañar a nadie. No he tenido más voluntad que la de servirte. ¿Resultará entonces que soy un trapacero?". *[Bernal, Salvador, ob. cit., p. 258; Gondrand, Francois, ob. cit., p. 278; Sastre, Ana, ob. cit. p. 327; Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, Pamplona, 1989, p. 15; Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 241]*. Trapacería o trapaza se traducía por fraude o engaño y aquella meditación era su manera de defenderse ante los ataques de otros sectores del catolicismo español que le acusaban de practicar artificios engañosos e ilícitos de forma continuada con los que se perjudicaba y defraudaba a la Iglesia católica en España.

Escrivá, sin embargo, se encontraba optimista porque iba a ser recibido por el papa, la cabeza visible de la Iglesia católica, y el Opus Dei iba a centrar sus objetivos en el papado para ganar la batalla canónica. Durante la travesía por mar hasta Génova estalló un fuerte temporal que Escrivá atribuyó al Maligno que "mostraba su rabo" intentando impedir el viaje. Años después, miembros del Opus Dei compararon la rueda del timón y la bitácora con la aguja que señalaba el rumbo camino de Italia, cuando el barco fue desguazado por la Compañía Transmediterránea y objetos tan preciados para la Obra fueron depositados como reliquias en la sede central de Madrid. Cuando llegó a Roma, cuentan sus hagiógrafos, Escrivá se pasó toda la noche rezando y contemplando la cúpula de la basílica de San Pedro, así como la lucecita de la ventana en los apartamentos del papa. *[Gondrand, Francois, ob. cit., p. 176]*.

Escrivá llegó el 23 de junio y permaneció en Roma hasta finales de agosto. Mantuvo contactos con el cardenal Tedeschini, antiguo nuncio en España y defensor de Franco a ultranza que también se hizo amigo y protector de la Obra, además de hombres poderosos de la curia y representantes del ala ultraconservadora como el cardenal Tardini, antes de ser recibido el 16 de julio en audiencia por Pío XII, donde no obtuvo resultados.

Para no volver a Madrid de vacío logró una carta de la Congregación de Religiosos de "alabanza del fin" de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y Opus Dei, fechada el 13 de agosto. La carta representaba una antigualla jurídica y para redactada tuvieron que desempolvar en el Vaticano un modelo de documento que no había sido utilizado desde hacia más de cien años. La carta contenía una felicitación al presidente y a todos los miembros del Opus Dei por su apostolado y les animaba a seguir. En lugar del "decreto de alabanza" Escrivá volvía a España con una "carta de alabanza del fin", un sucedáneo de lo que había solicitado y que no iba más allá del escrito aprobatorio de la tercera fundación con sacerdotes dentro del Opus Dei, en 1943. No obstante, Escrivá volvía contento pues frente a la negativa en su demanda para disponer de un régimen jurídico universal, existía una posibilidad de reconocimiento en una nueva normativa que se estaba estudiando en el Vaticano y que iba a dar lugar a la creación de la figura jurídica de los institutos Seculares. Varias veces a lo largo de su vida le iba a suceder a Escrivá, como también le ocurre a cualquier ser humano, el actuar con decisión para obtener un fin determinado y luego acaban consiguiendo otro. Así, fracasando al intentar pasar del régimen jurídico

diocesano al interdiocesano, iba a conseguir un estatuto como Instituto Secular que también le servía para lo mismo.

La vuelta de Escrivá a Madrid fue esta vez en avión y trajo consigo, como recuerdos del viaje, un retrato dedicado del papa y las reliquias de dos niños martirizados en el siglo II, santa Mercuriana y san Sínfero. Al llegar a Madrid, Escrivá exclamó delante de un grupo de miembros de la Obra: "¡Hijos míos, en Roma yo he perdido la inocencia!". Con la frase Escrivá traducía a su manera el dicho italiano "Roma veduta, fede perduta": "Roma vista, fe perdida".

Estaba claro que la búsqueda de un estatuto era fundamental en la década de los cuarenta para el incipiente Opus Dei. Los reconocimientos jurídicos de 1941 y 1943 resultaban demasiado exiguos para una organización con una férrea estructura interna y una ideología agresiva que mostraba desde sus comienzos un empuje y unos sueños verdaderamente expansionistas.

Desde hacía más de diez años se estaba estudiando en el Vaticano un nuevo ordenamiento jurídico sobre unas asociaciones que habían aparecido en el seno de la Iglesia y que el Código de Derecho Canónico, promulgado en 1917, había ignorado. Dos miembros del Opus Dei que ya vivían en Roma fueron adscritos en calidad de consultores técnicos a la comisión elaboradora que ya tenía los estudios muy avanzados y, cuando el 2 de febrero de 1947 se promulgó la ley canónica sobre los Institutos Seculares, el día 24 del mismo mes el Opus Dei logró que se le concediera rápidamente, aunque solamente a su rama sacerdotal, el decreto de alabanza por el cual quedaba constituido provisionalmente como primer Instituto Secular de derecho pontificio. Tres años más tarde, en 1950, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz recibió la aprobación definitiva, cuando el número de miembros del Opus Dei ordenados como sacerdotes ya había alcanzado la docena.

Entre el ancho campo jurídico existente entre una orden religiosa y las simples asociaciones de fieles aparecieron los Institutos Seculares que tenían un marcado carácter clerical, es decir, que desde sus orígenes en 1947 la figura jurídica de Instituto Secular no era ninguna innovación rotunda en el campo del derecho canónico, sino una ligera variación del statu quo religioso imperante. Los católicos que militaban en grupos y tendencias progresistas de la Iglesia católica quedaron decepcionados; para los conservadores, en cambio, representaba otra obra culminante llevada a cabo por Pío XII en su pontificado.

Se puede imaginar fácilmente la utilización que de este texto pontificio hizo el Opus Dei para aumentar sus adeptos, muy especialmente entre los miembros masculinos de Acción Católica, cuyo número en España rondaba entonces los 50.000 afiliados. *[Guía de la Iglesia española, edición 1964. En Ynfante,Jesús, La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafia, Ruedo Ibérico, París, 1970, pp. 101-102]*. De esta cifra considerable de militantes católicos el Opus Dei fue reclutando lentamente los elementos que consideraba más valiosos, pasando a ser los enrolados en su mayor parte miembros supernumerarios del Opus Dei. Para ello, la Obra llegó a ampliar en aquellos tiempos su estructura con la categoría de miembros denominada "supernumerario", que podían estar casados y observar los tres votos de obediencia, castidad y pobreza, de forma compatible con su estado. La sección sacerdotal había obtenido fácilmente el estatuto jurídico del Instituto Secular por ser organización clerical, pero no el resto del Opus Dei. Sin embargo, el proselitismo se basó en el fraude de que todo el Opus Dei era, por antonomasia, el "number one" de los Institutos Seculares. Así, el Opus Dei llegó a utilizar impunemente durante años el estatuto jurídico que correspondía sólo a una minoría de sus efectivos y para recubrir este descubierto recurrió también como tapadera a la denominación genérica de Asociación de Fieles. *[Según la definición de laico de Karl Rahner sobre apostolado seglar, no es seglar el miembro de la Iglesia católica que en virtud de unos votos (por ejemplo, el miembro de un Instituto Secular) no se enrola plenamente en el mundo y en sus*

estructuras. Así, el miembro de un Instituto Secular no se enrola debido a su voto de castidad en esa estructura del mundo que se llama matrimonio. Rahner, Karl, "Escritos de Teología", tomo II, Taurus, Madrid, 1961]. La estrategia fundamental para el Opus Dei era la captación apostólica con todos los medios a su alcance y la batalla canónica tenía todos los visos de ser un medio, como otro cualquiera, para tirar hacia delante y asegurar su expansión.

Mientras tanto, inmediatamente después del decreto de alabanza y la aprobación provisional como primer Instituto Secular, Escrivá consiguió ser nombrado en abril de 1947 "prelado doméstico de Su Santidad", título honorífico que, como ya hemos dicho, le daba derecho al tratamiento de monseñor y a utilizar sotana ribeteada de rojo y zapatos de hebilla. Así ya tenía una de las dignidades honorarias de la Iglesia. Era prelado doméstico y, como tal, eclesiástico familiar del papa, pero se sentía también prelado como su antecesora y modelo de vida, doña Jacinta de Navarral, la abadesa de las Huelgas. En otras palabras, que Escrivá había obtenido la prelacía, la dignidad del prelado, pero todavía sin prelatura para sus seguidores del Opus Dei. Desde dentro de la Obra resultaba lógico el nombramiento y que Escrivá necesitara un título para codearse con la jerarquía eclesiástica, si ya se trataba, como ocurría en Roma, con grandes dignidades de la Iglesia.

También en 1947 tuvo lugar la adquisición en Roma de una casa burguesa con jardín en el número 73 de la calle Bruno Buozzi en el barrio de Parioli. La decisión de compra fue, según Escrivá, porque "el cardenal Tardini me empujaba" y le había dicho: "conviene que dispongáis de una casa grande cuanto antes". *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 339]*. Buscaron en Roma y pensaron adquirir el edificio de la embajada de Irlanda ante el Vaticano, pero surgió la oportunidad cuando se enteraron de que la antigua legación de Hungría ante la Santa Sede estaba en venta, aunque seguía ocupada por antiguos funcionarios húngaros aprovechando la confusa situación creada después de la segunda guerra mundial.

El propietario, un aristócrata italiano necesitado de dinero, accedió a las condiciones de compra ofrecidas por el Opus Dei. El primer pago, considerado la fianza, de varios miles de dólares, se realizó en monedas de oro que provenían de "una donación" a la Obra y los restantes pagos aplazados, en francos suizos. Aquel "puñaíco de monedas", como lo calificaba Escrivá, consistía en mil monedas llamadas "eagles", monedas de oro de diez dólares americanos con un valor cinco veces superior, es decir, unos cincuenta mil dólares aproximadamente en aquella época. Se trataba de una parte del tesoro oculto de la Obra, cuyo origen era España. Escrivá, para justificar su procedencia, decía que pertenecía a la dote del matrimonio de su madre y por esta razón no quería deshacerse de ellas. *[Tapia, María del Carmen, tras el umbral, Ediciones B, Barcelona, 1994, pp. 241-242]*.

Durante el primer año convivieron los miembros del Opus Dei con antiguos funcionarios diplomáticos hasta que los húngaros desalojaron el edificio en 1949. La construcción de la casa central de la Obra y sede del Colegio Romano del Opus Dei duraría trece años, hasta 1960.

A partir de la casa burguesa originaria se levantaron ocho edificios entre el "viale" Bruno Buozzi, "vía" di Villa Sachetti y "vía" Domenico Cirillo, albergando el engendro urbanístico de polémica construcción las diversas sedes centrales del Opus Dei; se llegó a construir tanto que los patios o "cortili" originarios se convirtieron en "minúsculos patinillos de ventilación". *[Urbano, Pilar, ob. cit., p. 53]*. Todo ello dio a la construcción un aire imponente, como un búnker aislado en medio de la gran ciudad de Roma con vida únicamente para la Obra de Dios, un fiel reflejo de la imagen de poder que el Opues Dei quería ofrecer de sí mismo, como si fuera el símbolo del poder de una termitera. Porque la inmensa estructura compleja e interconectada formada por los ocho edificios con doce comedores y catorce oratorios, algunos de los cuales eran subterráneos, y dando cabida el mayor de los oratorios a más de doscientas personas, se asemeja a

una termitera, un modelo de construcción donde viven las termitas juntas, formando un auténtico grupo con enorme disciplina, repartiendo el trabajo según categorías muy jerarquizadas y allí dentro cada termita desarrolla el programa marcado dentro de la termitera sin inmiscuirse en la labor que ejecutan sus vecinos, teniendo gran instinto de defensa y mostrando su agresividad cuando son atacadas.

Para los seguidores de Escrivá, sin embargo, el lugar era excelente. Así un destacado miembro de la Obra ha descrito la sede central donde residían el Padre o Presidente y demás instancias máximas del Opus Dei: "En una calle ancha y ruidosa, de mucha circulación, que atraviesa uno de los barrios residenciales de la Urbe por antonomasia, ha ido surgiendo a lo largo de estos últimos años un grupo de edificios, que en nada desentonan de los demás de la calle. Vistos desde dentro, sus fachadas movidas y de diferentes alturas rodean una villa vecchia, de tipo toscano quattrocentesco, que ya existía allí, y en tomo a la cual las nuevas construcciones han dejado libres una serie de cortili, patios. El conjunto está destinado a albergar la Casa Generalicia del Opus Dei." *[Pérez Embid, Florentino, "Monseñor]osemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador del Opus Dei", Primer Instituto Secular, Separata del tomo IV de la Enciclopedia "Forjadores del Mundo Contemporáneo", Planeta, Barcelona, 1963, p.2]*.

Dentro de los edificios de la sede central del Opus Dei llama la atención la abundancia de oratorios y sagrarios, lo que respondía a una vieja obsesión de Escrivá, reflejada en el librito Camino: "¿No te alegra si has descubierto en tu camino habitual por las calles de la urbe ¡otro sagrario!?" (máxima 270). "Niño: no pierdas tu amorosa costumbre de "asaltar sagrarios"" (máxima 876). En la Casa de Roma, el sagrario del oratorio de la Trinidad fue el preferido de Escrivá y en donde rezaba, si cabe, con mayor devoción. Allí sus hijos colocaron la Columba, una "paloma eucarística", objeto muy venerado dentro del Opus Dei. La famosa Columba se halla colgada del techo encima del altar y es una paloma fabricada de oro y piedras preciosas, en cuyo buche se abre un pequeño sagrario donde se guardan las hostias consagradas para la comunión. Cuentan dentro del Opus Dei que, minutos antes de su muerte, Escrivá dirigió hacia aquel objeto precioso, recubierto de oro y pedrería, sus últimas miradas en la tierra. En la Columba, según Escrivá, tomaba cuerpo el deseo de amar a Cristo y de convertirse en un sagrario viviente.

Abundan también las inscripciones latinas en la casa central del Opus Dei en Roma. Coincidiendo con el final de las obras se inauguró, por ejemplo, el oratorio de san Miguel en cuyo pie de altar aparece la inscripción siguiente: "Joseph María Escrivá de Balaguer pauper servus et humilis, Operis Deí conditor", que viene a decir que José María Escrivá es un pobre y humilde siervo que dirige el Opus Dei.

Es importante señalar la frustrada vocación de arquitecto que tuvo desde pequeño Escrivá. Ya su madre había afirmado que "una vez tuvo la ilusión de que José María llegara a ser arquitecto". Sin embargo, fue a partir de los años cincuenta cuando Escrivá pudo dedicarse verdaderamente a la arquitectura, coincidiendo con la expansión internacional de la Obra de Dios. Fue entonces además cuando Escrivá lanzó a sus seguidores a una orgía de realizaciones materiales, contagiándoles la fiebre expansiva en ladrillos y cemento, y de ahí la tensión extrema para conseguir dinero y financiación de unas actividades que eran básicamente deficitarias. *[Moncada, Alberto, “El Opus Dei, una interpretación”, Índice, Madrid, 1974, p. 28]*.

La fiebre constructora dentro del Opus Dei alcanzaría tal grado de efervescencia que desde la casa central de Roma comenzaron a enviar, por conducto reglamentario, una serie abundante de instrucciones muy detalladas con recomendaciones en la construcción de inmuebles o con modificaciones que debían tenerse obligatoriamente en cuenta en todas las casas del Opus Dei. Impresas en la propia casa central del Opus Dei, las instrucciones fueron tan abundantes que fueron recogidas más tarde en unos volúmenes encuadernados

a los que se les llamó "Construcciones". *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 256].*

Derecho y Arquitectura (DyA) fueron dos ambiciones en el apostolado de Escrivá de antes de la guerra civil española y, como había logrado estudiar derecho, ya sólo le faltaba arquitectura y la vocación de arquitecto del fundador del Opus Dei se desató después de la compra de la casa burguesa en Roma que estaba destinada a ser la Casa Generalicia. Como era, sin embargo, de la cáscara intolerante, Escrivá no aceptaba las opiniones de otros o que se le contradijera en el ejercicio de su nueva vocación como arquitecto. Ya durante la construcción de la casa central de Roma, Escrivá gritaba mucho al arquitecto encargado de las obras. Hasta el punto que le tuvieron que enviar a España, porque se puso muy enfermo, al parecer de los nervios, y su joven sustituto también recibía los gritos sin contemplaciones del fundador. *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 194]*. Por su parte, Miguel Fisac, renombrado arquitecto y uno de los primeros miembros del Opus Dei que evolucionó mucho en su profesión y también en su relación con la Obra de Dios, hizo los bocetos de ampliación de la zona posterior de la casa de Roma pero chocó con las ideas e impresiones arquitectónicas de Escrivá, que se hallaba en plena fiebre constructora.

Pese al monumentalismo fascista imperante en la posguerra española y dentro del Opua Dei, Fisac se había orientado hacia una simplificación arquitectónica que le fue aproximando, casi sin darse cuenta, a las soluciones de los empiristas nórdicos y en esta línea se encontraban trabajos suyos como el Instituto de Óptica en Madrid o el Colegio de los Dominicos en Valladolid. *[Dorfles, Gillo, "Arquitectura moderna", Seix Barral, Barcelona, 1967]*. Como Fisac no estaba de acuerdo con todo aquello, Escrivá le dijo que dejase de intervenir. Posteriormente Fisac fue a Roma y al ver lo que se estaba realizando, lo criticó detalladamente y fue entonces cuando Escrivá le prohibió que volviera a poner los pies en la ciudad, prohibición que mantuvo mientras duró la construcción de la sede central del Opus Dei. *[Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza & Janés, Barcelona, 1987, pp. 37-38]*.

Refiriéndose a la actividad de Escrivá, un destacado miembro del OD señaló que se le podía encontrar con frecuencia "en el silencio de su cuarto de trabajo, o bien rodeado por un grupo de esos estudiantes, en el rincón de un patio, junto a una mesa cargada de planos y proyectos, o junto al sagrario de uno de los muchos oratorios, que en aquella casa hay por todas partes". *[Pérez Embid, Florentino, ob. cit., p. 2]*. La mesa cargada de planos y proyectos en el cuartel general del fundador en Roma no formaba parte de la decoración, sino que era fiel reflejo de la actividad a la que estaba entregado completamente el fundador del Opus Dei, quien supervisó personalmente los proyectos de edificios construidos en la fuerte expansión mantenida por el Opus Dei durante los años cincuenta y sesenta.

Escrivá, sin embargo, olvidó definitivamente con su dedicación a la arquitectura la primera estrategia que pensaba desarrollar en la inmediata posguerra de utilización de instrumentos ajenos, tal como apuntaba la máxima 844 del librito Camino: "¿Levantar magníficos edificios?.. ¿Construir palacios suntuosos?.. Que los levanten... Que los construyan... ¡Almas" ¡Qué hermosas casas nos preparan". Esta máxima enlazaba además con la norma 227 de las constituciones secretas del Opus Dei, *[Ynfante, Jesús, "La prodigiosa aventura del Opus Dei. Génesis y desarrollo de la Santa Mafia", p. 425. También en Ynfante,jesús, "Opus Dei", p. 577]* que tenía su origen e inspiración en la gran mística Teresa de Ávila: "No construyamos más casas, tomemos por nuestras las que están ya construidas". En un asunto tan material como son las piedras y las edificaciones ya no se trataba, a partir de los años cincuenta, de saber si la Obra tenía intención de utilizar o no los edificios y palacios suntuosos ya construidos, tomándolos como si fueran propios. La fiebre expansiva en ladrillos y cemento del Opus Dei, azuzada por las obsesiones arquitectónicas de Escrivá, consistía en levantar edificios de nueva planta en unos tiempos en que ya empezaba a tener

medios poderosos. De la fase de utilización de instrumentos ajenos se pasaba en unos años a la fase de utilización de instrumentos propios, tanto en política como en economía, y la construcción no iba a la zaga. Respecto a la rica tradición mística cristiana, de la cual Teresa de Ávila es una de sus más egregias representantes, el Opus Dei se situaba, mucho antes de su fiebre constructora, precisamente en las antípodas. La intención de Teresa de Ávila era que "la casa jamás se labre, si no fuere la iglesia" y, como consecuencia de ello, las primeras dependencias de las carmelitas se instalaron en casas que ya existían previamente y que tuvieron que ser adecuadas, de forma progresiva, a su nueva función.

Siendo una de sus preocupaciones fundamentales en Roma, Escrivá ya había utilizado en el librito Camino metáforas arquitectónicas: "Deja tu afición a las primeras piedras y pon la última en uno solo de tus proyectos" (máxima 42). "Si no levantarías sin un arquitecto una buena casa para vivir en la tierra, ¿cómo quieres levantar sin Director el alcázar de tu santificación para vivir eternamente en el cielo?" (máxima 60). "¿Has visto cómo levantaron aquel edificio de grandeza imponente? -Un ladrillo, y otro. Miles, Pero, uno a uno. -y sacos de cemento, uno a uno trabajan, día a día, las mismas horas... ¿Viste cómo alzaron aquel edificio de grandeza imponente?.. -¡A fuerza de cosas pequeñas!" (máxima 823). "¡Galopar, galopar!... ¡Hacer, hacer!... Fiebre, locura de moverse... Maravillosos edificios materiales... Espiritualmente: tablas de cajón, percalinas, cartones repintados... ¡galopar! ¡hacer! -y mucha gente corriendo: ir y venir (...)" (máxima 837). La máxima 844, citada anteriormente y que finalizaba con un "¡Qué hermosas casas nos preparan!", hacía también referencia a los edificios y a la arquitectura.

La fiebre constructora del Opus Dei, como consecuencia directa y a su vez motor de la expansión, se mantuvo dentro de las coordenadas arquitectónicas del falso monumentalismo neo clásico imperan te durante la posguerra española, de inequívoca influencia nazi y fascista, como ha señalado Oriol Bohigas, que.produjo edificios en España como el Valle de los Caídos, el Cuartel General del Aire en Madrid y la Universidad Laboral de Gijón. *[Bohigas, Oriol, "Apéndice", en Dorfles, Gillo, ob. cit]*. En todos los edificios importantes del Opus Dei se impusieron las ideas arquitectónicas de Escrivá basadas en decoraciones ampulosas, con mármoles y lujosa ornamentación. *[Fisac, Miguel, "Testimonio", en Moncada, Alberto, "“Historia oral del Opus Dei”, Plaza & Janés, Barcelona, 1987, p. 37]*. Su afán de copiarlo todo era notorio. Por ejemplo, en los oratorios, salas y galerías de la casa central del Opus Dei en Roma, casi todo fue copia de capillas, palacios, pueblos, muebles de cualquier sitio de Italia que visitaba Escrivá y se lo hacía copiar a uno de los arquitectos miembros del Opus Dei y de su confianza. Incluso cuando veía alguna película en el aula magna, si había algún detalle de decoración o de cualquier cosa que le interesara, no tenía el menor reparo en mandar cortar aquella parte de la película para luego, como negativo, ampliar aquella foto y copiar lo que fuera. *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 160]*.

Escrivá se hizo un firme adepto del plagio arquitectónico que él utilizaba para lo que entendía como "arte sacro con distinción". Así, la fachada del edificio central de la Universidad de Navarra sería una copia exacta de la fachada de una iglesia de Roma. Escrivá "se inspiró" para Pamplona en la fachada de la iglesia construída en Roma por la Compañía de Jesús en la plaza del mismo nombre y adosada al Colegio Romano, centro de formación de los jesuitas, que se convertiría en otra "brillante idea del fundador" cuando fue copiada por Escrivá. Más adelante, para decorar la imponente arquitectura de la casa de Roma y como recordatorio vivo de ciertos momentos, Escrivá mandaba pintar cuadros con diversos motivos alusivos en la línea del más puro y genuino "art pompier". Uno de estos cuadros de encargo, que se encuentra en uno de los oratorios de la sede central de Roma, representa un corazón envuelto en llamas, ceñido por una corona de espinas, todo ello rematado por una cruz y alrededor de ella se encuentran colocados unos ángeles. *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 262]*.

Desde que Escrivá vivía en Roma y se había instalado allí con su hombre de confianza, Álvaro Portillo -que, como secretario general, tenía autoridad y poder para hacer las veces de Escrivá en el cargo de presidente del Opus Dei- el Consejo General permanecería durante diez años, hasta 1956, en Madrid. Por los miles de kilómetros de distancia existentes entre Roma y Madrid, el Consejo General comenzó a funcionar con cierta autonomía, aunque por supuesto Escrivá se mantenía al tanto y daba instrucciones en sus visitas o cartas, y con los viajes que efectuaban regularmente a Roma desde Madrid los miembros del Consejo General del Opus Dei. Receloso, no obstante, Escrivá de los directivos del Opus Dei en Madrid, a los que acusaba de no dar la importancia necesaria a las disposiciones que por todos los conductos enviaba desde Roma, dio instrucciones precisas a uno de sus más fieles seguidores para que hiciera lo siguiente: "Apenas veas llegar de Roma un aviso o una indicación concreta mía tomarás aquel folio y durante la reunión (...) te arrodillarás, te lo pondrás sobre la cabeza con las manos y dirás: esto viene de nuestro Fundador; por tanto, viene de Dios, y hay que ponerlo en práctica con toda nuestra alma". *[Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, p. 151]*.

Refiriéndose a la casa de Roma, la sede central desde donde Escrivá dirigía todo, un antiguo dirigente del Opus Dei recuerda que "me impresionó mucho el control personal que el Padre retenía sobre los habitantes de la casa de Roma. Por la noche, en la cena, las sirvientas le pasaban una nota en la que figuraban las llamadas telefónicas que los miembros del Colegio Romano habían sostenido ese día. Ya teníamos controlada la correspondencia, pues, como es sabido, los supervisores deben leerla antes de recibida o enviada, pero lo del teléfono fue una innovación suya en Roma". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en Moncada, Alberto, ob. cit., p. 146]*. Según el testimonio del antiguo dirigente, "lo peor, no obstante, no era cuando Escrivá personalmente estudiaba un tema y tomaba una decisión, sino cuando los que tenía a su lado en Roma, gente generalmente joven e inexperta, redactaban las decisiones que él se limitaba a firmar. El intervencionismo era particularmente angosto con la sección femenina. Recuerdo que una vez me vino una numeraria pidiéndome una explicación porque había recibido una nota de Roma indicando que en nuestras casas no debería entrar nunca carne picada". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en ob. cit., p. 147]*. En resumen, que respecto a la actitud de Escrivá desde Roma y la dependencia de Madrid ocurrió lo siguiente: "Poco a poco, las normas, reglamentos, notas y avisos que llegaban de Roma terminaron por cubrir la entera actividad nuestra. Cuando aún vivía en España, no se le pasaba nada por alto y hasta se daba cuenta de si habíamos cambiado una silla de sitio. Cuando se marchó a Roma, esa minuciosidad se tradujo en el flujo de correspondencia normativa que enviaba". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en ob. cit., p. 146]*.

Como era costumbre suya, con la mentalidad de director local más que de presidente, Escrivá mandó imprimir en marzo de 1947 un folleto de cuatro páginas "para uso interno" donde se precisaban las relaciones que habían de tener entre sí la rama masculina y femenina en el seno del Opus Dei, quedándose corta la frase de Teresa de Jesús, "entre santa y santo, pared de cal y canto". En este primer Reglamento interno de Administración del Opus Dei se señalaba textualmente que "las dos secciones del Opus Dei son en realidad dos institutos completamente independientes, uno de hombres y otro de mujeres" y que "la Administración y la residencia administrativa viven como si estuvieran separadas por varios kilómetros: nunca hay relación de ninguna clase entre los que habitan en una y otra casa". También que "a las casas de la Sección femenina, y lo mismo a la Administración, no van jamás, ni de visita, los varones de nuestro Instituto". Para colmo el Reglamento precisaba que "la entrada de la casa de los varones ha de ser siempre distinta de la entrada de la Administración; e incluso se debe procurar que la entrada de la Administración sea por otra calle" y "el Oratorio es también siempre diferente y, cuando esto no es posible, las asociadas asisten a los actos de culto detrás de una reja, como se

usa para las monjas de clausura cuando sus iglesias están abiertas al público". *[Ynfante, Jesús, Opus Dei, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, pp. 152-153]*.

Dentro de la línea reglamentaria e intervencionista que predominaba dentro del Opus Dei, también se recomendó entonces a las casas de la Obra, bajo seria advertencia a los directores, mantener escondites o lugares seguros para la custodia de las fichas de admisión, testamentos de los miembros, texto de las constituciones, ejemplares del "catecismo" que era un corto resumen de las constituciones, las instrucciones, reglamentos, cartas de Roma y otros documentos. En algunas casas se construyeron incluso dobles paredes con escondites secretos donde guardar la documentación y los archivos del Opus Dei. Para comunicarse entre casas de la Obra y para escribir informes destinados a la casa central en Roma se instauró además un libro con unas claves, cuyo título era "San Gerólamo" y estaba encuadernado sobriamente para quedar disimulado junto a los demás libros en las bibliotecas de las casas del Opus Dei. El contenido del libro consistía en una serie de capítulos sin texto alguno y que simplemente escondía unas claves numéricas con unos puntos y a continuación algunas palabras con unos números. Por ejemplo, en las claves numéricas del llamado "espíritu de la Obra" aparecen 1) buen espíritu; 2) mal espíritu; 3) ordenado; 4) respetuoso con los superiores; 5) faltas graves de unidad; 6) falta a la pobreza; etc. Y de esta curiosa manera, compleja y a la vez pueril, aunque al parecer también eficaz, se protegía el secreto en las comunicaciones dentro del Opus Dei, una organización tan medieval y secreta que ha tenido graves dificultades para incorporarse a la informática a finales del siglo XX.

En noviembre de 1946 Escrivá se instaló en Roma y junto con su lugarteniente Portillo tomó las riendas, sobre todo económicas, del rumbo del Opus Dei. A finales del mes de diciembre llegaron las primeras mujeres de la Obra a Roma, para ayudar a los hombres en las tareas domésticas y de administración. A mediados de 1947 adquirieron el inmueble que había sido residencia de la embajada de Hungría ante la Santa Sede que se convertiría más adelante en la sede central del Opus Dei. Como soñaba con una expansión constante y universal, Escrivá decidió implantar simultáneamente su proyecto desde Roma y Madrid en la desvencijada Europa de la posguerra. Así el fundador del OD pudo abrazar personalmente en Roma al primer italiano que pidió la admisión en noviembre de 1947. Un suceso curioso, aunque muy elocuente, sobre los primeros reclutamientos del Opus Dei en Roma había ocurrido durante la segunda guerra mundial, cuando los dos primeros miembros del Opus Dei desplazados a Roma entablaron amistad con dos croatas que trabajaron para el régimen fascista de Pavelic y con la llegada de las tropas aliadas a Roma se tuvieron que refugiar, bajo la protección de eclesiásticos españoles, en un convento. Allí tuvieron tiempo para traducir el librito de Escrivá, Camino, al croata, edición que se publicaría años más tarde en Lisboa, en 1962. Uno de los croatas ya solicitó en 1946 la admisión en el Opus Dei y posteriormente también su colega, junto con otro compatriota fascista escapado de un campo de concentración instalado por los aliados, ingresaría en el Opus Dei. Uno de los tres croatas se integró tanto como miembro del Opus Dei en el paisaje político español que llegó a ser vicedirector del Instituto de Periodismo de la Universidad del Opus Dei en Navarra. Acabada la segunda guerra mundial numerosos tránsfugas de regímenes totalitarios de Europa Central encontraron acogida en las filas del Opus Dei, siendo protegidos por la dictadura de Franco.

Escrivá se había trasladado a Roma junto con otros miembros del Opus Dei para obtener el estatuto jurídico de Instituto Secular y como las necesidades materiales se hicieron cada día más acuciantes, paralelamente también fue creada en 1947 una delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) en Roma, que tendría por finalidad "continuar las tareas de la ciencia y la investigación española en la Ciudad Eterna, desarrollando y ordenando la labor de los investigadores españoles en Italia." Entre las futuras actividades de la delegación resumidas por los artífices del proyecto destacaba

el "restaurar y regir las demás instituciones de investigación que existen o se constituyan en Italia; fundar y sostener residencias para investigaciones, seglares o eclesiásticos en Roma...". La apertura del CSIC en Roma obedecía a causas poco relacionadas con la ciencia o la cultura. En una auditoría de las cuentas del CSIC se pueden descubrir numerosos puntos oscuros. La etapa de expansión del Opus Dei en los difíciles años del fin de la segunda guerra mundial, la fundación de sus casas en Roma y otras capitales europeas, ofrecería un capítulo interesante sobre la exportación de capitales. Las Cajas de Ahorro parece que financiaron algunas partidas de esta exportación de capitales, gracias a un miembro del Opus Dei que dirigió durante algún tiempo la Confederación de las mismas.

Escrivá se sintió gravemente enfermo en 1950 cuando realizaba uno de sus viajes esporádicos a España y entonces el secretario general de la Obra, Álvaro Portillo, determinó que el fundador de una "organización católica internacional" no podía morir en España y fue transportado rápidamente a Roma para cubrir las apariencias de internacionalismo de la Obra de Dios. Sin embargo, el fundador del Opus Dei en una carta escrita desde Roma y dirigida personalmente al dictador, que figura en los archivos de Franco, legajo 178, *[Revista "Tiempo", Madrid, 11 febrero 1985]* refiriéndose a las actividades de la Obra, le contaba con orgullo: "Aun cuando se trata de una institución católica, aquí y en todas partes, detrás del Opus Dei se ve a España".

El Opus Dei en 1950 no era una organización internacional, aunque sus miembros intentasen probar lo contrario. Escrivá, el fundador, ante la pregunta de si España ocupaba un lugar de preferencia en la Obra o era un simple sector de actividad entre tantos otros, confesaba retorcidamente que "el Opus Dei nació geográficamente en España, pero, desde el principio, su fin era universal. Por lo demás, yo tengo mi domicilio en Roma...". *[Guillemé-Brülon, Jacques, "Entrevista con Escrivá", Diario "Le Figaro", 16 mayo 1966]*. Nada puede objetarse en contra de argumento tan irreprochable, porque siendo universal el Opus Dei desde la fecha de su fundación imaginaria en 1928, ¿qué importaba que la verdadera expansión se realizara más o menos tardíamente? Como dijo Escrivá: "Las obras que nacen de la Voluntad de Dios no tienen otro porqué que el deseo divino de utilizadas como expresión de su voluntad salvífica universal. Desde el primer momento la Obra era universal, católica" *[Forbath, Peter, "Entrevista con Escrivá", Revista "Time", Nueva York, 15 abril 1967]*. Como en otra ocasión, afirmaría con más aplomo: "Las obras apostólicas no crecen con las fuerzas humanas, sino al soplo del Espíritu Santo". *[Guillemé-Brülon, Jacques, "Entrevista"," Le Figaro"]*.

En boca de Escrivá pueden captarse, sin embargo, las dos características más determinantes de la etapa de expansión del Opus Dei, primero cuando Escrivá afirmaba que "desde el primer momento la Obra era universal", mostraba una estrategia orientada hacia todas partes, como el mapamundi del vestíbulo de la primera residencia madrileña de la posguerra, donde aparecía una cruz con los cuatro brazos en forma de flecha, imitando la rosa de los vientos y dirigida hacia los cuatro puntos cardinales. El alistamiento en el Opus Dei de elites fascistas clericales fuera de España sería la segunda característica de la etapa de expansión de la Obra de Dios. Por eso Escrivá había afirmado en otro momento: "En su expansión internacional el espíritu del Opus Dei ha encontrado de inmediato eco y acogida en todos los países". *[Ynfante, Jesús, ob. cit., pp. 157-158]*. Este era, en definitiva, el papel que iba a desempeñar con más fuerza el Opus Dei en su expansión internacional cristiana de la sociedad a través de la acción de sus miembros, iba a servir de banderín de enganche, en una primera fase de expansión, de miembros de elites clericales y residuos del fascismo clerical europeo, para luego intentar serio también por el mundo entero.

"Para mí, después de la Trinidad Santísima y de nuestra Madre la Virgen, en la jerarquía del amor, viene el Papa", reconoció el fundador del Opus Dei en una

entrevista con cuestionario previo publicada en Francia por el diario "Le Fígaro". *[Guillemé-Brülon, Jacques, "Entrevista", "Le Figaro", también en Escrivá, Josemaría, ob. cit., p. 71]*. En la persona del papa, no se olvide, están concentrados todos los poderes de la Iglesia católica. Las relaciones que Escrivá mantuvo con los tres papas que le tocó vivir fueron, sin embargo, frías y poco cordiales. Un antiguo dirigente de la Obra ha señalado que Pío XII "nunca entendió a Escrivá, al que sólo vio una vez y aquel espontaneísmo español casaba mal con el ambiente vaticano". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza & Janés, Barcelona, 1987, p. 25]*. Otro testimonio desde dentro del Opus Dei reconoce que Escrivá en Roma no se sentía a gusto con el papa y refiriéndose a Pío XII decía de él: "Estoy atado de pies y manos. Este hombre no nos entiende, no me deja moverme y aquí estoy encerrado." y gesticulaba con las manos como diciendo que era incomprensible. *[Tapia, María del Carmen, tras el umbral, Ediciones B, Barcelona, 1994, pp. 190-191]*. También más de una vez dijo Escrivá sobre Pío XII: "Este santo varón, que Dios nos haría un gran favor si lo llevara al cielo, cuanto antes". *[Tapia, María del Carmen, "Carta a Su Santidad Juan Pablo II", Hecho n° 5, Santa Bárbara (California), 2 agosto 1991]*.

La muerte de Pío XII en diciembre de 1958 significó, sin embargo, un golpe duro para la política vaticana de la Obra de Dios, que encontró en su sucesor, Juan XXIII, una desconfianza aún mayor. No obstante, el Opus Dei siguió tratando de aumentar su influencia y el Vaticano pasó a ser considerado como un objetivo importante de implantación y de actividad del Opus Dei en Roma. Si el Opus Dei había servido en España al régimen, como el régimen de Franco quería ser servido, una vez adquirido poder estaba dispuesto a servir a la Iglesia de Roma como Escrivá entendía que la Iglesia quería ser servida. Escrivá repetiría en diversas ocasiones la frase "servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida", especialmente cuando se encontraba delante de altos dignatarios del Vaticano. Así se la repitió en uno de sus primeros encuentros al cardenal Tardini, activo representante del ala ultraconservadora del Vaticano, y también escribió la frase Escrivá a sus seguidores en una de las epístolas de tono pontifical que dirigía de cuando en cuando a los miembros del Opus Dei.

Pese a su aprobación como primero de los Institutos Seculares, el Opus Dei había encontrado antes y después de 1950 ciertas dificultades en el Vaticano, a donde se habían dirigido por su proximidad las protestas de padres de algunos de los primeros jóvenes italianos captados por el Opus Dei. Uno de los cronistas y hagiógrafos de Escrivá lo reconoce cuando afirma: "La historia se repetía, sembrándose ahora entre los padres de algunos miembros italianos las dudas e inquietudes que se introdujeron antaño entre las familias de España." *[Vázquez de Prada, Andrés, "El Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1985, p. 259]*. De ahí que llegara a ser estudiado un plan en los dicasterios romanos donde se trataría de alejar a Escrivá de la dirección del Opus Dei y de mantener una estricta separación, como si fueran dos instrumentos diferentes, entre la sección de varones y la de mujeres, además del papel jugado por los sacerdotes en aquella maraña. Con este plan el Vaticano pretendía aclarar tajantemente la enorme ambigüedad que representaba, en un organismo ya reconocido eclesiásticamente, el mantenimiento conjunto de tres secciones donde nunca se sabía dónde comenzaba una y terminaba otra, sobre todo en cuanto a los límites y las responsabilidades de sus miembros. Las dudas del Vaticano alcanzaron hasta el "espíritu de la Obra", que se presentaba como si fuese la doctrina del "superhombre" católico y existía una seria preocupación sobre la forma de compatibilizar los tres votos de perfección evangélica ("pobreza, castidad y obediencia"), hasta entonces típicamente religiosos, con el empeño de los miembros del Opus Dei de seguir siendo civiles, lo cual acarreaba inevitablemente complicaciones tanto en el orden jurídico como moral a la hora de las responsabilidades. Con aquel plan el Vaticano trataba en definitiva de mantener incólume el reconocimiento pontificio como Instituto Secular a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, la rama sacerdotal de la Obra que ofrecía

ambigüedades jurídicas cuando aparecía públicamente en su papel de locomotora que arrastraba los otros dos vagones del convoy llamado Opus Dei.

Aquello desencadenó inevitablemente una crisis que tuvo lugar en 1951 y enlazaba con otra anterior que sobrevino en 1949, donde fue cuestión, por parte del Vaticano, de abordar la vinculación y obediencia de los sacerdotes diocesanos en el caso de una adhesión al Opus Dei. En ambos casos la reacción de Escrivá fue desmesurada y si en 1951 llegó a exclamar "si me echan, me matan; si me echan, me asesinan" *[Gondrand, Francois, "Al paso de Dios", Rialp, Madrid, 1985, p. 206]* dos años antes, en 1949, había llegado a hablar de una "nueva fundación" únicamente para los sacerdotes diocesanos, pero que "hubiera escindido su corazón de padre y de madre dolorosamente". *[Bernal, Salvador, "Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer", Rialp, Madrid, 1976, p. 158; Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 257]*. En la aplicación del plan elaborado en el Vaticano a Escrivá sólo le salvó in extremis la intervención directa del papa Pío XII, quien decidió aplazar prudentemente la serie de medidas tendentes a enderezar el azaroso itinerario jurídico de la Obra, influyendo poderosamente en este aplazamiento la fracción ultraconservadora alojada en el Vaticano. La rama sacerdotal con todas sus implicaciones era lo que más importaba en el conflicto y este punto litigioso jamás ha podido ser aclarado por el Opus Dei en su peripecia jurídica dentro de la Iglesia católica hasta el siglo XXI, prolongándose los problemas y los conflictos incluso después del último reconocimiento en 1978 como prelatura. Mucha menor importancia tendría la independencia del Opus Dei de la Congregación de Religiosos a pesar de tener laicos en sus filas, o que la figura jurídica de Instituto Secular tuviera una dimensión exclusivamente religiosa, aspectos ambos que el Opus Dei afirmaba aceptar a regañadientes; pero con todo aquello, sin embargo, conseguía desviar la atención hacia unos temas considerados secundarios, cuando lo importante para el Vaticano giraba en tomo a la actividad y abastecimiento de miembros de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y sus nunca esclarecidas vinculaciones con las otras ramas dentro del Opus Dei.

Entretanto, la captación masiva de miembros del Opus Dei en España se basaba en un canto a la originalidad de su estructura y en presumir del reconocimiento como primer Instituto Secular de derecho pontificio. Así, cuando hubo oportunidad como en el Congreso Nacional de Perfección y Apostolado de los Laicos, celebrado en Madrid durante el otoño de 1956, los miembros del Opus Dei participaron con entusiasmo y se volcaron en señalarlo. El Congreso significó un gran éxito publicitario para la Obra, pero la procesión iba por dentro y tanto el Vaticano como otras organizaciones de la Iglesia católica vieron con malos ojos tanta soberbia y aquel complejo de superioridad por parte del Opus Dei, que consistía en intentar controlar por todos los medios la denominación de origen de los Institutos Seculares, cuando había llegado el último en las sesiones jurídicas preparatorias para alzarse con el triunfo, logrando ser proclamado el primero.

Pero Escrivá seguía dispuesto a todo en su marcha hacia adelante e hizo caso omiso de las cautelas vaticanas, lanzando una tras otra campañas de captaciones masivas de militantes para fortalecer aún más como si se tratara, en vez de una marcha, de una huida hacia adelante. Empeñado en avanzar por todos los medios, sólo hacía caso a su tremenda ambición aun cuando detrás ya le seguían centenares de miembros. "O creces, o mueres", solía repetir entonces Escrivá, frase que sería recogida como eslogan y emblema desde una colección de libros en la editorial Rialp, que ya tenía ese nombre en recuerdo de los montes atravesados por Escrivá durante la guerra, hasta la publicidad financiera del primer banco de la Obra, el Banco Popular Español.

Por su condición de Instituto Secular, la rama sacerdotal del Opus Dei debía contar con un cardenal protector en Roma, cargo de confianza para el que fueran nombrados, no de un golpe sino uno tras otro, los cardenales Tedeschini, Tardini,

Ciriaci y Antoniutti, purpurados que se distinguieron por su ultra conservadurismo en la curia vaticana. El fichaje de Federico Tedeschini, un viejo cardenal que había sido nuncio en España en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera y de la Segunda República, data de aquella época. Como una de las obsesiones de Escrivá consistía en buscar apoyos, sobre todo en el Vaticano, le nombró cardenal protector de la Obra, porque el cardenal Tedeschini había sido uno de los artífices más destacados del Congreso Eucarístico Internacional, que se celebró en Barcelona el 28 de mayo de 1952 y que rompió el aislamiento total del régimen franquista aportando el apoyo del Vaticano a la dictadura. Hasta tal punto el dictador Franco le estuvo agradecido que el sobrino del cardenal, Juan Bautista Tedeschini, fue nombrado marqués de Santa María de la Almudena en 1954. El lema que figuraba en el nuevo escudo nobiliario era: "Omnibus et in omnibus Christus". Por su parte, el viejo cardenal Tedeschini le agradeció el nombramiento de cardenal protector a Escrivá en carta fechada el 24 de septiembre de 1953, donde piropeaba al Opus Dei en términos que no resultaban excesivamente ridículos dada la avanzada edad del prelado, pero que también pueden incluirse con todos los honores en la antología que está por hacer con textos escogidos del fascismo clerical en España: "Surgió en efecto la Obra en medio de mi Nunciatura (...) considero al Opus Dei como la flor más bella, más dolorosa y consoladora de aquel período de mi vida, en que la Providencia me dio a conocer cuál fuerza se esconde y cuál dinamismo se perpetúa en la vieja y siempre nueva y juvenil pujanza de España. Y una vez, los dos, yo y ella, en Roma, y nombrado yo Protector, una nueva vocación, esto es una nueva invitación divina, ha venido a añadirse al antiguo Nuncio, para que no interrumpa sus destinos españoles (...) Doy todo lo que está en mi pecho para que esta annada, la verdaderamente invencible, sea mina inagotable de Apóstoles, seculares, como los primeros de Cristo y Romanos, como los eternos del Papa." *[Tedeschini, Federico, "Carta a Escrivá", Roma, 24 septiembre 1953, en Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, ramplona, 1989, pp. 559-560]*.

El cardenal Federico Tedeschini, que había anudado lazos con España por medio del Opus Dei en los últimos años de su carrera, falleció a finales de 1959, sucediéndole Domenico Tardini en el cargo honorífico de cardenal protector de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y también del Opus Dei. La simpatía que demostró Tardini a la Obra se remontaba a los tiempos de Pío XII, cuando Escrivá llegó en 1946 a Roma y la relación estrecha se mantuvo después de su elevación al cardenalato y hasta su muerte en 1961. Tardini fue uno de los prelados más intransigentes del Vaticano y enemigo irreductible del movimiento de curas obreros surgido en Francia después de terminada la segunda guerra mundial. La presencia del Opus Dei en Roma a partir de 1946 fue útil para los objetivos del grupo de prelados ultraconservadores del Vaticano, formado por altos dignatarios eclesiásticos muy celosos de su cargo y, como integristas que eran, de la inalterabilidad de la doctrina católica. El grupo encabezado en Roma por el cardenal Ottaviani se sirvió de la Obra de Escrivá para contrapesar la influencia de otras organizaciones católicas europeas que ya desde su origen fueron consideradas como nefastas. Se cita como ejemplo Mission de France, que obtuvo el estatuto jurídico de "prelatura nullius" en 1954.

La simpatía demostrada por Ottaviani y Tardini al Opus Dei explica que en 1955 la Obra de Escrivá obtuviera del Vaticano una villa en Castelgandolfo, lugar de veraneo de los papas, para cursos de retiro y formación. También explica que un año más tarde consiguiera el Opus Dei una prelatura nullius en los Andes peruanos. La prelatura de Yauyos, en Perú, y a cuyo frente se colocó Ignacio Orbegozo, uno de los primeros seguidores de Escrivá y sacerdote del Opus Dei, fue un compromiso que debió aceptar Escrivá si quería aumentar su influencia en el Vaticano, siguiendo la ambiciosa política que se había trazado. Aquella "prelatura nulllius no solucionaba ninguna cuestión jurídica y representaba más bien un engorro, pero significaba también un escaparate, una vitrina del apostolado moderno de la Iglesia católica en las altiplanicies peruanas, y al

mismo tiempo una muestra expositiva de la cual podía presumir la Obra de Escrivá al no rechazar la oferta del Vaticano. La posición del Opus Dei se reforzó y no halló inconvenientes, sólo alabanzas, cuando llegó la hora del reconocimiento de la Universidad de Navarra como centro educativo de la Iglesia católica y romana. La clave de la proclamación del escuálido Estudio General de Navarra como universidad pontificia en 1960 se encontraba en las excelentes relaciones que ligaron Escrivá y los miembros del Opus Dei en Roma con los monseñores del ala más ultraconservadora del Vaticano.

Por aquellas fechas, Escrivá quería aprovechar la coyuntura que consideraba favorable y consultó con el cardenal Tardini, en su condición de secretario de Estado del Vaticano, sobre la conveniencia o no de presentar oficialmente el expediente de revisión del estatuto jurídico del Opus Dei. *[Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, Pamplona, 1981, pp. 325-326]*. Tardini le manifestó a Escrivá que los tiempos no estaban maduros para una petición formal de revisión del estatuto jurídico y que "era mejor que las cosas siguieran de momento como estaban". *[Varios autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", ob. cit.]*. Sin embargo, tras la desaparición del cardenal, cuya muerte sobrevino en el verano de 1961, como Escrivá estaba impaciente y tenía mucha prisa, decidió seguir adelante desoyendo los consejos del cardenal Tardini, muy recordado en el Opus Dei porque fue uno de los prelados que asistieron más emocionados a la colocación en 1960 de la última piedra de la sede central del Opus Dei.

En diciembre de 1961 Pietro Ciriaci fue seleccionado por Escrivá para ser cardenal protector del Opus Dei. El cardenal sucesor de Tardini en la "protección" de la Obra era nada menos que secretario de la Congregación del Concilio, pasando por ser uno de los adversarios más resueltos de la convocatoria de un nuevo concilio ecuménico y situándose entre los partidarios de la "resistencia" frente a la apertura dentro del Vaticano. *[Artigues, Daniel, "El Opus Dei en España", Ruedo Ibérico, París, 1971, p. 135]*. Ciriaci fue quien aconsejó a Escrivá, ante las peticiones de éste para el cambio de estatuto, que planteara la cuestión de modo formal ante el papa Juan XXIII.

Las maneras sencillas y directas de Juan XXIII eran lo contrario de lo que propugnaba el Opus Dei. El talante liberal del papa Roncalli no le determinaba especialmente para entender lo que representaban Escrivá y el Opus Dei. Juan XXIII ya había tenido dos contactos personales con el Opus Dei.

Cuando vino a España en peregrinación, siendo cardenal patriarca de Venecia, había cenado el 23 de julio de 1954 en el colegio Mayor La Estila perteneciente al Opus Dei en Santiago de Compostela y también pernoctó en la residencia Miraflores del Opus Dei en Zaragoza. De su paso por el colegio universitario de Santiago cuenta un dirigente del Opus Dei que "cenó allí con varios catedráticos (...) y luego estuvo de tertulia con un centenar de estudiantes; le contaron anécdotas de la vida universitaria compostelana, le dirigieron preguntas que contestó con llaneza, le cantaron canciones entre las que no pudo faltar la de "Triste y sola se queda Fonseea... Lo pasamos muy agradablemente y él se mostró complacido". *[López Rodó, Laureano, "Memorias", Plaza & Janés, Barcelona, 1990, p.158]*.

Uno de los cronistas del Opus Dei detalla que en Santiago de Compostela puso en el libro de firmas de La Estila un elocuente autógrafo. *[Vázquez de Prada, Andrés, "El Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1985, p. 328]*.

Juan XXIII recibió una petición documentada por parte del Opus Dei a comienzos de 1962, donde se solicitaba formalmente la revisión del estatuto jurídico del Opus Dei. Escrivá quería obtener para la Obra un estatuto semejante al de la Mission de France, conseguido en 1954 y que había desatado una serie de tormentas dentro del Vaticano. La propuesta consistía en erigir al Opus Dei en "prelatura nullius", confiriéndole el papa un territorio, aunque fuese simbólico, con menos de tres parroquias, en el cual los sacerdotes de la Obra quedasen

incardinados y que tuviera asimismo un derecho particular basado en las constituciones ya aprobadas por el Vaticano. Desde el punto de vista canónico, la propuesta representaba una fórmula mixta entre la prelatura y el vicariato castrense y Escrivá, para asentar sobre una base su petición, recurría al argumento de "la asistencia espiritual de unos laicos que desempeñan, con una formación específica, un apostolado de vanguardia". *[Varios Autores, "El itinerario Jurídico del Opus Dei", ob. cit., p. 335]*. Aquello no resultaba convincente en los tiempos que se avecinaban para la Iglesia católica. El papa desestimó la propuesta y la petición formal de Escrivá fue rechazada por el Vaticano, siendo notificada por carta al fundador con fecha de 20 de mayo de 1962.

Unas semanas antes, enterado Escrivá del escaso eco encontrado y temiendo lo peor por las escasas posibilidades que tenía el expediente de ser aprobado por el papa, se refirió en un escrito del 20 de abril a "la rectitud, la pureza de intención, el amor a la Santa Iglesia y a mi vocación, que me mueven a procurar que dejemos de ser Instituto Secular". Su soberbia le condujo a declinar su responsabilidad en el fracaso de la gestión para cambiar de estatuto y abandonar la maltrecha situación jurídica de Instituto Secular, proceso que explicaba de la siguiente manera: "La pureza de intención ha tenido además el mérito de una obediencia (...) nos hemos limitado a obedecer al Cardenal Protector, que aseguraba que sacaría todo adelante. Yo, en estos momentos, no me hubiera movido." *[Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", ob. Cit., p. 337]*.

Restablecido semanas más tarde Escrivá de la enorme contrariedad que significaba la negativa por parte del Vaticano, escribió una carta de respuesta donde reiteraba su "completa y perfecta adhesión a la Santa Sede" y solicitaba una entrevista con Juan XXIII que le fue pronto concedida. Para tales actos, como la audiencia con el papa y otras ceremonias públicas de gran protocolo, se vestía con el atuendo de prelado doméstico de Su Santidad. En expresión suya castiza iba "vestido de colorao" y cuando decía a los miembros del Opus Dei, que le contemplaban boquiabiertos, que el ornato prelaticio era para él "como otro cilicio", disimulaba bajo una capa de aparente humildad su gusto por el boato y de pasear con aquella vestimenta, fácilmente confundible con la de los grandes dignatarios de la Iglesia.

En la audiencia del 27 de junio de 1962, Juan XXIII le resumió a Escrivá con inteligencia afable y en dos frases el crecimiento espectacular del Opus Dei y sus vinculaciones con el poder, que infundían respeto, miedo o asombro. Juan XXIII le dijo al fundador del Opus Dei: "La primera vez que oí hablar del Opus Dei, me dijeron que era una institución "imponente e che faceva malto bene" (una institución imponente y que hacía mucho bien). La segunda..., que era una institución "imponentissima e che faceva moltissimo bene" (una institución superimponente y que hacía muchísimo bien)." *[Sastre, Ana, "Tiempo de caminar", Rialp, Madrid, 1989, p. 456]*. Por su parte, Escrivá comentó algún tiempo después: "Pío XII llegó a conocer la Obra y la quiso...Juan XXIII la quiso muchísimo y me decía que fuera a verle más a menudo... Un día, hablando con él, me dijo en italiano: Monseñor, la Obra pone ante mis ojos horizontes infinitos que no había descubierto." *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 456]*.

Ante los miembros del Opus Dei Escrivá hablaba deslenguadamente, siendo proverbiales sus comentarios irreverentes que alcanzaban hasta la figura del papa. Con respecto a Juan XXIII, testigos presenciales afirman que la palabra más suave hacia él fue decir que era un "patán", *[Tapia, María del Carmen, "Carta a Su Santidad Juan Pablo II, Hecho n° 6, Santa Bárbara (California), 2 agosto 1991]* es decir, un hombre zafio y tosco. Pero los vientos de liberalización que corrían por el Vaticano durante el papado de Juan XXIII no le eran favorables al Opus Dei. Estaban aún recientes las maniobras donde Escrivá y sus seguidores se habían comprometido excesivamente con el difunto cardenal Tardini, quien dirigió durante años el movimiento de oposición a cualquier apertura por parte de la

curia vaticana y llegó a utilizar como parachoques al Opus Dei. El porvenir para la Obra de Dios y de Escrivá se presentaba con negruras en el horizonte.

Escrivá, en Roma, había ido poco a poco tratando de ganar la confianza de los hombres de la curia vaticana por el viejo procedimiento de halagados, invitarlos a comer, hacerles regalos, en una época en que aquellos monseñores se comportaban sin excesivos lujos, como gente modesta. Llegó incluso a introducir en la burocracia vaticana a dos o tres miembros numerarios que fueron componiendo la tela de araña de la influencia. Como el objetivo había sido la aprobación canónica y en su totalidad no la habían logrado, Escrivá mantuvo la conspiración para que el Opus Dei tratara de aumentar su influencia en el Vaticano, sufriendo algunos reveses en su apetencia de poder, hasta que llegó el acontecimiento que le sacó de quicio e hizo tambalear hasta los mismos cimientos de la Obra de Dios: el Concilio Vaticano II. *[Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, p. 316 y ss.].*

El papa Juan XXIII anunció inopinadamente en enero de 1959 su decisión de convocar un Concilio Ecuménico que se iba a denominar Vaticano II. Al conocer la noticia, el fundador del Opus Dei comenzó a rezar y a hacer rezar a todos los miembros de la Obra "por el feliz éxito de esa gran iniciativa que es el Concilio Ecuménico". *[Cejas, J.M., "Vida del Beato Josemaría", Rialp, Madrid 1992, p.181]*. La presencia del cardenal Tardini como secretario de Estado del Vaticano con Juan XXIII tranquilizó durante los preparativos del Concilio a los miembros del Opus Dei, pero su fallecimiento en 1961 les privó de uno de sus padrinos eclesiásticos más importantes. Escrivá había cultivado la amistad entre los prelados ultraconservadores de la curia vaticana, pero tras la desaparición de Tardini, su sucesor Ciriaci como cardenal protector de la Obra no daba la talla deseada por Escrivá. Sus principales apoyos a partir de entonces fueron Angelo Dell'Acqua, un prelado incondicional de la Obra y amigo personal de Escrivá que ocupaba entonces el cargo de sustituto de la secretaría de Estado para Asuntos Ordinarios, además de Ildebrando AntOniutti, prefecto de la Congregación de Religiosos y de Institutos Seculares. Escrivá pretendió que Dell'Acqua jugara un papel similar al de Tardini, pero el Vaticano ya no era el mismo que en la década de los cincuenta. Por su parte, Ildebrando Antoniutti pasaría a ser cardenal protector del Opus Dei. A mediados de mayo de 1962, Antoniutti había dejado de ser nuncio apostólico en España, siendo uno de los dignatarios eclesiásticos más comprensivos que pudieron tener el Opus Dei y la dictadura de Franco. Sus lazos con la Obra de Dios fueron tan estrechos que no se puede olvidar a este prelado si se quiere analizar la presencia e influencia del Opus Dei en la curia vaticana. Volvió a Roma tras ser nombrado cardenal y ocupó el cargo de prefecto de la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, desde donde iba a ser un personaje influyente para la Obra de Dios en su política vaticana.

El Concilio Ecuménico Vaticano II, convocado por el papa Juan XXIII, reunió a los más de dos mil obispos católicos del mundo entero. Los documentos redactados y publicados entre 1962 y 1965 marcaron una mayor liberalización y la palabra conciliar que se puso de moda fue "aggiornamento" o puesta al día en cuestiones como la tolerancia religiosa, la relación entre la Iglesia y el mundo, las estructuras de la Iglesia y el Concilio intentó destacar especialmente el importante papel que debían jugar los laicos. La muerte de Juan XXIII en junio de 1963, entre la primera y segunda sesión plenaria del Concilio, no representó un fuerte contratiempo, y su sucesor, el cardenal arzobispo de Milán Giovanni Battista Montini, fue elegido papa con el nombre de Pablo VI en un cónclave rápido con la misión de proseguir las tareas del Concilio Ecuménico. El nuevo papa estaba al corriente de la situación del Opus Dei, porque Escrivá, desde su llegada a Roma, se había visto obligado a relacionarse con él por los cargos que había ocupado antes en la curia vaticana.

Escrivá acogió la elección del nuevo papa con evidente malestar. Un antiguo alto dirigente de la Obra presente entonces en Roma afirma que "[Escrivá] puso verde a Montini, acusándole de masón y otras lindezas. Estaba muy excitado y

previno que todos los que habían cooperado en esa elección se iban a condenar al infierno". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en Moncada, Alberto, ob. cit., p. 27]* El calificativo de "masón" en boca de Escrivá se explicaba porque el cardenal Montini, cuando era arzobispo de Milán, se ganó el odio generalizado de las variadas especies del fascismo clerical en España por haber enviado un telegrama con una petición de clemencia para trabajadores y estudiantes condenados por la dictadura, cuando ya participaban miembros del Opus Dei como ministros en el gobierno de Franco. Aunque no contaban todavía con excesiva influencia, los miembros del Opus Dei tenían su candidato a papa en la persona de Ildebrando Antoniutti, uno de los cardenales más "comprensivos" que pudieron tener el Opus Dei y la dictadura de Franco. Sobre Pablo VI, Escrivá hizo comentarios semejantes a los que había dicho de Pío XII: "A ver si de una vez nos deja en paz y Dios nuestro Señor, en su infinita misericordia, se lo lleva al cielo"y si a Juan XXIII, lo consideraba un "patán" a Pablo VI lo trataba públicamente de "jesuitón". *[Tapia, María del Carmen, "Carta a Su Santidad Juan Pablo II", Hecho n° 7, Santa Bárbara (California), 2 agosto 1991]*.

Hay que señalar que Escrivá aceptaba la jerarquía de la Iglesia católica, aunque añadía siempre la apostilla suya del "a pesar de los pesares". Su rechazo, sin embargo, era enorme hacia cualquier medida o actitud por parte de la jerarquía católica que no favoreciese a la Obra y que Escrivá denominaba "oposición al avance del Opus Dei". Como le rebelaba tanta mudanza y agitación, Escrivá llegó a mantener una confrontación creciente con los dos papas patrocinadores del Concilio Ecuménico Vaticano II, acontecimiento que iba a conmocionar no sólo al Opus Dei sino a toda la Iglesia católica. Consideraba en sus delirios que el diablo se había instalado en la cabeza de la Iglesia. Escrivá se creía diferente, así como también el Opus Dei, del resto de la Iglesia católica. "Somos ese resto de Israel, elegido por Dios para iniciar la conversión", solía decir parafraseando una frase de la Biblia a sus seguidores. *[Moncada, Alberto, ob. cit., p. 29]*. Por otra parte, su protagonismo era imperativo y no podía soportar que la jerarquía de la Iglesia les relegase, tanto a él como a su Obra. Escrivá no participó en ninguna de las comisiones o sesiones conciliares ni como padre conciliar, porque no era obispo, ni tampoco como consultor, porque no fue invitado. Resultaba revelador y a la vez inquietante que en aquella coyuntura histórica de la Iglesia católica el primero y mayor de los Institutos Seculares participara con grandes reservas o no fuese tenido en cuenta por la jerarquía eclesiástica. Por parte del Opus Dei no aparecía ningún miembro en los sectores propiamente conciliares, aunque hubo varios miembros de la Obra que figuraron en comisiones tradicionales como la de religiosos o disciplina del clero, pero su número no rebasó la media docena. *[Estruch, Joan, ob. cit., pp. 339-340]*. Aparte, claro está, de dos miembros numerarios que por su condición de obispos peruanos podían ostentar la etiqueta de "padres conciliares".

El Opus Dei estuvo prácticamente en las dos primeras sesiones conciliares y ya se elevaron entonces voces para señalar que bastantes aspectos de la doctrina del fundador del Opus Dei resultaban incompatibles con algunas de las posiciones del Concilio relativas, por ejemplo, a la libertad religiosa. Así la "santa coacción" ejercida por la Obra encajaba mal con las exigencias conciliares en este terreno. *[Artigues, Daniel, ob. cit., p. 135]* Durante el año 1963, entre la primera sesión plenaria y la apertura de la segunda sesión, católicos y grupos progresistas dentro de la Iglesia, que vivieron momentos de euforia con la celebración del Concilio, acumularon pruebas para arremeter contra los integristas partidarios de la inalterabilidad de la doctrina, especialmente contra el Opus Dei, en lo que algunos han llamado "primavera conciliar". Informes reservados enviados a. Roma por "personalidades de la Iglesia española" llamaban la atención hacia "la actividad de caracterizados eclesiásticos y seglares que con determinadas actuaciones ponen en peligro el prestigio y pacífica actuación futura de la Iglesia". *[Artigues, Daniel, ob. cit., Anexo 2, pp. 221 y ss.]*.

Pero, sobre todo, en materia estrictamente canónica, se consideraba muy peligrosa en el Vaticano la posibilidad de hallar sacerdotes en posición subordinada con respecto a los laicos dentro del Opus Dei, lo cual en derecho eclesiástico aparecía como un peligro y una aberración. Otro de los problemas jurídicos delicados era todo lo relacionado con la jurisdicción episcopal y el doble sometimiento de los miembros del Opus Dei que no respetaban al obispo como única autoridad diocesana. En el mes de octubre de 1963 Escrivá se atrevió a dar un mal paso con una maniobra jurídica que provocó un error mayúsculo en su política vaticana. Si durante el primer semestre de 1962 había intentado inútilmente la revisión del estatuto jurídico de Instituto Secular, fracasando en el empeño, un año más tarde Escrivá volvía a la carga proponiendo esta vez modificar las "santas, perpetuas e inviolables" constituciones del Opus Dei, situándose en ambos casos al margen de la corriente histórica del Concilio Vaticano II. No se sabe si Escrivá perdió los nervios, fue mal aconsejado o calculó mal los riesgos, empecinado como estaba en su proyecto. También se dijo entonces que el Opus Dei fue utilizado como punta de lanza y fueron los monseñores del ala ultraconservadora del Vaticano quienes empujaron a hacerlo a Escrivá. Como no estaba satisfecho con el atasco jurídico sufrido por la Obra y tratando de acelerar por todos los medios el cambio de estatuto con la mirada puesta en el futuro, Escrivá decidió modificar las constituciones secretas del Opus Dei, aquel otoño de 1963 en vísperas de la segunda sesión del Concilio. La coyuntura parecía escogida especialmente, aprovechando Escrivá el interregno entre el fallecimiento de Juan XXIII y el afianzamiento de su sucesor Pablo VI, que comenzó su pontificado sintiéndose desbordado, tanto en la supervisión del Concilio como en los asuntos específicos de la Santa Sede. Ildebrando Antoniutti, prefecto de la Congregación de Religiosos y de los Institutos Seculares, no permaneció inactivo como cardenal protector del Opus Dei en la maniobra jurídica que representaba la solicitud para modificar las constituciones y que sería realizada con mucha prontitud. Además, las modificaciones en las constituciones del Opus Dei tuvieron lugar precisamente cuando toda la actividad de las principales organizaciones religiosas católicas había sido paralizada durante la celebración del Concilio. Si por alguna razón tenían que convocar una reunión durante el período conciliar, como hicieron los jesuitas cuando murió el presidente o prepósito general, ésta debía posponerse hasta que el Concilio completara sus tareas y al reunirse de nuevo cualquier asamblea tenía que hacer concordar la estructura de la organización con las conclusiones del Vaticano II. *[Walsch, Michael, ob. cit., p. 82]*.

El 2 de octubre Escrivá se dirigió al papa Pablo VI, como era preceptivo y rutinario, con la propuesta para efectuar nuevas modificaciones en las constituciones. Hasta entonces el Opus Dei había realizado, debidamente autorizado, poco más de una docena de retoques en las constituciones desde 1950. La Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, dirigida por Antoniutti, contestó rápidamente dando su conformidad tres semanas más tarde, el 24 de octubre, y el 31 de octubre ya estaba impresa la primera edición de la versión del año 1963 de las remozadas constituciones y contando con un dudoso nihil obstat del Vaticano, ya que no habían recibido la aprobación superior, es decir, del papa, a quien de hecho no le fueron sometidas. El texto, tras las modificaciones, aparecía "aligerado" y pasaba de 479 a 398 normas, lo cual no parecía afectar a sus partes principales. Sin embargo, la realidad era otra y la "pureza de intención" de Escrivá y los dirigentes del Opus Dei quedaba en entredicho. Había, sobre todo, una supresión que parecía ínfima, pero que alarmó a algunos padres conciliares, entre los más de dos mil obispos del mundo católico, porque se habían atrevido a suprimir como si no tuviera importancia, el párrafo 3 de la norma 76 en las constituciones de 1950, que señalaba "es necesaria la venia del Ordinario respectivo". Es decir, que los sacerdotes incardinados en las diversas diócesis ya no iban a estar obligados a solicitar en adelante la venia del obispo, antes de su adhesión como miembro a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz dentro del Opus Dei. En resumen, que a partir de entonces el obispo ordinario no tenía que ser informado, lo cual creaba una

situación anómala, una de cuyas consecuencias era la de escapar de alguna manera a la autoridad diocesana y el Opus Dei podía convertirse a la larga en una Iglesia paralela. Después de la rápida maniobra jurídica con las modificaciones, Escrivá envió complacido una carta a Antoniutti el 31 de octubre, junto con un ejemplar impreso de la nueva versión de las constituciones, donde le agradecía su actuación y expresaba una vez más su preocupación para el futuro: "Soy consciente que, como he manifestado muchas veces a Vuestra Eminencia, falta mucho para llegar a la solución jurídica definitiva del Opus Dei. Me conforta, sin embargo, la certeza de que Dios Omnipotente a través de su Iglesia Santa, no dejará de abrirnos el camino... ". *[Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", ob. cit., p. 349]*.

Tres meses más tarde, el 24 de enero de 1964, Pablo VI recibió en audiencia a Escrivá por vez primera y la iniciativa partió al parecer del Vaticano. De la actitud y reacción posterior de Pablo VI se deduce que hubo una amonestación verbal del pontífice al fundador y presidente general del Opus Dei, quien fue recibido secamente en la audiencia. Estaba claro que Pablo VI había sido puesto al corriente de las numerosas críticas llegadas al Vaticano, a propósito de las actividades extrarreligiosas del Opus Dei, especialmente en España. Escrivá, por su parte, repitió al papa su discurso habitual sobre la Obra, de que representaba un "fenómeno pastoral nuevo" y se quejó también de las constantes incomprensiones que sufría el Opus Dei dentro de la Iglesia.

El 14 de febrero, día de los enamorados y fecha significativa dentro de la Obra, Escrivá había expedido el ejemplar solicitado por el papa con la versión nueva de las constituciones. Acompañaba los documentos internos, expresamente solicitados por Pablo VI, una larga carta añadida subrepticiamente a la documentación, con el texto en latín y firmada con un simple Josephmaría. La carta estaba fechada el 2 de octubre de 1958, aunque fue redactada no sólo por Escrivá sino también por otros miembros dirigentes del Opus Dei en una fecha posterior a 1958 y que algunos señalan con precisión, porque lo fue entre los meses de enero y de febrero del año 1964. Con tono solemne de encíclica papal, imitando el estilo del destinatario, la carta empezaba con un "No ignoráis, hijas e hijos queridísimos" para seguir luego de forma repetitiva con los tópicos consabidos de la Obra, fin y medios plena y exclusivamente sobrenaturales, no somos religiosos ni se nos puede llamar religiosos o misioneros, gozáis de una libertad completa, etc. También recordaba con astucia el espíritu de obediencia "inalterable" a la jerarquía episcopal que debían tener sus hijos de la Obra de Dios y el mensaje más importante era, sin duda, sobre la situación jurídica, estando subrayada además la frase de Escrivá en el texto de la carta: "y a la vez manifestaré que deseamos ardientemente que se provea a dar una solución conveniente, que ni constituya para nosotros un privilegio -cosa que repugna a nuestro espíritu y a nuestra mentalidad-, "ni introduzca modificaciones en cuanto a las actuales relaciones con los Ordinarios". Como tantos otros documentos internos del Opus Dei, donde la manipulación era de rigor, la carta enviada al papa admitía varias lecturas y contenía varios mensajes destinados a Pablo VI de forma indirecta, a través de la presunta carta de Escrivá a los miembros de la Obra. Escrivá no dirigió la carta el 2 de octubre de 1958 a los miembros de la Obra, según señalan fuentes internas del Opus Dei, ni tampoco pudo escribirla alrededor de esa fecha, con una alusión tan transparente a un problema arrastrado desde antes, pero cuyo conflicto había surgido a finales del año 1963 y comienzos del año 1964.

A partir de la documentación facilitada por Escrivá, el papa Pablo VI mandó a una comisión formada por juristas y teólogos de la curia vaticana estudiar la situación para aplicar medidas draconianas. Según los planes del Vaticano el castigo al Opus Dei sería cuidadosamente estudiado y la estructura de la organización dividida en dos ramas distintas: una agruparía a los sacerdotes con estatuto de Instituto Secular y la otra comprendería a los laicos y se convertiría en una asociación de fieles sin carácter específico de ninguna clase. *[Artigues, Daniel, ob. cit., p. 135]*. El año 1964 iba a significar un vía crucis y una aflicción

continuada para Escrivá y los miembros del Opus Dei en el Vaticano; en cambio, para los hagiógrafos de Escrivá y cronistas de la Obra sería sencillamente el año "cuando el fundador comenzó formalmente a moverse para cambiar el estatuto del Opus Dei". Un dato revelador de la situación fue que Escrivá llegó a estar ilocalizable, como le recomendaron los prelados amigos de la curia vaticana y, confiando en que pasara la tormenta, desapareció de Roma durante el verano de 1964.

Los problemas se habían acentuado durante el verano de 1964 para el Opus Dei, cuando los aires del Concilio Vaticano II soplaban fuerte para España. Un informe del obispo de Mondoñedo, que figura en los archivos de Franco recogidos del palacio de El Pardo, legajo 29 bis,69 menciona dos encuentros en Roma con el fundador del Opus Dei donde Escrivá mostró una evidente actitud de hostilidad hacia el Concilio. "En la primera entrevista", relata el obispo de Mondoñedo, "me dijo que los obispos españoles estamos quedando en el Concilio a la altura de los de Guatemala. En la segunda, me aseguró que el episcopado español tan virtuoso, capaz y apostólico, está poco acreditado en el mundo." y el obispo de Mondoñedo señalaba en el informe refiriéndose a Escrivá: "Salvando la mejor voluntad de mi informador, yo creo que estas opiniones encierran injusticia". El pánico cundió entre la mayoría de eclesiásticos vinculados al régimen de Franco. El silencio de los obispos, cuya intransigencia había causado estupor a muchos colegas suyos en el Concilio, hizo aumentar la inquietud entre los ultras católicos españoles. Para adelantarse a los planes del Vaticano, dentro de la Obra se creyó que era el momento oportuno para crear en España una Junta Civil del Opus Dei que estaría oficialmente encargada de las relaciones con el Estado, a través de la dirección general de Asuntos Eclesiásticos del Ministerio de Justicia. Se pensó que la Junta estaría presidida por Alfredo López, un miembro supernumerario del Opus Dei y subsecretario entonces de aquel ministerio, quien luego se encargaría del desempolvamiento del título nobiliario de marqués de Peralta para el fundador del Opus Dei. La decisión que había sido tomada por Escrivá, adelantándose con este plan a lo que se estaba fraguando en el Vaticano, levantó grandes reacciones legales en contra, principalmente en el Consejo General y entre algunos de los estrategas de la Obra, pues el proyecto significaba que ésta tendría forzosamente que definir sus posiciones legales y reconocer de forma pública que no era totalmente un Instituto Secular, punto esencial sobre el que había basado desde 1947 su propaganda. Dentro del Opus Dei decidieron aplazar la medida en espera de tiempos más favorables.

Desde su reconocimiento como Instituto Secular, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz era la única rama de la Obra que estaba obligada a declarar a sus miembros ante los obispos del lugar, para poder actuar con todas las garantías legales bajo la jerarquía de la Iglesia católica. Esta condición, sine qua la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz no podría realizar ningún apostolado en España, fue cumplida desde 1948 por el Opus Dei más o menos escrupulosamente y en 1964 la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz tenía oficialmente registrados 133 sacerdotes cuya actuación y apostolado dependía de los obispos españoles y, por supuesto, de la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares. La lista completa con sus nombres, diócesis de nacimiento, año de nacimiento, año de ordenación, cargos que desempeñaban y lugar de residencia figuraba en los archivos de la Conferencia Episcopal española. *[Véase lista en Ynfante, Jesús, "La prodigiosa aventura...", ob. cit., pp. 143-152]*.

En Roma, al principio de la tercera sesión conciliar, celebrada en octubre de 1964, algunos obispos se extrañaron de que en el esquema sobre el apostolado de los laicos no se dijera nada sobre los Institutos Seculares. Un miembro de la vaticana planteó la cuestión, constatando los padres conciliares el vacío existente y cuya responsabilidad recaía en parte sobre el Opus Dei, por ser el mayor y el primero de los Institutos Seculares. Parece ser que abundaron las iniciativas por parte de los obispos conciliares y se habló de un eventual proceso público de la Obra de Dios; es decir, que el conflictivo caso del Opus Dei podía ser tratado como tema candente en el Concilio Vaticano II. Fue entonces cuando

Escrivá se sintió víctima perseguida por la Iglesia católica y dijo que "ya no era el cacharro de la basura, sino la escupidera de todo el mundo" y que "cualquiera se sentía con derecho a escupir sobre este hombre; y es verdad que tenían derecho y lo siguen teniendo, pero lo ejercitaban los que se llamaban buenos y los que no lo eran tanto". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., pp. 512-513, nota 23]*.

La conflictiva cuestión quedó provisionalmente zanjada con la segunda audiencia privada que Pablo VI concedió al fundador del Opus Dei el 10 de octubre de 1964. Pablo VI entregó a Escrivá un cáliz de marfil y metales preciosos como regalo, junto con una carta manuscrita o quirógrafo según la jerga vaticana, donde el papa se erigía en árbitro absoluto de la contienda, reconociendo las aportaciones del Opus Dei y considerándolas al mismo tiempo como una inyección de vitalidad para la Iglesia católica. En resumen, una carta de literatura diplomática con afirmaciones típicamente elogiosas que son habituales en la política vaticana y el regalo del cáliz tenía un mayor significado en la paz sellada con un abrazo. La carta del papa era apaciguadora y en el primer párrafo Pablo VI se refería a "los filiales sentimientos del cariño hacia Nos de todos y cada uno de los miembros de esta Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz", añadiendo: "En sus palabras hemos advertido la vibración del espíritu encendido y generoso de toda la Institución..." Al parecer los miembros de la Obra habían movilizado todas sus influencias vaticanas, que ya eran muchas, y complementariamente habían hecho uso masivo de un voto epistolar dirigido hacia la persona de Pablo VI, que respondía emocionado; aunque el papa, como conocía claramente dónde residía el problema, se dirigía en primer lugar a la rama sacerdotal de la Obra, la única que contaba con el estatuto legal de Instituto Secular de derecho pontificio, y luego, en segundo término, a "toda la Institución". A Pablo VI le pareció más oportuno esperar a la finalización del Concilio Vaticano II para ocuparse de los problemas que planteaba el Opus Dei, frenándose así la eventualidad de un proceso público a la Obra. Para el papa, cualquier medida que afectase al funcionamiento interno de las organizaciones católicas debía posponerse hasta que el Concilio completase sus tareas y todo debería ser resuelto luego, de acuerdo con las decisiones del Concilio Vaticano II, que se encontraba entonces en su apogeo. *[Walsch, Michael, ob. cit., p. 82]*. Sin embargo, Pablo VI ya apuntaba también en la carta que su apostolado no fuera tan secreto. Por eso escribió el papa que "el Opus Dei "está abierto" de una manera patente a las exigencias de un apostolado moderno, cada vez más activo, capilar y organizado".

Por otra parte, antes de que concluyera el Concilio Vaticano II el Opus Dei consiguió por medio del cardenal Dell'Acqua que Pablo VI asistiera a la inauguración del Centro ELIS iniciales de "Educazione, Lavora, Istruzione, Sport", situado en el barrio Tiburtino de Roma. El edificio principal del Centro ELIS había recibido el premio nacional de arquitectura social en Italia. El centro disponía de una residencia para jóvenes trabajadores, un complejo de edificios escolares y una amplia zona deportiva, más una escuela femenina de hostelería en un edificio totalmente independiente. Contaba además con la parroquia de San Juan Bautista "al Collatino", confiada también a los sacerdotes de la Obra. *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 492]*. Los orígenes del centro ELIS se remontaban a los tiempos de Pío XII y Juan XXIII. Con motivo del octogésimo aniversario de Pío XII se organizó en el mundo entero una colecta, cuyo fruto le fue ofrecido como obsequio. Pío XII murió sin haber dispuesto de los fondos y una oportuna filtración hizo saber a los dirigentes del Opus Dei que Juan XXIII deseaba dar a aquel dinero un destino concreto. Tras elaborar y presentar un proyecto muy detallado, los dirigentes del Opus Dei obtuvieron la adjudicación de los fondos para la creación del Centro ELIS. Un dignatario eclesiástico ha contado en varias ocasiones que un día, al ser recibido en audiencia por Juan XXIII, éste le comentó: "Ahora mismo acaban de marcharse los del Opus; todo el rato han estado hablando de dinero, tanto, que aún me da vueltas la cabeza." *[Estruch, Joan, ob. cit., p. 238].* En la inauguración del Centro ELIS, Pablo VI pronunció unas palabras obviamente elogiosas en este caso sobre el Opus Dei y todas las

publicaciones de la Obra y afines se volcaron en destacarlas. La coincidencia del nombre de la parroquia con el suyo propio, Giovanni Battista, hizo exclamar a Pablo VI: "Tutto, tutto qui é Opus Dei...", "Aquí todo, todo es Opus Dei.". Antes del acto de inauguración Escrivá se. dirigió a las miembros numerarias del Opus Dei que se encontraban en Roma y les dijo: "Hijas mías, decidles a vuestras hermanas pequeñas -que era como Escrivá llamaba a las sirvientas- que yo ya sé que me quieren mucho, pero que esta vez, cuando llegue el papa al Tiburtino le aplaudan más a él que a mí". *[Tapia, María del Carmen, "Carta a Su Santidad Juan Pablo II", Hecho n° 7, Santa Bárbara (California), 2 agosto 199]*. Una vez terminado el acto Escrivá dijo: "Con que Pablo VI hubiera pasado diez minutos felices, me hubiera quedado contento. Pero me quedé corto... Porque estaban previstas dos horas para la visita, y estuvo tres horas largas. No tenía prisa. Se marchó feliz, feliz." *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 494]*. Como detalle revelador de la actitud del fundador, Escrivá había recibido al papa en la puerta del Centro ELIS de rodillas. "Quise esperarlo de rodillas -comentaría a la mañana siguiente- como un sacerdote que ama con locura al papa y a la Iglesia católica." *[Casciaro, Pedro, "Soñad y os quedaréis cortos", Rialp, Madrid, 1994, p.215]*. Inspirada en el toreo español, la escena es digna de ser destacada: Escrivá imitando a los toreros recibió al papa a puerta gayola en el nuevo centro del Opus Dei en Roma.

Finalizada la cuarta y última etapa del Concilio, Escrivá con su habitual espíritu triunfalista se dirigió a los miembros del Opus Dei en los términos siguientes: "Hemos de estar contentos al acabar este Concilio. Hace treinta años, a mí me acusaron algunos de hereje, por predicar cosas de nuestro espíritu, que ahora ha recogido el Concilio de modo solemne... Se ve que hemos ido delante, que habéis rezado mucho." *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 486. Varios Autores, "El itinerario Jurídico del Opus Dei", ob. cit., p. 327. Artigues, Daniel, "El Opus Dei en España", Ruedo Ibérico, París, 1971, Cejas, J. M., "Vida del Beato Josemaría". Rialp, Madrid, 1992, p. 181. Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en Moncada, Alberto, ob. cit.]*. La procesión, sin embargo, iba por dentro y el panorama de una Iglesia católica rejuvenecida por el Concilio Vaticano II fue visto muy negativamente dentro del Opus Dei. La "catástrofe" era descrita así por Escrivá: "Fuera, por muchas diócesis de la cristiandad, y con un mayor o menor descalabro, se iba resquebrajando la fe..." [Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 362] En la aplicación de la doctrina del Concilio la reacción de Escrivá fue contada por él mismo de la siguiente manera: "El padre tuvo que velar por los suyos, evitando que el mal se infiltrara en sus almas como por ósmosis". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 362]*. También que "el desconcierto doctrinal y la desbandada eclesiástica, por no entrar en el triste recuento de las defecciones, le produjo intensísimo dolor". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 265]*. El fundador del Opus Dei, según uno de los cronistas autorizados de la Obra, "estudió detenidamente las disposiciones eclesiásticas y, luego, con suma prudencia y energía, para eliminar posibles desorientaciones, transmitió a los centros de la Obra los criterios pertinentes para su recta y fiel aplicación". Asimismo, "tomaba con mucho tiento el pulso a la situación, como se toma el pulso a un enfermo. De manera velada al principio, y después con gran diligencia, alertó a sus hijos sobre la peligrosidad de ciertas teorías que despuntaban sospechosamente por todas partes". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 362].* Resultaba inevitable que el "espíritu de la Obra" fuera totalmente refractario a la doctrina liberalizadora del Concilio y Escrivá se dedicó a negarle vigencia dentro de la Obra. Como consecuencia de ello, no sólo se prohibía internamente la lectura y el comentario de los documentos conciliares, sino que se tomaron disposiciones en su contra. Por ejemplo, mientras el Concilio hizo énfasis en las lenguas vernáculas para las celebraciones litúrgicas, Escrivá dispuso una intensificación del latín. *[Moncada, Alberto, ob. cit., p. 26]*. Sobre las nuevas normas relativas a la forma en que debía decirse la misa, con el sacerdote de pie frente a los asistentes, dentro del Opus Dei no se aceptaron los altares conciliares y los sacerdotes de la Obra de Dios y de Escrivá continuaron dando la espalda a los fieles. *[Walsch, Michael, ob. cit., p. 79]*.

Todos los dirigentes del Opus Dei y los seguidores de Escrivá especializados en derecho canónico habían estudiado, entretanto, los decretos conciliares y encontraron un resquicio en uno de los documentos donde aparecía la figura jurídica de las prelaturas personales, que podía ser utilizada para establecer una nueva base legal al Opus Dei. *[Varios Autores, "El itinerario jurídico de! Opus Dei", ob. cit., pp. 370-371]*. Las nuevas estructuras surgidas en la Iglesia desde el Concilio Vaticano II ofrecían mayores posibilidades que las de la "prelatura nullius", el modelo propuesto al Vaticano en 1962 y que no prosperó en tiempos de Juan XXIII. *[Véase cap. 7. "El fundador en Roma", pp. 188-191. También en Walsch, Michael, ob. cit., p. 82]*. Por ese camino de prelatura personal prosiguieron los estudios que se realizaron dentro del Opus Dei y mientras los canonistas de la Obra estaban ocupados en sus conspiraciones y en el estudio del modelo de prelatura personal, en el Vaticano se habían cansado de esperar y como no había ninguna reacción positiva por parte del Opus Dei ante el Concilio, se tomó la decisión en 1969 de pasar a la acción, constituyéndose en el Vaticano una comisión especial' formada por cinco miembros para investigar al Opus Dei y obligarle al cumplimiento de sus obligaciones como organización de la Iglesia católica. *[Diario "El País", Madrid, 14 abril 1992]*.

El Vaticano no estaba dispuesto a tolerar la independencia y rebeldía del Opus Dei, que pretendía nada menos que convertirse en una excepción dentro de la Iglesia para moverse a sus anchas, en virtud de un carisma discutible y porque sus dirigentes estaban sobre todo acostumbrados a la dictadura de Franco, en España, donde todo les resultó fácil y sencillo de solucionar, al disfrutar de un trato político privilegiado. Con ánimo de corregir tales desviaciones, monseñor Giovanni Benelli fue encargado por Pablo VI de efectuar un seguimiento especial en las actividades de la Obra. Antes de ser nombrado por el papa como sustituto en la secretaría de Estado, cargo que servía de enlace entre Pablo VI y todos los órganos de la curia vaticana, Benelli había pasado unos años como consejero diplomático en la nunciatura del Vaticano en Madrid, donde sufrió una hostilidad constante hacia su persona por parte del Opus Dei, porque Benelli conocía los abusos y maniobras del Opus Dei y sus connivencias con el régimen de Franco, al que no consideraba cristiano ni mucho menos democrático. *[Pérez Pellón, Javier, "Wojtyla, e! último cruzado", Temas de Hoy, Madrid, 1994, p. 41]*. Pese a protegerse con el falso manto de la "humildad colectiva" que ayudaba a recubrir precariamente sus actividades, el Opus Dei no podía soportar por su parte el control impuesto desde arriba por el Vaticano para conocer lo que ocurría en el interior de la Obra. La pugna ya era larga y duraría más de veinte años, bajo los pontificados de Juan XXIII y Pablo VI, en Roma.

La iniciativa del Vaticano con la creación de una comisión de investigación cogió de sorpresa a Escrivá y a los dirigentes del Opus Dei. La autodefensa del Opus Dei consistió en convocar urgentemente un Congreso General Especial y en intentar retrasar las investigaciones del Vaticano, por la vía de torpedear la recién nombrada comisión. A tal fin, Escrivá se dirigió por carta directamente al papa para denunciar el carácter "secreto y sin apelación" de la comisión y recusar de paso a tres de los cinco miembros de la misma. *[Diario El País, Madrid, 14 abril 1992]*. La reacción del Vaticano no se hizo esperar y el cardenal Jean Villot, secretario de Estado con Pablo VI, transmitió a Escrivá el disgusto del papa por esa carta y entonces fue cuando el fundador del Opus Dei envió inmediatamente otra como respuesta solicitando al papa su perdón. No obstante, en enero de 1971 el cardenal Villot pidió oficialmente información de los miembros del Opus Dei que trabajaban en la curia vaticana y dos años más tarde el cardenal Villot se dirigió de nuevo por carta a Escrivá pidiéndole garantías para que los miembros del Opus Dei con puestos en el Vaticano no se dedicaran más a violar el secreto profesional, beneficiando con la información a sus directores del Opus Dei, acerca de asuntos conocidos por el cargo que ocupaban en instituciones de la Iglesia. Escrivá dio esas garantías por escrito y su reacción, según los testimonios de la Obra, consistió en "rezar con toda su fuerza por los que no comprendían al Opus Dei, y particularmente monseñor

Benelli" quien años más tarde para mayor inri del Opus Dei, estuvo a punto de ser elegido papa. A pesar de las "incomprensiones" denunciadas por Escrivá, Benelli fue uno de los cardenales que enviaron cartas postulatorias pidiendo la apertura de la causa de beatificación tras la muerte de Escrivá. *[Diario El País, Madrid, 14 abril 1992]*.

Escrivá afirmó entonces haber convocado el Congreso General Especial, que se inauguró oficialmente el l de septiembre de 1969 y cuya primera parte duró sólo quince días, porque afirmaba estar de acuerdo con los decretos del Concilio Vaticano II y para la revisión de los planteamientos jurídicos del Opus Dei. En carta al cardenal Antoniutti, con fecha 22 de octubre de 1969, Escrivá precisaba que "algunas de las eventuales modificaciones, que están todavía a nivel de propuestas, podrían ser introducidas por el mismo Congreso General", otras requerirían una aprobación de la Santa Sede, y otras, finalmente, en cuanto que comportarían un cambio de naturaleza del Instituto, exigían incluso un acto más solemne de la Santa Sede, es decir, una nueva erección del Instituto. *[Varios Autores, "El itinerario jurídico de! Opus Dei", ob. cit., p. 380]*.

Mientras tanto se celebraron dentro del Opus Dei asambleas regionales y sus dirigentes decidieron además una participación lo más amplia posible, sin llegar a ser democrática, con vistas a la convocatoria de la segunda parte del Congreso General Especial que recomenzó sus trabajos, un año más tarde, el 10 de septiembre de 1970. Las sesiones plenarias de la segunda parte del Congreso no llegaron a durar una semana. En la clausura Escrivá se dirigió a los presentes diciéndoles: "Pero, lo sabéis bien, esto no quiere decir que el Congreso haya concluido su trabajo. El Congreso General queda abierto". En las conclusiones los miembros del Opus Dei que asistieron al Congreso General, habían pedido que "se resuelva definitivamente el problema institucional del Opus Dei otorgándole, en base a las nuevas perspectivas jurídicas que han abierto las disposiciones y las normas de aplicación de los decretos conciliares, una configuración jurídica diversa de la de Instituto Secular". *[Varios Autores, "El itinerario jurídico...", ob. cit., Apéndice 55, pp. 584-585]* Un año más tarde, Álvaro Portillo, después de haber estado mareando la perdiz en su condición de secretario general de la organización, informaba al cardenal Antoniutti, prefecto de la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares, que el Congreso General Especial había entrado en una nueva fase y que "actualmente se procede en sede de comisiones técnicas". *[Varios Autores "El itinerario jurídico..." ob. cit. p. 414]*. Dos años más tarde, el 25 de junio de 1973, Escrivá fue recibido en audiencia por Pablo VI, al que informó sobre los lentos trabajos del Congreso General Especial, que se había prolongado y seguía abierto. También le habló de la labor de la comisión técnica nombrada para la autorrevisión del estatuto jurídico del Opus Dei. El papa le animó a seguir adelante con la tarea emprendida, aunque las esperanzas de conseguir el Opus Dei la tan ansiada prelatura personal eran nulas bajo el pontificado de Pablo VI.

Un año más tarde, en 1974, el Opus Dei tenía redactadas unas nuevas constituciones. El nuevo código ofrecía una versión light de las constituciones de 1950 con algunas adaptaciones al Concilio. Constaba solamente de 194 normas, con un texto aún más reducido que la controvertida versión de 1963 que ya había sido rechazada por el Vaticano, y como reconoció uno de los numerosos equipos de canonistas de la Obra, "faltaba sólo considerar el momento adecuado para plantear a la Santa Sede la petición formal de la nueva configuración jurídica". *[Varios Autores "El itinerario jurídico..." ob. cit. p. 417]*. Otro año después, el 26 de junio de 1975, Escrivá murió sin haber entregado en el Vaticano las conclusiones del Congreso General Especial del Opus Dei, que seguía convocado desde 1969, sin el nuevo texto de las constituciones, ni la propuesta de modificación del estatuto jurídico. Escrivá se fue de este mundo con sus "santas, perpetuas e inviolables" constituciones de 1950, manteniéndose una parte del Opus Dei incómodamente alojado en la estructura jurídica eclesiástica de Instituto Secular y el resto, en la precariedad jurídica, con un

estatuto de Instituto Comunitario sin votos públicos, de carácter diocesano y dependiente desde 1943 del obispado de Madrid.

Pese al recubrimiento de otras formas jurídicas y modelos sociales, el Opus Dei se constituyó en corporación o sociedad anónima católica, mostrando a partir de los años cincuenta, después del reconocimiento pontificio como Instituto Secular, las más recientes formas "laicas" de fascismo clerical y de poder integrista económico en un límite extremo, pero todavía dentro de la Iglesia católica. Algo así como el "Octópus Dei Incorporated", de forma cambiante, siempre con sus equipos de canonistas a la búsqueda de una fórmula jurídica original, para ir adaptándola a sus objetivos, a medida que aumentaban sus influencias. Este lado proteico del Opus Dei, que se adapta continuamente al objetivo que es el Poder con mayúscula, parece que puede alcanzar uno de sus puntos culminantes cuando se infiltre completamente en su fase actual de apoderamiento del Vaticano, como está en vías de hacerlo con el apoyo incondicional del papa Juan Pablo II, calificado por la crítica especializada de "el último cruzado", *[Pérez Pellón, Javier, "Wojtyla, e! último cruzado", Temas de Hoy, Madrid, 1994.]* con un papado medieval en los comienzos del tercer milenio. No obstante, los movimientos pendulares existen en la cabeza de la Iglesia católica y si durante finales del siglo pasado la aceptación por parte del papa Juan Pablo II del "espíritu de la Obra" ha sido casi completa, el Opus Dei no escapa todavía a la posibilidad de caer de nuevo en desgracia, si llegan a soplar vientos más liberales con un nuevo pontífice al frente de la política vaticana.

La "batalla canónica", como Escrivá llamaba a la lucha con la curia de Roma para conseguir hacerse un hueco jurídico en las estructuras de la Iglesia católica, consistía en que aprobasen la Obra tal y como Dios se la inspiró, convencer al papa y a los cardenales de que la marcha de la Obra no debía ser regulada minuciosamente, sino que había que dejar la iniciativa al espíritu, encarnado en él, "el Padre" de toda la Obra. *[Moncada, Alberto, “Los hijos del Padre”, Argos Vergara, Barcelona, 1977, p.76]*. Paradójicamente, con una legión de canonistas en sus filas, el Opus Dei se presentaba como víctima de la incomprensión vaticana y Escrivá se quejaba de lo mucho que le costaba a la curia de Roma entender el "espíritu de la Obra"; porque en Roma, afirmaba Escrivá sin remilgos, había una gran tendencia a la normativa y a la juridicidad, como si estos elementos no fueran de lo que se abastecía internamente el Opus Dei, en su incesante búsqueda del Poder y en el control absoluto de sus miembros. Por ello la etapa fundacional no murió con el fundador y en 1982 consiguieron una jurisdicción cuasiepiscopal, aunque con ciertas limitaciones. *[Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, pp. 435-440]*. Una vez alcanzada una adecuada estructura de poder como la Iglesia y paralela a ella, el Opus Dei se presenta como una fuerza totalitaria y los miembros de la Obra se atreven a reconocer públicamente que sólo en el Opus Dei se encuentra el futuro de la Iglesia.

Respecto al reclutamiento de miembros y como organización constituida sobre la base de un credo religioso y del conjunto de personas que lo profesan, el Opus Dei utiliza sin escrúpulos, para aumentar sus efectivos, técnicas de captación típicamente sectarias, como cualquier movimiento confesional, grupo o secta. *[Foundation ODAN, Guía para padres sobre el Opus Dei. The Opus Dei Awareness Networth Inc., Pittsfield, Maryland, EEUU., 1991]*. Desde sus comienzos en los años cuarenta, el objetivo del Opus Dei ha sido siempre la ambición sin límites de convertirse en una Iglesia, la verdadera Iglesia, y para ello todo sirve, desde la oración y el renunciamiento hasta la exigencia de una vida con total entrega para sus miembros. Se trata, en última instancia, de convertirse si no en la única y verdadera Iglesia católica, al menos en una "Iglesia paralela". O, como solía traducir Escrivá sus ambiciones a un lenguaje de cazurronería de pueblo maña, en "una partecica de la Iglesia".

Una maniobra realizada en 1966 mostró claramente la actividad fraccional del Opus Dei dentro de la Iglesia católica. Estaba entonces el Opus Dei en su

apogeo, con un aumento importante de sus efectivos y unos éxitos políticos arrolladores en España, con lo que alcanzaba la soberbia de Escrivá cimas insospechadas. Sin embargo, las relaciones con el Vaticano fueron empeorando paralelamente a sus triunfos españoles y como los momentos vividos por los dirigentes eran de gran tensión, Escrivá, acompañado de Álvaro Portillo, viajó a Grecia para estudiar sobre el terreno la posibilidad de incorporar el Opus Dei a la Iglesia ortodoxa, porque con el Concilio Vaticano II, según el fundador, "la Iglesia católica iba a la ruina". El objetivo del viaje a Grecia fue astutamente disimulado por parte de los dirigentes máximos del Opus Dei, quienes de regreso a Roma portaron como regalo un icono de aquella tierra al papa Pablo VI y otro a Angelo Dell'Acqua, entonces sustituto en la secretaría de Estado, que era uno de los prelados ultra conservadores protectores de la Obra y, de ello se encargó personalmente el fundador del Opus Dei.

No conviene olvidar tampoco la dramática decisión de la Conferencia Episcopal española, que interpelada entonces por el Vaticano sobre la conveniencia de transformar a la Obra de Dios en una prelatura contestó negativamente una primera vez, asustados la mayor parte de los obispos españoles con las prácticas de fracción organizada adoptadas por el Opus Dei dentro de la Iglesia católica española. *[Walsch, Michael, ob. cit., p. 230]*. En cuanto al apostolado con otros grupos y organizaciones católicas, un prelado español, es decir, un superior eclesiástico constituido en una de las dignidades de la Iglesia y que prefirió mantenerse en el anonimato, ha llegado a calificar a los miembros del Opus Dei de "pillos que asestan puñaladas de pícaro por la espalda y no pretenden mejorar a la Iglesia sino silenciar a los demás".

CAPÍTULO 8.
INTENSO CRECIMIENTO

NOS HAN HECHO MINISTROS!" Con estas palabras saludó Escrivá la llegada en 1957 de miembros del Opus Dei al primer plano de la política bajo la dictadura. Por fin iban a aprovechar la oportunidad para la que tanto se habían preparado e infiltrado anteriormente durante los años cincuenta. Un antiguo y destacado miembro del Opus Dei, comentando el "¡Nos han hecho ministros!" de Escrivá, señalaba que "el posesivo podía sonar feo, pero en aquellos momentos la gente de la Obra no estaba para pesimismos. Una extraña euforia, no compartida por todos, comenzó a apoderarse del clima interno. Ahora se vería el gran servicio que iban a prestar a la sociedad los nuevos apóstoles". *[Moncada, Alberto, El Opus Dei, una interpretación, Índice, Madrid, 1974, p. 35]*.

Inmediatamente comenzó la formación de los equipos auxiliares y los miembros destacados del Opus Dei, hasta los más alejados de la política, se permitían recomendar a tal o cual miembro para subsecretario o para director general. *[Moncada, Alberto, ob. cit., p. 35]*. Se trataba, en definitiva, de explotar la posición clave de los miembros recién instalados entonces en los ministerios, convirtiendo los despachos oficiales en oficinas de influencias y colocaciones. La palabra OPUS se empezó a traducir en aquella época secretamente por sus iniciales y como acertijo anagramático para amplias capas de la población española sencillamente significaba Obra Para Uno Situarse. Paralelamente, dentro del Opus Dei se desencadenó una estrategia consistente en crear empresas mercantiles o apoderarse de otras existentes. *[Moncada, Alberto, ob. cit., pp. 25 y ss.]*.

Con un miembro numerario del Opus Dei como ministro de Comercio, basta con señalar que en este ministerio hubo algunos nombramientos que respondían a las necesidades internas de la Obra de Dios más que a los criterios políticos habituales para la designación de cargos públicos. Por ejemplo, el comisario de Abastecimientos y Transportes fue nombrado en el Ministerio de Comercio con la tarea secreta de ayudar o, al menos oír, las pretensiones de los encargados de las empresas auxiliares del Opus Dei. Asimismo, un miembro numerario del Opus Dei que ya era funcionario fue destinado por el nuevo ministro a su servicio directo, participando al mismo tiempo en las reuniones económicas internas del Opus Dei junto con el administrador regional en España. También el nombramiento de un miembro del Opus Dei como secretario particular, junto con otros asesores directos del ministro, obedecía al objetivo de servir en primer lugar a los intereses del Opus Dei y en segundo lugar a los del ministerio y el gobierno.

En aquella coyuntura del despliegue del Opus Dei cuenta un testigo importante que "vinieron unos nuevos numerarios de Roma, italianos, con instrucciones del Padre para que Alberto Ullastres les ayudara en unos negocios que habían planeado. Venían incluso con la pretensión de que Alberto, ministro de Comercio, fuera a tratar del asunto a la casa. de la Obra en vez de recibirlos en el ministerio. Yo me negué a ello y me llevé una buena bronca. Al final Alberto los recibió y creo que no se llegó a nada, pero lo desagradable era la sensación de que había un dominio eminente del Padre, no sólo sobre nuestra vida interior y nuestro apostolado, sino sobre la actividad profesional individual de los socios". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza &:Janés, Barcelona, 1989, p. 15]*.

El fundador no se decidió a dar criterios claros sobre los límites y las reglas del juego en aquella escalada hacia el poder, por lo que hubo tensiones y conflictos desde los primeros momentos dentro del Opus Dei por la falta de coordinación

entre los miembros. Como los miembros supernumerarios comenzaron a desempeñar un papel importante en la política y en la estructura económica de las sociedades auxiliares, por allí surgieron los conflictos, especialmente en la llamada "labor de san Gabriel", es decir, en el apostolado entre matrimonios de miembros supernumera rios, dentro del cual representaban un gran papel las mujeres. *[Moncada, Alberto, "Los hijos del padre", Argos Vergara, Barcelona, 1977, p.149]*. El documento interno más leído en el Opus Dei a partir de febrero de 1957 fue la Instrucción de san Gabriel. Para los miembros del Opus Dei aquello era una prueba más de la "clarividencia del Padre", que lo había redactado unos años antes. Dentro de la Obra no se ponen de acuerdo sobre la fecha de redacción del documento, que como tantos otros documentos internos del Opus Dei se mantienen en la indefinición por la propia ignorancia y por el gusto del secreto. Unos afirman en 1935 y otros en 1932, pero es seguro que la redacción definitiva de la Instrucción de san Gabriel tuvo lugar en Roma en la década de los años cincuenta. Según una destacada numeraria del Opus Dei, Escrivá empezó a redactar ese texto en mayo de 1935 y lo terminó definitivamente en septiembre de 1950. *[Urbano, Pilar, El hombre de Villa Tévere, Plaza &. Janés, Barcelona, 1995, p. 381]* En la Instrucción de san Gabriel Escrivá soñaba con una gran movilización de las personas y capitales al servicio de la Obra, para influir en la economía y en la política mundiales. Con una dimensión típica del fascismo clerical, se trataba de toda una cruzada de cristianización de las finanzas y de la política, con objeto de que, poco a poco, los puestos claves fueran ocupados por gente de confianza, impregnados de esa ideología y de ese espíritu de servicio a la humanidad que el Opus Dei pretendía aportar al mundo. *[Moncada, Alberto, "Los hijos del Padre", Argos Vergara, Barcelona, 1977, p. 141]*. La Instrucción de san Gabriel era el documento más leído en 1957, pues empezaba a cumplirse y todos los miembros del Opus Dei se hacían lenguas, al comentarlo, del carisma de Escrivá, de su sentido profético y su visión del futuro al prever, desde unos comienzos tan modestos en España, aquel despliegue posterior de la Obra en la economía y en la política de la dictadura. *[Moncada, Alberto, ob. cit., p. 145]*. Otra Instrucción, cuyo texto era también del fundador, se titulaba Instrucción sobre el espíritu sobrenatural de la Obra. En ella, como en la Instrucción de san Gabriel, Escrivá marcaba unas directrices que iban a presidir la proyección apostólica del Opus Dei a través de los tiempos: "En mis conversaciones con vosotros, repetidas veces he puesto de manifiesto que la empresa que estamos llevando a cabo no es una empresa humana, sino una gran empresa sobrenatural, que comenzó cumpliéndose en ella a la letra cuanto se necesita para que se la pueda llamar sin jactancia la Obra de Dios. " *[Vázquez de Prada, Andrés. "El Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1985, pp. 145 y 156]*.

La actitud de reserva prudente era para el exterior de la Obra, para los no iniciados en el Opus Dei. Así cuentan los hagiógrafos de Escrivá que en 1957 cuando un cardenal se sintió obligado a felicitar por el "honroso nombramiento" de uno de los nuevos ministros, Escrivá le replicó: "A mí no me va ni me viene, no me importa, me da igual que sea ministro o barrendero, lo único que me interesa es que se haga santo en su trabajo". *[Berglar, Peter, "Opus Dei", Rialp, Madrid, 1988, p. 234]*. Mientras tanto, dentro del Opus Dei Escrivá se alborozaba con sus hijos triunfadores y se expresaba en otros términos cuando se encontraba reunido con ellos. La visión de tantos hijos suyos encumbrados satisfacía su ambición y halagaba su vanidad, convirtiéndose además en un componente más de su creciente megalomanía. Posteriormente, en uno de los encuentros multitudinarios en Pamplona durante los años sesenta, cuando los miembros del Opus Dei se acercaban a vitorearle y besarle las manos, siempre tenía un rato para los importantes. "A ti un beso, por ser director general, a ti dos por subsecretario", les dijo a dos miembros del Opus Dei, ambos entonces altos cargos del Ministerio de Comercio. *[Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza &.Janés, Barcelona, 1987, p. 72. También Moncada, Alberto, "El Opus Dei, una interpretación", Índice, Madrid, 1974, p. 132]*.

Ya desde 1956 comenzó a ser obligatorio dentro del Opus Dei, como saludo al Padre y fundador, besarle la mano a Escrivá con la rodilla izquierda hincada en el suelo como signo de pleitesía, pero este rodillazo en tierra que tenían que dar los miembros del Opus Dei en su presencia fue pronto sobrepasado con una nueva disposición elaborada en la sede central de Roma y que reflejaba la nueva situación política a partir de 1957. Escrivá decidió e hizo que cada vez que él llegara a España, le fuesen a esperar junto a las autoridades de la Obra, los ministros del Gobierno que pertenecían al Opus Dei. Y aquello, que no tenía mayor importancia cuando llegaba a Madrid en avión, donde siempre era recibido en la sala de personalidades, resultaba chocante hasta para los propios miembros de la Obra cuando el fundador venía por carretera, con varios ministros del Gobierno junto con sus escoltas teniendo que trasladarse en coche hasta Irún, en la frontera francesa. Era sin duda, como reconocen los testimonios de antiguos miembros de la Obra, una reminiscencia de usos episcopales de la Edad Media y a los cuales el fundador nunca tuvo el acceso deseado y por eso, al recuperarlo, volvía a ello. *[Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza &. Janés, Barcelona, 1987, p. 72]*.

Las fronteras españolas representaban un obstáculo para los objetivos del Opus Dei. El envío del dinero a Roma para sufragar los gastos de la sede central tropezaba con las dificultades legales relativas a la exportación de divisas y Escrivá dio instrucciones para superarlas, de la manera que fuese Y En los diez años que discurrieron entre 1947 y 1957 los propios miembros del Opus Dei hicieron de "correos" y semanalmente salían con destino a Roma hombres y mujeres con cinturones repletos de dólares y carteras con divisas de viajeros. Existía, sin embargo, un peligro en la exportación de dinero. A todo sospechoso de intento, los aduaneros le incautaban el dinero, porque el monto total autorizado que se podía sacar del país no podía sobrepasar las tres mil pesetas y el protagonista de cualquier exceso podía terminar entonces en el juzgado de Delitos Monetarios. La Ley de Delitos Monetarios, entonces vigente, databa de 1938 y tipificaba de quince a veinte tipos de delitos diferentes. Había sido dictada para castigar las fugas de capitales que se produjeron durante la guerra civil española. La inexistencia de garantías jurídicas para los procesados quienes, de acuerdo con una ley de guerra, carecían de abogados defensores, la ausencia de procesos públicos con la consiguiente inexistencia de sentencias públicas y, finalmente, la total discrecionalidad del juez eran los puntos más característicos de esta ley de 1938. La ley era muy severa, pero se atemperaba en la práctica, como suele ocurrir también en las dictaduras. Así como la ley marcial permitía el fusilamiento por este tipo de delitos, y más de un infractor a la Ley de Abastecimientos fue pasado por las armas, jamás ocurrió algo parecido con la Ley de Delitos Monetarios debido al sector social de privilegiados que se atrevió a realizarlos.

Escrivá estaba preocupado por ello y siendo conocedor de tales limitaciones en materia monetaria fue a visitar a Franco en 1949; y en el transcurso de la audiencia le habló de los edificios que se iban a construir en Roma y que albergaban al Colegio Romano de la Santa Cruz, el nuevo seminario del Opus Dei que estaría instalado junto a la sede central del Opus Dei, y que para ello necesitarían canalizar desde España fondos para el magno proyecto. El general Franco con su bien conocida "diplomacia gallega" no prestó mayor atención a la insinuación. Después de aquel mensaje dirigido al dictador, por aquello de que "quien avisa no es traidor", Escrivá pidió a los "superiores mayores" miembros del Opus Dei en España que pudieran enviar con la periodicidad necesaria, para poder cumplir los compromisos financieros a terceros, ayuda económica en gran escala y el Opus Dei en España sufrió una verdadera sangría financiera para poder ayudar a Roma. *[Tapia, María del Carmen, Tras el umbral, Ediciones B, Barcelona, 1994, pp. 173-174]*. Más adelante, al comienzo de los años cincuenta, Escrivá pidió de nuevo audiencia y volvió al palacio de El Pardo para pedirle directamente dinero a Franco, para poder continuar la construcción de la casa central del Opus Dei en Roma después de haber agotado las posibilidades de

obtener más dinero de los fondos reservados del gobierno que administraba Carrero Blanco, el fiel marino de Franco, como subsecretario en la Presidencia del Gobierno.

A partir de entonces, los miembros del Opus Dei iban a embarcarse en una gestión aventurera que les empujaría a realizar operaciones ilegales, donde se vulneraban normas jurídicas y se incurría de forma continua en prácticas irregulares y hasta en delitos graves, entre otros, el cohecho y la estafa. Es decir, que los miembros del Opus Dei iban a participar conscientemente en todo tipo de delitos, rebasando unos límites que nunca debieron ser transgredidos por una organización que se autodenominaba católica. Esto ocurría además en un país que había sido enteramente agotado y empobrecido por una guerra civil que había durado tres años. Como Escrivá ambicionaba un desarrollo rápido de la Obra, llegó hasta ignorar las graves responsabilidades del Opus Dei en algunas de las operaciones emprendidas por "sus hijos". El responsable último de la existencia de pillos o pícaros dentro del Opus Dei era "el Padre". Escrivá abogó y fue un decisivo partidario de la pillería o picaresca para sus "hijos", que llegaron a confundir el estímulo ascético con el éxito recaudatorio, aunque sin olvidar, claro está, las preces. La picaresca se erigió en protagonista principal de ciertas actividades de la Obra durante la fase de expansión acelerada en tiempos de la dictadura de Franco.

Todo ello era de escasa importancia para los dirigentes y estrategas financieros del Opus Dei, porque lo importante era crecer rápidamente, con intenso "crecimiento" y todos los miembros del Opus Dei tenían muy interiorizada la cuestión de la supervivencia que se sintetizaba en crecer o morir. Un ejemplo claro lo ofreció un principado de origen medieval vecino de España: el principado de Andorra había sido ignorado mucho tiempo como paraíso fiscal. Era un minúsculo país, libre de impuestos, situado en los montes Pirineos, entre Francia y España, con el inconveniente sin embargo de tener dificultades en las comunicaciones y existiendo siempre peligro en las transacciones. Después de haber utilizado anteriormente diversos métodos para sacar fondos de España a través de la frontera portuguesa o incluso utilizando las delegaciones en el extranjero del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en especial la delegación de Roma, la exportación de dinero iba a salir más abundantemente a partir de 1957, desde que los miembros del Opus Dei se habían instalado en España, en los ministerios económicos del gobierno. El Consejo de los Valles de Andorra se oponía a la creación de una banca y sólo la insistencia del copríncipe español, el obispo de Urgel, asediado por presiones de personas allegadas al Opus Dei, permitió a los promotores del Credit Andorra obtener finalmente lo que pedían, siendo utilizado por el Opus Dei como plataforma financiera para su expansión hacia Europa y para sufragar los gastos de la fiebre constructora de Escrivá en la sede central de Roma. Las carteras con divisas y los cinturones de viajeros repletos de dólares con destino a Roma fueron una costumbre de los primeros años, a partir de 1947, Y durante la década de los cincuenta. En cambio, desde que los miembros del Opus Dei estaban en el poder, llegando a estar al frente de ministerios, el dinero salía de España en maletas.

Hay un año en la vida económica que fue decisivo para las finanzas del Opus Dei: 1956. Por una serie de circunstancias, ese año se precipitaron todas las expectativas económicas que se estaban fraguando. En los años inmediatamente anteriores a 1956, casi podía decirse que los miembros del Opus Dei encargados de las finanzas estaban alcanzando algunos de sus objetivos estratégicos. Para caracterizarlo con dos o tres datos significativos basta con señalar la construcción de una serie de negocios propios, entre los que destacaba la Sociedad Española de Estudios Financieros (ESFINA) y la conquista del primer banco, el Banco Popular Español. Sin embargo, las comprometidas finanzas de la Obra se encontraron en peligro de desaparecer al haber exigido los bancos ese mismo año el pago de una serie de créditos por valor de más de setenta millones de pesetas de la época. La ejecución con embargos de los préstamos por parte de grandes bancos españoles hubiera supuesto primero la ruina económica de la

Obra y la de sus avalistas después. Todo ese castillo de naipes de los negocios propios podía derrumbarse si no contaban con sólidos apoyos tanto políticos como económicos y fue entonces, a finales de 1956, cuando surgió en el Opus Dei la imperiosa necesidad de que miembros suyos se dedicaran por entero a la política para facilitar el desarrollo de los negocios, allegar fondos con urgencia para el funcionamiento de la Obra y para salvar sobre todo su comprometida situación financiera. El mensaje de Escrivá desde Roma era muy simple y se reducía a dos consignas básicas: conseguir mucho dinero para financiar las casas y los apostolados, especialmente la construcción del Colegio Romano de la Santa Cruz dentro de la sede central de la Obra en la capital del mundo católico, y penetrar a través de afiliados o de personas de confianza en la mayor cantidad posible de centros y entidades de poder. *[Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, pp. 227-228.]*.

A finales de 1956, el Opus Dei fue capaz de ofrecer no sólo hombres, sino además un programa para salir del marasmo económico y político en que se encontraba el país y frente al cual la Falange no podía formular nada. *[Tamames, Ramón, "La República. La era de Franco", Alfaguara, Madrid, 1973]*. Así las cosas, tras una incubación de poco más de un año, el 25 de febrero de 1957, Franco formó un nuevo gobierno, cambiando dos tercios de los ministros del gabinete, es decir, que de dieciocho ministros cambiaban nada menos que doce, y en el nuevo equipo ministerial entraban miembros del Opus Dei. La gran novedad de aquel gobierno fue iniciar un drástico plan de estabilización económica que sería gestionado directamente por miembros del Opus Dei. La importancia de ser ministro con Franco residía en que el poder ejecutivo era ejercido en España por Franco y su consejo de ministros, absorbiendo de hecho el poder ejecutivo a los otros dos poderes, el legislativo y el judicial, y convirtiéndose en el único poder decisorio de la dictadura. Por todo ello se concede importancia a los cambios de ministros habidos en los gobiernos de Franco, porque lo que vino acaeciendo en el poder ejecutivo en los sucesivos gobiernos franquistas fue lo que a fin de cuentas llegó a determinar el resto del acontecer político bajo la dictadura. *[Tamames, Ramón, ob. cit., pp. 494 y 473]*.

En la mutación siguiente del poder ejecutivo en 1962 se advertía en la lista de nuevos ministros que no había modo de percibir factores cualitativamente nuevos de ninguna clase. La nueva lista de ministros consolidaba las tendencias manifestadas anteriormente en 1957 con sólo una excepción: la creación de una vicepresidencia del gobierno, con lo que se preveía algo el futuro, en caso de muerte repentina de Franco. Sin embargo, el hecho más importante del reajuste ministerial de 1962 con gran diferencia fue el aumento de la penetración del Opus Dei en el gobierno. Si predominaba en 1957, el Opus Dei reafirmaba y ampliaba su influjo o fuerza dominante con el nuevo listado, ya que todos sus ministros permanecían y se incorporaban otros de la misma cuerda ideológica. Hay que señalar que copaban por completo las carteras clave en lo que se refería a las directrices económicas del gobierno. El encumbramiento político del Opus Dei coincidía con una acentuación de la dictadura y mayores ganancias para el selecto "espíritu de la Obra" frente al hundimiento de las fantasías de "clase única" propias de la Falange. El Opus Dei se presentaba con una fuerza política realista, poco especulativa, con simpatía por la tecnocracia y en un plano práctico con ciertos planes de desarrollo económico que los bancos y las grandes industrias españolas hicieron suyos rápidamente. El nuevo gabinete de ministros se encargaba de mostrar el encumbramiento del Opus Dei frente a la lenta desaparición y débil oposición de Falange; y también que dentro del franquismo el fascismo clerical del Opus Dei vencía al fascismo auténtico de la Falange.

El siguiente cambio ministerial que sobrevino el 7 de julio de 1965 representaba un simple relevo. La toma de posesión como ministro de Hacienda fue un acto político pintoresco en el cual el ministro saliente Navarro Rubio dijo, refiriéndose a sus subalternos: "Creo que os he sacrificado, y me voy con el dolor de no haberos premiado lo suficiente. "Ambos ministros, tanto el saliente como el entrante, eran miembros supernumerarios del Opus Dei. El ministro entrante le

dijo a su colega: "Tu obra deja huella. Te vas, pero tu obra sigue. Estará escrita con caracteres indelebles en la historia de la Hacienda española." Espinosa terminó su discurso, no con el habitual eslogan falangista de "Arriba España", sino con el más apropiado para la Obra de "levantar a Dios muy alto en España". La normalidad que representaba el cambio de ministros de 1965 la reflejaba el nombramiento como ministro sin cartera del miembro numerario del Opus Dei Laureano López Rodó, quien había permanecido desde 1957 en una discreta y resguardada posición política. Siendo comisario del Plan de Desarrollo Económico y Social, el ascenso a ministro sin cartera de López Rodó se explicaba porque su "nueva jerarquía le permitirá salvar más fácilmente trabas de carácter puramente administrativo en la coordinación de su tarea ante diferentes departamentos ministeriales" . *[Crónica de Pyresa, Madrid, 7 julio 1965]*.

Mientras tanto, la lucha interna por el poder proseguía en España y el Opus Dei la hacía, como ya era habitual; moviendo los hilos del poder desde dentro. Había sido entonces cuando estalló el escándalo financiero de Matesa, que abrió una crisis gubernamental sin precedentes y fue utilizado por los falangistas contra el Opus Dei. Como consecuencia, se produjo el 29 de octubre de 1969 el más amplio cambio de gobierno realizado hasta entonces por Franco. *[Tamames, Ramón, ob. cit., pp. 528-529]*. El cambió ministerial de 1969, realizado poco después de la designación de Juan Carlos de Borbón como heredero de Franco, resultó ser la confirmación del monopolio político del Opus Dei en España. La noticia aparecía en algunos titulares de los periódicos españoles de la manera siguiente: "Mayoría Opus Dei en el Gobierno" y "En el nuevo gabinete, de un total de 19 ministros, 11 pertenecen o son simpatizantes de la organización Opus Dei".

Con respecto a la actividad política de sus colegas del Opus Dei, tres ministros que tuvieron la oportunidad de conocerles bien durante años, sentándose como ellos cada semana en la mesa del consejo de ministros, llegaron a comentar de forma más o menos pública la presencia de miembros del Opus Dei en los consejos de ministros de la dictadura. José Solís, quien fue ministro secretario general del Movimiento desde 1957 a 1969, llegó a decirle al propio Franco que "suponía el dominio de la economía por el Opus Dei". *[López Rodó, Laureano, "Memorias", Plaza &.Janés, Barcelona, 1990, p. 311]*. Por su parte, Fraga, ministro de Información y Turismo desde 1962 a 1969, opinaba que "la diversidad de opiniones y de conducta que se observaba en miembros del Opus Dei obedecía a un plan coordinado y que, en cada momento, jugaban diversas personas en los lugares oportunos del tablero político y económico". *[López Rodó, Laureano, ob. cit., p. 378]* Y Castiella, que fue ministro de Asuntos Exteriores desde 1957 a 1969, se atrevió a reconocer públicamente que "el Opus Dei quería apoderarse de todo". *[López Rodó, Laureano, ob. cit., p. 311].*

Para entender el poder político logrado por el Opus Dei en España conviene señalar que ha jugado en el siglo XX el mismo papel que la masonería en el siglo XIX; este paralelismo histórico entre el Opus Dei y la masonería merece ser destacado. En efecto, durante el siglo XIX, como señala Gerald Brenan, "las logias se extendieron hasta penetrar toda la vida de la clase media. Se convirtieron en una de esas instituciones típicamente españolas como la Inquisición, el Ejército y los escalafones oficiales, que, como tienen empleos que ofrecer, alcanzan en un abrir y cerrar de ojos enormes proporciones, pues cuando controlan al gobierno tienen en sus manos todos los puestos militares y burocráticos del país". *[Brenan, Gerard, "El laberinto español", Ruedo Ibérico, París, 1962, p.158]*. El Opus Dei nunca alcanzaría en España niveles sociales tan excesivos como la masonería en el siglo XIX. El Opus Dei se presentaba como la más secreta de las organizaciones franquistas y sus miembros estaban hasta tal punto seducidos por los métodos, la ideología y la propaganda secretas que para evitar que surgiesen malentendidos, después del cambio ministerial de 1969, el cardenal Vicente Enrique y Tarancón, primado de España y arzobispo de Toledo, declaró a la prensa que "no sería la Iglesia la que podría aparecer comprometida en el nuevo gobierno, sino un determinado grupo de ella". La oficina de

información del Opus Dei en España declaró, por su parte, que el Opus Dei tenía un carácter "exclusivamente espiritual y apostólico" y que permanecía por completo al margen de toda actividad política, aunque algunos de sus miembros ocupasen puestos claves en el gobierno. La realidad, por supuesto, era diferente de lo que escondían las declaraciones y comunicados oficiales del Opus Dei; pero a nadie debía sorprender que los centros de decisiones del régimen de Franco estuviesen copados- por miembros de la Obra de Dios, pues era, en definitiva, una consecuencia de "llevar a Cristo a la cumbre de las actividades humanas".

La importancia política del Opus Dei en España creció en función directa de las crisis y el déficit de las instituciones y equipos franquistas, adquiriendo al mismo tiempo una autonomía propia y una influencia decisiva. Por otra parte, el objetivo básico de sus militantes políticos sería una racionalización muy "sui generis" del Estado, con el fin de ponerlo al servicio de la economía, en contra de la estrategia de los falangistas que, a lo largo de toda la historia del régimen de Franco, pretendieron subordinar la economía a la política. *[Estruch,Joan, ob. cit., p. 374]*. En todo este proceso, la Obra de Dios dejó de ser instrumento para tener fines propios y hasta parecía natural entonces que los tecnócratas dirigidos por miembros del Opus Dei operasen cada vez más como una especie de partido "sui generis" y que surgiera el tipo político de tecnócrata, con frecuencia más político que tecnócrata. La función de coordinación y engrase de penúltima instancia -la última estaba siempre en el palacio de El Pardo- que ejercieron durante años los miembros del Opus Dei dentro del Estado, les convirtió además en objeto de presión y cauce político deformado de todas las clases y grupos de intereses existentes en España. Todo ello hizo evidentemente que se afianzaran más en unas actitudes que ya eran profundamente totalitarias. Parecía claro que el moderado liberalismo económico de los equipos de miembros del Opus Dei nunca iba a desembocar en una auténtica libertad económica. Asimismo resultaba claro que no perseguían el dominio de importantes resortes de la Administración y del efectivo poder político, con el objetivo de instituciones genuinamente democráticas, sino que sólo buscaban el perfeccionamiento de la dictadura, aprovechándose y sacando tajada de paso para la Obra de Dios y sus apremiantes necesidades "apostólicas".

Paralelamente, a medida que se veía el fin de la dictadura de Franco, dentro del Opus Dei se tomaron también internamente medidas políticas estratégicas, dado que la mayoría de miembros de la organización vivía y trabajaba en España. Desde Roma -ha contado un antiguo miembro del Opus Dei- llegaban notas confidenciales de cómo actuar al respecto. Una en particular recomendaba el introducirse en alguna de aquellas asociaciones cuasipolíticas del franquismo tardío para tratar de influir desde dentro. Aquella nota era supersecreta, es decir, que iba acompañada de la indicación de destruida después de ser leída. *[Moncada, Alberto, “Historia oral del Opus Dei”, Plaza &.Janés, Barcelona, 1987, p. 74]*. Según un antiguo alto responsable de la Obra, la gran preocupación por el secreto empujó al Opus Dei a aplicar a los temas políticos la misma estrategia que a los asuntos internos, es decir, que sólo unos pocos, en la cúpula, los conocían y los negociaban con los directamente responsables, manteniendo al resto de los socios al margen de esa información. Esto se producía sobre todo mediante el control de la documentación y la mayor o menor accesibilidad a las notas y avisos de Roma. *[Moncada, Alberto, ob. cit., p. 74]*.

Los miembros del Opus Dei suelen hacer ver, con mala conciencia y de modo sistemático, que el Opus Dei es una "realidad espiritual" y que sus miembros solamente se comprometen con su "libre" y personal responsabilidad, haciendo abstracción de sus votos de obediencia, castidad y pobreza, además de su férrea militancia, con el fin de no comprometer para nada a la Obra. Aquí reside la clave de la defensa del Opus Dei. Se trata, por parte de sus miembros, de no comprometer a la Obra "que es de Dios" y para ello todo sirve, desde las falsas declaraciones a favor de la libertad hasta las oscuras obligaciones en el mantenimiento del secreto burocrático. Así, un destacado miembro del Opus Dei en declaraciones a la prensa señaló que "en esa asociación que es el Opus Dei

sucede, como sucede en todo tipo de asociaciones piadosas o deportivas, por ejemplo, pienso en la Acción Católica o en el Real Madrid: hay un socio que es banquero o presidente de la diputación y otro que es maestro de escuela, y otro es secretario de ayuntamiento de Navalcarrasco, y otro oficinista, y otro obrero de la construcción, etc.¿Y dónde está la razón para que nada de eso llame la atención?". *[Pérez Embid, Florentino, "Monseñor]osemaría Escrivá de Balaguer y Albás, Fundador del Opus Dei", Primer Instituto Secular, Separata del tomo IV de la Enciclopedia "Forjadores del Mundo Contemporáneo", Planeta, Barcelona, 1963]*. Pronto hubo la contestación a la pregunta que se hacía el destacado miembro del Opus Dei; aunque como eran los tiempos de la dictadura de Franco sólo pudo publicarse en el extranjero, en la revista "Ibérica" que se publicaba en Nueva York. En ella se recogía la anécdota con lo que se pensaba también en España a propósito de la argumentación defensiva de los miembros del Opus Dei: "A un madrileño que se lamentaba ante un amigo de una derrota del club de fútbol Real Madrid, éste respondió: "No seas tonto, pregunta al miembro del Opus Dei fulanito de tal que te explicará que los goles se los han metido al portero del Real Madrid y no al Real Madrid. Por consiguiente, el Real Madrid no fue derrotado". *["Revista Ibérica", Nueva York, septiembre 1965]*.

Aparte del camuflaje completo que el Opus Dei ha hecho de su estructura, existen otros puntos oscuros en la vida de la Obra de Dios sobre la tierra. Quizá el más importante de ellos sean los efectivos humanos con que cuenta. El número de miembros del Opus Dei continúa siendo algo ignorado, no sólo por la jerarquía de la Iglesia y estudiosos de la Obra, sino también por la mayoría de sus miembros. Tan sólo algunos dirigentes saben de modo seguro esas cifras misteriosas. El número de efectivos es uno de los secretos de organización mejor guardados dentro del Opus Dei.

A partir de 1982, después de conseguir el estatuto de prelatura personal, el número de miembros del Opus Dei debía ser comunicado a las autoridades eclesiásticas. Para cumplir con el requisito, la guía oficial de la Iglesia, el Anuario Pontificio, sólo reconoce en el año 1986, en el apartado de prelatura personal, como miembros, a 1.217 sacerdotes, 56 nuevos sacerdotes y 352 seminaristas mayores; y tres años más tarde en el Anuario Pontificio de 1989, aparecía sin mayores explicaciones la cifra de 74.401 laicos, que si se añaden a los sacerdotes y seminaristas citados anteriormente suman alrededor de 76.000 miembros. Y lo extraordinario del caso es que con esta cifra fantasiosa de más de setenta mil miembros se siguieron manteniendo hasta bien entrado el siglo XXI.

El hecho de que las dos ramas no hayan logrado todavía una plena inserción jurídica dentro de las estructuras de la Iglesia explica que el Opus Dei no tenga que precisar el número y nombre de los miembros que militan en su rama laica masculina o en la sección femenina. Sin embargo, en algunos casos desde que son prelatura se sabe que ha habido notificaciones sólo del número y nunca de los nombres a obispos en algunas diócesis europeas y a las conferencias episcopales de los países en que trabajan. Lo cierto es que los Anuarios Pontificios dan una cifra de más de setenta mil laicos, a todas luces exagerada, que el Opus Dei ha venido utilizando desde hace más de cuarenta años para encubrir sus efectivos reales. Basta con señalar que la revista norteamericana "Life" de 18 de marzo de 1957, citando fuentes del Opus Dei, ya afirmaba entonces que los efectivos ascendían a 7.000 numerarios, 12.000.oblatos o agregados, 2.500 supernumerarios y 50.000 cooperadores, repartidos por todo el mundo, alcanzando la cifra fabulosa de 71.500 miembros. Desde que inició su escalada hacia el poder, el Opus Dei ha venido falseando de modo sistemático la cifra global de sus militantes laicos, para evitar que fuesen conocidas y analizadas sus verdaderas dimensiones.

La historia del Opus Dei se puede resumir en dos etapas de un cuarto de siglo cada una y un período intermedio de diez años. En la primera etapa, entre 1940 y 1965, caracterizada por un desarrollo rápido cuando ya estaba en

funcionamiento, el Opus Dei encarnó sin ambages el franquismo acumulando influencia, política y riqueza, intentando convertirse además en fuerza religiosa monopolizadora. En esta etapa de desarrollo rápido protagonizada fundamentalmente en España, que abarca desde 1940 a1965, existen datos documentados para afirmar que si en 1941 eran aproximadamente tres docenas de miembros admitidos, en 1942 había otros tantos a punto de ser admitidos, es decir que el Opus Dei contaba entonces con fuertes expectativas de vocaciones futuras que elevaron en 1943 el número de adeptos a un centenar aproximadamente, incluyendo mujeres y oblatos. Tres años más tarde, en 1946, eran 268, de los cuales 239 eran hombres y 29, mujeres. Entre 1947 y 1950 dieron un gran salto con la admisión de supernumerarios, cooperadores y sirvientas, alcanzando la cifra de 2.954 miembros, de los cuales 2.404 eran hombres y 440 mujeres. *[Varios Autores, "El itinerario jurídico del Opus Dei", EUNSA, Pamplona, 1989, p. 195]* En estas cifras se incluían 519 supernumerarios y 163 supernumerarias. *[Varios Autores, El itinerario jurídico..., ob. cit., p. 202]*. Respecto al ámbito internacional, en 1950 se encontraban fuera de España y más concretamente en Roma tan sólo 23 miembros junto al fundador. *[Varios Autores, "El itinerario jurídico...", ob. cit., p. 196]*.

Posteriormente, la fuerte expansión mantenida por el Opus Dei durante los años cincuenta y sesenta permitió un desarrollo rápido, con lo que los efectivos totales del Opus Dei alcanzaron en 1964 la cifra de 25.000 adherentes, incluidos hasta los cooperadores. Así, por ejemplo, los miembros de Cuota de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra, la más fuerte organización de apoyo y en la que son mayoría los propios miembros de la Obra, alcanzaron en 1964 la cifra de 9.000, no sobrepasando años más tarde los 12.000 miembros, aunque en el Opus Dei llegaron a afirmar exagerada mente que tenía 20.000 miembros. El mayor inconveniente que presenta la Obra de Dios para aumentar masivamente sus efectivos procede de su propio intríngulis burocrático, pues los procesos de iniciación para los miembros militantes son lentos y complejos, por lo que resulta ridículo pretender que pueda convertirse fácilmente en organización de masas, aun en el caso hipotético de preferir la simple adhesión con una limosna de los cooperadores a la férrea militancia de los miembros numerarios y agregados de la organización.

Durante cada etapa, como ha dado a conocer Hegel, tiene lugar mientras tanto un proceso que se presenta a la vez como el proceso que le da forma y como la dialéctica que le hace pasar a otro. Mientras el crecimiento del Opus Dei se había realizado por su lado más vistoso y espectacular, estaban apareciendo los graves síntomas de una profunda crisis; surgiendo sobre todo conflictos con la máxima jerarquía de la Iglesia católica, con los papas Juan XXIII y Pablo VI en tiempos del Concilio Vaticano II. *[Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1996, p. 465. Véase también cap. 7. "El fundador en Roma", pp. 191 y ss]*.

Existe, por tanto, en la historia del Opus Dei un período intermedio de diez años, entre 1965 y 1975, que representa la culminación, aunque la Obra ya iniciaba un proceso de decadencia en donde tanto el crecimiento real como la expansión potencial estaban tocando techo. En 1970 el Opus Dei estaba en el cenit de su gloria y la fecha representaba el punto culminante de su proceso de desarrollo; es decir, que se encontraba en su apogeo interno. Un acontecimiento muy señalado entonces fue el Congreso General Especial del Opus Dei, cuya celebración duró entre 1969 y 1979, nada menos que diez años, en donde la "participación activa" ascendió a un total de 25.855 miembros, desglosados en 13.487 correspondientes a la sección de varones y 11.868 a la sección de mujeres.

Pudo saberse entonces con seguridad, según informaciones provenientes del propio Opus Dei, que eran doce mil mujeres aproximadamente las que formaban parte de la organización, cifra en la que aparecían incluidas las miembros cooperadoras, supernumerarias, agregadas u oblatas y numerarias, tanto españolas como de otros países. Conviene señalar, sin embargo, que la mayoría

de mujeres, en la proporción de cuatro a una, no se encontraba entre las numerarias y agregadas, sino entre las supernumerarias y cooperadoras; es decir, entre las que su vinculación es menor y se pueden considerar simpatizantes y no militantes del Opus Dei. La causa fundamental de la disminución real en la militancia femenina se explica por el .desprecio al género femenino, que ha sido considerado siempre subalterno al masculino, desde la fundación de la sección femenina en 1942, dentro del Opus Dei. A la mujer se la maltrataba en el Opus Dei por el solo hecho de ser mujer, sobre todo por la forma de ejercer el absoluto control sobre ella.

En la segunda etapa histórica que se inició a partir de 1975, los desajustes y además los signos de cansancio y decadencia dentro de las filas del Opus Dei empezaron a ser evidentes, coincidiendo con las muertes del fundador, Escrivá, y del general Franco. La fuerte expansión mantenida hasta entonces se llegó a detener en la década de los setenta, ocurriendo casi al mismo tiempo en España el final de la dictadura con el comienzo de la transición democrática. Curiosamente, a partir de esta segunda etapa de lento estancamiento, la cifra de los efectivos totales del Opus Dei se mantuvo raramente estable a partir de entonces durante un cuarto de siglo, hasta finales del siglo veinte.

Esta etapa de estancamiento sucedía paradójicamente cuando el Opus Dei se encontraba en el exterior gozando de influencia en el Vaticano, tras la elección en 1978 del papa Juan Pablo II, aunque sus bases estaban apoyadas sobre un sustrato social y político apolillado por la historia. Las circunstancias que hicieron posible su desordenado acopio de poder e influencia resultaron ser tan frágiles que el ominoso Opus Dei estaba abocado a una desaparición lenta e irremediable. Lógicamente, los miembros del Opus Dei, como no están dispuestos a que desaparezca, intentan adaptarse por todos los medios al futuro, dentro y fuera de la Iglesia. Esto aparece más claro en la casta sacerdotal formada por 1.300 clérigos que dirige el Opus Dei instalada en el vértice y mucho menos evidente entre los miembros laicos, numerarias y numerarios, agregadas y agregados, así como en la amplia base de la pirámide por cooperadores y simpatizantes.

Desde entonces la fuerte cohesión de la estructura interna viene desintegrándose lentamente y buena muestra de ello son los abandonos que producen un claro estancamiento de los efectivos. El principal problema del Opus Dei no es la disminución real del número de admisiones, porque abundan los ingresos, sino su estabilidad en las vocaciones ya conseguidas, porque de igual manera que abundan las captaciones también abundan los abandonos, convirtiéndose la Obra de Dios y de Escrivá en una organización de paso donde los militantes ingresan muy jóvenes en gran número, pero la abandonan también en elevado número y con una edad más madura. El hecho de que muchos de los abandonos sean realizados por miembros numerarios formados, con carreras universitarias acabadas, representa para la organización una fuerte hemorragia de efectivos cualificados y un coste económico elevadísimo, lo cual provoca irremediablemente una fractura interna y es, sin duda alguna, una causa grave de decadencia.

Otro índice de decadencia es el elevado número de miembros "durmientes", fórmula masónica aplicada en el Opus Dei a quienes sin abandonar completamente dejan de ejercer apostolados corporativos y se dedican preferentemente a sus ocupaciones personales. La especie es frecuente entre los miembros numerarios de edad avanzada que están dispuestos a abandonar la Obra, pero prefieren permanecer como "durmientes" y en otros casos como miembros supernumerarios antes de realizar la ruptura completa.

Toda una serie de factores reunidos ha provocado un proceso de decadencia y desgaste interno de la estructura, que ha obligado a frenar la expansión del Opus Dei, de la misma manera que con el paso de tiempo y la dedicación preferente a la enseñanza no hubo efectivos humanos ni dinero para mantener

otros apostolados como el llamado "apostolado de la prensa" en España durante los años sesenta. En noviembre de 1981, según fuentes del Vaticano, el Opus Dei mantenía oficialmente una presencia o estaba implantado sólo en 39 países, como pudo comprobarse a través de la Congregación para los Obispos, que envió a 39 países una nota informativa cumpliendo indicaciones del papa. *[Varios Autores, "El itinerario jurídico..." ob. cit. p. 442]*. En cambio, fuentes del Opus Dei afirmaron entonces que su presencia se extendía a más de ochenta países del mundo entero. El número de miembros militantes y sobre todo de simpatizantes "en el extranjero", sin contar los de España, no superaba la cantidad de 10.000 miembros, siendo muchos de ellos de nacionalidad española, y estando repartidos la mitad en Europa, un tercio en América y los restantes en los otros continentes. *[Ynfante, Jesús, ob. cit., especialmente cap. 11, "Implantación en Europa", pp. 345-372; "Al otro lado del Atlántico", pp. 372-383; "Y otros continentes" pp. 383-385]*.

Para la celebración del centenario y la canonización del fundador se han vuelto a inflar de nuevo las cifras. Así, según fuentes internas de la Obra que no son dignas de crédito, el Opus Dei se halla extendido en el año 2002 por los cinco continentes con 85.000 miembros de más de 80 nacionalidades. Las cuentas, sin embargo, no cuadran cuando señalan que tan sólo una minoría de 33.000 son españoles, que 4.000 son italianos, etcétera. En resumen, para estar más acordes con los tiempos de la globalización y poder mostrar, de forma espectacular, que seguían creciendo, a principios del siglo XXI elevaron la cifra total de miembros militantes del Opus Dei a más de 2.000 sacerdotes y a 80.000 miembros. Era otra la realidad, sin embargo, porque en la cifra global de 80.000 miembros se incluyeron familias enteras, es decir, que fueron contabilizados menores de edad y hasta los bebés de los miembros supernumerarios y cooperadores del Opus Dei.

De todo ello cabe deducir que tanto el crecimiento real como la expansión potencial de la Obra de Dios vienen tocando techo desde la muerte de Escrivá. El Opus Dei vive todavía de las rentas de una expansión paralela a la del fascismo clerical que no volverá a darse nunca más y pese a ser una organización católica obligada a la transparencia, continúa siendo férrea y secreta, además de anclada en un negro pasado. Si se analiza desde una perspectiva histórica, el proceso de la génesis, desarrollo y decadencia del Opus Dei representan sólo una corta aventura de poco más de medio siglo.

Para el Opus Dei las "crisis mundiales son crisis de santos", pero la receta que proponen resulta de difícil aplicación y aparece cada vez más como una aventura irrepetible desde que Escrivá intentó situar a un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana, aprovechando una expansión acelerada durante la dictadura de Franco en España. Para completar el panorama, el Opus Dei se ha inventado una falsa historia, empezando por la de su fundador.

CAPÍTULO 9.

ÚLTIMO PERÍODO EN LA VIDA DEL FUNDADOR

SI LOS MITOS FUNDADORES DEL Opus Dei consistían en la dedicación al apostolado de las elites y en el desprecio a las demás formas de extender el catolicismo, otro de los mitos más característicos del Opus Dei residía en la personalidad del fundador. Se entiende por mito, además de fábulas o ficciones alegóricas especialmente en materia religiosa, el relato o noticia que desfigura lo que realmente es una persona y le da apariencia de ser más atractiva o más valiosa.

Desde sus orígenes Escrivá exigió fomentar entre los miembros del Opus Dei un verdadero culto idolátrico hacia su persona. *[Carta de adhesión a María Angustias Moreno. En Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?" Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992, pp. 267-268.]* Pero no se trataba de la discreta y humana admiración que merece el fundador de una orden o congregación religiosa, sino que fue un auténtico culto idolátrico, como si el Opus Dei fuera una secta religiosa en la que se practica la adoración como ídolo del fundador. Se trataba de un culto comparable por su dimensión al de los regímenes políticos fascistas vigentes durante los años cuarenta en Europa. Este culto pagano al fundador se extendió dentro del Opus Dei, alcanzando aspectos extremadamente vituperables para una sedicente organización católica y en donde todo iba a girar alrededor de la figura de Escrivá, considerado como "el Padre" y fundador por antonomasia.

Escrivá había convencido fácilmente a sus seguidores de que era un santo en vida y que Dios le había elegido como instrumento, "aun siendo un gran pecador" como él decía, para la salvación del mundo. Era un hombre, sacerdote por más señas, enviado por Dios que utilizaba su divina influencia para proteger a la Obra de Dios. "Papas y cardenales hay muchos -solía decir-, pero fundador del Opus Dei sólo hay uno."

Ya desde los primeros años de la posguerra española, cuando el Opus Dei tenía poco dinero y se veía obligado a hacer economías en la comida de los miembros numerarios, Escrivá exigía tener a su disposición un lujoso coche para pasearse por Madrid, "igual o mayor que el de los ministro". *[Carandell, Luis, "La otra cara del Beato Escrivá, Revista Cambio 16, Madrid, marzo 1992]*. Escrivá justificaba las vanidades y grandezas de las que hacía gala pensando que tenía que aparecer como una persona importante porque así se le tendría respeto a su Obra. Él no podía ir, por consiguiente, a un hotel de mala muerte sino a uno lujoso. No podía llevar gemelos baratos sino de oro. Y siempre que hacía ostentación de algo procuraba jugar con la carta sobrenatural porque, si no, no se hubiera encontrado a gusto, y tranquilizaba su conciencia asegurando que lo hacía por el bien de la Obra. *[Fisac, Miguel: "Nunca le oí hablar bien de nadie", en Varios Autores, ob. cit., pp. 63-64]*.

Aunque Escrivá se declaraba el único transmisor de la voluntad divina, en el culto idolátrico al fundador se entremezclaban, sin embargo, la cazurrería pueblerina y un pretendido carisma que se resumía en el axioma que si alguien amaba a Dios tenía que acatar a pies juntillas lo que afirmaba el fundador, llegándose a fundamentar todo dentro del Opus Dei sobre su único y absoluto criterio.

Por parte de los miembros del Opus Dei la entrega a Escrivá resultaba incondicional, no admitía réplica de ninguna clase ni se toleraba la más mínima disidencia, convirtiéndose todos los hombres y mujeres pertenecientes a la Obra

en una milicia o cuerpo paramilitar perfectamente disciplinado. *[Castillo, J. M., "La anulación del discernimiento", en Varios Autores, ob. cit., p. 136]*. Una mujer que perteneció muchos años y ocupó cargos de dirección en la rama femenina del Opus Dei reconoce que cualquiera, por el hecho de ser de la Obra de Dios, siempre estaba en lo cierto. En el Opus Dei se daba la doctrina segura porque nada más ingresar uno ya estaba avalado, apoyado y garantizado por unas personas especialmente selectas, los directores, que poseían dones extraordinarios por estar unidas al Padre y en la Obra todo pasaba por el Padre, porque el Padre no se equivocaba nunca. "Habéis de pasarlo todo por mi cabeza y por mi corazón", afirmaba repetidamente Escrivá. *[Moreno, María Angustias, El Opus Dei. Anexo a una historia, Planeta, Barcelona, 1976, p. 61]*.

La antigua miembro que ocupó cargos de dirección en la rama femenina del Opus Dei también afirma abundando en este sentido que "resulta impresionante la suficiencia espiritual que se vive en la Obra, y que se basa en ese hilo directo, en ese teléfono rojo que une al fundador con Dios. Sin intermediarios. El cielo está empeñado en que se realice la Obra a través de lo que piensa y se propone monseñor Escrivá. Por lo tanto, no hay nada que temer. Como no hay "nada" que dialogar con "nadie": lo quiere Dios y basta. Hay que mirar sólo hacia arriba, hay que desentenderse de toda preocupación, hay que desechar necesidades personales, incluso la necesidad de razonar". *[Moreno, María Angustias, ob. cit., p. 61-62]*.

Cuando los miembros del Opus Dei contaron con la fuerza financiera suficiente se dedicaron a comprar cualquier lugar u objeto que estuviera vinculado con el fundador en cualquiera de las etapas de su vida. Este proceso se inició en vida de Escrivá y estuvo supervisado por él personalmente.

La sencilla casa de pueblo en la calle Mayor de Barbastro donde nació Escrivá fue adquirida, para su derribo, por sus seguidores y sobre sus ruinas se construyó una gran casa señorial con los solares añadidos de "otras varias casas circundantes, de acuerdo con la supuesta importancia de quien allí nació". El resultado, según los miembros del Opus Dei, es "un edificio de prestancia y puro estilo aragonés, en perfecta armonía con el contorno, que está dedicado a centro cultural con capilla y una pequeña residencia, muy cerca de la gran casa solariega en que nacieron los Argensola, los dos célebres poetas aragoneses y en la que nació y vivió también el glorioso general don Antonio Ricardos, conde de Truillas. Un rincón realmente importante: en cosa de pocos metros cuadrados vieron la luz primera los cuatro hijos de Barbastro que más han abrillantado la aureola del nombre de la ciudad". *[Diario "La Vanguardia", Barcelona, 25 julio 1972]*

También hicieron intento de adquirir la pila de agua bendita de la iglesia catedral de Barbastro, en donde Escrivá fue bautizado; pero ésta había sido destrozada durante la guerra civil, aunque los seguidores de Escrivá lograron reconstituirla en un plano tan sólo para hacer una copia de acuerdo con la original y enviarla a la sede central del Opus Dei en Roma.

En 1971, coincidiendo con las fiestas locales de Barbastro, se inauguró la avenida que lleva el nombre de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, como homenaje al que ya era hijo predilecto desde 1947. En el curso de la inauguración, el consiliario del Opus Dei en España, Florencio Sánchez Bella, pronunció unas palabras en representación del fundador homenajeado: "Barbastro, bien lo sabéis vosotros, es a la vez cuna de monseñor Escrivá de Balaguer y testigo de la historia de su familia. El nombre que dáis a esta avenida pertenece a una estirpe que ha resonado durante siglos por estos lugares, ligada como está por los cuatro costados al viejo reino de Aragón. De la raigambre altoaragonesa de monseñor dan testimonio nobles apellidos, tan mencionados por los historiadores como el propio Escrivá, enraizado en Balaguer desde la Reconquista, Albás y Boyl, Entenza y Zaydín, Blanc, que le pertenece por línea paterna y materna, Falces y Corzán, Bardaxí, Peralta, Azlor, Valón y tantos otros

cuyos miembros aparecen una y otra vez a lo largo de los siglos en las vicisitudes históricas de esta ciudad. No nos puede extrañar, pues, el cariño de monseñor Escrivá de Balaguer por su tierra, la tierra de sus mayores, como no nos extraña el cariño que, en unión con él, sienten por esta región personas de tantas razas en todo el mundo". Saltamos así de lo que es local a lo que resulta ya universal y católico. *[Patronato de Torreciudad, Hoja de Información, Madrid, octubre 1971]*.

El lugar donde afirmaba Escrivá que fue a rezar en su infancia, la pequeña ermita de Torreciudad, cerca de Bolturina y no lejos de Barbastro, sufrió grandes trasformaciones. Allí, en el lugar de devoción de los más tiernos años del fundador, el Opus Dei decidió construir un gran santuario. Escrivá había manifestado un ambicioso deseo de levantar tres o cuatro santuarios a la Virgen en distintas partes del mundo *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 398]* y, siguiendo los deseos en vida del fundador, los miembros del Opus Dei iniciaron la tarea por su pueblo. Poco importaba que el santuario tradicional y popular de la comarca fuese el de la Virgen del Pueyo, el fundador del Opus Dei decidió que fuera en Bolturina, en la ermita de Torreciudad, porque estaba ligado a su infancia y allí además, según contaba a sus seguidores, había ocurrido un acontecimiento excepcional. Torreciudad significaba el triunfo sobre la enfermedad en las imaginaciones de Escrivá, porque su madre le había llevado en peregrinación a lomos de caballería a la ermita, cuando sólo tenía dos años de edad, para invocar a la Virgen y en señal de agradecimiento para la tan deseada curación de unas alferecías que sufría el fundador del Opus Dei. La alferecía es una enfermedad caracterizada por convulsiones y pérdida del conocimiento, más frecuente en la infancia e identificada con la enfermedad que modernamente se llama epilepsia. *[Véase cap. 2. "Primeros años de vida oscura", pp. 37-38]*.

Tres de los primeros miembros numerarios del Opus Dei pusieron en marcha el proyecto. Las obras para las edificaciones comenzaron en los años sesenta, pero Escrivá no pudo ver acabado el complejo inmobiliario que se terminó de construir en 1976. La primera ceremonia que se celebró en el santuario de Torreciudad fue un funeral solemne por el alma del fundador del Opus Dei. En Torreciudad el Opus Dei ha construido un centro social educativo, un archivo histórico del antiguo reino de Aragón, una hospedería y una escuela familiar agraria, además de una grandiosa basílica, con un coste global superior a los tres mil millones de pesetas. El financiamiento fue con dinero público y con cargo en su mayor parte al presupuesto del Estado franquista.

En el centro del complejo inmobiliario se encuentra la basílica destinada a alojar una Virgen que ya contaba desde hacía siglos con su ermita original. Declarado santuario mariano, los miembros del Opus Dei intentaron trasladar la imagen de la Virgen desde la ermita a la basílica, pero tropezaron con dificultades. El primer paso para su apoderamiento fue emprender la restauración de la talla románica de la Virgen que, según la leyenda, se apareció en el siglo XI a unos leñadores de Bolturina. Existía, sin embargo, un contrato con la diócesis, según el cual la imagen debía permanecer en la ermita antigua y no se podía sacar de ella. Para llevarse la imagen a la nueva basílica, los miembros del Opus Dei buscaron un subterfugio legal, modificando el acuerdo y conviniendo la sociedad inmobiliaria del Opus Dei propietaria de Torreciudad con el obispado de Barbastro que el recinto formado por el nuevo santuario y la ermita antigua fueran considerados como una única unidad eclesial, de tal forma que la imagen podía estar lo mismo en la ermita que en el nuevo santuario. Desde entonces la imagen de la Virgen se encuentra generalmente arriba, en la basílica del Opus Dei, situada en lo alto de la montaña, desde donde se domina el horizonte, y en muy raras ocasiones abajo en la antigua y humilde ermita, como siempre ha deseado la mayoría de los habitantes de Bolturina. Por todo esto, las maniobras en torno a la Virgen de Torreciudad fueron sentidas entre los católicos de la comarca del Somontano como una intromisión y una consecuencia más del cacicazgo religioso que por ser la cuna de Escrivá ejerce el Opus Dei sobre la comarca.

La ambición del Opus Dei consiste en convertir el santuario de Torreciudad en un centro mariano internacional vinculado íntimamente a la historia del Opus Dei. Los detalles no faltan. En la explanada del complejo inmobiliario de Torreciudad se encuentra una de las campanas de bronce de la iglesia madrileña de Nuestra Señora de los Ángeles, junto a la glorieta de Cuatro Caminos, que afirmaba haber escuchado Escrivá una tranquila mañana de otoño, el 2 de octubre de 1928, una fecha mágica en los orígenes del Opus Dei. *[Véase cap. 3. "De Madrid al cielo", pp. 53-56]*. También existe dentro de la basílica la imagen de un Cristo crucificado que recuerda un momento íntimo en la vida de Escrivá ocurrido, según él, en Madrid el 7 de agosto de 1931. Por otra parte, el altar de azulejos del oratorio de la primera residencia del Opus Dei abierta en la calle Samaniego de Valencia en 1940 fue reconstruido milimétricamente e instalado en la basílica de Torreciudad. Inicialmente, el altar mayor contaba con un retablo de alabastro de 15 metros de altura, copia de estilo plateresco y renacentista, donde aparecían siete escudos nobiliarios que expertos en genealogía afirman que corresponden aproximadamente a los siete apellidos del fundador del Opus Dei.

Se trata, en definitiva, de convertir el complejo inmobiliario de Torreciudad en un lugar "conocido por cristianos de todo el mundo" *[Revista "Mundo Cristiano", Madrid, julio 1964]* y todo vale para ello. Sin embargo, el Opus Dei no reconoce el culto al fundador como una de sus principales devociones y las causas de la presencia en Torreciudad y alrededores se explican de la siguiente manera: "El amor a Nuestra Señora ha llevado al Opus Dei a hacerse cargo del Santuario para establecer allí una intensa labor espiritual, abierta a personas de todos los países, que dará a Torreciudad un nuevo esplendor." *[Revista "Mundo Cristiano", art. cit.]* Con esa perspectiva el Opus Dei logró en 1983 que el santuario de Torreciudad fuese incluido en la ruta mariana oficial que une El Pilar de Zaragoza con Lourdes en el sur de Francia.

Otro ejemplo de culto al fundador tuvo lugar en la iglesia de San Cosme en Burgos. Un buen día apareció un equipo de expertos que reprodujo, milímetro por milímetro, un pequeño altar barroco con una imagen de la Virgen Inmaculada con más de doscientos años de antigüedad. La copia exacta iba destinada a Roma para que el fundador pudiera rezar en uno de los oratorios de la casa generalicia, sin hacer grandes esfuerzos de imaginación, como lo hizo en la parroquia de San Cosme mientras estuvo en Burgos durante la guerra civil.

En la mansión alquilada en Madrid, situada en la calle Diego de León esquina a Lagasca, se levantó a partir de los tres pisos iniciales un imponente edificio de ocho plantas, cuando fue adquirida la mansión por el Opus Dei en 1957. La construcción se dio por terminada en 1966 y la curiosidad arquitectónica residía en que el nuevo inmueble se levantó manteniendo en el aire el piso central, con todo el alarde técnico que esto suponía, para conservar la antigua vivienda utilizada por Escrivá y su familia en la primera época del Opus Dei después de la guerra civi1. El inmueble, que sirve de sede central del Opus Dei en España, alberga también en uno de los sótanos, a veinte metros por debajo del nivel de la calle, una cripta en donde se hallan los restos mortales de los padres del fundador del Opus Dei que fueron trasladados en 1969 desde el cementerio de la Almudena de Madrid. En los muros de la cripta, a derecha e izquierda de un altar, se encuentran dos urnas con la inscripción "In Pace" y con los nombres y fechas de nacimiento y defunción de José Escrivá y de Dolores Albás.

Con ocasión de sus primeros viajes a Roma, Escrivá visitó en dos ocasiones Barcelona en 1946 y las dos veces rezó ante la Virgen de la Merced. La segunda vez mandó pintar una Virgen de la Merced con dos fechas, las de sus dos rezos: 21 de junio-21 de octubre de 1946 *[Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?", Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992]*. El cuadro se encuentra en uno de los oratorias de la sede central del Opus Dei en Roma como recordatorio de las primeras navegaciones de Escrivá por el Mediterráneo.

En la sede española del Opus Dei en Madrid, calle de Diego de León 14, se conservan la rueda del timón y la bitácora con la aguja señalando el "camino" de Roma. Ambos objetos fueron comprados por miembros del Opus Dei, una vez desguazado el vapor correo de más de mil toneladas de la Compañía Transmediterránea, J.J. Sister, que cubría semanalmente la travesía entre Barcelona y Génova, y que transportó al fundador del Opus Dei.

Desde que Escrivá se instaló en Roma, como estaba convencido de su predestinación, instaba a sus seguidores para que fueran apuntando todas las frases que él dijera "porque servirían para la posteridad". Según un antiguo miembro del Opus Dei, "era la preparación personal que empezaba a hacer par ir construyendo su propio altar". *[Tapia, María del Carmen, "Tras el umbral" ", Ediciones B, Barcelona, 1992, p. 192]*. También les decía a tiempos: "No hagáis como los jesuitas, que ahora lamentan haber destruido las huellas de San Ignacio. " *[Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza & Janés, Barcelona, 1987, p. 22]*.

Como otra dimensión más del culto idolátrico al fundador, Escrivá hizo que su familia también fuese sacralizada, difundiendo sus fotos en todas las casas del Opus Dei, lo mismo que ya habían hecho con las suyas. *[Badules, Rosario, "Testimonio", en Varios Autores, Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?, p. 22]*. Hubo entonces fotografías de los abuelos y de la tía Carmen, es decir, los padres y la hermana de Escrivá, en todas las casas del Opus Dei. La fotografía de la abuela fue sacada de un retrato al óleo pintado a partir de una foto antigua en la que aparecía la madre de Escrivá con un sencillo vestido negro. En la fotografía la abuela del Opus Dei aparecía con una imagen ventajosa respecto de la que antes tenía, pues el pintor, para darle más categoría, le puso sobre el vestido un cuello de armiño blanco. *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 463]*. Conviene señalar como contraste, que ningún miembro del Opus Dei podía tener en cambio fotografías de su familia natural expuestas de forma visible en las habitaciones personales de las residencias, tan sólo de la familia Escrivá, la que estaba al frente de la familia sobrenatural del Opus Dei. El culto a la persona impuesto por el fundador era cotidiano y, a través de miles de objetos y de detalles, la figura del Padre y de su familia estaba presente en cada rincón de las casas del Opus Dei y en las mentes de sus seguidores.

Los gustos y costumbres de Escrivá se impusieron hasta en los más mínimos detalles. Por ejemplo, el viernes de Dolores antes de la Semana Santa en todas las casas se impuso como costumbre comer unos dulces de espinacas que cuando era niño Escrivá le hacía su madre y que se llamaban crispillos. Así en el aniversario del santo de la abuela del Opus Dei, los viernes de Dolores, ese postre casero pasó a ser la comida principal en todas las casas de la Obra. *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 464]*. Otro de los dulces que se extendió dentro del Opus Dei fueron las tortas de aceite, especialmente de la marca Inés Rosales, porque le gustaban mucho al fundador del Opus Dei.

Fue el propio Escrivá quien le dijo a uno de sus más íntimos colaboradores que pidiera en el Congreso General que el saludo oficial al Padre fuera con la rodilla izquierda en el suelo y besándole la mano. Petición que también se hizo en el Congreso paralelo de la Sección Femenina y que fue recibida con grandes aplausos en su presencia. *[Badules, Rosario, "Testimonio", en Varios Autores, Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo? Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992, p. 22]*.

Durante su larga estancia en Roma, Escrivá no solía ir a reuniones en las que no quedara claro de antemano que él iba a ser la persona más importante. Por eso iba a tan pocas. jamás asistió a los funerales de ningún cardenal ni de ninguna personalidad, eclesiástica o no. Él sólo recibía en casa, se solía argumentar dentro del Opus Dei. *[Moreno, María Angustias, El Opus Dei. "Entresijos de un proceso", Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1993, p. 63]*. Pero una tarde, a finales de los años cuarenta, señala Antonio Pérez, ex dirigente de la Obra, el entonces embajador español en el Vaticano, el democristiano Ruiz Giménez, invitó a

Escrivá a una recepción en la embajada española y al llegar le saludó con un sencillo "¿Cómo está usted?". El fundador del Opus Dei dio media vuelta y se marchó. Luego explicó su lugarteniente Álvaro Portillo que aquélla no era manera de tratarle. El embajador Ruiz Giménez le hubiera podido decir Padre a secas o monseñor Escrivá, pero no "padre Escrivá". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", En Moncada, Alberto: "Historia oral del Opus Dei", Plaza &:]anés, Barcelona, 1987, p. 63]*.

Cuenta también el ex dirigente del Opus Dei Antonio Pérez, que "Escrivá consideraba que, como fundador del Opus Dei, él tenía, debía tener, ante sus hijos, más carisma, más importancia que obispos, cardenales e incluso papas. Por eso diseñó una curiosa legislación para cuando hubiera personalidades eclesiásticas en la Obra, que se basaba sustancialmente en cancelar la libertad personal que los religiosos logran respecto a sus instituciones cuando llegan a ser obispo u otros cargos en el mundo eclesiástico ordinario. En el Opus, por el contrario, se acentuaba la subordinación al Padre e incluso había una peculiar simbología al respecto. Yo recuerdo una vez en Roma, cuando me encontré en la casa central a Lucho Sánchez Moreno, un peruano numerario, que había trabajado conmigo en la secretaría general y que resultó ser el primer obispo del Opus. Al verle, yo me acerqué a saludarle y muy sinceramente le besé al anillo pastoral. Al Padre aquello le sentó muy mal porque "en casa sólo se le besa la mano al Padre". *[Pérez Tenessa, Antonio, "Testimonio", en ob. cit., p. 29]*.

Pese a desmentidos posteriores, Escrivá tuvo una pasión desmedida por todo lo que significaba lujo y riquezas de este mundo. Las casas del Opus y Dei sobre todo la sede central de Roma en donde vivía Escrivá se llenaron de antigüedades valiosas. Cuando enseñaba el fundador del Opus Dei la biblioteca de la casa central de Roma decía: "Este suelo es de ónice. Con estas piedras se hacen anillos las señoras." *[Badules, Rosario, "Testimonio", en Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?, p. 25]*. En una puerta de un patio de la sede central de Roma Escrivá marcó sus pies, junto con los de su lugarteniente Álvaro Portillo, en cemento blando como demostración que los miembros del Opus Dei tenían que seguir sus pasos en la vida como señal de la voluntad de Dios.

"Le gustaban los objetos caros, los restaurantes caros y todo de la mejor calidad", confiesa una de las numerarias que estuvo al servicio de Escrivá. Se encaprichaba de las cosas más caras que encontraba a lo largo de sus viajes y los miembros del Opus Dei no tenían más remedio que regalárselas. Tenía sobre todo una debilidad especial por los reposteros, esos paños rectangulares con emblemas heráldicos que mandaba colocar en todos los vestíbulos y pasillos de las casas y centros del Opus Dei. En una ocasión fue a Sevilla y comió en el comedor de la residencia masculina de estudiantes. Como el comedor era muy grande se cerró con dos biombos pertenecientes a una familia aristócrata andaluza. Cuando Escrivá vio los biombos, la numeraria que estaba en la cocina atendiendo su comida oyó como decía: "Estos biombos para Roma". Como la prestataria no pudo regalarlos porque pertenecían al patrimonio de la familia, dio dinero para que se adquirieran otros por lo menos parecidos. *[Badules, Rosario, Testimonio, en Varios Autores, ob. cit., p. 25]*. Algo parecido ocurrió en Madrid con un tapiz de época. También le gustó y dijo a los miembros del Opus Dei que lo pidieran, pero no pudo obtenerlo porque pertenecía al patrimonio indiviso de una familia. Entonces fueron a un anticuario y le compraron un tapiz parecido que costó un millón de pesetas en los años sesenta. Cuando llegó a Roma mandó colgar el tapiz, llamó a algunos miembros del Opus Dei y les dijo: "Mirad, hijos míos. Estos son los regalos que me hacen mis hijas. Aprended." *[Badules, Rosario, Testimonio, en Varios Autores, ob. cit., p. 25]*.

En una ocasión mandó comprar una gran sopera de plata de orfebrería italiana maravillosa y dijo: "Esta es para la procura, para que cuando vengan los cardenales se queden con la boca abierta y digan ¡ah!". Otra vez quiso una colección de monedas de oro de los tiempos de Carlos III, las llamadas peluconas, que consiguió como habitualmente hacía a través de las

supernumerarias ricas del Opus Dei. Lo mismo que una colección de abanicos antiguos que quiso para una vitrina de la casa central de Roma. Otra vez, como quiso joyas, consiguió una esmeralda de gran tamaño "para ponerla en el fondo de la copa de un cáliz y no la viera más que Dios", aunque después estaba expuesta en la sacristía con luces indirectas para que la viera todo el mundo. *[Badules, Rosario, Testimonio, en Varios Autores, ob. cit., pp. 25-26]*.

Por causa de su delicado estado de salud el fundador tenía una dieta especialísima y comía casi siempre solo, aunque eso sí, junto con su lugarteniente Álvaro Portillo y una fiel servidumbre en torno de la mesa durante las comidas. Si le limpió la habitación durante años la misma numeraria sirvienta, la mesa era servida siempre por la misma doncella, otra numeraria sirvienta con cofia, delantal blanco y uniforme negro. Escrivá disponía además alrededor suyo de otras dos numerarias, especialmente cualificadas por sus estudios universitarios, para la elaboración y supervisión de sus comidas y para su ropa, limpieza de habitaciones y preparación de ornamentos sagrados en el oratorio. *[Moreno, María Angustias, ob. cit., p. 63]*. Estas dos numerarias especialmente seleccionadas preparaban sus comidas con gran delicadeza y le acompañaban también cuando viajaba llevando latas de paté francés y flores para las mesas, además de otras vituallas exquisitas. *[Badules, Rosario, "Testimonio", en Varios Autores, Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo? Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992, p. 26]*. Los gustos de Escrivá, no obstante, si se resumen en una expresión, correspondían a la actitud que se denomina popularmente en España de nuevo rico.

En Roma, si invitaba a comer a un cardenal, las numerarias sirvientas debían servirle primero a Escrivá, que era de poco comer, pero exigía que la mesa estuviera perfectamente dispuesta e impecablemente servida. También pedía los mayores niveles de calidad culinaria y en cierta ocasión obligó a una cocinera a repetir siete veces una tortilla hasta que estuvo a su gusto. *[Revista "Cambio 16", Madrid, 16 marzo 1992, también en Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?", p. 255].*

También cuando viajaba Escrivá, había siempre preparado un cajón de naranjas en las casas a las que se sospechaba pudiera llegar por si pedía un zumo. En las casas grandes del Opus Dei tuvieron siempre acondicionada, en la parte más noble de la casa, una "suite" de lujo que permanecía siempre cerrada, esperando que algún día llegase el Padre. *[Badules, Rosario, Testimonio, en Varios Autores, ob. cit., p. 26]*. Una vez en Lisboa se ilusionó mucho por comer langosta. Curiosamente aquel día sus seguidores no la encontraron en el mercado. El enfado del fundador fue de tal calibre que no quiso probar bocado y se molestó porque sus acompañantes se atrevieron a comer sin problemas. En la fiesta del día de los Reyes, los miembros del Opus Dei le solían poner en el roscón en lugar de las clásicas figuritas de la suerte, monedas de oro llamadas peluconas, sabedores de la enorme satisfacción que le proporcionaba encontrarlas. *[Carandell, Luis, "La otra cara del Beato Escrivá", Revista Cambio 16, Madrid, marzo 1992]*.

"Cuando el Padre venía a España -cuenta una antigua numeraria del Opus Dei- el derroche era increíble, porque cuando se trataba de él no se miraba el dinero para nada porque Padre sólo hay uno" se decía. Conozco a una persona que estuvo a punto de marcharse de la Obra porque en uno de sus viajes la habían tenido durante tres días buscando una merluza de pincho para su comida. Una vez el Padre dijo: "Si fuerais listas y pillas me daríais vino de marca en una jarra de agua, para que yo no lo note". "Para mandarle a Roma he comprado las cosas más caras de Madrid, frutas fuera de época, almendras dulces que sólo había en un sitio determinado." Todo esto se enviaba a Roma para que el Padre lo diera en las tertulias. Otra vez hicieron su primera comunión los sobrinos de Escrivá en Molinoviejo. Aquello se convirtió en una floristería, tales eran los centros de flores que allí había y que, además, no se traían de Segovia, que estaba al lado, sino de Burguiñón, que era la tienda más cara de Madrid. "y en la despensa se

hicieron toda clase de pequeños dulces para que los sobrinos pudieran tomar todo aquello que les apeteciera." *[Ortiz de las Heras, Blanca, Testimonio, en Varios Autores, ob. cit., p. 75]*.

En la indumentaria, Escrivá vestía elegantes sotanas de seda mezclada con lana pura, pelo muy repeinado con gomina, sin descuidar los ostentosos gemelos de oro resaltando en blancas camisas con puños y alzacuello almidonados. Escrivá se presentaba como español a machamartillo con el anatema en el bolsillo y los zapatos con mucho brillo.

Según los diversos testimonios recogidos, todas las mañanas en la casa central de Roma la numeraria doncella con cofia entraba en la cámara presidencial mientras monseñor desayunaba y arrodillándose depositaba sobre la mesa una bandeja de plata con la correspondencia importante ya preseleccionada. Si embargo, el máximo refinamiento consistía en que junto a la correspondencia le presentaba unas tijeras y un abridor de cartas para que el Padre pudiera escoger lo que prefiriese aquel día para abrir el correo. *[Carandell, Luis, "Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer", Deriva, Madrid, 1992, p. 97]*.

En diferentes ocasiones durante los años sesenta a Escrivá le concedieron en España condecoraciones como las cruces de San Raimundo de Peñafort, de Alfonso X el Sabio, de Isabel la Católica, de Beneficencia y de la Real y muy Distinguida Orden de Carlos III. Cuando el gobierno español, donde estaban presentes miembros militantes del Opus Dei, le concedió la Gran Cruz de Carlos III, sus seguidores en España mandaron labrar en oro la condecoración que debía imponérsele. El fundador la devolvió con cajas destempladas exigiendo que la Gran Cruz fuese de brillantes. *[Carandell, Luis, "Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer", Deriva, Madrid, 1992, p. 97]*. La concesión de condecoraciones y el reconocimiento de su altísima dignidad no tuvo límites por parte de sus seguidores, pero este ensalzamiento con nombres y alabanzas hacia Escrivá no fue privativo de los miembros del Opus Dei, sino también de amplias capas de la sociedad española durante la dictadura de Franco.

Como cualquier déspota ejerciendo un mando supremo, Escrivá también sufría ataques intempestivos de mal humor y de cólera que no disimulaba. En los comienzos de la Obra, cuenta uno de los primeros miembros del Opus Dei, "no había fiesta importante en el Opus que él no aguara, ya fuera Nochebuena o cualquier otra. De pronto se enfadaba, no sabíamos por qué, y se metía en su cuarto dejándonos allí tirados. Eso era algo habitual en él. No sabíamos nunca cómo iba a reaccionar ni nos daba ninguna explicación". *[Fisac, Miguel, "Nunca le oí hablar bien de nadie", en Varios Autores, ob. cit., p. 61]*. A veces era la fruta que no le gustaba o que el plato cocinado tal día no era de su preferencia. Uno de los puntos álgidos de los enfados en la vida cotidiana de Escrivá eran con respecto a la cocina, *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 194]* aunque también la bronca del fundador podía surgir por otras causas como, por ejemplo, la decoración.

En una ocasión memorable, que cuenta Luis Carandell en su biografía sobre Escrivá, el fundador del Opus Dei fue a inaugurar un centro de la Sección Femenina dedicado a escuela de hogar. "Monseñor es hombre muy exigente en materia de gusto en la decoración y cuando entra en una estancia y ve, por ejemplo, un cuadro torcido, su sentido del orden le hace levantarse de la silla donde está sentado y colocar personalmente el cuadro en posición correcta. Aquel día, la decoración del local a cuya inauguración asistía no le debió gustar y comenzó a ponerse de mal humor. Por más que intentaron tranquilizarle, prometiéndole sus hijas que introducían en el local las deseadas modificaciones, Escrivá se fue poniendo cada vez más nervioso y llegó un momento en que se acercó a una puerta y dijo: "Esta moldura es una porquería." Y tomando un extremo de la moldura, tiró de ella y la arrancó de cuajo. Luego hizo lo mismo con otras molduras de la misma puerta y con las de las ventanas más próximas. Las hijas de monseñor comenzaron a agitarse por aquella reacción y para que se

vea cuál es la fuerza de atracción que ejerce el Padre dentro de la Obra, se sintieron impulsadas a participar, también ellas, en la destrucción que monseñor estaba llevando a cabo. La escena fue apocalíptica porque -así lo cuentan las veinte o veinticinco personas que había en el local se lanzaron a ultimar la labor de devastación que había iniciado el que todo lo iniciaba en el Opus Dei". *[Carandell, Luis, "Vida y milagbros de monseñor Escrivá de Balaguer", Deriva, Madrid, 1992, pp. 153-154]*.

No hay magnificencia en este capítulo descriptivo sobre la intimidad del fundador. Probablemente ningún otro hombre ha gozado como Escrivá de un poder tan ilimitado y arbitrario en la historia contemporánea de la Iglesia católica. Lo que más sorprende en el fundador del Opus Dei, un encumbrado cura de pueblo, ambicioso y cicatero, es la vulgaridad de sus gustos, la escala trivial de sus aficiones y costumbres que supo esconder, combinando astucia con fanfarronería, bajo la pátina de un espíritu preocupado en mostrar sólo refinamientos. De ahí que lo importante también para los miembros del Opus Dei sea ofrecer una imagen de buena educación, buen gusto en el vivir y desenvoltura en el trato, de acuerdo con la pose original del fundador.

Existen innumerables testimonios y documentación abundante que entierran la grandeza de espíritu y las actitudes de refinamiento por parte del fundador. Escrivá ha venido mostrando en vida un comportamiento cotidiano verdaderamente alejado de la tan pretendida santidad, pese a la repetición insistente de las hagiografías oficiales que se han declarado juez y parte en el proceso de turbosantidad del fundador.

De la intimidad del tirano, imponiendo su poder y superioridad en grado extraordinario, cuenta una antigua numeraria y secretaria del fundador que Escrivá hablaba en cierta ocasión por una ventana abierta de par en par, que da a uno de los jardines de la sede central en Roma, con un grupo de miembros numerarios y les decía entre grandes risotadas: "Bebeos el coñac que os he mandado, pero eso sí, no hagáis como ese monseñor Galindo, paisano mío, que calentaba la copa en la bragueta." Su lugarteniente Álvaro Portillo trató de avisar a Escrivá de la proximidad del grupo de mujeres miembros del Opus Dei que había oído todo lo que decía, y, cuando el fundador se dio cuenta, con uno de sus gestos característicos, cerró la ventana de un golpe seco y les dijo: "Hijas mías, Dios os bendiga". *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 467]*. Escrivá llegaba a mostrar en ocasiones doble personalidad: por un lado se presentaba como el sacerdote perfecto, con un aspecto exterior de limpieza ejemplar, y también aparecía a veces en público con el sucio hábito o condición del que emplea artificios para engañar.

Ante el peligro que representa que una tradición de zascandiles quede asentada permanentemente en la sociedad con la aparición de sedicentes grandes figuras como la de Escrivá, el mundo ultraconservador, tan amante de los mitos, debe tener presente un dicho popular que se refiere al arte de preparar una buena comida: "la mano que levanta la tapadera nunca ha sido la causa del humo que sale del puchero". Y como al fundador del Opus Dei le gustaba repetir la frase castiza "una sola familia, un solo puchero", *[Véase cap. 4. "Segunda República y guerra civil española", p. 77. 281]* el autor de esta biografía utiliza también la comparación gastronómica hasta las últimas consecuencias, porque en el caso del fundador del Opus Dei el guiso huele a pegado, al quemarse por haberse adherido excesivamente a la olla.

Pareció claro que los miembros del Opus Dei actuaban coordinadament6 en la posguerra española bajo la batuta de Escrivá, formando un aparato político en marcha hacia el Poder. Como fuerza política emergente, en el Opus Dei se dieron cuenta de que, además de con Franco, había que contar, por si acaso, con el pretendiente al trono de España, Juan de Barbón. En la magna operación que significaba la salida política del régimen de Franco, llamada luego "la larga

marcha hacia la Monarquía" por el destacado miembro de la Obra López Rodó, los miembros del Opus Dei iban a jugar a dos bandas, o a tres y cuatro bandas, en el billar de la política interior española, según sus intereses y la oportunidad del momento.

Después de promulgada la Ley de Sucesión en 1947, convirtiendo a España en un reino, el dictador Franco había iniciado una estrategia política cuya meta era la educación del príncipe Juan Carlos de Borbón. Así la batalla personal de Franco contra el heredero del ex rey Alfonso XIII, el pretendiente al trono Juan de Borbón, escondía una segunda operación: el afianzamiento de su hijo Juan Carlos en su sucesión, para lo cual contaba con el apoyo tanto del gobierno de Madrid como del contragobierno formado en Estoril, actuando los miembros del Opus Dei como bisagra entre ambos. Por ello se tomó una decisión cuasi salomónica sobre la educación del príncipe Juan Carlos, que se realizaría en España bajo la dictadura, pero con las personas que designara su padre Juan de Borbón. El Opus Dei, que estaba al quite, consiguió que en el equipo de educadores del príncipe entraran varios miembros numerarios de la Obra. Escrivá era un franquista convencido pero se declaraba también monárquico y estaba a favor de que después de Franco continuara la dictadura y lo mejor para ello era que reinara en España un Borbón. A finales de los años sesenta el fundador del Opus Dei decidió pues hacerse con un título nobiliario como si fuera su preparación personal para la monarquía que se avecinaba.

También desde 1947, cuando Franco volvió a convertir a España en reino, reaparecieron socialmente y existieron legalmente los títulos nobiliarios. Desde entonces, raro fue el día que no apareció en el Boletín Oficial del Estado alguna noticia de sucesiones o rehabilitaciones nobiliarias, sólo leídas por los allegados a las personas interesadas y los escasos expertos en ciencias genealógicas existentes en España. Aunque el 25 de enero de 1968 el Boletín Oficial del Estado publicaba en la página 1.088 una solicitud de rehabilitación nobiliaria que alborozaba a algunos miles de españoles. Decía lo siguiente: "Ministerio de Justicia: Don Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás ha solicitado la rehabilitación del título de marqués, concedido el 12 de febrero de 1718 por el archiduque Carlos de Austria a don Tomás de Peralta, eligiendo en la gracia ahora interesada la denominación de marqués de Peralta, y en cumplimiento de lo dispuesto en el artículo cuatro del decreto de 4 de julio de 1948, se señala el plazo de tres meses, a partir de la publicación de este edicto, para que puedan solicitar lo conveniente los que se consideren con derecho al referido título. Madrid, 24 de enero de 1968. El subsecretario, Alfredo López". A continuación, y en el mismo boletín, Santiago Escrivá de Balaguer y Albás solicitaba también la rehabilitación de la baronía de San Felipe. Los miles de españoles que se alborozaban con la noticia de semejante desempolvamiento eran, salvo algunos malévolos, miembros del Opus Dei: Josemaría Escrivá era su fundador y primer presidente general y Santiago era el hermano menor de Josemaría.

La fecha parecía especialmente escogida a comienzos del año 1968, cuando las condiciones eran favorables al Opus Dei para rematar definitivamente la operación política de la sucesión de Franco. En el diario llevado por Fraga Iribarne, entonces ministro de Información y testigo en aquella coyuntura, las anotaciones de aquellos días fueron las siguientes: "Nació el primer hijo varón de los príncipes, don Felipe, hoy príncipe de Asturias. Monseñor Escrivá, fundador del Opus Dei, reclamó, con sorpresa general, un título de marqués. Fuerte sequía. Yo con un poco de gripe. Pésimas noticias de Vietnam". *[Fraga Iribarne, Manuel: "Memoria breve de una vida pública", Planeta, Barcelona, 1980]*.

Después de la promulgación por el Vaticano de la ley canónica sobre los Institutos Seculares y la obtención por parte del Opus Dei del "decreto de alabanza" como primer Instituto Secular en febrero de 1947, Escrivá debió sentirse incómodo sin ningún título cuando ya se encontraba al frente de un flamante Instituto Secular y dos meses más tarde, el 22 de abril de 1947, logró ser nombrado prelado doméstico de Su Santidad, cargo honorífico que le daba

derecho al tratamiento de monseñor. No obstante, sintió que le faltaba un título nobiliario civil ante la monarquía que se avecinaba. Escrivá solicitó por ello en Madrid la rehabilitación del marquesado de peralta, título nobiliario que le fue concedido el 3 de agosto de 1968, seis meses después de haber realizado la solicitud. Así, el fundador del Opus Dei que era desde 1947 "noble"por la Iglesia, también pasó a serlo por el Estado español: monseñor se había hecho también marqués.

Desde hacía años Escrivá quería conseguir un título nobiliario. Primero lo intentó por el conducto pontificio, sin que le fuera factible, a pesar de que la operación estuvo muy bien pensada. Se trataba de pedir conjuntamente uno para él y simultáneamente otros dos miembros españoles adinerados del Opus Dei pedirían otros dos títulos nobiliarios pontificios con el dinero suficiente para cubrir los gastos de los tres y así "no gravar a la Obra". El Vaticano dejó por entonces de conceder títulos nobiliarios, por lo que el intento prosiguió en España por la vía civil, que resultaba más asequible dadas las influencias y medios con que contaba el Opus Dei en España. *[Moreno, María Angustias, "El Opus Dei. Entresijos de un proceso", Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992, p. 254]*. Entre las personas que habían intervenido en la consecución del marquesado de Peralta figuraba en primer lugar Álvaro Portillo, lugarteniente de Escrivá y secretario general del Opus Dei con residencia en Roma, encargado de acumular pruebas sobre la santidad y los orígenes aristocráticos del fundador. En Roma, Escrivá en sus obsesiones aristocráticas ensalzaba a su lugarteniente Álvaro Portillo diciendo en voz alta y con frecuencia.: "¡Álvaro del Portillo! ¡Grande de España no sé cuantas veces! ". *[Ynfante, Jesús, "Opus Dei", Grijalbo-Mondadori, Barcelona, 1996, p. 454]*. Portillo se presentaba como una pálida copia, un "alter ego" discreto, sin la brillantez y facundia que desplegaba Escrivá. Luego, en Madrid, otra de las personas que intervino en la obtención del título nobiliario fue Alfredo López, miembro supernumerario del Opus Dei, que se encargó como subsecretario del Ministerio de justicia de gestionar directamente la concesión del marquesado de Peralta. Y, por último, también intervino un profesional de la rehabilitación, Adolfo Castillo Genzor, de Zaragoza. De uno a tres millones de pesetas solía cobrar por cada servicio, pero el de Escrivá, por la publicidad que representaba para él, lo hizo gratis. En 1987, poco antes de su muerte, Castillo Genzor se vio implicado en un escándalo por rehabilitación fraudulenta de títulos nobiliarios. Falsificar títulos resultaba ser una costumbre muy rentable en aquella época y muy extendida en España. *[Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?", Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992, p. 254]*.

La rehabilitación es una autorización para desempolvar un título nobiliario que se halla abandonado, sin que tenga que ser el rehabilitado descendiente directo del noble o ennoblecido que lo poseía. El demandante, sin embargo, tiene que demostrar sólo en teoría algún derecho por parentesco. Es decir, que el título puede ser comprado por otra persona que no tiene nada que ver con el antiguo propietario y ése fue el caso del fundador del Opus Dei.

Escrivá obtuvo el marquesado, pero algunos se preguntaban qué iba a hacer con él. Que su hermano Santiago hubiera pedido la rehabilitación de la baronía de san Felipe parecía excluir la posibilidad de que existiera un compromiso doméstico o familiar que, aprovechando los méritos del fundador del Opus Dei, iría seguido de una cesión a su hermano. El marquesado era en principio para él, para Josemaría Escrivá, a cuyo uso recurrió para satisfacer su tremenda ambición, y para hacer olvidar definitivamente a aquel hijo de un pequeño comerciante arruinado de Barbastro.

Según uno de sus hagiógrafos, el fundador decidió rehabilitar los títulos nobiliarios que pertenecían al tronco familiar, "por piedad filial y por justicia". *[Vázquez de Prada, Andrés, "El Fundador del Opus Dei", Rialp, Madrid, 1984, p. 348]*. Y según otro de sus hagiógrafos, el título de marqués de Peralta había sido otorgado en 1718 "a un antepasado de su madre". *[Gondrand, Francois, "Al paso de Dios", Rialp, Madrid, 1985, p. 251]*. Esta vinculación familiar con los

antepasados de la madre resultaba obligatoria, porque en la rehabilitación del título nobiliario Escrivá tenía que demostrar algún parentesco con descendientes del primer marqués de Peralta, aunque fuese de forma imaginaria. Era, no obstante, sintomático que la conexión nobiliaria se realizara por parte de la madre y no del padre.

Observadores políticos opinaron entonces que Escrivá pensaba utilizar el título nobiliario para una operación política de envergadura relacionada con la ausencia de estatuto jurídico que sufría el Opus Dei. La operación podía haber consistido en la toma del poder y consiguiente ocupación por parte de los miembros "nobles" del Opus Dei de todos los puestos directivos de la Soberana Orden de Malta. Desde 1964, los altos responsables de la Orden se encontraban extremadamente inquietos por las operaciones de sondeo realizadas por miembros del Opus Dei en Roma y en Madrid. La Soberana Orden Militar de San Juan de Jerusalén, llamada de Malta, sigue siendo la única orden de caballería que existe en el mundo con un estatuto jurídico equivalente al de un Estado en derecho internacional aunque sin territorio, con la facultad de conceder pasaportes diplomáticos a sus miembros y que mantiene al mismo tiempo relaciones diplomáticas con el Vaticano, España, Senegal y algunos otros Estados del mundo.

Resultaba más verosímil, sin embargo, que pensara utilizarlo con la monarquía que se avecinaba en España. El título nobiliario había sido a todas luces bien escogido. El marquesado de Peralta había sido concedido a un partidario del archiduque Carlos de Austria, pero había sido reconocido a su vez por Felipe V, primer rey en España de la dinastía de los Borbones. Así Escrivá no se comprometía ni frente a los partidarios de la familia Borbón, ni frente a los carlistas, sus rivales dinásticos. Con la maniobra que representaba la compra del título, Escrivá se convertía en miembro, aunque advenedizo, de la aristocracia española y entraba a formar parte en plan honorario de la familia política carlista, pues el marqués de Peralta fue uno de los fieles del archiduque Carlos que se enfrentó al primer Borbón de la dinastía durante la guerra de Sucesión. No se olvide, además, que el Opus Dei ya tenía instalada una universidad en Pamplona y contaba con fuerza hegemónica en un tradicional feudo carlista como es Navarra. Con el título nobiliario Escrivá pretendía ganar asimismo la consideración de los monárquicos partidarios de la familia Borbón, bien fueran seguidores de Juan de Borbón o de su hijo el príncipe Juan Carlos. Estaba claro que el marqués de Peralta aspiraba a ser una pieza clave de la monarquía que se preparaba desde 1947, hacía más de veinte años, en España. Las entrevistas del fundador del Opus Dei con el pretendiente-padre en Estoril y con Carlos Hugo, el pretendiente carlista, en mayo de 1967, más los contactos directos que mantenía con el general Franco y con el almirante Carrero Blanco, el verdadero "patrón" del régimen, sin olvidar el control que ejercía en la enseñanza del príncipe Juan Carlos, así parecían confirmarlo.

Podía calcularse en más de un millón de pesetas el coste mínimo de la operación político-nobiliaria del fundador del Opus Dei. A la rehabilitación de un título de marqués, sin grandeza de España, que costaba 175.000 pesetas había que añadirle gastos adicionales como investigaciones heráldicas, certificaciones y actas notariales. En España un millón de pesetas representaba entonces una suma de dinero considerable, aunque este capricho de Escrivá fuera una bagatela para la Obra. Lo extraordinario del caso fue que la operación político-nobiliaria con el marquesado de Peralta les salió gratuita.

El solo hecho de la solicitud para obtener el marquesado causó un verdadero escándalo incluso entre los miembros del Opus Dei, a pesar de los esfuerzos para justificar la decisión. *[Albás, Carlos, "Opus Dei o Chapuza del Diablo", Planeta, Barcelona, 1992, p.70.]* La concesión del título nobiliario fue tan mal recibida por la opinión pública que hasta la prensa española bajo la censura se ocupó del caso y se hizo eco del escándalo, abundando los comentarios sarcásticos cargados de anticlericalismo a costa del nuevo marqués. La revista satírica "La

Codorniz" propuso, por ejemplo, como blasón nobiliario del marquesado, sobre un campo de gules un obispo rampante y la leyenda "piensa como Cristo y vive como Dios". Un sobrino del fundador del Opus Dei , Carlos Albás Domínguez, y otros familiares bromearon sobre tal afán de distinción, comentando humorísticamente: "Marqués de Peralta, ¡una mierda así de alta! ". *[Albás, Carlos, "Declaraciones", Diario "El País", Madrid, 11 julio 1991]*.

La maniobra política y nobiliaria de Escrivá resultó ser un fracaso estruendoso. Según el testimonio de un antiguo miembro del Opus Dei, "todos los socios mayores de la Obra pasamos muy malos ratos tratando de entender, y de explicar más tarde, por qué se había hecho reconocer como marqués de Peralta, con las consiguientes apariciones en el Boletín Oficial [del Estado]. Pero no nos sorprendió en absoluto; porque a nivel interno, le habíamos visto, al mencionar su niñez, subrayar ciertos rasgos de bienestar familiar, dejando siempre en penumbra las conocidas dificultades económicas de sus padres, normales y a mi juicio honrosas. En Barbastro, permitió que se derribase su auténtica casa natal, sustituyéndose por otra, que copia las mansiones nobles del Alto Aragón. Nunca se ha tratado de conservar la entrañable y modesta casa de Martínez Campos, 4, aún intacta, donde vivió con su familia años decisivos. En cambio, puso todo su afecto en el antiguo palacete de Rafal, en Diego de León, 14, en el que instaló un repostero nobiliario en la escalera central. y en la basílica de Torreciudad, en el retablo del altar mayor, figuran siete escudos con sus siete apellidos nobles". *[Saralegui, Francisco, "Testimonio", en Moncada, Alberto, "Historia oral del Opus Dei", Plaza & Janés, Barcelona, 1992, p. 127]*.

En 1970, dos años después de la rehabilitación del título de nobleza, publiqué en París en castellano el libro titulado "La prodigiosa aventura del Opus Dei: génesis y desarrollo de la Santa Mafia", editado en Francia porque no pudo publicarse bajo la dictadura en España. En él, analizaba las repercusiones del nombramiento de marqués para el fundador del Opus Dei en aquella época, y como al parecer eran sus orígenes nobiliario s lo único que le importaba a Escrivá, un antiguo miembro numerario de la Obra señala al respecto que "cuando se publicó el libro de Ynfante, la reacción del padre Escrivá, contenida en un escrito aireado por los superiores, fue contraatacar solamente las afirmaciones del autor sobre la prosapia de sus mayores y proclamar que sus padres eran nobles por los cuatro costados". *[Moncada, Alberto, "El Opus Dei, una interpretación", Índice, Madrid, 1974, p. 127]*. Uno de los primeros seguidores afirmaría por su parte que Escrivá había adquirido un "terrible complejo" en los años en los que su padre, comerciante de paños, tuvo que abandonar Barbastro tras la quiebra de su negocio. "Sufría mucho cuando al presentarse ante gente de la aristocracia tenía que responder que sus apellidos no eran Escrivá de Romaní, sino Escrivá y Albás. Se desvivía con las marquesas y estaba tan obsesionado con ese problema de sus orígenes que no paró hasta hacerse con el título de marqués de Peralta". *[Diario El País, Madrid, 28 julio 1991]*.

A partir de 1972 comenzaron a afirmar oficiosamente dentro del Opus Dei que Escrivá había pedido el título para agradecer a su familia todo lo que habían hecho por la Obra. *[Moreno, María Angustias, ob. cit., p. 61]*. La realidad era que no vivían ni sus padres ni su hermana y Escrivá había estado muy preocupado antes de la cesión del título por la actitud irresoluta de su único hermano Santiago. El fundador del Opus Dei hubiera querido que su hermano se casara con una aristócrata española y había movilizado por ello a los directores de la Obra para que le buscasen en Madrid una novia adecuada a sus pretensiones. Supuso una contrariedad enorme para él, hasta provocarle airados enfados, que se enamorara de una maestra de escuela de Zaragoza con la que se casó. Escrivá se negó primero a asistir a su boda y luego consintió en ir a la petición de mano, como persona más indicada puesto que era el mayor de la familia, si le hospedaban en el palacio de Cogullada, igual que al general Franco, pero con la condición de que dicho honor siempre figurara como debido a su gran categoría y nunca como deseado por él. *[Moreno, María Angustias, ob. cit., p. 63]*. Antes de

la boda, su hermano Santiago fue ingresado en la Orden del Santo Sepulcro para que se pudiera casar con el uniforme de caballero. Por aquellas fechas adquirieron también un cuadro para la sede central en Roma con un retrato al óleo de un miembro de esa Orden y llegaron a cambiarle la cara por la de su hermano Santiago, apareciendo así dignamente en un cuadro de época Santiago Escrivá como caballero profeso en la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de]erusalén. *[Badules, Rosario, Testimonio, en Varios Autores, ob. cit., p. 26]*.

Escrivá nunca se atrevió a utilizar de forma ostentosa y en público el título nobiliario desempolvado y después de ejercer durante cuatro años como marqués de Peralta, sin airearlo fuera del Opus Dei por el escándalo causado, lo cedió discretamente el 5 de agosto de 1972 a su hermano Santiago, quien había solicitado simultáneamente la rehabilitación de la baronía de san Felipe y no había obtenido respuesta oficial para la concesión de este segundo título nobiliario, por haber quedado paralizado oficialmente el expediente a petición de los interesados. Antes de ceder el marquesado a su hermano, Escrivá lo disfrutó y Vladimir Felzman, sacerdote y primer miembro numerario checo del Opus Dei, que tradujo "Camino" al checo y convivió con el fundador en esa época, recuerda cómo le expresó "su satisfacción cuando descubrió que tenía un pasado aristocrático" y "su regocijo cuando se diseñó su escudo de armas y hablamos de dónde podría colocarse en la casa central". *[Felzman, Vladimir, Testimonio, en Varios Autores, ob. cit., p. 253]*. Según fuentes internas del Opus Dei, para Escrivá el título de marqués representaba uno de los puntos más altos que podía alcanzar en su culminación personal, sobre todo por haber obtenido la carta de nobleza en la tierra que le vio nacer y a la que tanto amaba.

Respecto a sus enfermedades Escrivá tenía un déficit neurológico congénito y cuando sólo tenía dos años de edad había sufrido, como ya hemos indicado, unas alferecías o ataques de epilepsia, que no es una enfermedad simple sino un desarreglo en el cerebro o en la función que le corresponde. La epilepsia es una patología del sistema nervioso caracterizada por una descarga neuronal descontrolada en una o varias zonas del cerebro. Son las neuronas las causantes de la epilepsia. El cerebro humano cuenta entre sesenta y setenta billones de neuronas que funcionan continuamente regidas por un sistema de autocontrol. Cuando este sistema falla en un punto determinado del cerebro, las neuronas comienzan a actuar con un voltaje y rapidez mayores de lo normal y pueden provocar extrañas sensaciones y parálisis. Y esa especie de cortocircuito neurológico pudo ser la causa de las crisis inesperadas que sorprendieron de manera improvisada a lo largo de su vida a Escrivá y que desembocaron a veces en episodios de éxtasis. En la afección padecida por el fundador del Opus Dei surge una luz en la primera fase; después viene la parálisis del cuerpo, las alucinaciones y al final, la sensación de placer.

Las crisis que padeció de forma irregular Escrivá fueron inoportunas en muchas ocasiones: le afectaban a todo el cuerpo e iban acompañadas de pérdidas de conciencia y alucinaciones, entre otros síntomas. Sin embargo, estos ataques epilépticos sufridos por Escrivá no fueron frecuentes y los años discurrían sin ningún agravamiento. La epilepsia que arrastraba desde su más tierna infancia presentaba unos síntomas que permitieron luego calificada de suave, es decir, un tipo de epilepsia que los expertos denominan crisis de felicidad. Se trata de una epilepsia diferente a la más generalizada, la que se manifiesta con pérdida de conciencia, convulsiones y mordedura de la lengua. En la Grecia clásica se la denominaba enfermedad sagrada, puesto que se le atribuía un origen divino, aunque en la actualidad la padezca de hecho aproximadamente un cinco por mil de la población española. Sin embargo, dentro del Opus Dei creyeron a pies juntillas la leyenda negra en torno a esta patología que podía arrojar, sin duda, alguna luz sobre los repetidos éxtasis divinos de Escrivá, pero que también ofrecía riesgos incalculables si era conocida públicamente porque podía ensombrecer la aureola artificiosa de santidad levantada en torno a su figura junto con el consecuente culto al fundador. Por ello fue uno de los secretos mejor guardados dentro del Opus Dei.

Otro grave padecimiento de Escrivá era una diabetes mellitus, devastadora enfermedad que va avanzando lentamente y que, sin previo aviso, puede aparecer en estado agudo. Esta patología, también llamada diabetes tipo uno, es especialmente angustiosa. Los pacientes tienen que inyectarse insulina todos los días durante el resto de sus vidas e incluso pueden padecer afecciones asociadas como la ceguera. Un diabético que deje de inyectarse insulina a las horas indicadas entra en estado de coma, según la gravedad de su enfermedad, entre los tres y los cuatro días, y pasado un corto espacio de tiempo, según la resistencia física del enfermo, suele sobrevenir la muerte en gran parte de los casos.

Como insulinodependiente para el resto de sus días, Escrivá era un enfermo crónico, aunque sin llegar a tener instalado el dolor en su vida de manera permanente, por lo menos hasta que tuvo cincuenta y dos años. Antes de las comidas, su lugarteniente Álvaro Portillo le inyectaba insulina, pero el 27 de abril de 1954, como consecuencia de una variante en el tipo de medicación con una insulina retardada, tuvo un choque o trastorno con pérdida durante varios minutos del conocimiento; *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 278]* es decir, con impresionabilidad exagerada produciéndole desórdenes varios y graves en el organismo. A partir de entonces, le sobrevinieron complicaciones oculares, además de lesiones vasculares y neurológicas periféricas originadas por la diabetes. La situación personal de Escrivá desde el punto de vista de la salud llegó a ser francamente catastrófica. En relación con la diabetes tuvo hemorragias, inflamaciones, jaquecas, neuralgias y postración física. Se le infectaban las heridas, le subía la fiebre y sufría mucho con la sed. A veces tenía que guardar cama, se reponía y volvía a recaer. Le aparecía a veces una infección en la boca y el giro violento de las raíces dentales le obligó un día a ir al dentista, quien hubo de hacerle una extracción con los dedos para evitar una posible y fatal hemorragia, porque los dientes estaban sueltos. *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., pp. 253-254]*.

Desde 1954, sin embargo, sus más íntimos colaboradores afirmaron que se había curado y que ya no era insulinodependiente porque no necesitaba inyectarse más insulina y también que sus úlceras habían desaparecido. Pero aquello no fue declarado como un milagro, porque lo que había resuelto en apariencia el grave problema de salud era el silencio sepulcral sobre la enfermedad y la decidida actitud por parte de los miembros del Opus Dei para procurarle al Padre la mejor calidad de vida posible. En otras palabras, que la diabetes mellitus de Escrivá prosiguió su devastador camino, pero algunos de los primeros seguidores, entre ellos Jiménez Vargas y su lugarteniente Portillo, establecieron un muro de silencio alrededor suyo, que acabó aislando a Escrivá de su entorno, con menoscabo de su capacidad como dirigente máximo de la organización; aunque, como compensación, la única salida que al parecer encontraron fue lanzarle espectacularmente al estrellato, como santo fundador del Opus Dei.

Como diabético fue afectado por una retinopatía proliferativa con pérdida paulatina de la visión periférica y de la visión nocturna. Con la retina dañada, Escrivá sufría además una nefropatía diabética y hasta úlceras en las piernas. En tales condiciones su trabajo en los últimos tiempos se limitaba a pasear porque ni siquiera podía trabajar algunas horas diarias. No obstante, lo que más de cabeza traía a los médicos eran sus frecuentes depresiones. Aparte de que también padecía diversas manías de tipo obsesivo, Escrivá solía pasarse días enteros encerrado sin querer ver a nadie.

Respecto a sus padecimientos, la actitud de Escrivá era muy clara, como ya solía decir en los comienzos de las actividades del Opus Dei: "En la Obra no nos podemos permitir el lujo de estar enfermos, y suelo pedirle al Señor que me conserve sano hasta media hora antes de morir. Hay mucho que hacer, y necesitamos estar bien, para poder trabajar por Dios. Tenéis, por eso, que cuidaros, para morir viejos, muy viejos, exprimidos como un limón, aceptando desde ahora la Voluntad del Señor". *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 377]*.

El muro de silencio levantado en torno a las enfermedades de Escrivá surtió efecto y sólo después de su muerte uno de sus hagiógrafos fue autorizado a publicar que había padecido diabetes, aunque para señalar a continuación que se había curado de ella en 1954. *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., pp. 253-254]*. Incluso mujeres numerarias del Opus Dei, que llegaron a desempeñar cargos de importancia junto a Escrivá en Roma, nunca tuvieron conocimiento de enfermedades o padecimientos crónicos mientras vivió el fundador. "Sabíamos que el Padre tenía un régimen especial, pero abiertamente no se decía qué tenía", reconoció una de ellas en un libro publicado con su testimonio. *[Tapia, María del Carmen, ob. cit., p. 190]* Desde fuera del Opus Dei, Luis Carandell, uno de los raros biógrafos de Escrivá, mencionó que "ha habido rumores de que monseñor padecía una enfermedad y aunque esos rumores quedaron parcialmente desmentidos con ocasión de su viaje a España, no se descarta la posibilidad de que esa enfermedad exista. Qué clase de enfermedad sea, no se dice, y toda la cuestión se mueve en el campo de la mera conjetura". *[Carandell, Luis, "Vida y milagros de monseñor Escrivá de Balaguer", Deriva, Madrid, 1992,p. 86]*. Hasta la crónica del viejo corresponsal del diario ABC en Roma, Eugenio Montes, negaba que Escrivá estuviera enfermo en el día de su fallecimiento: "Monseñor Escrivá de Balaguer no se encontraba enfermo. Al menos, a nadie le había comunicado las menores inquietudes sobre su estado de salud. Pero alguna persona de su círculo íntimo sospecha que él no se sentía completamente bien, aunque, por su intensa espiritualidad, seguía entregado abnegada mente a su misión... ". *[Diario ABC, Madrid, 27 junio 1975]*.

En España se calcula que más de dos millones de personas padecen la diabetes, pero sólo la mitad de ellos lo sabe. Escrivá estaba enterado, pero no hasta los últimos extremos de las dolencias que le aquejaban. Desde finales de 1969 puede afirmarse que la ceguera diabética en Escrivá comenzó a ser inevitable y con ella empezaba la cuenta hacia atrás de la sucesión al fundador en el Opus Dei, pero en vida el mecanismo de la sucesión ya se había puesto en marcha y Escrivá había sido reemplazado de hecho a la cabeza de la organización por Álvaro Portillo, su alter ego, que estaba considerado como el más fiel y destacado de sus seguidores.

Una de las actitudes mantenidas por la cúpula directiva del Opus Dei dirigida por su lugarteniente Álvaro Portillo en la última época en la vida de Escrivá fue la sobreprotección. Ningún dirigente dentro del Opus Dei quería que el enfermo se enterase de la gravedad de su situación y procuraban no hablar del tema delante de Escrivá, pensando que así le evitaban un sufrimiento adicional. Pero estos muros de silencio, que suelen ser habituales dentro del Opus Dei, resultaban ser muy perjudiciales para Escrivá, aunque obedecían a actos de amor de sus seguidores, alejándole cada día más de la realidad política de la organización. Tan sólo sus dos custodios, Álvaro Portillo y Javier Echevarría, junto con algún otro de los miembros numerarios como Juan Jiménez Vargas, conocieron en profundidad los problemas de salud que afectaban al fundador del Opus Dei, pero incluso estos miembros llegaron a negar cualquier dimensión patológica en la personalidad de Escrivá en testimonios posteriores. Sobre todo, cuando al final de su vida el fundador daba muestras evidentes de desequilibrio psíquico y si le invitaban a cenar, entre plato y plato, se ponía a llorar y a besar a todos.

Como los médicos le recomendaron a Escrivá animación y cambio frecuente de aires, empezó a ausentarse cada vez más a menudo de Roma. Durante largas temporadas, especialmente los meses de verano, se alojaba en residencias del Opus Dei cerca del mar o en la montaña. Se hallaba tan delicado de salud que, en ocasiones, un miembro del Opus Dei iba delante de Escrivá con un termómetro tratando de medir la temperatura de las habitaciones para evitar que un mal aire lo hiciera santo antes de la cuenta. *[Revista Cambio 16, Madrid, marzo 1992, también en Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?", ob. cit., p. 255]*. En los viajes solía ir siempre Escrivá acompañado de un miembro numerario médico que controlaba su salud, además del chófer, que era otro miembro numerario, y de sus dos custodios, Álvaro Portillo y Javier

Echevarría. Cuando llegaba la expedición a cualquier casa de la Obra, Escrivá generalmente utilizaba a dos mujeres numerarias y también a dos mujeres auxiliares sirvientas para su servicio directo, que se encargaban además de la casa donde él descansaba siempre. En total, un equipo de ocho personas de ambos sexos, todos miembros militantes de la Obra, para cuidar al fundador del Opus Dei.

A partir de los años setenta Escrivá comienza a recorrer el mundo en lo que él denominaba "correrías apostólicas" y también "campañas de catequesis". El Opus Dei estaba obligado a efectuar un cambio en la estrategia exterior siguiendo las indicaciones del Vaticano. Así, lo que buscaba el Opus Dei con los viajes del fundador era, además de un efecto espectacular de escaparate, cumplir la penitencia impuesta, a modo de correctivo, por el papa Pablo VI y que resultase visible desde la clausura del Concilio Vaticano II, en donde la mayoría del Opus Dei no había estado presente, habiendo brillado el búnker de la Obra por su ausencia. En una de las reuniones multitudinarias, Escrivá dijo con énfasis al respecto: "Ya veis que no exagero cuando digo que la Obra es una gran catequesis. No es otra cosa el Opus Dei." *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 388]*. Y en Argentina, el 7 de junio de 1974: "Toda la Obra es una gran catequesis y ¿qué intenta la catequesis? Dar a conocer a Dios, para que se practique la religión verdadera...". *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 564]*. Pero la catequesis o catequismo es un ejercicio sumario de instrucción religiosa y lo catequístico se limita fundamentalmente a preguntas y respuestas, por lo cual resultaba excesivamente simple, aunque quizá era de algún modo complementario de la prolija y férrea actividad apostólica oculta del Opus Dei.

Como ya ha quedado señalado, la convocatoria de masas del Opus Dei no era un objetivo que se había propuesto Escrivá cuando empezó su fundación como organización secreta de elite hacia 1935. Aunque quizá soñara con ello, pues las espectaculares concentraciones de masas también se celebraban entonces con frecuencia como ceremonia de culto a líderes y caudillos en los mejores tiempos del fascismo. *[Véase cap. 4. "Segunda República y guerra civil española", pp. 81-85]*. Escrivá en sus "correrías apostólicas" imitaba a los grandes líderes de masas con sus recursos escénicos, promocionándose a sí mismo como un político americano y con aquella actividad el fundador del Opus Dei pudo desarrollar una elevada dosis de histrionismo, demostrando ser un actor impresionante en todos los terrenos interpretativos. En efecto, Escrivá impresionaba a sus acompañantes y seguidores cuando aparecía como la persona que se expresaba con la afectación o la exageración propia de un actor teatral, aunque eso sí, de "inspiración divina". En Chile, en el verano de 1974 describe el micrófono que le instalan en el pecho como "un cencerro" y el cable le permite hacer en voz alta la reflexión siguiente: "¿Véis cómo me llevan atado?". *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 570]*. En febrero de 1975, en Venezuela, vuelve a hablar por propia iniciativa de lo mismo en una escena descrita por uno de sus hagiógrafos: "El Padre se iba hacia la derecha, hacia la izquierda, arrastrando consigo el cable del micrófono, que le colgaba del pecho, sin poder adivinar de dónde partiría la próxima andanada. "Padre, soy de Maracaibo...", gritó una voz. "Tú eres de Maracaibo, pero te puedes mover; y yo no soy de Maracaibo y me tienen atado, y no me puedo mover más que hasta aquí." Don Javier Echevarría (su segundo hombre de confianza), en efecto, soltaba o recogía cuerda, según los pasos. La longitud del cordón no le dejaba aventurarse más allá de la tarima, aunque en ciertas ocasiones hubiese querido abrazar a alguno de la concurrencia. *[Vázquez de Prada, Andrés, ob. cit., p. 471]*

En una de las reuniones de Escrivá con miembros del Opus Dei un estudiante venezolano abordó el tema de la diabetes: "Desde niño tengo diabetes y me han dicho que usted también la tuvo". A ello respondió Escrivá: "Yo la tuve durante diez años. Una diabetes morrocotuda". Insiste el estudiante: "Quería darle las gracias a usted y a la Obra porque la enfermedad se ha convertido para mí en un medio de santificación, y no me ha hecho perder la alegría." Respuesta seca y evasiva de Escrivá, a quien no le gustaban los enfermos ni los aceptaba como

miembros numerarios en la organización: "De eso tienes que dar las gracias a Dios, no a mí ni a la Obra...". *[Sastre, Ana, ob. cit., p. 437]*.

La procesión iba por dentro y de los cien días en Sudamérica durante el verano de 1974, Escrivá permaneció enfermo más de diez días en Perú guardando cama. En Quito, capital del Ecuador, permaneció entre el 1 y el 10 de agosto sin poder ver a nadie ni llevar a cabo plan alguno. El 15 de agosto se trasladó a Venezuela, había llegado todavía enfermo y como su estado físico empeoró en Caracas, decidieron acortar el largo viaje de catequesis del fundador del Opus Dei. Varios meses más tarde, ante un nuevo viaje al hemisferio sur, pero en Madrid, antes de tomar el avión para Caracas, reconoce que no le apetece nada ir a América. El 15 de febrero de 1975 cae de nuevo gravemente enfermo. Durante la semana que permaneció en Guatemala se redujeron al mínimo las visitas y fueron canceladas las grandes reuniones previstas, porque Escrivá reconoció que le habían abandonado las fuerzas. *[Sastre, Ana, ob. cit., pp. 589-590]*.

En los años sesenta Escrivá repitió varias veces ante miembros de la Obra que había tenido una visión extraordinaria con la fecha de su muerte situándola en el año 1982. Pero iba a morir de repente, de un infarto, mucho antes de la fecha que él había asegurado. Desde que se sentía viejo y enfermo repetía a menudo "cualquier día me voy". Llevaba además en su chochez como reliquia el "lignum vía", un supuesto trozo de la cruz de Cristo, que lucía en el pecho y que deseaba llevasen sus sucesores. Murió el 26 de junio de 1975, en el mismo año y tan sólo unos meses antes de la muerte del dictador Franco. Como no acertó con la fecha de su muerte, se elaboró una versión dentro de la Obra para justificar tal adelanto, porque el Padre no podía equivocarse. La versión consistía en señalar que dada la situación en que se encontraba la Iglesia católica, muy mala en 1975, el fundador había ofrecido su vida por la Iglesia, y por eso la fecha era distinta, porque Dios le había aceptado su sacrificio. *[Varios Autores, "Escrivá de Balaguer ¿Mito o Santo?", Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992, pp. 39-40]*.

El Opus Dei lo había previsto casi todo y ya estaba todo atado y bien atado. Tras su muerte se editaron dos números extraordinarios de "Noticias", una de las revista interna de la Obra, para dar cuenta del fiel cumplimiento de sus prescripciones. Lápida de mármol, tipo de cordones, almohada de terciopelo, quien debía hacerle la mascarilla, el embalsamamiento, el mechón de pelo que debía cortársele, etc. La inscripción en la lápida debía ser, como así fue, una única palabra, "El Padre", de igual forma que la que aparece en los Evangelios y en donde se insiste en que Padre sólo hay uno y es Dios. *[Moreno, María Angustias, "El Opus Dei. Creencias y controversias sobre la canonización de Monseñor Escrivá", Libertarias-Prodhufi, Madrid, 1992, pp. 61-62.]* Escrivá no necesitaba la muerte porque los hechos ocurridos durante su vida ya se habían convertido en leyenda.. Lo peor, por su parte, fue consentir un culto idolátrico a su persona junto a la búsqueda incesante del poder, la política y el dinero, que llegaron a erigirse como rasgos permanentes y definitorios del Opus Dei.

En definitiva, que por ser una persona de relieve que destacó en sus actividades dentro y fuera de la Iglesia, Escrivá se ha convertido en personalidad destacada del siglo XX, pero que no se puede tomar como ejemplo. El fundador del Opus Dei no pasará a las mejores antologías de santidad de la Iglesia católica, a las que quizá no aspiraba, pero tampoco a las de la turbosantidad que ambicionó. Hasta un miembro del Opus Dei se ha atrevido a señalar que "será santidad rápida y superficial, pero santidad al fin y al cabo". Más criticado que respetado, Escrivá se queda en un remedo de santidad de los tiempos del franquismo y por mucho que cuente con apoyos en el Vaticano si la historia de santidad del fundador no conmueve es que su disciplinada y clerical-autoritaria organización ha fallado para siempre.

Existe una dimensión espectacular en cuestión de centenarios, porque si en los Estados Unidos de América y en todo el mundo occidental ha habido "100 años

de magia" con un Walt Disney 1901-2001, España también tiene con el fundador del Opus Dei un Escrivá 1902-2002, aunque sea una celebración que no desata o resuelve dudas históricas. Y como ya existe el parque temático de Torreciudad en Barbastro, provincia de Huesca, para visitar a Escrivá en su centenario, de igual manera participativa reza la publicidad norteamericana cuando asegura que "celebramos contigo cien años de la magia de Disney".

Los mitos son relatos o noticias que desfiguran lo que realmente es una persona y le dan apariencia de ser más valiosa o más atractiva. Como esta biografía completa desmitifica la vida y la obra del fundador, la mítica santidad de Escrivá desfila ante el lector junto a otros muchos episodios de su vida: desde que nació en un pueblo aragonés hasta que falleció en Roma, pasando por el éxtasis de creerse el único enviado divino para reformar la Iglesia católica, siguiendo los criterios del fascismo europeo de los años treinta y cuarenta, especialmente en materia religiosa.

Para los miembros de la Obra de Dios, sin embargo, nunca hubo posibles errores en la actuación del Padre. Por eso desean para el santo fundador "todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos. Amén".

FIN